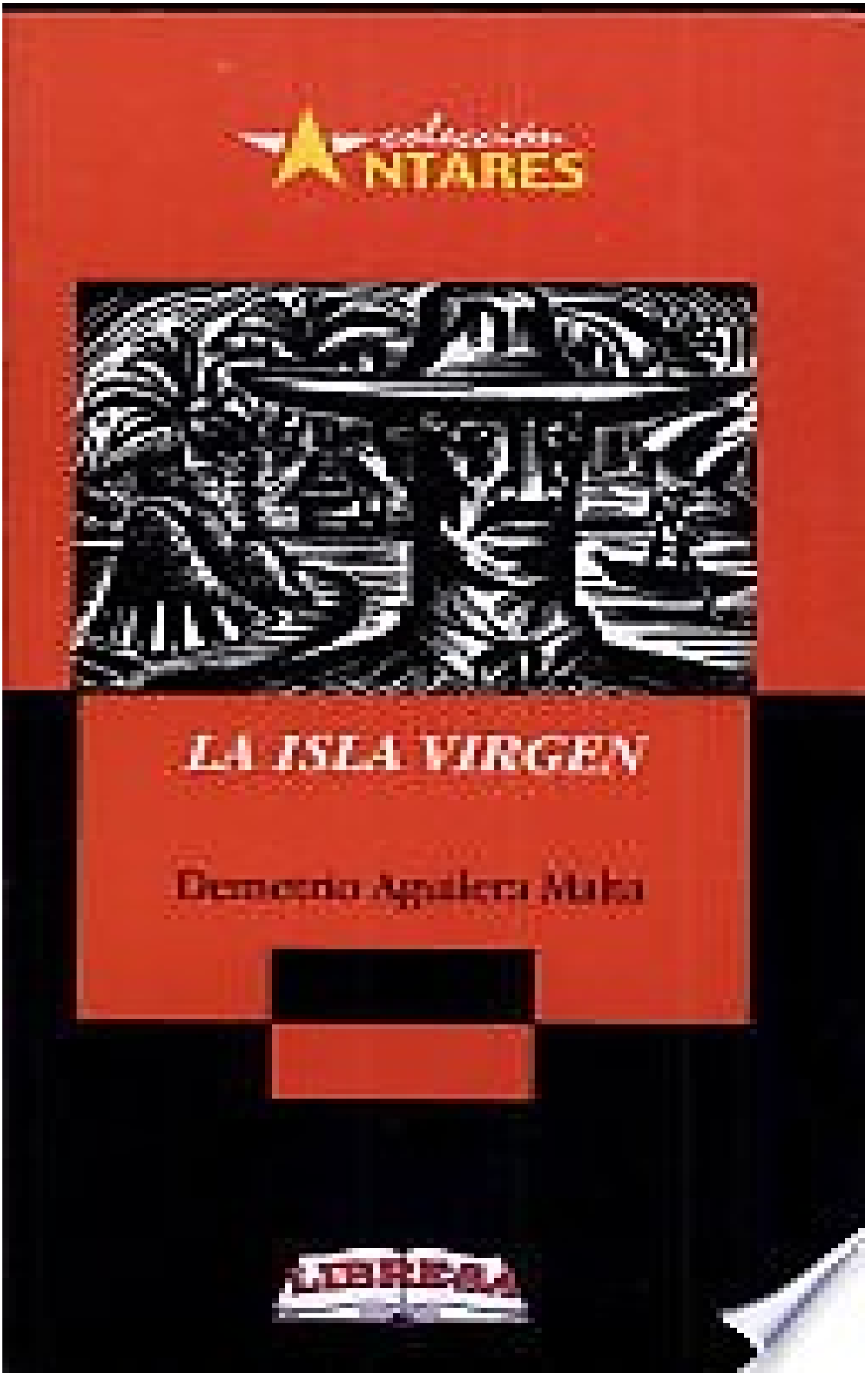
colección
ANTARES
LA ISLA VIRGEN
Demetrio Aguilera Malta

LIBRO PRIMERO: LA TIERRA

CAP. I

LA DESMONTADA

La tierra se estremece,

Sobre los cerros y sobre las planadas, hormiguean los hombres, despeinando la selva. El rumor continuado de los hachazos se torna, cada vez, más denso, más fuerte, Los árboles caen y caen, Se les ye dar saltos inverosímiles, agitando sus ramas flexibles, sus abanicos de hojas innumerables. Por la intensidad de su gesto de arranque, se puede adivinar su familia: Recios ceibos milenarios, cascoles pétreos, algarrobos elásticos, cabo de hachas nervudos, colorados quebradizos.

La maniobra de los hombres ha sido la señal de la dispersión.

El cielo se mancha de aves veloces, que tejen a manera de una gigantesca telaraña de plumas. Griterío de temor resuena entre los picos temblorosos. Los loros, patillos, colembas, pavas de monte, cagonas, etc., parecen disparados desde tierra. Breves instantes, vacilan. Después, emprenden una huída disonante, en mezcla absurda de tamaños y colores, La red tupida de la selva parece romperse. Como mar que se desborda, surge la falange amorfa de los cuadrúpedos y los reptiles. Y (cosa inaudita!) se ye Zigzaguear a la equis rabo de hueso junto al venado saltón, al tigrillo hambriento y traidor al lado de las ardillas y de las iguanas, delos gatos de monte y de los burriquillos. Es un constante remecerse de los palos delgados, de las yerbas menudas y de los bejucales. Se espolvorean los brusqueros intrincados. Se estría en mil partes el laberinto gris dela hojarasca, el piso se llena de huellas multiformes. La naturaleza toda tiembla y brama.

Los hombres, asustados, contemplan silenciosamente el desfile. Quisieran decir algo, hacer algo, pero los tiene presos el hacha que danza vertiginosamente entre Sus Manos.

Están en plena desmontada,

Han comenzado esa mañana, cuando el sol asomaba su cabeza, como un crustáceo de oro, sobre el lomo de las islas del frente. Ahora ese mismo sol les cae a plomo y, aunque les prestan sombra los árboles que todavía no han sido derribados, sienten, sin embargo, los foetazos de un calor inmisericorde,

Los derribadores son veinte, casi todos de “abajo”, de San Manuel del Morro, de las islas aledañas, aún dela costa marina brava y distante. Solo el mayordomo y el zambo Aguayo son de “arriba? Hay, además, uno de la Sierra, don José Domingo Carrillo,

El blanco, don Néstor dice siempre:

— Nunca es bueno que sean todos de la misma gente.

Tienen el torso desnudo y brillante, como caoba charolada, El sudor les corre 4 mares, por sobre los músculos retorcidos. No cesan un instante de trabajar, y cuando por desgracia esto ocurre, se oye de inmediato la voz ronca y pesada del viejo Mayordomo:

— Te voy a fregar, si sigues tan remolón para el trabajo.

— Es que me iba a espantar un tábano, Don Guayamabe.

— Qué tábano, ni que tábano! Se te puga para que trabajes y no para que friegues!

— Así es, don!

Primero cortan, a machete, los montes que separan la pata del árbol, Forman un círculo más o menos grande, según el tamaño de éste. Calculan para que lado vencerá y, en seguida, empiezan a darle hacha, Algunos como el zambo Aguayo, maestros de la derribación, tienen su tono especial, peculiar. Es un golpe continuo, musical que hace decir w cuantos lo oyen, aunque sea de muy lejos;

— Ese que está tirando hacha es el Zambo. Es que el Zambo es buenazo con la hacha en la mano.

— El tiempo que tiene no es para menos.

— Así ha de ser, no más.....

Las astillas vuelan.

Primero son grandes y gruesas, extraídas de la herida recien abierta en el tronco. Pero esta herida, poco a poco, se adelgazando en ángulo y, entonces, las astillas van siendo más pequeñas, más difíciles de sacar. El hacha sigue cayendo.

El derribador se enciende de entusiasmo:

— Te maleaste!

Después de escasos instantes, trata de empujar, con sus manos vigorosas, el palo vencido. En ocasiones, éste todavía se resiste y hay que darle unos hachazos más. Pero Ja mayoría de las veces se balancea ligeramente y, no pudiendo contenerse, ene.

Su caída es una catástrofe.

El coloso de la tierra aplasta cientos de árboles pequeños, reduciéndolos a mil fragmentos. ¡Sus ramazones se hacen polvo. Su tronco mismo, en las

partes delgadas, se astilla. Y todo ello en medio de un estruendo fantástico, igual que si un terremoto sacudiera la montaña.

Los hombres contemplan impasibles la caída,

Apenas queda tranquilo el monstruo de la selva, se le echan encima y empiezan a repicar sus ramas, a despojarlo de bejucos y de enredaderas: molestos. =

Los mosquitos son los únicos, además de los hombres, que no se asustan, que no huyen. Antes bien, se acercan alborotados. Se prenden-en las espaldas, en las piernas, en los brazos. El rostro es defendido por el cigarro infallable.

El sol sigue mordiéndolos.

A ratos, toman tonos de incendio. ¿Es que, en los claros despampados, parecen tener más próximo su fuego. Sudan y sudan, A algunos les duele rabiosamente la cintura, de tanto estar agachados. Palabra de Dios. más mejor es la tumba de monte! Allí se trabaja tieso, parado, con el palo al frente, como que uno fuera a pelear, Aquí. agachado, repicando, maldita la gracia que me hace].

De vez en cuando, una ráfaga de viento sur los abanica. Medio levantan entonces, la cabeza. Cono que anhelan «detenerse un instante. Pero, en seguida, oyen a su espalda la voz del Mayordomo, del implacable Guayamabe:

— No hay que remolonear! No hay que remolonear!

Arde el suelo. Los espineros se ponen colorados. La uña de a gato parece curvarse más, dispuesta arañar la piel desnuda de los hombres descalzos. Los pies pisan de puntillas, evadiendo el contacto de la tierra.

De rato en rato, sangra uno que otro.

— Maldita sea! Me fregó una uñita

Quieren sacársela y echarse algo para que no se les encone, aunque sea ceniza de cigarro con saliva, Pero alla está don Guayamabe. Y don Guayamabe no soporta ningún descanso.

— Si mismamente ya nos vamos a alzar!

Qué uñita ni qué uñita! Para qué son hombres, entonces? Y si no lo son, para qué quieren trabajar, pare qué quieren hacer lo que hacen los hombres?.....Se quejan, no más! A lo mejor, no les pasa nada y lo que quieren es remolonear. Qué uñita ni qué uñita! Ya se la sacarán, en el cuero de venado, rascándose la panza...

“Claro que ya han trabajado bastante, que ya la hecho cada uno cuanto ha podido; pero eso a mí no me importa. Yo tengo que hacerlos trabajar hasta que revienten, Para eso estoy aquí, para eso me paga el Blanco... Verdad que me paga poco. Es que casi no trabajo. Si. Casi no trabajo! Tengo los brazos pesados, como remos de balandra. Cuando era guía trabajaba mucho más. Es que ahora soy el Mayordomo, el Mayordomo de todos estos lados..... Qué uñita ni qué uñita!

— No hay que remolonear! He dicho que no hay que remolonear!

— Está bien don.....

Y para sus adentros:

---Pero vea que don Guayamabe es desgraciado, bien desgraciado!

Qué le importa a él que me arranque una uñita? El trabajo es el mismo. No nos levantaremos hasta no terminar esto. Además, al cristiano no se le puede tratar como «a una bestia. Y sólo.es una uñita! Desgraciado! Sólo sirve para lamerle los pies al Blanco. Y cualquiera que lo ve tan tranquilo y tan hombre.....porque eso sí: nadie es más hombre que él, sobre todo con el machete. A no sé cuantos no más dizque se ha comido por “arriba”. Por eso es que tiene cara de bien corvinero!.....*

— No hay que remolonear! No hay que remolonear!

A la oscurecida, les canta:

— Ya nos podemos alzar!

Resuena el último machetazo.

Los hombres bajan del lomo sepia de los árboles que repican. Se secan un poco el sudor. Se ponen Ja cotona, hecha con sacos vacíos de harina, Se echan el hacha al hombro. Y, uno tras otro, emprenden la marcha al caserío de la isla,

Serán las seis y media de la tarde.

Todo se agrisa. Los árboles se funden entre sí, poco a poco, formando una sola masa imponente. Por los mil ruidos que crepitan en la montaña, se adivina el regreso de sus pobladores. El sur sopla con fuerza, abaniqueando el ambiente.

Caminan una trocha recién abierta, pisando monte, amarillento por las postrimerías del verano, Tienen que separar constantemente bejuqueros y ramazones, que les obstaculizan el camino. Todos fuman gruesos puros. El humo los envuelve en una atmósfera extraña que los torna desdibujados, soñolientos. Se oye su marcha desacompasada, elevándose como una protesta,

El Zambo Aguayo habla, de vez en cuando, con el Mayordomo:

— Buen invierno tendremos, verdad?

---Talvez!

— Usted croe que falta mucho, todavía?

— Asi me creo! Aún no piensan en cambiar las mareas!

—Aja!

Parece que todo queda en silencio.

La montaña se vuelve gris. Apenas, medio se destaca uno que otro colorado chillón. Los pies, machacando la tierra, hacen más ruido, La marcha, insensiblemente, se va apresurando. Pocas veces se agita el machete para separar las enredaderas o cortar las ramas espinosas. En plena despreocupación, se avanza, rompiéndolo todo con el cuerpo macizo.

Aguayo continúa interrogando al Mayordomo:

— Y qué irá a hacer el Blanco, con tinto palo?

—Uhm! Quién sabe. A lo mejor, va sacarlos a la orilla,

— Y con qué los va a sacar? No tiene bueyes ni mulares.....

— El verá como lo hace.

— De verdad.

— Además, eso no te importa a vos:

— Claro, don Guayamabe. Yo decía, no más!

Suben a una loma.

Es la última loma. A la bajada, ya encontrarán el caserío, en la orilla del estero. La faena del día, unida al largo caminar, los tiene fatigados. Sin embargo, hacen esfuerzos inauditos por apresurarse, Además de los mosquitos, que no los han dejado un solo instante, ahora tienen la plaga de la orilla que, a cada rato, va en aumento: pequeños jejenes enloquecedores, llegando en ráfagas que arropan, como sábanas negras, todo el cuerpo.

Marchan en silencio esta última etapa. Se escuchan sus respiraciones fatigosas. Algunos, materialmente agobiados, han desmontado su hacha, del hombro, y la tienden atrás, lomo al suelo, arrastrándola, El machete de hoja ancha sigue colgado, como al principio del camino, de su mano Merca Les parece que pesa un quintal y que, cada vez, pesará más y más.

Llegan a la cúspide de la loma,

Sus pechos se hinchan de satisfacción. Yan a iniciar la bajada, cuando un grito rabioso los detiene:

— Maldición!

A todos se les hace un remolino en el vientre. Se vuelven. Y quedan inmóviles.

Tejón, que venía al último, parece haberse vuelto loco.

Se ha cogido la pierna izquierda. La ha apretado furiosamente. Ha dado unos pocos pasos, saltando en un solo pie, hasta encontrar un tronco. Allí ha apoyado su pierna cogida. Ha levantado el machote, con rapidez, Y lo ha dejado caer sobre su carne.

Ven, apretando los dientes, como salta un trozo sanguinolento al suelo; y como, después, un chorro de sangre baña la corteza del tronco,

Tejón se vuelve automáticamente;

— Candela!

Aguayo se adelanta.

Agarra un trozo de su pantalón lleno de parches. Le prende unos fósforos. Y lo aplica, una vez encendido, a la herida sangrante.

Un olor excitante a carne quemada golpea las narices. Tejón se vuelve cenizo. Parece intensificarse su baño de sudor. Al yvr que los otros quedan inmóviles, esperando una explicación, sencillamente dice:

— La equis! La equis que me picó!

Don Guayamabe corta la escena:

— Bueno. pues, andando!

Dos compañeros se ofrecen para cargarlo, pero el Tejón protesta:

— Yo puedo ir solo!

Aguayo, entonces, comenta:

— El Tejón le está haciendo la rueda a alguna hembra.

Abajo, al pie del cerro, se yen confusamente las casitas de paja, el amplio covachón, la línea zamba y verdinegra de los manglares que rodean la isla, y, finalmente, el estero gris e inmóvil que — desde arriba — parece un colosal bagrelisa.

Cuando llegan, ha oscurecido completamente.

Cada uno se va quedando en su respectivo albergue. Don Chamaidán y don Mite, en sendas casitas de la falda de la loma; don Guayamabe, en el comienzo del covachón; los demás, en otros cuartos del mismo.

LA MARGARA

El Tejón, acostado en su hamaca de yute, oye gozoso el comentario.

— Condenado es ese Tejón. Casito se ha cortado media pierna.

— Por qué, ah?

— Una equis que lo iba fregando.

—Si no? Y la mataron?

— Que iban 4 matar nada. ..... si estaba oscurisísimo!

— Este año las culebras andan bobas.

— Y eso no es nada, Cuando principien las quemazones..

— Así me creo!

Hablan en el cuarto vecino.

Posiblemente, creen que no los oye; tal vez, se imaginan que la herida lo tiene acabado, sin ánimo para nada..... Pero eso es no conocerlo! Para hombre, también está allí 6ll. Bien hombrecito! No digo con una equis... con lo que sea! No le tiene miedo a nada ni u nadie, ni siquiera al Tin—tínl Y eso que dicen que el Tin—tín es tan fregado..... A los dolores no sólo no les tiene miedo, sino que lo bucen reír! Claro que donde él es más hombre es en el agua. Allí si es capaz de todo! Nole teme al lagarto, ni al tiburón, ni al catanudo... y menos al agua mismo!..... Las olas lo mecen, como hamacas. Pura eso ha andado tanto en la vieja Su linterna, esa balandra que es como un cedazo de madera podrida... Ah, en el agua a pesar de ser Tejón, aboyanta como un tambulero muerto. Sólo que el gallo que canta, canta en cualquier gallinero! Y no va a ser él quien tiemble por una equis, .. Por eso, allí está él. El Tejón de San Manuel del Morro. pero más bien, de las Aguas saladas, de todas las aguas saladas de Guayaquil para “abajo”

Se vuelve a escuchar la conversación de los cuartos vecinos, Ahora suena despacio, confidencial:

— Dizque el Tejón.....,

— Qué, ah?

— Dizque se ha palabreado con una hija de don Mite.

— Vea que el Tejón es condenado!

— Parece que es con la más menor, con la Márgara,

— Buenaza está la Márgara!

— Me creo que el Viejo ya esta guaragüero. No la deja salir a marisquear ni a pescar, ni a nada. Para todo le está siguiendo el rastro…

— Ni que el Tejón se la fueran comer.

— Para mí que el Viejo tiene razón. Vos sabes: “Cuando la pitaya está madura,,.... hasta solita se cae"

— A lo mejor!

Después bajan más aún la voz.

Ahora, apenas se escucha un leve murmullo. No se distingue casi nuda de lo que dicen, Acaso hasta han cambiado de conversación. Talvez, tienen sueño. Como el golpe del hacha de la desmontada debe dejarlos medio muertos..... -

Tejón se revuelve en la hamaca,

Le duele un poto — quizá más de un poco! — la pierna. Claro que le duele, Acaso él es de hierro? Ni siquiera de guayacán, ni de ébano, ni de cascol, Es un cristiano de carne y hueso, como los otros. Lo que pasa es que está bien trabajado. Y precisamente, allí está lo bueno. Aguantar!... Que a uno se le estén haciendo agua las tripas... pero aguantar! Que se quiera gritar con todas las fuerzas... Y aguantar! Siempre aguantar!... Qué gracia tendría que, pasase lo que pasase, no tuviera ningún dolor? Por eso, aguanta él, Y aguantará lo que sea, por el tiempo que sea!

Le empieza n dar sed, una sed de machete que raspa la garganta.

Hubiera querido acostarse en el cuerito de venado. tibio como el cuerpo de una muchacha.

Pero es que hace calor, tanto calor!

Viene desde lejos, el grito melancólico del punta — de -- estaca. Los mosquitos zumban y zumban, en minúsculas pero diabólicas orquestaciones, De vez en cuando, cruje el piso de caña de los cuartos vecinos. La vaca de agua, en el estero inmediato, lanza su jojó intermitente. — Susurra el viento, entre los ñangales desconfiados. Alguien ronca. con ronquido fuerte, dominador, Seguramente, es don Guayamabe, el viejo Mayordomo de rostro de hoja seca y de carácter de aguaje.

Y de verdad que está buenaza la Márgara, la hija de don Nito!

El, él, más que nadie, lo sabe! Tienen razón los que dicen que es un condenado. Cuando algo se le pone...

Sólo hace poco tiempo se ha dado perfecta cuenta, aunque desde hace meses se lo imagina, Pero es que solo cuando se conoce todo, todito, es que se puede estar seguro. Y él lo conoce todo ya…

La Márgara!

En visión de fiebre, le viene su imagen a rondarlo.

A ratos, le parece que la chola fornida entra a su cuarto; que lo queda viendo, como nunca lo ha visto, con ojos humillados, de mujer que se rinde; que se acerca; que se mece en su hamaca; que levanta el toldo, para verlo; que ríe, con una risa nerviosa, provocativa, haciéndole señas como de querer acostarse a su lado.....

El siente que le hacen cosquillas en todo el cuerpo, como si estuviera nadando boca arriba. Quiere arrojarse a cogerla. Pero estira la mano y ella se le escapa, igual que si se tratara de un cardumen de chaparras, que le dieran vueltas, vertiginosamente.

Afuera, el estero sigue creciendo.

Los ñangales deben curvarse bajo la presión dela corriente, por que crujen. De vez en cuando, suenan tristemente los ostiones filudos, cerrando sus valvas. Ladran Jos perros, venteando la cercanía de algún animal de la montaña. Vienen ecos millonarios, desde quien sabe donde, a morir en los recovecos de la orilla, Un abanicazo de brisa alborota el castañueleo de las hojas de los árboles. El bijao del covachón se encrespa levemente, La montaña se torna cada vez más negra y pavorosa.

LA PALEBREADA

Ha sido por allí cerca, en el estero de la Tranca.

Ni siquiera sospechaba lo que iba a mirar.

Caminaba distraído, a cumplir un encargo de don Guayamabe,

Iba abriéndose paso, con Ja punta del rabón, porque el camino estaba cerradísimo. Se divertía mirando como los pericos huían al sentirlo y se divertía, también, con el prodigio de color de los pitayos y cerezos florecidos. Había instantes que anhelaba detenerse, coger una de esas frutas deliciosas y sentarse a morderla bajo algún copudo bototillo. Pero el afán de cumplir con el encargo del Mayordomo, le impedía detenerse y lo hacía avanzar cada vez más velozmente,

De pronto, había escuchado un ruido en el manglar.

Se detuvo y prestó mayor atención.

Era como si peces grandes— rayas 0 cazones, quizá — se estuvieran agitando. Entonces, Je entró curiosidad. Volvió n romper monte, haciendo la menor bulla posible, para no ser advertido. Y al poco rato, se encontró entre los mangles de la orilla,

Estaba muy cerca del agua, cuando escuchó —esta vez claramente — risas de mujeres.

Se intrigó más aún. Se agachó. Empezó andar a gatas, conteniendo hasta la respiración, metiéndose, como pudo, entre tupidos brusqueros que bordeaban el ñanguerío, Y, cuando estuvo en Jos ñangales, se trepó en un palo zambo lleno de recovecos, Se fue hacia las ramazones más altas y complejas. Y, desde allí, angustiosamente, miró.

Abajo, no muy lejos, se veía la manga del estero del puertecito de la Tranca. Se le notaba algo sucio, quizá por el poco tráfico. Las ramas entrelazadas y las raíces adventicias de los mangles le formaban un arco de verdura, Tenía marea baja, Con todo, al comienzo de la boca, sobre bancos de arena menuda y de fango macizo, se divisaba un poco de agua quieta y límpida, que tenía transparencias de vidrio.

Y en esa agua, se bañaban tres muchachas.

El Tejón las conoció enseguida: eran las hijas de don Mite.

Al verlas, se olvidó instantáneamente, del encargo y de todos los mayordomos del mundo. Fue como si le diera un machetazo en Ja cabeza; porque se le quedó prendida en el lomo del mangle, con los ojos abiertos, muy abiertos, abarcando, en ansia infinita, la visión maravillosa.

Las muchachas se bañaban en camisón, echándose mateadas de agua, sin apartarse mucho de la orilla.

Acaso tendrían miedo de la tintorera o del catanudo; o QUIZÁ, de que las viesen de algunas de esas canoas que cruzaban siempre por el estero grande.

Estaban en pleno juego, empujándose, golpeándose, riendo con una risa sana: y bulliciosa, Solo muy de cuando en cuando, conversaban. Con la ayuda del viento que le hurgaba los oídos, podía escuchar trozos mutilados de su diálogo.

— Hoy me ha preguntado el Zambo si me quería ir con él.

— Y yos, qué le has dicho?

— Yo?... Este... Que...

— Cuidadito se arrepiente!

No se oía más

Tornaban las risas, Se abrazaban. Se hundían en el agua, Volvían a salir,

La tela delgadita se les pegaba al cuerpo, dibujándoselo, Y cuando esto ocurría, el Tejón se ponía pálido, tembloroso sin saber que hacer. No se cansaba de seguir mirando, con una mirada devoradora, angustiosa. Gotas de sudor le corría continuamente por el rostro. Las manos se le torcían, apretando el vacío.

Volvían a surgir trozos de la conversación:

— Vea que se me está hinchando el cuerpo. Fíjate, faña!

— Es que ya es tiempo, pues. Las mujeres somos como los bototillos...que tienen que hincharse para dar lana.

— Así ha de ser, ñaña,

Surgían nuevamente las risas. -

Volvían a mezclarse en extraños apretujamientos, enrrollándose sobre sí mismo. A veces, revolcándose en las arenas menuditas,

De pronto, dijo una de ellas;

— Bueno, saltémonos!

— Pero si es muy temprano, todavía.

— Vos crees? Y si viene don Mite?

— De verdad!

Se dirigieron a la orilla,

Se detuvieron sobre un pequeño banco de arena. Acercaron un tarro de agua dulce, que tenían medio oculto en uno de los brusqueros. Se metieron detrás de éste. Y —pensando que nadie las miraba --se fueron quitando los camisones.

El Tejón creyó que se iba a caer mangle abajo.

Estuvo pasando los ojos, atontado, por J¡las tres, hasta que los detuvo en Ja menor, en la Márgara. Vea que estaba buenaza la Márgaral Parecía que la hubieran trabajado en ébano, o en corazón de cascol o de bálsamo: Cómo debía de ser de dura y de tibia! Cómo temblaría si él le pasara las manos hirvientes, por encima!

En tanto, el agua dulce se deslizaba sobre el cuerpo de da muchacha, dándole extrañas transparencias.

El Tejón ya no pudo soportar más.

Inconscientemente, se apretó al palo zambo. Le extendió los brazos enfebrecidos. Pasó sus labios ansiosos sobre la corteza agresiva. Y sintió que se dormían, con los ojos abiertos.

Cómo le daba vueltas el manglar, el estero, la isla! Quería gritar; quería saltar; quería revolcarse sobre la arena menuda o sobre Ja tierra hojarascosa, como un saíno rijoso; quería, también, agarrar un machete y empezar a cortar las ramazones más complejas, los brusqueros más intrincados, los más altos bejucales de zapán de paloma o de plazartes!

Desde ese día, la había empezado a seguir por todas partes, ocultándose tras de los árboles, en las más tupidas ramazones; quedándose siempre al último de todos, cuando regresaban del trabajo, A veces, contemplándola desde el mismo covachón.

Al principio la Márgara se había hecho la desentendida pasando a su lado sin mirarlo; sobre todo, cuando iba al pozo de agua dulce, con su tarro vacío de kerosene al hombro... Pero, eso sí, moviendo instintivamente lo más provocativo de su cuerpo.

El Tejón no hacía más que mirarla, Siempre le parecía que estaba desnuda y alegre como en el esterito de la Tranca.

Al fin, una tarde no pudo contenerse y, a lo que ella pasaba, la musitó:

— Estás más buena!

La Margara viró el rostro. Lo miró brevemente y le contestó:

— Vea!....Conmigo no se meta! Se lo voy a decir a don Mite!

Siguió andando aún con mayor provocación en sus movimientos. El Tejón sintió que le hormigueaban cientos de quinquines por el cuerpo. Casi a pesar suyo, murmuró:

— Díselo, pues. No me ya a comer!

Pero, una vez, la abordó en el pozo:

Estaba parada en la plancha de laurel de cerro que lo atraviesa. Había tirado el tarro «le kerosene al fondo. Con un cabo lo sostenía y le daba vueltas hasta lograr llenarlo de agua dulce.

Tejón se había acercado lentamente. Cuando ella acordó, también estaba sobre la plancha flexible que, con el peso de ambos, se había arqueado.

La chola se volvió, nerviosa.

— Vea que usted es! Me ha hecho asustar!..... Váyase!

Tejón no sabía ni qué hacer. Por fin, después de haberla mirado, con cierta timidez Je propuso:

— No quiere que la ayude?

— No! Lárguese! Ya mismo va a venir alguien!

— No importa!

De intención la Márgara se demoraba,

Le daba vueltas y vueltas al cabo, con el tarro. En el oleaje del pozo se reflejaban sus piernas fuertes y oscuras, como dos palmeros.

Tejón lo advirtió y se puso a mirarlas, riendo, estúpidamente.

La Márgara, entonces, se volvió agresiva,

— Bueno. Y qué está mirando?

—Yo?, Nada.

— Ajá. Y a qué hora se larga? No ve que le yan a ir con el cuento a don Mito?

—Es que...

— Qué!

Las palabras se le hacían nudo en la garganta, como si una beta se le hubiera enredado en el cuello.

— Nada!... Que vos estás buenaza! Palabrita de Dios!

La Márgara hizo que se ponía seria:

— Se lo voy a decir al viejo!

Y después, súbitamente lo tuteó:

— Vos me estás fregando mucho ya. .

— ES QUE...

— Qué, pues, qué?

— Nada... Que...

Se le acercó, se le acercó, casi hasta tocarla.

Ella, aunque lo hubiera querido, no pudo alejarse. Una voluntad más fuerte que la suya la amarraba al lado de este hombre, como si le hubieran adherido los pies con muyuyo o con goma de zapote. Sentía la respiración de él, que la envolvía, como una llamarada; sentía sus ojos clavados en los de ella, igual que anzuelos inevitables. Con voz extraña, el Tejón pudo al fin proponer:

— Oye, Márgara..... Quieres largarte conmigo?

No lo dejó concluír.

— Vea que vos eres...

Y se echó a reír a carcajadas.

Había pasado el encanto.

Una angustia terrible le puso la boca amarga, Tenía náuseas Se dijera que le rodaban piolas por las venas. Hubo un instante en que todo pareció haberse teñido en sangre. El pozo se agrandó. Lo sintió como un estero. El, tenía las carnes fuertes, lis manos callosas, los dientes de acero. Pero sentía rabiosos deseos de soltar una lágrima..... Y el trabajo? Y el Mayordomo? Y el Blanco? Y la montaña?... Cómo sudaba! Era igual que si se estuviera bañando. Y bien. Daba lo mismo. Todo daba lo mismo! Qué hora sería? Eli Pero era él? La Márgara! Siempre, la Márgara! La tenía trepada sobro su nuca, Y reía. Reía sobre las piernas,....Igualito que si toda se hubiera vuelto piernas!... Cómo ardía el sol! Era un nuevo sol, un sol distinto! Es que había comido carne salada de puercos «alzados»? Y cómo corría el viento, el viento que alborotaba las hojas verdes y las hojas grises de los: árboles!

Crecía el estero de agua salada, crecía.

Del covachón, venían olores de cocina humilde, dominando el do las lisas ahumadas. Ladraban los perros de la Hacienda. Don Néstor se había asomado a la ventana grande. Doblando Ja Puntas de los Colorados, venía una balandra, Traía viento en contra. Tal vez no llegaría con esa marea. Y sus últimos bordazos la dejarían por la Seca, o, quizá, por el Pozudo.

NINGUN CRISTIANO SE MUERE LA VISPERA

Desde entonces, cada vez que puede, ya al estero de la Tranca, a ver si las encuentra; a ver si puede contemplar nuevamente a la Márgara. Contemplarla. Aunque sea de lejos, contemplarla. Ver como le resbala el agua sobre el cuerpo moreno, ver como le canta el sol sobre los. senos y los muslos.

Pero nunca más la ha visto.

Quizá porque sus horas de trabajo coinciden con las horas en que se bañan las muchachas; quizá porque don Mite se lo ha prohibido; quizá porque ellas tienen miedo de que las encuentren, Quién sabe por qué!

Por eso, lo mejor es esperar.

Y él espera, espera, y seguirá esperando!

No le importa que la Márgara demore para estar a su lado, Tiene la certeza de que eso llegará algún día, No sabe cuándo ni cómo, pero está seguro de no equivocarse. Para entonces guarda toda su fiebre, todas sus palabras y todas sus caricias.

El, será como una repunta de aguaje en el invierno. Hoy, lo mejor es esperar!

Una hincada feroz en la herida lo hace olvidarse momentáneamente de la Márgara.

Como le late la herida! Es lo mismo que si tuviera otro corazón, allí en el pie. Y si se le pudriera la pierna? Y si estuviera condenado a no poder andar más como los otros hombres?... Por un momento, se imagina con una pata de palo, sin poderse agachar, arrastrándose, arrastrándose, como un gusano, sobre la panza multiforme de los cerros. Cómo trabajará, entonces? Cómo podrá empuñar el rabón de la socola o la peinilla de la despapada? Cómo podrá ladearse en el hacheaje, cuando tenga que destrozar los troncos gruesísimos? Y —esto peor, mucho peor aún, --cómo podrá hacer, para portarse como «un hombre con la Márgara, en el instante febril de las caricias? ay que esperar! Hay que esperar!

Ningún cristiano se muere la víspera!

Huele a madrugada.

Un concierto de ronquidos y de respiraciones irregulares se araña por las paredes de todo el covachón. Lo acompaña tenuemente la infatigable orquesta de los puyones y zancudos, el removerse de las ramazones de los mangles y el runruneo de la corriente belicosa.

El Tejón tiene sed, una sed de gurbia que le raspa la lengua, una sed que le crea la imagen deja Márgara, bajo la lluvia tenue del turro de agua dulce.

GUSANERA

El, lo ha visto en los caballos, en los mulares, en los asnos, en muchos animales de la montaña, hasta en Jos chanchos alzados que andan por allá por el Pozudo.

Muchas veces, personalmente, tuvo que echarles creolina. Observó de cerca la materia infectada, Era a modo de una gran rosa abierta sobre la carne viva. Insoportable hedor giraba en torno. Hubo ocasiones en que pudo advertir las tripas colgantes, los huesos descubiertos o sencillamente, los músculos rojiblancos. Como inaudita baba de esos labios clamantes, surgía la pus espesa, untuosa, repugnante, Y --al fondo--más repugnantes aún, los gusanos hambrientos.

Cuando tuvo que curarlos, le entró asco y terror. No pudo comer en varios días. Algún tiempo, lo invadió un sentimiento de lastima, Y logrando vencer los sentimientos adversos, la física repugnancia y el miedo, se dedicó a vigilar la humilde podredumbre, luchando contra las moscas traidoras, contra los soles terribles, contra los enfermos enloquecidos.

Por eso, no! No lo puede creer! Todo, menos eso...

Y sin embargo. sus compañeros no mienten. No ha sido una visión de sus propios ojos. Es una visión de todos, de todititos! El, tiene gusanos. El, se está pudriendo, lo mismo que si se hubiera muerto!

Ha visto como aparece su carne maloliente, a través de la herida agrandada; ha sentido como-- cada vez más--le crecen los latidos, igual que si un nuevo ser le estuviera naciendo allá en el pie.

Afuera, sigue cantando la vida.

La montaña se encrespa y bufa. Los hombres parecen poseídos de Ja santa locura de andar. El trabajo les enciende las callosas manos creadoras. Las mujeres esperan en sus petates las fiestas nocturnas, La tierra se enciende en partos de vegetación exuberante. Los cálidos vientos arrastran lujurias tropicales. En las orillas salen los lagartos a asolearse. Trinan lis fangas que empujan Jos esteros desbocados, Todo lucha y crepita, todo se

enciende y anda. Solo él está en su lecho miserable: solo él. tiene tono de cadáver; solo él se encuentra triste, quieto y solitario,

Ha ocurrido lo fatídico, cuando sentíase mejor, cuando has había ido a trabajar. Verdad que si no lo hubiera hecho ya estaría muerto, definitivamente muerto de hambre. Don Néstor no ha querido fiarle más. Y hubo que tornar a las jornadas largas del desmonte.

Y ahora?

Ahora, será peor, todavía. Cómo trabajará? Cómo podrá sostenerse para poder echar los árboles abajo? Cómo podrá subirse = a la repicada de las ramazones? Maldita sea! A lo mejor, hasta pierde la pierna. Por otra parte, los dolores son insoportables. A ratos, se tuerce. El, él que es un macho. no puede contenerse, y algunos quejidos se le escapan. por entre los dientes traqueteantes Lo que le place es clavarse las uñas, o un machete afilado, o el gavilán de un hacha. Hacerse pedazos la herida. Batirla, como si se tratara de una revesa de carne. Ver si por ahí se le va la existencia. Hay instantes en que piensa que no puede soportar, que ya es demasiado. Por más hombre que uno sea, es muy duro eso de saberse —vivo aún — comido por gusanos.

Quien sabe si Jo mejor sería morir.

En estos días no ha podido ver a la Márgara, ni siquiera de lejos.

Hubiera querido arrastrarse hasta el filo del covachón, a la vista del camino, para verla pasar, pero el Mavordomo se lo ha impedido.

— No te menees tanto, Tejón. Si no, capaz de que vas a perder la pata!

Por eso, está allí, tirado sobre el cuerito tibio, languideciendo de hambre, de sed: y de angustia.

REMANSO

Debe ser de madrugada.

Escucha como los peones salen a trabajar.

Han conversado breves minutos, han afilado sus machetes y sus hachas en las piedras de cerca del pozo. Y, después, se han alejado apresuradamente, para estar en la Hacienda. cuando toquen la campana.

Sólo quedan mujeres en el covachón, unas pocas mujeres. Se escucha, de tarde en tarde, su conversación monótona. Casi siempre sobre comidas, mariscos o pescados.

Se muerde los labios secos y —a pesar del frío — suda y suda.

De improviso. siente erugir la caña rolliza de la escalera que da a su cuarto. Medio se incorpora. Y distingue una cabeza de mujer.

Estará soñando? A ratos le parece que es la Márgara. Pero no! Qué va a ser la Márgara? A lo mejor no es nadie. Las visiones lo están haciendo tonto... Se incorpora un poco más, Y esta vez; ya no duda. Es la Márgaral La Márgara, que lo mira fijamente con una mirada llena de ternura.

— Tejón!

El. no sabe qué hacer ni qué decir.

Ríe. Río, a pesar de todo. Ríe, con una risa semejante a una mueca. La Márgara sube lentamente la escalera, Entra en el cuarto. Va pisando despacio, para que no la sientan. El Tejón hace ademán de levantarse y de querer hablar, pero ella le indica que guarde silencio. Se acerca Lo mira ansiosamente, con una mirada lena de lástima y de cariño. Y, por último, le extiende la mano.

Al Tejón se le oscurecen los ojos. Se olvida súbitamente de cuanto ocurre, Olvida la carne purulenta, los gusanos traidores. sus ansias de muerte. Todo, absolutamente todo.

La Márgara acerca las manos. Suavemente. empieza a tocarle la cabeza. Le arremolina el pelo. Murmura, cada vez más dulce: Tejón!

Vuelve a querer hacerle preguntas, a decirle lo mucho que se alegra viéndola, que es mejor como remedio -- verla que echarse creolina, que ahora sí cree que pueda sanarse pronto. Pero la Margara torna a hacerle señal de que se calle, y el Tejón cierra los ojos, obediente,

Cada vez le gusta más la Margara. Cada vez, le gusta más!

Y es raro, Le parece que le empieza a gustar de otra manera, No solamente para acostarse con ella. También. para verla, para tenerla cerca, para que le haga el arroz con verde y las lisas asadas, para que le cargue el agua, para que le démos hijos, para que le espulgue la cabeza en los domingos «de tarde, Y claro?, también para que le cuelgue el toldo y le tienda el cuerito o el petate. Pero, cómo piensa en esto? Debe ser que está fregado, que no tiene fuerzas para nada, Y por eso...

Casi a pesar suyo, Murmura;

— Márgara!

— Cállate!. Te hace daño!

— Ya no me hace daño nada.

— Si! Si te hace daño. Estás fregadísimo. El Zambo me lo dijo.

— Qué?

— Que si no te venía a ver, te ibas a morir!

— De verdad!

—Cállate!

Tejón estira, casi inconsciente, la mano. La coge débilmente, atrayéndola, Le coge la espalda, el hombro. Quiere bajar hasta sus muslos bravíos. Pero ella protesta.

— Eso no!

Como Tejón la mira con algo de resentimiento, continúa:

— Té hace daño!

Y él tiene que resignarse

---Está bien, pues...

Un rato, se quedan mirando, mirando, sin saber que decirse.

De pronto, siente el Tejón que todo se le borra, que todo se vuelve confuso, impreciso, como a través de una agua turbia.

Llega un momento en que pierde la noción de las cosas,

La Márgara lo contempla gravidamente.

Ve como su respiración va siendo cada vez más acompasada; Ve como sus ojos se cierran,. Y entones se acerca más aún. Le soba por última vez, la cabeza. Se arrodilla a su lado. Medio se acuesta junto a él, Advierte que sus labios se mueven y que un nombre se escapa de ellos, como una caricia:

—Márgara, Márgara.

Desde ese día, viene a cada rito a verlo.

Le trae algo de comer, de aquello que piensa que no le hace day que ella misma le prepara con todo esmero.

MI principio, él ha querido protestar.

No puede, no debe aceptar nuda de nadie y todavía menos de ella.

Pero la Márgara hasta ha llorado. Lo que le trae es de su trabajo, de lo que gana lavando, o cosiendo ropa, o tejiendo alfo sombreros de toquilla, o haciendo cualquier cosa para vender... no le acepta nada, es que ya no la quiere. El, ha tenido finalmente, que resignarse y comer con mansedumbre cuanto le trae la chola,

Se siente mejor y eso lo lena de un sano optimismo.

Pronto! Pronto podrá saltar por los cerros otra vez. Empuñar su machete incansable o su hacha destroncadora. Salir a pescar y a marisquear. Pronto! Pronto podrá ofrecerle aleo a ello, algo de lo que haya logrado con sus propias manos y sus propios pies, otra voz ágiles!

Pronto...

Más de una ocasión, ha intentado cogerla, Hasta ha hecho ademán de querer tirarla contra el suelo. Pero la Márgara se defiende. El, no tiene fuerzas para nada. Y, sobre todo, ella siempre se lo dice: le hace daño, mucho daño

EL GRITO DE LA CARNE

Hoy el Tejón ha caminado algunos pasos,

Está feliz y optimista

El día se presenta, Iuminoso. Allá abajo, parece que hirviera el estero. Los árboles estiran sus sombras violetas sobre el ocre polvoso de la tierra.

Tararea una canción que creía haber olvidado, Y espera a la Márgara. La espera con un ansia que antes no ha sentido; con un ansia que le retuerce los huesos y le hace temblar las mandíbulas en escalofríos extraños. Será hoy! Seguramente, será hoy! Toda Su carne, Como un campanario de músculos, ha tocado arrebato. Sus ojos se pegan a la puerta. En ocasiones, salta hacia afuera, al pie del camino. Y explora anhelante las rutas del Cerro, donde vive don Mite con sus hijas. Seguramente, será hoy!

De pronto, cuando menos lo espera, como una aparición: surge la muchacha riendo prieta, alegre, provocativa.

— Tejón!

— Márgara!

— Cómo sigues?

— Más mejor. Ya ni me duele la herida, Vela, Está cerrada, Ahora, me parece hasta mentira que me haya estado pudriendo. Si no hubiera sido porque tú me cuidaste!

No se atreve a mirarle la cara. Ella también está intranquila. Los ojos le saltan como pepas de jaboncillo, No sube donde poner las manos.

Por decir algo, al fin, pregunta:

— Así que desde el lunes vas a trabajar?

—Si. Si Dios quiere!

Se hace un silencio prolongado, en que ambos sienten que un extraño calor les quema las carnes. La Márgara vuelve a hablar, nerviosa, temblando:

— Me creo que va a ser dificilísimo vernos. El viejo está cucarachero, Y como le dan esas fiebres tan fregadas.

— Así es.

Lo dice por decir, sin prestar atención a sus palabras. Vuelve u haber otro silencio, pero esta vez él lo interrumpe:

— Márgara!

La De lo surge extraña, tan extraña que no parece suya.

— Qué?

— Márgaral...

El mismo no se da cuenta de como lo hace. Se trata de un asalto inconsciente de su carne tumultuosa.

— Márgara!

Le ha brincado al lado. La ha apretado a su cuerpo, furiosamente, Ha querido fundirla, despedazarla junto a él. Sus manos piratas la han saqueado. Primero por la garganta estremecida, por los senos clamantes, por el vientre ondulado, por los muslos tensos...

— Así no, Tejón, así no!

Pero no puede protestar más,

Poco a poco, se va abandonando.

Cada vez la electriza más la caricia incesante. Parece que su cuerpo buscara un acomodo de respuesta a las ávidas manos; parece que temblara su carne, como una canon balumosa. Y que, de pronto, toda ella se volviera una hamaca propicia para el cuerpo del hombre.

— Pero si te hace daño a vos, Tejón! Pero si te hace daño!

Conversaciones que se acercan, los separan.

Ambos están rojos, temblorosos, No se atreven a mirarse, La Márgara dice, al fin:

— Bueno. Lo que es yo.....me voy!

— Pero, vuelve!

— No! Para que empieces con las andadas?... Ya ves ahora? Por poquito!

Hay un gran silencio Heno de indecisiones. entonces, yo voy a verte. Quieres?

La Márgara no dice nada. Tejón continúa;

— Te voy a ver para largarnos.....quiere?....

Ella ríe y no contesta:

— El mes que viene.....quiere Ella sigue riendo, sin contestar.

Lo mira por última vez. Ríe más fuertemente.

Y arranca a correr por el sendero que la lleva al Cerrito.

CAP. II

OLOR FAMILIAR

Néstor había nacido y se había criado entre faldas, unas faldas grises y aristocráticas, fragantes a pasado.

Cuando pensaba en su niñez lejana, no podía evitar el recuerdo almidonado de las tías empalagosas. ¡Sólo veía eso: faldas. Unas faldas de pliegues rancios y de telas gruesas que se arrastraban, como alfombras, sobre los pisos temblequeantes. En esas faldas se enfundaban holgadamente los rostros angulosos de las hermanas de su padre; rostros en los cuales las enfermedades del estómago y el sirve de las familias coloniales, ponían una rubrica estrambótica,

De ellas se escapaba un denso olor a tumba.

Sólo vivían para él.

Lo cuidaban, como hubieran cuidado un blasón. Esforzábanse en satisfacer el más mínimo de sus caprichos. Le rondaban el espíritu, con un cariño miope, de murciélagos, Disputaban constantemente en esa diaria contienda para agradarlo, para buscar lo que, según ellas, pudiera hacer su felicidad presente o futura. Lo impregnaban de consejos anacrónicos que le servían como de arrullo.

Lo recordaba en bruma, como si se tratara de otro que no tuviera la menor relación con el.

Era por las noches.

La luz mortecina del gas manoteaba las sombras, sobre las paredes de quincha. La hamaca de mocora roncaba torvemente, Aparecían, entre las severísimas faldas, las cuentas funerales de un

rosario. Carraspeaba el viento de la orilla entre las rojas tejas de los techos. Venía la voz cansada y lenta del río, como el canto de un ebrio,

Los tres mecíanse en la hamaca.

Tenía que ser decente. le decían. Muy decente!... Que no se olvidara que estaba emparentado con lo mejorcito de la ciudad. No debía de reunirse sino con los iguales a él. Debía conservar su sitio. Jamás mirar a la canalla, Para 0so, tenía dinero, Para eso, no necesitaba trabajar ni pedirle medio a nadie. Las haciendas le producían caudalosamente. La tierra se abría, no muy lejos, en el parto millonario del cacao; del cacao, la pepa de oro, Lo que debía hacer era muy sencillo. Darle lustre al apellido. —Demostrara: lx ciudad lo que vale un hombre bien nacido. Triunfar, triunfar, en todas partes. Para esto nació con los caminos hechos.

Hablaban casi al mismo tiempo.

Sus huesos se ponían verticales, Se olvidaban de impulsar la hamaca. Sus narices encorvadas se dirigían al techo. Parecían estirarse más y m1 Danzaban miradas desafiantes alrededor. Y, casi siempre, terminaban lamentándose. Los tiempos cambiaban. Había que tener mucho cuidado. Mucho cuidado! Ahora todo el inmundo se creía gente. Muy pronto las cocineras y las sirvientas tendrían hijas doctoras. No habría como salvarse en Guayaquil. Los apellidos se mancharían, se desparramarían, como una alfombra hecha pedazos.

Y su misión era salvar el apellido propio. Mantenerlo inmaculado. Darle el brillo que le legaron los antepasados,

Cuando le hablaban del apellido, parecían dibujar un árbol genealógico. Sus manos tomaban aires de cábala. —Reían nerviosamente, clavando sus ojos. en el infinito. Era como si no hablaran para él, sino para un auditorio lejano, invisible,

Poco a poco, Néstor perdía la noción exacta de cuanto lo rodeaba.

Veía confundirse los ropajes oscuros con las paredes ensombrecidas. Las tías parecían estilizarse. A ratos, le daba miedo, un miedo extraño… Verse en ese caserón tan grande y chirriante, en el barrio viejo y empingorotado. Y hallarse tan solo. en medio de esas mujeres que casi no lo parecían; sobre todo en ciertos momentos en que las veía realizar movimientos automáticos, solemnes, litúrgicos, como si se tratara de una misa de esqueletos,

EL AGUAJE

Las vacaciones las pasaba en la Hacienda,

Era su mayor placer, apenas llegaba, descalzarse, Treparse, después, sobre el lomo tibio de un caballo. Y galopar. Galopar sobre las verdes vellosidades de la tierra, apenas limitadas por los huesudos algarrobales.

Quizá fué la mejor época de su vida.

Se sintió libre. Con una libertad animal, primitiva,

Toda la herencia aventurera que dinamitaba su sangre se voleó caudalosa en el agro montuvio, Saqueó las emociones de esa vida. Enlazó potros y bueyes. Pescó bocachicos y bíos. Cazó tierreras, ardillas y gallaretas. No dejó rincón sin visitar. Se sorbió el ambiente, como si fuera un trago de

leche de tigra. Oyó tembloroso los cuentos de los viejos. y bailó entusiasta en las chozas pajizas de los peones.

Al principio, se entregó totalmente,

Fue la comparación del escenario nuevo con el de antaño, de las paredes grises y de las tías taciturnas. La naturaleza lo venció y lo captó. Lo realizó todo, sin otra finalidad que la saludable y espontánea de gozar. El paisaje lo vió sonriente, agradable, propicio, El continuo funcionar de sus músculos, lo tornó vigoroso. La buena alimentación, la falta de inquietudes, el ambiente saludable y tranquilo del campo, lo ayudaron a modelar. Por eso, apareció alto, esbelto, ágil. Iguala los guayacanes victoriosos.

Sólo muy de tarde en tarde, escribía a las tías lejanas, brumosas en el recuerdo, Contábales girones de su mueva vida, Respondía a sus exigencias de retorno, postergándolo cada vez para próximas fechas; por más que se le recordara que el Colegio ya funcionaba, que se le había matriculado, que sus compañeros y profesores lo esperaban.

El choque primero que lo hizo reaccionar en el ambiento, fue la mujer del guía más viejo.

Las hábiles caricias de esa mujer toda ternura, lo iniciaron en las rutas del amor. Y, desde entonces, su salud desbordante se orientó únicamente hacia ese fin.

Las mañanas y las tardes las pasó al lado de la morena recia, musculosa, mayor de treinta años, olorosa a arroz maduro, a vainillas de algarrobo; y posesa de fervores vegetales.

Pero, pasado el primer instante, notó la disparidad de sus vidas.

Se advirtió distinto. Con tensiones de bejuco templado, con apetitos diversos. No! No la canoa de pieza, de vientre partido y llena de cuadernas! Quería, más bien, agilidad de canoa de montaña, de pechiche o chirigua. Que fuera balumosa y esquiva, difícil de gobierno, pero en la cual pudiera sentirse siempre el amo.

Así descubrió súbitamente que era el dueño, que tenía derecho a escoger. Y todo fue cambiando ante sus ojos. Primero, la visión de los hombres,

Los vió agrupados a su derredor, inclinándose, Era en el incendio de los arrozales asoleados, cuando todo se dora y se abrillanta, hasta las espaldas encorvadas; era en Jas tembladeras pulidas. olorosas a lagarto y a fango podrido, donde los cuerpos se hunden hasta el cuello; era en las sabanas sartenejosas, sobre el galope inaudito de los caballos del rodeo; era en los barqueos de leche, de quesos o de frutas,

Y él siempre en medio dominador, Todo por él y para él.

El oro verde del janeiro, el oro blanco de la leche, el oro rubio de las espigas.

Todo! Todo por él y para él!

Nada se movería en la Hacienda, si él no quisiera.

Podía talar las montañas, quemar las casas, despedir los peones, condenándolos a la miseria y al hambre: Alí su voluntad era la Ley.

Esta conciencia de su poder lo cambió.

En tanto, el río seguía bramando. Los mangos y los tamarindos florecían. Subían y bajaban las gasolineras cargaditas. Se desmontaban más cuadras. El verano estriaba, con sus lampas de fuego, la punza negra -- verde de la tierra.

Y así fue como empezó.

Aguaje loco le irritó la sangré.

Se le dilató la nariz. Una fiebre de semilla espolvoreada le rubricó las pupilas. Como lagarto en tembladera, se extendió. Parecieron crecer sus fuertes músculos. Sintióse máximo de savia. Montó los caballos y las canoas de la hacienda, con los ímpetus más raros y salvajes.

En las chozas humildísimas, lo vieron las mujeres asustadas. Trepó las escaleras de caña. Sentóse en las hamacas de pita o de yute. Las quedó mirando largamente, escogiéndolas. Procuró pasarles su fiebre exasperante. Las tendió sobre el cuerito de venado o sobre el petate rumoroso. Y allí, casi a la fuerza, las roturó de amores incendiarios.

De nada sirvieron súplicas, defensas o amenazas.

El niño Néstor no entendía. Creyérase que su ansia sembradora iba creciendo, creciendo, Ya ni siquiera las: asaltó en sus míseras viviendas. Fue, sencillamente, donde las encontrase. Bajo un tamarindo, sobre una canoa, hasta en el lomo móvil de un caballo. Era tan preciso, tan rápido, tan violento, que el abordaje inaudito trancurría para ellas como un sueño. Cuando acordaban, las rondaba el ágil cuerpo blanco, bejucoso, vibrátil

Y poco a poco, también parecieron acostumbrarse.

Se entregaron en mansa quietud, con los ojos atónitos clava= dos en el horizonte, estremecidas de dolor y de angustia, acaso anestesiadas por placeres desconocidos.

En esto, las tías enviaron una carta conminatoria.

Tenía que irse a Europa, le decían, Habían visto que no quería volver a Guayaquil. Se pensaba matar en el campo. Lo mismo le había pasado al tío Carlos —Dios lo tenga en su santa gloria!--- lo mismo! Y los hombres de la

familia habían nacido para otros menesteres. Debía irse u Europa lo más pronto.

A, principio pensó protestar, resistir.

Ya era casi un hombre. —Deseaba hacer lo que le viniera en gana, Además, era tan bella la vida de la Hacienda! Se sentía tan fuerte, tan libre, tan feliz!

Pero, después, pensándolo mejor, acordándose de Jo que había hecho y del recelo con que empezaban a mirarlo en esos sitios. optó por decidirse a cruzar el amplio océano.

Sí. Lo mejor era partir, partir de improviso, sin que nadie se diera cuenta... Coger la primera embarcación, abandonar ese ambiente y no regresar hasta después de mucho tiempo!

Por otra parte, Europa — clases de Geografía y de Historia lejanas, recortes de periódicos y de revistas, cables interesantes, conversaciones escuchadas de refilón en las tertulias porteñas-- Europa lo tentaba desde hacía mucho tiempo.

Europa!...

AL verlo, las tías no pudieron contener una explosión de asombro:

— Cómo has cambiado! si te has hecho un hombre!

El, inclinó la cabeza.- Sonrió hipócritamente:

— La vida del campo, sería...”

Esta vez, hubieron más mimos que nunca,

Le tocaron con unción los brazos nervudos. Acaso, se les enredó en el pecho un suspiro de angustia, Lo miraron, rebuscále dolo. Le pasaron, en caricia dudosa, lis manos largas y huesudas. Rieron nerviosamente, como en los. mejores domingos de antaño. Procuraron complacerlo todo, absolutamente en todo.

Y esto fue a manera de una disculpa,

Entonces, aparecieron los mejores platos, las especialidades más recónditas de su sapiencia culinaria, Los ternos planchados en casa con la línea de los pantalones impecable, Ellas mismas hacinaron las planchas de hierro sobre los carbones encendidos; ellas mismas las cogieron en sus manos, armaron el apolillado, por falta de 110, burro de planchar y se deleitaron en el estiramiento de las telas almidonadas.

Néstor notó que transitaba en una atmósfera extraña.

Era como si in perpetuo abrazo tibio lo envolviera.

Aún por las noches ---en horas avanzas--- cuando por casualidad despertó, le pareció escuchar respiraciones a su lado. Acaso descubrió sombras movedizas circundantes. Y hasta oyó su propio nombre, pronunciado dulcemente.

Fue á manera de un remanso.

Ta vida anterior, dinámica y espolvoreada, necesitaba ese paréntesis de tranquilidad, de convalescencia.

Y un día:

— Adiós!..... Adiós, Guayaquil....

Bajaba el río,

Veía, como una cinta desflecada. la ciudad querida, Se saturaba de la estampa robusta de sus muelles mugrientos, donde había palos y palos: palos de pie, conteniendo el empuje bravío de lus aguas; palos echados dulcemente, como durmiendo. —Pululaba el hormigueo humano por esos muelles. Las balandras y canoas se mecían, anhelando desacirse. Unas cuantas gasolineras se despegaban del barco, que empezaba a marchar aguas abajo.

— Adios, Guayaquil.... Adiós!

Las tías, empequeñecidas tras de sus pañuelos clamantes, se empequeñecían aún más en su recuerdo.

EL RETORNO

Volvió de Europa con una sonrisa cínica en los labios.

Más delgado quizá, pero mucho más crecido. No en vano habían pasado cinco años. Usaba en su charla numerosos términos de procedencia extraña. Al andar, lo hacía garbosamente, como meciéndose. Cuidadoso de su persona hasta en los mínimos detalles, parecía un figurín de última moda.

Al saltar, había torcido su boca irónica:

— Ah! Todavía no tienen ustedes un muelle decente?

Pero lo que lo había hecho hervir de desesperación y repugnancia, fueron los botes fleteros.

—Y uno ya a tener que desembarcar allí?

Las tías hicieron un ademán de resignación.

--- No hay más remedio, hijito.

Entonces, él había torcido el gesto. No había mirado a nadie. Se había sentido como lastimado en su delicadeza y en su orgullo.

El río seguía portando sus palizadas. Se enfurecía contra las balsas de los muelles chirriantes, poblado de canoas y balandras, sacudido de barcos fluviales, empenachado, a veces, con el humo denso y prieto de los barcos mercantes.

Guayaquil se echó, como una mujer, en brazos del recién llegado. Fuéronle propicios todos los ambientes. Su paso despertó un perenne murmullo de admiración!

— Acaba de llegar de Europa...

— Sus haciendas no tienen límites.

— Y son de cacao.

— Sí. De cacao, la pepa de oro!

— Suerte que tienen algunos,

— Así es..... Suerte!

Le llovieron las invitaciones. Tuvo que asistir a varias fiestas cada día. No alcanzó tiempo ni para respirar, En las crónicas sociales apareció su nombre en primer término. Su estómago se resintió un poco, Unas profundas ojeras le danzaron alrededor de los ojos. Nada le causó la menor sensación. Pensó, después de menudo reflexionar, que había nacido para vencer; que era el amo de la ciudad, así como un tiempo fuera el amo de la hacienda.

Y de la hacienda le venía el dinero, el chorro desbordante, incontenible del dinero, El, mismo se admiraba a ratos de que --a pesar de sus gastos crecientes-- en ningún momento le faltara el aporte constante, caudaloso.

Y eso lo convenció más aún.

— No nacido para vencer....

Ahora, ni en sombra de recuerdo se asomaba el campo a sus ojos. No tuvo, ni por un instante, el deseo de visitarlo. Se olvidó de las mujeres y los paisajes propicios. Todo no fue para él si no la pepa de oro. Antojabasele que el cacao tenía un valor providencial para su casta; que era su mejor aliado, su amigo entrañable. Jamás se imaginó los trabajos de la siembra, del cultivo, de la secada, del transporte. Lo único que hacía era recibir el dinero que producían los otros, no sabía cuándo ni cómo. Con tal de que no fallase nunca el manjar de los dioses: con tal de que lo Hacienda, como una hembra fertilísima siguiera su producción fecunda.....

Y su aplomo, su aire de domador, dábanle más fuerza aún. Las pupilas de las mujeres del puerto, lo seguían en un abordaje de ansias. Los hombres iniciaban una envidia mal digerida. En el fondo, lo odiaban.

Hubieran deseado aplastarlo, como a un escorpión repulsivo. Espolvorearlo. Hacerlo desaparecer. Pero el efluvio matón de su persona y de su dinero. los marginaba, humillándolos.

— Ha llegado de Europa.

— Se le abren todas las puertas.

— No le resisten las mujeres.

— Qué yan a resistirle...Para eso tiene dinero.

— Mucho dinero!

— Además, viste tan bien! Ropa fina, impecable,

— Claro! Como que es cortada en Londres.

— Lo que hace el cacao, no?

— Así es.....El cacao! Ojalá les dure, no más...

— Durarles? quién sabe!.....

Y él reía, soberbio, siempre reía.

Frente a sus interlocutores, con aire demoníaco, de espaldas a los halcones, siempre reía.

Generalmente hablaba de sus viajes, de los países que había visitado, sobre todo del Viejo Continente. Era una Europa de baedeker. circunstancial, que llevaba en el bolsillo para diversión de su recuerdo y del anhelo de los otros. Una Europa personal, como si fuera mandada a hacer para él. Abigarradamente, mezcla. bu sitios. nombres y fechas. No le importaban diferencias esenciales, motivos suigéneris. Para él, Europa tenía una estampa definida e inconfundible, La había logrado u través de grandes fiestas, de interminables noches de orgía, de rosados músculos de mujeres mercenarias, de tintineantes copas de champaña, de automóviles desbocados y de pisos de lujo, Más que de Oxford, Ja Sorbona o Salamanca, hablaba del Rioja, del Alella y del Bordeaux, del Negreseo, del Soho, del Chez -- Nous y el Moulin -- Rouge. Más que del Louvre, del Prado o del Británico, conocía del Rolls, del Hispano o del Citroen. La estampa de los grandes trasatlánticos, de los hoteles cosmopolitas, de los raudos cochecamas, de las cortesanas famosas, le lanzaba en los ojos y en los labio.

No ocultaba su asombro de criollo rico y joven frente a la maravilla de los placeres innúmeros. Se le enredaba en la garganta la emoción revivida. Posiblemente, había ratos en que sentía de nuevo la mordida de las dichas

evocadas. —Entornaba los ojos. Respiraba trabajosamente, Quizá, también, sentíase un poco actor, Y le encantaba representa ese papel de hombre que —a pesar de su juventud— había saboreado intensamente los goces más ansiados de vida.

Hablaba gravemente, como orando. Los ojos de los oyen= tes se le clavaban, llenos de espectación. El silencio, tras su acento, era completo. La mayoría se identificaba con esa visión de Europa. Sobre todo, los que en lejana época también habían visitado las tierras del otro lado del océano.

Cuando alguno argüia tímidamente:

— Y las grandes obras de arte? Y los espectáculos maravillosos de la tradición y dela Historia? Y los monumentos asombrosos? Y los aciertos definitivos de la técnica?

Lo rodeaban asombrados, fríamente, A veces, Néstor bajaba de su soberbia habitual. Lo miraba impertinente, Y respondí

— Debe haber algo de eso. Pero a mí, francamente, no me interesaba. Me faltaba tiempo para goza...

En esto, murieron las tías.

Se fueron, una tras obra, en cuestión de pocos meses. Quedamente, sin dejar rastro. Así como vivieron.

Se habían ido secando, secando, igual que si se tratara de frutas en estufa. Habían hecho un silencio de tumba frente a la vida de Néstor. Lo habían mirado todo, lo habían sabido todo. Quizá. en el fondo, hasta lo aprobaron. Se tornaron orgullosas de un hombre que ponía tan alto el apellido, Pero no habían dicho nada, Se habían adherido a las sombras de la casa, para no perjudicar en nada al triunfador. Acaso, este mismo deseo las había llevado más rápidamente al cementerio.

Néstor --a pesar de todo-- lloró,

Buenas, muy buenas las tías. Cómo lo querían! Cómo lo cuidaban!

Una verdadera red de recuerdos se le enredó u la cabeza, Dificilmente, pudo darse cuenta de lo que ocurría. Sólo tiempo después -mucho tiempo despues —el sub consciente le regaló esta visión:

Una carroza blanca, tirada por mulitas, sobre paralelas de hierro. Una serie de carros, también halados por los plácidos cuadrúpedos. Unos pocos hombres viejos, graves, taciturnos. Desde arriba, seguramente parecería el cortejo un gusano blanquinegro.

Al final, la Ciudad Blanca.

Las bóvedas como ventanas. Las alamedas de palmeras. —Abrazos y lágrimas. Frases trascendentales, hechas vulgares y monótonas. Después, nada. El silencio. El olvido.

Atrás, el cerro. El ocre cerro, torrencial de calaveras.

BARRANCO ABAJO

He aquí que, de pronto, brusca, cortante, cruel, la vida le dió su fustigazo,

Llegaron los años malos: El cacao, la pepa de oro, se vino al suelo.

Fue tan de improviso, que nadie pudo prepararse. Cayó, como una maldición, en la ciudad porteña. Obligó, de inmediato, el retorno de miles de ausentistas. Sembró la miseria por las calles tropicales y por el agro montubio, La economía total del país sufrió un desquiciamiento. Hubo más amarillo en el rostro de los obreros y los campesinos. La tisis y el paludismo les clavaron más hondo sus garras inmisericordes. Pequeñuelos famélicos y exangües se hacinaron en los hospitales y hospicios, o fueron a inundar los cementerios.

Era un toque de arrebato.

Se extendía la noticia, sobre los puertos y sobre los barcos, como una bandera de exterminio. Sembraba pánico en los mercados y en la Banca. Se restringían los créditos. Se paralizaban las transacciones mercantiles. Escaseaba, cada vez más, el trabajo. Huía el pan, como una sombra evasiva. La vida de estas zonas tornabase terrosa, gris, hostil, imposible.

La escoba de la Bruja!

La escoba de la Bruja!, decían en las haciendas. La escoba de la Bruja, en las chozas de caña y de bijao, en los ríos rumorosos, en las canoas y en las gasolineras, en los muelles y en las balsas. La escoba de la Bruja, en las mangas cerrazonas, en los tendales y en los trasatlánticos! La escoba de la Bruja!...

Y se repetía, como un eco, el nombre maléfico, en todos los campos, en todos los pueblos, en todas las ciudades, en todo el país y aún hasta afuera...

Surgía como una especie de cáncer de la tierra.

Poco a poco, se iba hundiendo en las matas asaltadas. Les elevaba traidora sus garras vegetales, igual que un pulpo sediento. Trataba de estrangularlas. Les sorbía la savia. Les retorcía las ramas y los troncos. Les

pulverizaba las hojas. Les echaba a perder todos los frutos. No estaba satisfecha, hasta no asistir a la muerte de aquél que asió en su furia.

Y así se nutría de miles de sembríos, asolándolos.

Crecía velozmente, como ráfaga de viento sudeste. Despoblaba los campos de cacaotales y de hombres. Su paso era saludado por una corte millenaria de esqueletos. -

La escoba de la Bruja...

Y crecía, crecía...

Al final, sobre lo que fuera troncos fuertes, ramazones soberbias y complejas, frutos copiosos, solo quedaba ella. Ella sobre las matas expirantes, cual símbolo de muerte y exterminio.

La escoba de la Bruja! La escoba de la Bruja!.....

Y pareció que el parásito maldito se le hubiera enraizado en la propia vida.

Néstor, desde entonces, fue ya otro hombre. Se le antojó que llevaba -- que llevaría perpetuamente-—una escoba de la Bruja enrolándose en su cuello.

Y --como si puesto en la orilla, hubiera que rodar barranco abajo—Je vino una enfermedad terrible: Esa infame tifoidea que pudre las tripas y desmenuza la existencia, Los músculos se desinflaron irónicos, desarropando los huesos angulosos. Se volvió. cetrino, cejijunto. Masculló frases sombrías, como discurso cotidiano. Pensamientos de muerte y de fracaso que antaño nunca tuviera, roturaron ahora su frente, Empezó a buscarse dentro, a vivir una vida de sí mismo que jamás había soñado. A manera de Cristóbal Colón inesperado, se hundió en el mar de su ser, para encontrar los nuevos horizontes. Y se encontró derrotado, vencido, toda noche en su alma, desconcertado frente a los problemas de la existencia. Como hubiera sido un niño ciego y tuviese una súbita iluminación interior.

Empezó a pasearse por los lugares más solitarios, como un sonámbulo: Evitó encontrarse con sus amigos de antaño. No asistió 4 ninguna, de las fiestas -- ya muy pocas —a que fuera convidado.

---Se está acabando, —comentaron.

---Sí. Es un hombre al agua.

—La neurosis lo mata. Lleva A cuestas un pesimismo que contagia

---Si. Hay que apartarse de él, porque hace daño.

—Quién lo hubiera pensado, no?

—Quién? Cualquiera! Así son nuestros ricos. Sin dinero no valen nada

—Asi es… Y todo por el cacao!

— Por el cacao, no! Por la Bruja!

— Maldita escoba de la Bruja!

— Maldita!

Pensando vengarse de los desaires de otrora, muchos sugerían esta la acción terrible de alguna droga poco edificante.

Pero había algo más. Súbitamente, también, se había sentido in dinero.

Cuando lo advirtió por primera vez, sintió curiosidad.

Cómo sería aquello? Anhelar algo y no poder adquirirlo. Que le cerraran, por decirlo así, las fuentes de la vida... Hasta lo divir16. Por fin habían notas nuevas en el pentagrama gris de su ruta; por fin había fallado la inagotable catarata de las pepas de oro. La escoba de la Bruja le brindaba esa emoción suprema.

Pero su diversión pasó muy pronto. El mundo no era como el había creído.

Todo! Todo se adquiría con ese dinero: que antaño despreciara. Los amigos, el poder, las mujeres, la independencia, las sonrisas, el confort, el bienestar, todo!.....Por. más que estirara el brazo. Por, más que ordenara, por más que ansiase furiosamente.....solo el vacío y la angustia tenía como respuesta.

Se convenció tardíamente: El que no tiene dinero está sólo, Sólo, en medio de anhelos y de sombras.

Se dedicó a varios negocios, pero en todos fracasó.

Nadie le tenía confianza; nadie quería comerciar con él; nadie ercía, por otra parte, que fuera capaz de hacer algo y, menos aún, que se hubiera regenerado. Ya sin la aureola del rico recién Negado de Europa, era peor que cualquiera de los más humildes mercaderes. Y así lo comentaban éstos, a su espalda, vengándose de las humillaciones que antaño les brindara.

— No es lo mismo jugar al bridge.

— O tomar cocktails.

— O conquistar la mujer de otro.

— Acá es distinto.

— Acá es donde se prueban los verduaderos hombres..

— Ahora te veremos agachando el lomo.....

— Ahora ganarás el pan con el sudor de tu frente.

Además, él, que nunca había trabajado antes, que ignoraba de qué medios había que valerse para ganar dinero, desconocía totalmente aquello en que emprendiera. Y, por eso, lo único que consiguió fue perder lo poco que, al principio, le dieron en crédito. Apenas, si no perdió San Pancracio. Intentó venderla, pero nadie le ofreció medio por ella. Es que la isla tenía mala fama. Decíase que cuantos intentaron trabajarla, perdieron lo que poseían,

incluso hasta la propia vida. Se citaba una serie de casos, entre otros el del primer dueño a quien se la donó, en trueque de bélicos servicios, el Viejo Luchador, Eloy Alfaro.

Su orgullo despertó con los obstáculos. Se acordó de su apellido. Le pareció que las tías le rondaban, animándolo.

Y -- súbitamente — se decidió.

Sí? La isla maldita? La que nadie quería habitar y, menos un, comprar? Pues ya verían. El, por su apellido y por su casta, iría a labrar fortuna en ella, Lucharía como un macho. Y así como un tiempo fue el dominador de los hombres y mujeres de la ciudad, así también. acá sería el vencedor, el único amo.

Apostrofaría a los incrédulos de su valor--de ese nuevo valor humano que le encendía las venas --con el triunfo definitivo, Como banderas de carne enseñaría después sus blancas manos callosas y creadoras.

SAN PANCRASIO

Y San Pancracio es un oasis.

En medio del archipiélago de las islas de fango y de los manglares monótonos y verdinegros, enseña sus cerros alegres y fogosos. Tiene agua dulce, Es la única isla que tiene agua dulce por esos contornos. En sus tierras fértiles crece la flora más variada. Desde el cocotero empinado hasta el algarrobo gritador; desde el ceibo milenario, hasta los bledas y verdolagas fugaces. En sus bosques se aprietan los brusqueros intrincados, en laberintos de entusiasmo. Miles de animales distintos se agitan en ese ambiente tumultuoso: la equis rabo de hueso, que mata al instante a] quien la toca; el jaguar, que acecha tras los troncos carcomidos; los venados saltarines, que se apelotonan bajo los frondosos árboles de pechiche o de chirigua: los patillos, los alcatraces y las garzas. que n veces cubren el cielo con su vuelo impresionante.

Es una isla enorme,

Tiene varias clases de tierras. Ciénegas ilimitadas. propiciase w Jos saurios y a las gallaretas, donde hay almácigos copiosos de verdura polícroma, en tamaños innumerables. Salitrales gigantes y estériles, que el mar lame furioso en los aguajes; salitrales de horizontes infinitos, en cuyos bordes crecen alcaparras tímidas. Tierra fértil, de monte apretado, como cabeza de negro; tierra madre de la selva victoriosa. Y también por contraste, tierra seca, dura, hostil a las vegetaciones productoras.

Néstor compró una balandra, la Sulinterma. Tenía ese nombre y no le pareció oportuno cambiárselo. —Adquirió semillas de al runas clases, especialmente de aquello que, consultando, creyó sería lo más rápido y seguro. Consiguió en el Conchero algunos peones, la mayoría de San Manuel del Morro. Compró unos caballos y mulares; una canoa de pieza y dos canoas de montaña.

Y se lanzó de lleno a trabajar,

Le sonreía la esperanza. Le vibraba el espíritu en clarinadas de aurora. Sentíase resurrecto. Los ojos se le empapaban de los horizontes anhelados. Y las blancas manos, prendidas de la faena constante, se tornaban fecundas y dinámicas.

El mismo se antojaba una semilla más tirada al archipiélago.

Pronto sacudió u las islas solitarias el alarido formidable de la madera herida.

Cayeron los algarrobos, los nigüitos, los colorados, las secas, los cabo -- de -- hachas, los cascoles.....todos los soberbios caballeros de la selva, En medio de los brusqueros agrietados y de los troncos desafiantes, apareció la carne prieta de la tierra. Las víboras pérfidas huyeron zigzagueando sobre las raíces oprimidas. Las pavas de monte se elevaron asustadas, enseñando sus cuerpos negriazules, como banderas piratas, Los patillos iniciaron su vuelo tardo y pesado, gritando: "el que huyo, vive..."

Un sano calor de vida recorrió Pancracio y se extendió por todos sus contornos, u través de los esteros salados, u través de los manglares tupidos, a través del fango agujereado de las islas.

Muy pronto llegaron visitantes de los sitios vecinales,

Viejos cholos solitarios, como conchaprietas adheridas a los mangles, se acercaron con recelo, Acaso les chocó la aparición de este hombre blanco. Posiblemente les hirió su soledad tan defendida. Pero la estampa de la lucha los ganó. Y, entonces, se ofrecieron a ayudarlo. Empezaron a traerle regalos. Regalos de peces escogidos: pámpanos, parbos, ureles. Regalos de los más raros que producía el laberinto de plata de las aguas marinas. Regalos de carnes: de tortuga, de venado, de ardilla, de pato o de gallina de monte. Regalos de crustáceos: cangrejos, simbocas o jaibas. Regalos de mariscos: michullas, ostiones, caracoles o lloronas!

Y el nombre del blanco se extendía dominador por todas las islas.

Los cholos lo repetían llenos de admiración. Don Néstor sí que sabía trabajar. Quién sabe qué cosas no más realizaría. Es que pura eso era

blanco. Ya ve como los blancos habían levantado esa ciudad de casas grandotas, allá sobre el río Guayas.

Ah, los blancos...

Y esta marea de admiración pasó las aguas saladas. Viajó sobre las balandras y canoas que llegaron a las bocas de Chupadores y Moquiñañas. Siguió la curva dulce del Guayas anchísimo. Se hizo arroz cotidiano en los fogones cholunas. Se arrimó a los muelles desvencijados de la Eléctrica, de la Italia y del Conchero. Y un buen día amaneció en Guayaquil, la capital fluvial de estos contornos.

Entonces, a don Néstor se le abrieron las tiendas de los gringos. Se le otorgó más crédito. Se le tuyo confianza y adhesión. Parecía que esta vez era muy cierto, El hombre se había dedicado a trabajar.

Y don Néstor se hinchaba de entusiasmo.

Se levantaba muy temprano. Iba en persona a vigilar los trabajos de la peonada, —Cuidaba de que los palos buenos fueran separados, para sacar durmientes, calces, riostras, bases o, y esto mejor aún, enormes alfajías.. Cuidaba de que se repicaran bien las ramazones y que todo quedara listo para Ja quemazón, Especialmente, (que se manguearan los desmontes. Así no se pasaba la candela y jamás se incendiarían.

Empezaba a querer la isla,

Por las tardes, se asomaba a la ventana de la vieja case de caña, para contemplar toda la orilla. Allá, hasta la curva de los Colorados, que el estero lamía silenciosamente, como dormido, Los bajos — igual que tintoreras encadenadas —- enseñaban de vez en vez, su lomo sepia.

Y --en tanto-- la montaña rugía.

Se empinaba para librarse del abrazo asesino de los hombres. Despeinaba su cabellera de árboles elásticos y sus vellosidades tiernas, siempre verdes. Hubiera anhelado desenraizar sus ceibos milenarios, o sus cascoles o ébanos pétreos, para acostarlos sobre los derribadores.

De las islas vecinas parecía llegar la carcajada irónica de los mangles. Toda la fauna marina se detenía. Y acaso la vieja San Pancracio, per sécula intocada, empezaba a saborear el licor gris de la venganza.

CAP. III

ABUSIÓN

Es muy temprano.

Se acerca a la ventana y mira por ella los manglares del frente. Apenas, se destacan éstos de la orilla, en la sombra. Hace frío, mucho frío, Un frío que huele a sal y a ñanga marina. Un frío que se mete por entre las paredes de caña, para despertar a los hombres.

Estrepitosamente, suena la campana.

Y, después, va a lavarse,

Viene, en ráfagas violentas la canción de la montaña.

Parece que los yuca -- de ratón y los jobos vecinos se estiraran, desperezándose. Del gallinero llega el vocinglerío de las aves domésticas, que a ratos se confunde con uno que otro grito desperdigado de los animales de la selva. Sobre el lomo gris --sepia de los árboles adormilados, empieza a sonreir la luz del sol.

Hace dos meses que don Néstor está en la isla,

Se encuentra satisfecho de la faena realizada. —Lleva unas diez cuadras desmontadas, limpias, ahora, como la palma de la mano, Manchas blancas y negras, arbitrarias, indican la huella del furor incendiario de los hombres. Numeros enormes de leña repicada se apiñan en diversos rincones de las

pampas peladas. Al principio, pensó vender esa leña a cholos desmonteros que se dedicaran a picarla y revenderla en Guayaquil. Pero, después, se le antojó que ese era un negocio que no debía dejar pasar y esperó que se terminaran los trabajos de los grandes desmontes, en los sitios escogidos para la siembra, para entonces dedicar la peonada a quemar carbón y rajar leña. Echado en su hamaca roncadora ha hecho muchas tardes números y números, calculando ganancias fabulosas. Por fin, hoy, después de tanto esperar, se va 4 comenzar con la parada de los hornos. Ya en la ciudad se ha pedido a don Bohórquez las saquerías necesarias, Todo lo tiene listo y, como se avecina el invierno, las ganancias serán mucho mayor

Ladran los perros.

La mañana empieza a fijar los perfiles de las cosas.

Don Néstor se ha puesto una cotona blanca, sobre sus pantalones de casimir. Baja por la estrecha y empinada escalera de la casa, Y, e nel portal, espera a la peonada.

Los perros se acercan, rodeándolo, moviendo la cola, en saludo interminable.

Por más que les dice:

— Pasa, Otelo! Pasa, Princesa! Pausa, Leal!

Ladran desesperadamente. De vez en cuando, le lanzan una mirada profunda, como pidiendo aprobación. Saltan, Se gruñen entre ellos. Y sólo cuando se aproximan los peones, se lanzan al camino.

Los peones vienen en hileras de a uno. Todos descalzos. Con el hacha terciada al hombro, Vestidos con telas de sacos vacíos de harina, descolorida y remendada. La mayoría lleva sombreros de hoja de palma deshilachada y fuma gruesos puros, para espantar la plaga.

— Buenos días, patrón!

— Buenos días!

Se adelanta el viejo Guayamabe.

— Qué pasa?

El Mayordomo se rasca la cabeza sin saber cómo empezar.

— Pues verá usted.....Patrón.....Por qué no hacemos parado el horno?..... Los echados son facilísimos de quemarse. Facilísimos Cuando cogen fuerza, parecen endiablados los maldecidos..... Y entonces quién los aguanta?

Don Néstor duda unos instantes.

Por lo que ha oído a otros. el Mayordomo tiene razón. Además que, cuando lo dice, por algo será. Basta ver a ese hombre para darse cuenta de que sabe mucho y de que no engaña nunca. Esos ojos penetrantes, que jamás

parpadean, tienen un no sé qué de fuerte y de acerado que subyuga y da impresión de lealtad. Pero... cómo va a ser posible que se le queme su primer horno? No! Sería demasiada mala suerte. Hay que hacerlo echado no más.

Los parados llevan mucho tiempo y además son de pocos sacos. En cambio, uno echado puede ser MEEO y ancho como una balandra, Es cuestión de vigilarlo. Claro que Guayamabe tiene razón, que son más difíciles de cuidar, Pero ya se verá el modo de solucionar esto, Cómo se le ya a quemar su primer horno en la isla?

— Lo hacemos echado, no más, Guayamabe.

— Yo decía, patrón, porque

— No, Guayamabe, haz como te be dicho.

Parece que el Viejo anhelara decir algo. Se le tuercen un poco las cejas. Los labios le tiemblan. Pero se contiene,

Después de todo, allá el Blanco con su negocio, El es quien manda, Y el que manda, manda, Ya cumplió con su deber. Lo demás, no es cuenta suya, Verdad que el trabajo se le recarga, que tal vez tendrá que ir a darse sus vueltecitas por las noches.....Pero, para eso es el Mayordomo. Y cuando tocan a fregarse, él tiene que ir a la cabeza!.....Si el Blanco quiere horno echado, pues se le hará echado, Ahora que, para decir verdad, él les tiene abusión u los hornos echados. Miedo, no!.....El no “e tiene miedo a nada ni a nadie..... Sencillamente, abusión, Le parece que un horno echado de esos, es un muerto. Muchos de los otros creen lo mismo, Pero se orinan de temor, creyendo que es un muerto que puede llevárselos. Por eso muy pocos se quedan a cuidar hornos echados.

— Está bien, patrón!

Se vuelve a sus compañeros y ya se va u marchar, cuando don Néstor le pregunta:

— Y el Tejón?

— Uhm, Patrón, El Tejón no anda muy bien, a lo que especulo. Tiene los humores malos. Suerte que no se le haya podrido la pierna. Veremos si la semana que viene ya puede hacer su cual(UÍer COSA....,

— Si sería bueno. Hace algún tiempo que no me descuenta nada,

Guayamabe da media vuelta:

— Vamos, muchachos!

Y cuando se han alejado algunos pasos, murmura:

— Me creo que el Blancos tiene mal vaho.

Don Néstor se desayuna con bolón de verde y café tinto. Agarra un cogollo de guayacán que le sirve de báculo, Se pone el sombrero alón de fina toquilla

Y se dirige, paso a paso a la montaña.

Va escrutando hasta el último brusquero. Sigue la trocha difícil que conduce al manantial, para de allí continuar hasta el Cascol. Parece que los árboles se le vinieran encima. La tierra, un poco resquebrajada por las postrimerías del verano, se queja bajo sus pies. Pero él la intuye pródiga, propicia, hecha alfombra de promesas. Poco a poco, siente despertar una ambición extraña dentro de sí. Nuevamente, el halago de lo propio, lo inunda, en hemorragía incontenible,

Como la hacienda, teatro de sus hazañas de niño, esto también es suyo, muy suyo.

Le crece la voluptuosidad de pisar la tierra, de clavar su talón dominante sobre las hojas crujientes. Se siente un macho --don Juan imposible —sobre la isla hembra. Y, en su plenitud de sueño, se imagina el parto exuberante de la naturaleza, como resultado de una cópula fantástica entre él y la tierra...

Felizmente, lo refresca el aliento de la montaña.

Se siente triunfador, pero con un sentido más humano, más real. Se convence de que esto es más cierto y más valioso, Hombre. Nada más que hombre. Hombre modesto de carne y hueso, ni más ni menos que los otros. Pero capaz de realizar grandes empresas -- trabajos mínimos y trascendentales --como ese de clavar el espeque viril que hará brotar Jos penachos de oro sobre el surco,

Como para sí mismo, murmura:

— Me estoy volviendo loco.....

"Loco. Sí, loco! Hablo solo. De verdad estaré hablando solo? Con quién hablo, entonces? No soy yo el que habla, Es algo que me grita en el cráneo. Esla ambición. Esla ambición, de rostro sombrío y maldiciente, Aquí está. Aquí la siento mordiéndome la nuca. Aquí respira en mis oídos. Es la ambición, es el afán de la lucha que me arrastra, que me domina, que me devora, que me hace verlo todo distinto. Sí! Es la ambición! Otra vez, la siento hablándome, clavándome sus ojos en el fondo del alma. Antes era yo, que ansiaba establecer un control de mis deseos. Ahora es ella la que habla. Es ella..."

Transformará esta isla, Traerá una aserradora, con sierras circulares, para cantear los palos; con sierras verticales de dientes de tiburón, para seguir veinte hilos en las alfajías. para hacer cuartones, varengas y tablas. Entonces, tendrá un remolcador para barquear las balsas de madera; un

remolcador de mucha potencia y bien marino. Sino capaz de que se hunde a la salida de Chupadores, o en el Estero de las Cinco Bocas, donde el viento sopla como loco. Por lo pronto, llevará durmientes a Durán, a vendérselos a los gringos del Ferrocarril Una balandra llena de durmientes puede dar mucho dinero..... Y, después, esperar, esperar. No ocupar la gente en muchas cosas. Ya viene la hora de la siembra. Y con eso habrá trabajo para largo, para muy largo. Estos cholos son pesados. No es como la gente de «arriba». Es que los cholos casi nunca trabajan sembrando. La mayoría se dedica a la leña de raja o de tuco, o a tejer sombreros de toquilla. Pero hay que aguantarlos y sacar de ellos lo más que se pueda. "Debo ser tolerante. Pura eso soy un hombre culto. Culto? Seré un hombre culto? Habré aprendido algo en mi viaje a Europa? Dicen que los viajes siempre dejan algo. Me habrá dejado algo el salto del Atlántico? No, lo que más me está dejando son las lecturas de los libros del abuelo. Bah! Pero eso es lo de menos. Qué importa la cultura! Con la cultura no se come. Sólo se come con el trabajo. Con el trabajo? Entonces, los que trabajan serían bien nutridos. Ja, ja, ja! Pero qué cosas pienso! No lo digo? Es ella. Es ella la que está hablando aquí, en mi boca, Estas palabras que digo no son mías, son de ella!... Eso es lo que he sacado de meterme en una isla, Yo! yo, de las mejores familias dé Guayaquil, descendiente de los colonizadores españoles, metido en una isla... Bueno. Y qué yale todo eso? Lo único que vale es hacer parir la tierra. Vuelvo con lo mismo. Sería curioso que-un hombre y una isla.....No lo digo?..... Es que no soy yo! Es otra voz que me surge en el alma...."

Y, casi gritando:

— Será verdad que me estoy volviendo loco?

"No! No estoy loco!... Es la alegría de la tierra, que se me abre como una caricia; es la alegría de que me florescan callos en las manos; es la alegría de humedecer el surco con el sudor de mi frente; es Ja alegría de saber lo que cuestan los frutos codiciados; es la alegría de clavar, como un cefalópodo, los dedos ardientes sobre el campo sembrado; es la alegría..... Mentira! Mentira! Lo que menos te interesa es todo esto. En el fondo lo único que te preocupa es hacer dinero, no pasar necesidades. Ah! Si el cacao siguiera dando! Si no hubiera aparecido la escoba de la Bruja. Si no te hubiera rondado el espectro de Ja miseria y el hambre,....jamás hubieras conocido San Pancracio!.....»

LA CARBONERA

Sin darse cuenta, llega al Cascol, donde trabajan los peones. Guayamabe le sale al encuentro.

---Creo que podremos prender uno de cien sacos.

— Tan poco? .

— Es mejor así, Patrón. Son más fáciles de cuidar. Y se acaban más pronto.

Don Néstor comprende que es inútil insistir. Claro que esto significa un estrangulamiento de su voluntad, pero sabe que Guayamabe es el mejor mayordomo de estos sitios. Y que conoce el campo como su propia diestra.

— Bueno, pues.

Los peones han empezado a levantar el horno.

Clavan una estaca, en un lado plano, previamente limpio. Empiezan a rodearla con maderas gruesas, especialmente tucos de cabo --de— hacha, de algarrobo, de guachapelí, de seca, etc... Los huecos que dejan estos palos, entre ellos, al ponerlos unos sobre otros, son cubiertos con tucos más delgados, varengas y aún astillas y chamizas. Las manos se agitan en torno al aglomeramiento de maderas que crece rápidamente.

Guayamabe se multiplica, dando órdenes, haciendo observaciones.

Don Néstor lo escucha y observa en silencio.

Toda la mañana pasan en esa labor.

El Mayordomo explica al Blanco, que empieza a dar señales de impaciencia.

— Es lo más pesado, patrón. Lo demás, se hace en un abrir y cerrarle ojos,

Ya entrado el día, después de examinarlo todo, cuidadosamente, Guayamabe ordena:

— Bueno, muchachos. Ahora, empecemos a tapar.

Han traído numerosos haces de paja, una paja larga y delgada, medio verde todavía, Cada cual coge, entre sus brazos, un montón de ella y empieza a acomodarla sobre la palería arrumuda del horno.

Alguno aconseja:

— Donde haya un hueco, hay que echarle más cuña. Porque si no, con el viento, puede malograrse todito el carbón.

En muy poco tiempo, terminan la "pajasón" y enseguida viene la «entierradas,

Se han conseguido unos cuantos sacos de carbonera. La mezclan con tierra negra del Pozudo. Le echan numerosas paladas, mojándola. Con unos palos largos, achaflanados, que parecen remos de balandra, golpean un poco la

paja, para hacerla compacta. La arrojan encima de Ja tierra acomodándola cuidadosamente, para que no quede ni un respiradero.

Pronto la enorme mole del horno va ennegreciéndose. La pata se va haciendo más ancha, por el aglomeramiento de los residuos:

Guayamabe murmura:

— Está misma noche podemos prender, para que el día lo agarre en toda su fuerza,

— Ya está!

Será la una. Hace un sol que penetra hasta los huesos. La montaña se silencia totalmente. No se divisa ni una sola aye, Se dijera que todo se ha inmovilizado, de súbito.

Los peones se alzan.

Se dirigen lentamente a la sombra de un frondoso pechiche y empiezan a comer el fiambre que les han preparado sus mujeres O que se han preparado ellos mismos. Como se ballan tan lejos, no hay tiempo de regresar a sus albergues. Además, van a trabajar de un tirón hasta que acaben.

El sol está a cada instante, más fuerte.

Se enciende la isla. Se doran los palmeros entusiastas. Los hombres empiezan a sudar, a sudar copiosamente, como si se bañaran.

Don Néstor tampoco regresa a casa.

Queda viéndolo todo, con ojos taladrantes. Se sienta sobre un gigantesco tronco de madera negra, que reluce como charolado, Un jobo copioso le presta sombra propicia, Aunque el calor le repica en todo el cuerpo, en ebullición indescriptible, una sana alegría creadora le sirve de sedante.

No ya a almorzar, no tiene hambre. Acepta un trozo de pintón asado que le brinda Guayamabe. Lo saborea con deleite y queda satisfecho.

Lo único que le interesa por ahora es ver como va el horno.

Su imaginación febril ya le presenta escenas de la acarreada para el Guayas, en el vientre enorme de Ja balandra; del negocio en el Conchero o en la Italia, donde están las ventas de carbón; de la lucha con los revendones, que son los que imponen el precio.

Pero lo que más lo entusiasma es imaginarse el carbón crepitando en los fogones, en los más ricos y los más pobres. Será una especie de voz de él. Igual que si estuviera presente en ese Guayaquil amado, que un día dominó. Se ye transformado en llama alegre y chisporroteante de los hornos de cascol, de guayacán o de coquito.

La encendida es muy tarde, casi de noche.

Guayamabe lo ha aconsejado así:

— Es que de noche los vientos son condenadísimos. Y es bien difícil contener el fuego. Sobre todo, ahora que se acerca el invierno y los nortes andan sueltos.

Sacan la varenga del centro y en el hueco que queda, meten la mecha. La encienden. Están un momento anhelantes, Sobre todo. don Néstor. Con los sentidos puestos en el proceso de la prendida.

Por fin, del seno del horno, sale un ligero chisporroteo. Después, una ligera columna de homo azul brota de mil sitios. de entre a tierra húmeda que cubre el gigante de madera. La columna de humo brota fina, tenue, como cernida.

Don Néstor pregunta quién se queda a cuidarlo esa noche.

Se adelanta un cholo de cuerpo recio y de facciones de mangle.

— Yo, patrón!

Don Néstor se tranquiliza.

— Bueno, Melgar. Pero a la menor cosa que pase, avisas. Si se le abre alguna tronera, le echas un poco de agua de aquí, de las orillas.

— Está bien, patrón.

Guayamabe insinúa:

— Sería bueno que te acompañe Pablito. Con él mandas a avisar cualquier cosa. Además, yo estaré rondando cada vez que pueda.

— Está bien, don Guayamabe!

El horno empieza a crujir.

La temperatura sube ligeramente, u su derredor. Parece estirarse el hacinamiento de las maderas. La atmósfera se satura de humo. Se diría que un retorcimiento de protesta quiebra la uniformidad gris de la tierra mojada.

Don Néstor se despide.

Mira lentamente el horno, mira a sus hombres, como midiéndolos, como pesándolos. Y emprende, paso a paso, el regreso hacia la casa de la Hacienda, a la orilla del estero grande,

La montaña parece despertar.

Se dijera que ruge a su paso.

Las hojas secas del camino se quiebran en protestas. Refresca un poco el viento matón que silba sobre la espalda de las altas ramazones, Los loros, posados en los pechiches, gritan furiosamente «güerré, güerré.....» Acaso una serpiente, tal vez una iguana, quizá una comadreja, huyen al sentirlo,

rompiendo apresuradamente las enredaderas mínimas y los yerbajos enanos. El guachapelí y el bototillo parecen sonreír irónicamente. Toda la flora esbelta y grande se abraza con lujuria inaudita. Poco a poco, la sombra se va tragando los perfiles de las cosas. La vida de la montaña se torna gris, misteriosa, uniforme. A lo lejos, posado en quien sabe que palo de guayacán, o de ébano, o de colorado, o de cascol, se escucha el canto medular y + melancólico del Punta de Estaca.

HUMO NEGRO

Como a las dos de la madrugada, se despierta sobresaltado,

Los perros ladran furiosamente. Do la orilla vienen gritos que, al principio no se distinguen claramente, pero que después se precisan.

— Patrón!..... Patrón...

Rápidamente, se tira de la cama. Se asoma a la ventana.

— Qué pasa?

No obtiene respuesta alguna. Sólo se escucha la misma voz, repitiendo:

— Patrón!.....Patrón!.....

Se viste como puede. Coge su carabina. Y baja dirigiéndose rápidamente hacia la orilla,

Ve una canoa tripulada por un muchacho, en actitud de espora.

— Bueno. Qué pasa?

— Nada, patrón. Que se está quemando el horno!

— Qué dices?

— Que está quemando el horno.....Por más que le hemos echado hartísima agua.

— Maldita sea.

Vuela hacia la campana de la Hacienda.

La agita furiosamente:

En la noche negra, tiene un eco pavoroso la voz de la llamada metálica,

Todo parece despertar súbitamente. De la ramada de log peones, vienen ruidos de gente en movimiento. Se yen brillar unos cuantos machetes.

Después, van llegando los hombres.

— Qué pasa, patrón?

Néstor murmura, con rabia.

— Se está quemando el horno!

Guayamabe ordena:

— Bueno muchachos, A ver los baldes y las palas.

Y, después, agrega:

Tenemos que ir por agua. — Así podemos llevar todo y es más rápido,

Algunos se alejan, corriendo, hasta la ramada. Los otros rodean a don Néstor, que está callado, sombrío.

Alguien dice:

— Palabrita de Dios. Yo creía que estaban atacando la Hacienda.

Pero Guayamabe aclara:

— Yo no. Porque no había disparos, ni ruidos de fierros. Además, a mí se me puso en seguida, Con lo que ha soplado tanto el norte, esta noche. Yo acababa de darle una vueltecita al condenado est...

Apenas llegan los peones con las palas y los baldes, Guayamabe ordena:

— Vámonos...

Don Néstor no dice nada, No puede decir nada.

Una angustia terrible, una rabia infinita, lo enmudecen totalmente,

Hace un frío entumecedor.

El norte sopla con fuerza, encrespando las aguas del estero. Apenas si se distinguen las masas pesadas de Jos enmarañamientos de los mangles de las orillas. De vez en vez, algún roncador deja oír su acento monótono, en algún recoveco del fango,

Néstor ruge de cólera,

Es el primer fracaso en San Pancracio. Es el primer esquinazo que le da la isla vengativa y traidora.

Le parece que de todas las maderas dormidas brota la carcajada fúnebre del sarcasmo. Por un momento, hasta piensa abandonar ese ambiente hostil, que no es el suyo. Volver a la ciudad. Emprender en cualquier cosa que de dé para vivir y donde la lucha sea con enemigos conocidos, concretos. Recobrar su prestigio de invencible en el amor y en la fortuna. Ser el as de los salones y de las fiestas. “Sí, Lo mejores eso! Aquí voy a perder los huesos y los anhelos. Lo mejores eso! Sobre todo, hay que hacerlo a tiempo, cuando no sea demasiado tarde. Lo de hoy es una advertencia. Es la isla

que me conmina a abandonarla. Menos mal que todavía es algo sin importancia, o, por lo menos, no es irremediable, Sí! Debo partir lo más pronto! Partir!... Pero sólo de pensarlo le da risa. Es una risa que le hiela la boca, Una risa de hierros desmenuzados. “Ja, ja, ja!... Ja, ja, ja!... El frío de la madrugada le refresca un poco, Mira u su derredor, Los cholos continúan impasibles. Parece que, de la otra orilla, le devolvieran su extraña carcajada. Pero esta vez, no llega a herirlo el eco. Cómo es de nervioso! Cómo se amilana por tan poco! Cómo se le viene el mundo abajo por cualquier tontería!

El descendiente de los aventureros españoles, el triunfador de antaño, poderoso y fuerte, despierta en su espíritu. Y, con la misma facilidad, vuelve a ser dueño de sí mismo. Puede hacer lo que quiera la Isla. El, acepta el duelo. La vencerá. La dominaré. La hará suya, eternamente suya. Para eso nació macho. Y para eso aprendió a vencer desde el día en que nació.

“Ah, San Pancracio, serás mía. Mía, por fin! Puedes hacer horcas. de tus bejucos, para torcer mi cuello; puedes desarticular los millones de brazos colosales de tus árboles; puedes hacer cubrir la marea de tus esteros; puedes inundar mis desmontes, hundir mi casa, ahogar mis hombres; puedes desencadenar los jaguares y los burriquillos de melena encabritada; puedes enseñarme las hileras agresivas de los colmillos de los saínos o de las tintoreras: puedes lanzar tus oleadas de mosquitos o puyones!... No temo a tu paludismo ni a tus desinterías. Si hay seres desconocidos en la tupida fronda de tu selva me río de ellos! Puedes moverte tú mismo, como un cetáceo gigantesco; puedes hasta huír de ese archipiélago: Yo seguiré sobre ti, a ti encadenado, como tu propia sombra! Acepto el desafío! Serás mía! Mía, por fin!...

“Pero estoy en mis cinco sentidos? A la verdad, creo que este ambiente no me sienta bien. De dónde, si no esos pujos de duelista con la naturaleza? La naturaleza es ciega, La voluntad no interviene en ella, ni ella tiene voluntad. En el fondo, son cosas mías. Lo falta de todo. El estar como un monje, en una isla. La ausencia de mujeres, del confort más indispensable, de la más mínima diversión. ¿Son cosas mías!..... Pero sostengamos el equilibrio, la serenidad, no sea que estos cholos me vayan a arrojar al agua. Estoy notando que me miran, como si yo fuera un hombre de otro mundo, como si fuera un ser sobrenatural. Es que somos tan distintos! No nos parecemos en nada, absolutamente en nada, ni siquiera con ese Guayamabe que tiene cara de piedra!...

A través de los manglares tupidos, distinguen las llamaradas.

Iluminan un gran sector del mangle. Se elevan, como rojas manos enormes que acariciaran la melena encabritada de la montaña.

Guayamabe murmura:

— Ya ha cobrado fuerza, Hay que apurarse!

Poco a poco, se oye distintamente el golpe del agua al caer. Con pequeñas intermitencias. Se adivina que el viejo Melgar está realizando un esfuerzo incesante, tenaz.

Saltan velozmente de la canon. Cada quien excepto don Néstor—coge su balde, lo llena de agua y se encamina hacia el horno, dispuesto a vencer al furioso elemento.

Don Néstor se cruza de brazos y observa.

Observa, sobre todo, a Melgar.

La llamarada del horno, voluptuosa y multiforme, lo arranca, u veces, de la sombra; le betea de incendio el rostro y el torso afiebrados. El retorcer de sus músculos vibrantes tiene un ronco son de epopeya. Se agiganta. Se hace ignoto. Cual si un rojo barniz ultrahumano le hubiera arañado las células. Los otros no hacen mala figura a su lado. Sobre todo, Guayamabe, el viejo conocedor de cien ambientes.

Al poco rato, el horno está completamente apagado.

Se le arregla, golpeándolo con las palas. Se le echa más tierra. Y --entonces sí -- regresan.

Sobre la nuca de los árboles gateados parpadea la aurora? El viento madrugador y pendenciero se hace cortante y cruel, Un ansia de respiración a pecho pleno dilata las nurices de los hombres. La canon anda despacio. Los remos caen, de tarde en tarde, sobre la piel medio encrespada de las aguas.

Guayamabe murmura:

— Ahora un café bien cargado. Y a esperar el día para ver qué pasa.

CAP. IV

LUCHA EN LA TIERRA

Se mira en el pequeño espejo donde se afeita.

Tiene el rostro envejecido. Los bigotes conquistadores de antaño están caídos. La boca se crispa en un rictus de cansancio. Los ojos quieren meterse dentro de las ojeras profundas. Hay algo nuevo en esos ojos. Quizá un poco de amargura. Tal vez, el sello de la resolución definitiva. Pero lo cierto es que está inconocible. El mismo se advierte distinto, se identifica con la denominación que le dan los cholos “El Blanco! El Blanco loco que quiere hacer producir a la Isla Maldita...”

Se asoma algo desconcertado,

El sol caca plomo sobre todo el ambiente. Parece que la tierra tiene hervores de soberbia. Los maizales velludos elevan ya el penacho de sus flores amarillas, como desafiando. Uno que otro, ya muestra su mazorca cabelluda. El viento agita levemente toda la flora vigorosa del contorno. Unos cuantos papayos enanos se hinchan en pujos de preñez. Las palmeras asoman apenas sus pitones mínimos Jl arroz, por las escasas lluvias, aún se muestra tímido y raquítico.

Pero, a pesar de todo, don Néstor se siente satisfecho de la faena realizada.

Todo! Todo es trabajo suyo!

Lentamente, pero siempre con tesón, ha seguido la lucha con la tierra agresiva y traidora.

Primero fue en la desmontada, con el carbón y la leña. Se quemaron muchos hornos, Se apilaron miles y miles de leña de raja. Y muchas, muchísimas tarcas de leña de tuco. La balandra se fue plena de carga a la Gran Ciudad Fluvial. Pero en Guayaquil el mercado sube y baja en el mismo

día, como la marca y, casi siempre, se obtuvieron bajos precios. El resultado fueron las pérdidas cada vez mayores. Pero la fama de don Néstor se había extendido. Y los gringos le abrieron crédito. Créditos de fideos. de arroz, de azúcar, de cigarrillos, de hachas, de machetes, de alambres de púas, etc. Parecía que esta vez el hombre había comenzado y trabajar. Y había que ayudarlo. Con recargarle un poco los precios por el crédito. Ya pagaría.....Después, vinieron las quemadas de los desmontes,

Extensiones enormes se convirtieron en un solo gran incendio. Buenos palos y ramazones repicadas se perdieron. Todo se tiñó de rojo. No quedó ningún animal por esos lados. Huyeron despavoridos a sitios distantes, en mezcla abigarrada de tamaños y especies. Y —al final-- sólo asomaron extensas manchas blancas de ceniza que parecieron, como grandes sábanas, arropar la cintura de la montaña. Dela pasada opulencia de los guayacanes, cascoles y demás árboles soberbios, quedó solo un tablero arbitrario de troncos humillados.

Por fin, llegó la siembra,

Asomó el espeque viril, hundiéndose en la tierra virgen, violándola para echar la semilla fecunda. Y entonces fue la espera anhelosa de las lluvias de diciembre, La angustia de ver brotar la planta diminuta, como un puñado de oro del mañana. Y prepararse para la invasión de las langostas; o el sorpresivo ataque de los tío tíos. o de las tierreras: o el celo taimado de los hombres.

A veces, en medio de esta incesante lucha extenuadora, había tenido ratos de vacilación y de derrota.

Pensaba que su terquedad le iba a costar caro, que él había nacido para otros menesteres, que nunca conoció de las labores del campo. que lo mejor era yersi había alguna buena oferta de compra de San Pancracio, ahora que ya producía algo. O, por lo menos, ver si se podía alquilar por algún tiempo.

Sobre todo, se le ocurrían estos pensamientos, cuando tenía alguna dificultad. Pero era sólo cuestión de segundos. A la postre, surgía en él, su afán de lucha, Ju caudalosa herencia aventurera, Asomaba el hombre acostumbrado a imponer su voluntad. Le parecía que era traicionarse a sí mismo esa retirada poco honrosa.

Y, de improviso, le pareció que su posición frente a la isla había cambiado. Ya no era sólo apetito económico, deseo de recuperar su antigua fortuna, su prestigio dominador. En el fondo, tratábase de una actitud nueva que cada vez, so hacía más dueña de su espíritu: esperanza, dulce esperanza de vencer, donde tantos salieron derrotados...

Se oye abajo el ladrido de los perros.

— Pasa, Nemo! Pasa, Leal!...., Pasa!

Los animales no hacen el menor caso. Siguen sus ladridos y se lanzan hacia el pozo.

Por el camino estrecho y bordeado de puja de la virgen, se acerca Guayamabe.

— Buenos días, Patrón.

Don Néstor arruga el entrecejo,

— Buenos días. (Qué pasa? Por qué has salido tan temprano?

El Mayordomo titubea un poco, Se le adivina en feroz lucha interior. Está cenizo. Habla casi a despecho de sí mismo.

— Vea, Patrón. Es que...

— (Qué, pues, qué?.....Qué pasa?

Como que se decide, al fin, el viejo montubio.

— Melgar, Patrón.

— Pero qué le pasa? Me tienes sobre ascuas...

— Se ha agarrado al fierro con otro!

— Y por qué lo has dejado?

A Guayamabe se le encandelillan los ojos.

— Es que sería mejor que les hable usted, Patrón. Yo no les he dicho nada, porque no quiero desgraciarme..... Melgar es verraquísimo..... Hubiera tenido que manchar mis manos con la sangre de ese cristiano..... Y bastante manchadas que las tengo Ya...

Lo ha dicho de tal modo, con tal sencillez y fiereza que don Néstor, a pesar de sí mismo, se estremece,

Masculla una breve frase:

— Voy para allá.

Se mete al bolsillo el Smith Weeson 38, con unos cuantos cartuchos. Baja apresuradamente la escalera. Con paso rápido y la Sangre exaltada, se dirige al sitio en que la peonada se encuentra desyerbando.

Guayamabe, apenas puede seguirlo.

Llegan casi en seguida. Se oye, desde lejos, el careo de los asistentes, que --al ver a don Néstor—se apartan respetuosamente,

El Blanco avanza, revólver en mano, hacia los combatientes.

— Qué pasa?

Melgar sigue macheteándose,

Una rabia infinita Je rotura el rostro. Parece que no hubiera escuchado, o que no fuera con él. Su contendor como que anhela detenerse, pero la avalancha de cortes del viejo cholo se lo impide.

Néstor empieza a ver rojo.

— Sepárense!.....

A los labios de Melgar asoma un espumarajo de rabia. Vuelve violentamente el rostro. Mira —en ráfaga de incendio-- al Patrón:

— Vea, Blanco!.....No se meta!

A Néstor le brinca la sangre orgullosa, Como un toro, brama:

— Cómo! Qué es lo que dic ««Sepárate! Sepárate o te meto una bula

Melgar, sin dejar su ataque furioso, casi a pesar suyo, murmura sombríamente:

— Usted quiere desgraciarse, Blanco!.....

Néstor vacila,

Se ve entre sombras. Todo le da vueltas, Tal que un relámpago, le salta la mano, Sin darse cuenta, dispara.

Se oye un rugido,

Cae un cuerpo.

Los circunstantes quedan atónitos te huye por la montaña.

Don Néstor mira.

Mira con ojos de loco, sin comprender bien, aún. Mira los hombres espantados. Los árboles inmóviles. Su mano derecha, en la que humea todavía el revólver. Mira por fin --el cuerpo sudoroso y con telarañas de sangre de Melgar. Mira la frente certeramente perforada. Mira los ojos vagos, miopes.....

Se inclina con lentitud. Ll revólver se le cae de la mano. Coge, medio tembloroso, la mano del caído. Se acerca. Le toca el pecho, Como respondiéndose a sí mismo, murmura:

— Está muerto.

Le arde la sangre, otra vez. Los ojos se le agrandan. Las pupilas cobran brillos felinos, Triunfa de nuevo el aplomo de su orgullo invencible. Se vuelve a los hombres atónitos. Les habla con voz recia, dominante:

— Abran un hueco en la loma, Allí metan a este hombre!.....

Guayamabe mira lentamente, fijamente a don Néstor. Lo mira con unos ojos que parecen disparos.

— Como quiera, Blanco!

EL HOMBRE Y LAS VOCES

Don Néstor tiene sed.

Camina lentamente hacia el Manantial,

Apenas llega, separa un poco de yerbas que crecen en los bordes, Coge agua en su sombrero manabita, Y sin saber en qué instante, lo asalta una ola de. pensamientos.

Es que se trata de la primera «corvina». Y ha demorado para Melgar.

Realmente, tiene remordimientos.

Quizá debía haber usado más palabras. Palabras persuasivas que convencieran a los combatientes, Pero, le hubieran hecho caso? No le dijo Guayamabe que Melgar era un hombre imposible; que él no había querido hablarle, por no manchar su mano en sangre? Bastaba con haberle visto los ojos, cuando lo conminó a retirarse. Capaz de que si no se le adelanta, el otro le clava medio puñal en el vientre.

"Sí, está mejor como ha ocurrido. Sí! Pero ahora tengo las manos manchadas en sangre. ¡Soy un asesino! Asesino?..... Acabo de quitarle la vida a un hombre". Ya debe estar bajo tierra, hecho un montón de carne sanguinolenta y de huesos desvencijados. A lo mejor, ya empiezan las moscas a parirle en las narices y en los oídos. Capaz de que ya empieza a descomponerse. "Cómo tendrá los ojos bajo tierra? Si yo pudiera verle los ojos, entonces sí que tendría miedo! Sólo de pensarlo, no voy a poder dormir algunas noches. Sentiré su respiración anhelante en mis mejillas. Acaso me suplique.....Pero no! Qué ya a suplicarme! Si pudiera, vendría a amenazarme con su puñal. A pasármelo por el cuello, con satánica risa. Acaso se afilaría los dientes. Y me mordería. Me mordería los ojos. Se pueden morder los ojos? Para un muerto, todo debe ser fácil. Tengo miedo. Tengo miedo!.....Me va a perseguir muchos días la cara enfurecida de este hombre!"

Dicen que lo mismo ocurre en el Fuerte de Punta de Piedra.

Un zambo ronda por las noches:

Parece que hace tiempo un oficial lo castigó colgándolo desnudo de un árbol de la orilla, Y la plaga lo mató, entre horribles sufrimientos,

Ahora, el zambo llega todas las noches al casino de oficiales y empieza a buscar a] que lo mandó a la muerte. Pero no lo encuentra, porque el otro pidió que lo trasladen hace muchos años. Al principio dormía entre dos soldados. Pero cuando el Zambo se le acercó una noche, le abrió el toldo y le habló con voz helada, el oficial no pudo contenerse. Se lanzó, como un loco, hacia la orilla, Esperó la primera embarcación. Y en ella se fue a pedir su pase, a Guayaquil. Claro que el zambo sigue buscándolo. Lo han visto por entre los cañones. A veces en la playa. A veces, rondando la cama de los soldados. Muchos se han acostumbrado u su presencia, Y dizque hasta Le hablan...

«Será verdad, esos Puede ser verdad? Bah! Esos son cuentos de la gente ignorante. El que se muere se acaba. Y asunto terminado. Entonces? Porqué tengo escalofríos? Por qué me tiemblan las mandíbulas? Por qué los ojos me saltan y miran por todas partes, llenos de espanto?.....No! No tengo miedo! No tengo miedo! No he tenido miedo nunca!..... Y menos voy a tenerle miedo a los muertos, A los que sí debo temer es u los vivos. Esto se sabrá mañana mismo en Guayaquil. Y si la justicia me persigue? Y si acaso me quisieran llevar u la Cárcel? Qué val Eso sería un absurdo, Tengo un apellido muy sonoro, que arranca desde la Colonia. Mis familiares valen mucho. Sería una mancha para media sociedad porteña. Casi tengo la seguridad de que la mayoría aprobará lo que he hecho. Cómo iba a dejarme faltar el y peto? Cómo iba a de que se haga lo que quieran aquí, en isla? Mi voluntad es la ley, la única ley!.....Pero se trata de la vida de un hombre! La vida de un hombre? Pero se trata de mi seguridad y de mi obra del futuro! Pero es la vida de un hombre! Un hombre? Es que un cholo de estos es un hombre? Todos somos hombres! Y qué? Admitiendo que así fuera, qué vale la vida de un hombro? Qué yale la vida de todos los hombres? Es que soy un desalmado, un amoral? Nol Lo que pasa es que estoy en una isla. Y aquí todo tiene que verse como es! Sin la maldita hipocresía de las ciudad Además, allá se mata de otro modo. Se mata de hambre, de miseria, de dolor, de fracaso. Es mucho más seguro, más eficaz e inadvertido!...

Sin saber cómo, empieza a caminar.

Poco a poco, sus pensamientos se hacen estallido en su garganta. Le salen palabras que van creciendo en el tono. Se dijera que está justificándose ante la montaña, ante la isla, El silencio que lo circunda, hace más hondo y más tétrico el ruido de sus pisadas nerviosas.

Pero esté silencio sólo dura breves instantes.

Porque la isla, de pronto, se llena de gritos.

Los ceibos descomunales empiezan a respirar con fatiga. Los yuca --de -- raton y los nigüitos se desperezan. Los algarrobos pelean entre si. El sol funde las ramazones sobre el suelo afiebrado. Las pavas --de-- monte y los pericos ligeros gritan desde los botillos y de los pechiches. Cruzan iguanas y comadrejas --de rato en rato-- sobre la trecha serpenteante.

Se dijera que hay un hálito de acusación y de rabia. Desde la tierra asciende un vocinglerío extraño de ruidos disformes. El viento, en ráfagas de norte, se filtra por las rejas arbitrarias del boscaje.

Don Néstor camina más aprisa.

Subitamente, le va naciendo una satisfacción especial. No! Ya no necesita justificarse. Además, de qué, ante quién? Es el pánico de los primeros momentos lo que lo ha sacudido. Ahora piensa que, incluso ha cumplido un deber, el mejor de los deberes: el deber de matar. Le gusta la frase. Es que como frase está hermosa y rotunda. "Pero, será verdad? Es que estamos obligados a matar? Tenemos derecho sobre la vida de nuestros semejantes?" Y por qué no, si es la ley suprema? No se puede lograr nada en la existencia, si esta no se lo ha quitado antes a alguien. Si no, allí está cuando lo rodea, probándolo. Para creer cada árbol gigantesco de esos, quién sabe con cuantas existencias se habrá nutrido: bledos, verdolagas, uñas de gato, y yerbajos minimos y humildes. Mientras más alto, más viejo, y más fuertes... Y eso que en la montaña no se ven claras las cosas, porque los hombres no han aprendido a ver aún. Con todo, allí están los animales, más tangibles, que dan más fuerza a su pensamientos. Es una verdadera cadena de destrucción: desde el tío --tío hasta el burriquillo o el tigre. Se van devorando por escalas, gradualmente. Los poderosos son los únicos capaces de pasear su tranquilidad y su soberbia por el laberinto de la selva.

"Y estoy en una isla, en una isla que tiene agua dulce y tierras fértiles. El barniz de las ciudades se me ha evaporado. Me siento primitivo y salvaje, casi como un tigre. Es raro que todavía no tenga apetitos antropófagos. Es raro que la carne cruda todavía me repugne. Es que puede ser esto? No será que el mal de la isla me está subiendo a los ojos?... A ratos me parece que hubiera nacido en estos sitios. Me grita el ancestro en una forma vegetal y extraña! No será que antes tenía raíces adventicias, como las de los manglares? No será que alguna fuerza antihumana me separó de las ramas y los troncos?... No! Es la isla!... Solo es la isla!... La isla, que me está estrangulando! La isla que me hace sentir la angustia de la lucha! Es su cortejo de sol y de paludismo, de orillas inhóspitas y de fracasos brutales!,....Es la isla!.....»

“Pero algún día cantará la mañana en mis ojos y en mis manos, Las estrellas lloverán polvos de oro sobre las rutas salobres. Irá la balandra plena del producto de los trabajos incesantes. Al paso del triunfador se arrugará la piel de los esteros!...”

Qué vale una vida ante la esperanza?

RECOGIENDO LOS PASOS

— Desde todoysísimo ha estado quejándose el Punta -- de -- Estaca;

— Mala tos le siento al pájaro ese.

—Y yo.... Dicen que cuando un cristiano se muere.....

— Así es, don Aguayo.

— Por «arriba», al menos,....Sobre todo, si se lo han <comido> so Enseguidita empiezan a fregar las ánimas. Y el difunto viene u recoger los pasos.

Un escalofrío sacude las carnes del Tejón.

— Y usted cree, don Aguayo?

— Qué?

— Que don Melgar.....?

— Venga a recoger los pasos?.,...Claro! Quién sabe si ya anda por la montaña, asustando a todititos. No oíste temprano aullar los perros?

— Si, don Aguayo.

— Pues... lo mejor, quien sabe si ya han visto algo!

Tejón da una mirada temblorosa a su derrededor,

El candil-- desde una esquina — proyecta sus sombras sobre las paredes de caña brava picada. Por la ventana se mete la visión de la montaña. Se la adivina oscura y sombría, poblada de ruidos extraños, sacudida por seres nuevos y misteriosos. Intangible para los sentidos de los hombres.

La voz de Aguayo trasciende un miedo intenso:

— El difunto ya debe estar rondando todo esto. Tal vez no demora en venir por aquí.

El viento levanta, en esos instantes, las hojas de bijao del techo. El Tejón se estremece. Instintivamente, mira hacia arriba. Para convencerse a sí mismo, murmura:

— Es el norte, que está soplando todavía.

Aguayo ríe con una risa de espanto que le hace bailar las mandíbulas:

— Así ha de ser.....

Los jejenes vienen, en oleadas, desde la orilla. Se escucha lejanamente el susurrar del estero en los ñangales retorcientes. Hace frío. Aguayo está sentado en la hamaca. El Tejón, todavía no curado totalmente de su herida, se halla tirado sobre el cuerito de venado, con la cabeza fuera del toldo.

Aguayo murmura:

— Lo que es hoy no me acuesto… Las penaciones me gustan de frente. Además, no tengo sueño!.....

Guayamabe, desde el cuarto vecino, lanza una carcajada.

— Lo que pasa es que estás aculado.

El Zambo se pone cenizo.

— No diga eso, don Guayamabe! Es que usted no sabe lo que son los difuntos. Usted no sabe, Una vez, en Naranjal, me tiraron casa abajo. Fue algo como para darle canillera al más hombre. Todos los perros del pueblo me ladraban al fronte. En el techo, las ánimas tiraban piedras. En los cuartos vecinos. rompían platos y tazas. A mí, al principio, me insultaron y me dieron socollones. Yo también los insulté. No me hicieron caso. Nome contestaron. Me agarraron, no más, en peso. Me dieron vuelo, Y me largaron, por una ventana, para abajo, a la calle.....

— Borracho estaría:

— Palabrita de Dios, don Guayamabe, que no me había tirado ni un trago. Yo, enseguida, me encomendé a las animas benditas. Y rocé la oración del Justo Juez. Desde entonces, no me ha vuelto a pasar nada. Algo he visto eso sí en el río.....Ese ataúd que anda con las cuatro velas, acercándose por las noches a las canoas y a las balsas...

— Uhm! Yo nunca he visto nada!...

En ese instante, se empieza a oír un golpe de hacha.

Es allí cerca, por el camino que va al Manantial. Primero suena despacio, confundido con el respirar de la montaña. Después. va creciendo, creciendo, hasta llegar preciso, claro, dominando sobre todos los ruidos,

El Zambo Aguayo pela los ojos y se hace la señal de la cruz. Con voz temblorosa, murmura:

---Yyyyo… lo estatataba… diciendo...

Los demás quedan en silencio, sobrecogidos de espanto, sintiendo que les tiemblan las piernas.

El propio Guayamabe se limita a intimar:

— Silencio!

Después, el ruido cesa. Cesa, con una transición.

El Zambo vuelve a persignarse;

— Quién me mandaría venir a esta isla maldita?

Esta vez, del cuarto vecino, posiblemente el mismo Guayamabe — no se podría precisarlo conminan:

— Shisss...

Todos ponen atención.

Ahora, suena un ruido extraño. Es como «i quebraran hojas menuditas, por allí cerca, Los perros se han subido al covachón, con el rabo entre las piernas. Las gallinas cacarean enloquecidas, Hasta los putos se confunden entre los hombres, con la cabeza baja, los pelos erizados y la vista temerosa.

Y el ruido crece, crece,

Confusamente, se distinguen pisadas que vienen del cerro. Parece que en éste, todo se ha silenciado. Las pisadas corresponden a un tropel de hombres descalzos. Vienen en marcha desacompasada, monótona, persistente

Como para convencerse a si mismo, sintiendo que le castañuelean los dientes, el Tejón dice:

— Por ahí viene un poco de gente.

— Ajá!

— Quién será?

— Uhn! Quién sabe...

— Debe ser bastante gente, no?

— Ajá!

Del cuarto vecino, vuelve a venir la intimación:

— Shisss!...

Se distinguen los pagos, perfectamente, Parecen corresponder a una veintena de hombres. Seguramente, vienen rompiendo monte, sin preocuparse de si hay o no caminos, Acaso, arrastrando hachas o machetes. También se escucha un murmullo tenue, como si conversaran, No se distingue, eso sí, ninguna voz aislada, El viento trae, sencillamente, el acento de todos, confundido, impersonal.

El Tejón, que alardes de bravo, se decide:

— Lo que es yo, aguaito!

Se encamina hasta la puerta del cuarto que da para el cerro, Aunque todavía le duele un poco la herida, no puede preocuparse de ella. Asoma la cabeza por el marco de caña brava y mira.

La noche está muy oscura. No se distingue nada, absolutamente nada, Apenas si se adivina, más que se ye, el perfil borroso y recortado del cerro, Las sombras circundantes tienen un hieratismo sobrecogedor.

El Tejón se vuelve, acobardado.

— Yo no veo nada.

— Es que está oscurisísimo.

— Tal vez!

Del cuarto vecino, vuelve n escucharse la intimación de silencio. Esta vez se oye la voz cortante y seca de Guayamabe.

— Ya cállense

Y después, una voz de mujer:

— Jesús Santo!..... Las ánimas!.....

Los pasos se han acercado tanto, que ya deben estar orillando el covachón, Las voces han quedado un momento apagadas. Pero, después ban empezado con mayor furia, Son unas voces cavernosas, extrañas, como reproducidas por el eco.

De improviso, se oyen trinar las paredes de caña.

Parece como que alguien se agarra a los barrotes de la puerta. Y súbitamente --como que alguien sube, como que alguien entra en el cuarto en que se encuentran, como que alguien empieza a caminar sobre el piso de caña.

Enloquecidos, entonces, se lanzan afuera.

Hasta el propio Tejón se prende del zambo Aguayo y corre desesperado. Todos corren en una carrera inconsciente y fulminante, Las mujeres en camisón y los hombres medio desnudos. Con una angustia extraña devorándolos. Igual que una procesión vertiginosa de fantasmas.

Casi sin darse cuenta, llegan al pie de la casa del Blanco.

Han estado largo rato mudos, atónitos, sin saber qué hacer. Los perros de la Hacienda, que siempre les salen al encuentro, ladrándoles, ahora están metidos dentro de la casa, con el rabo entre las piernas, aullando lúgubremente. Se escucha, desde arriba, el ronquido monótono de don Néstor, Los hombres, que tienen pocos trapos encima, tratan de taparse, no sintiéndose muy cubiertos con la negrura pavorosa de la noche.

Al fin, se decide Guayamabe. Eleva un grito que a el mismo lo sorprende:

— Patrón!..... Patrón!.....

Nadie contesta. Sólo uno de los perros empieza a ladrar débilmente. Donde siguen los ruidos es en el covachón. Ahora se escucha el tintineo de muchos machetes,

Aguayo se retuerce de miedo:

--- Ssse... Estttán... dandoooo.... fieeerrrrroooo.....

--- Sí...

Guayamabe insiste en su llamada.

— Patrón!.....Patrón!

Claro que no es que siente miedo. El no le tiene miedo a nada, ni siquiera a los difuntos, Lo hace por los otros.

— Patrón!... Patrón...

Se oye traquear una cama. Al poco rato, asoma por la ventana la cabeza de don Néstor. A su lado surge el cañón de la carabina.

— Qué pasa?

— Nada, Patrón.....que.

— Dilo. Dilo pronto.

— Es que.....Patrón.....queremos que nos dé posada por esta noche,

Néstor no sabe qué decir, Recién se da cuenta de que ban venido todos los del covachón. Se ven sus sombras, como hilachas grises en la noche.

Sin entender bien aún, preguntas

— Posada?

— Sí, Patrón. Posada!... cualquier sitio.

— Pero qué es lo que ha pasado?

— Nuda, Patrón. Las ánimas...

Néstor sonrie.

— No digas eso, Guayamabe. Qué ánimas ni qué ánimas! Cómo puedes creer eso?

Entonces habla el Zambo:

— Es que usted no sabe, Patrón, Las ánimas se han metido al covachón.....Y de allí nos han sacado,

El Blanco queda indeciso, Pero es sólo un instante.

— Uhm! Si quieren, quédense! Pero lo que yo creo es que ustedes tienen miedo!...

Y, diciendo esto, se retira de la ventana.

Guayamabe se muerde los labios, hasta hacerse sangre. Los ojos le brillan en la noche, como los ojos de un tigre. No dice una sola palabra. Da media vuelta. Y paso a paso se vuelve al covachón. Atrás de él, hierven las palabras:

— Pero.....es que usted regresa allá, don Guayamabe?

— Usted solito?

— No le da miedo?

— Los difuntos se lo van a llevar en peso, don Guayamabe.

— No se vaya!

— A lo mejor se desgracia,

Y como no les lince caso... Y como cada vez se aleja más, lentamente, pero seguro y tranquilo, surgen los comentarios elogiosos;

— A lo mejor, les da machote,

— Pero, quién puede con los muertos?

— Quién? Don Guayamabe El único:

— Acaso hasta se ponga a conversar con ello…

— Tal vez hasta les brinde un cigarro,

— Puede que hasta se siente con alguno en una hamaca.

— Qué hombre, no? — Sí. Qué hombre!

Uno por uno, van subiendo al portalón de la casa de la Hacienda, ahí se acomodan como pueden, en un montón que parece un racimo humano,

En tanto, el ruido del covachón ha cesado.

Parece que la montaña hubiera quedado atemorizada, No se escucha nada, absolutamente nada, Ni siquiera el rumor del estero que, allí abajo, lame los ñangales.

DON CARRILLO

A eso de las dos de la mañana, ladran los perros.

Todos—sobresaltados por los acontecimientos de la noche —se despiertan en seguida. Ninguno, eso sí, se atreve a levantarse. Se limitan, sencillamente, a escuchar. Así se dan cuenta de que alguien viene corriendo por el pozo.

Al Tejón le brinca el corazón:

--- Será alguno del cerro? Será don Mite?

El Zambo expresa su duda.

— No creo, Hubiera venido con toda su gente, — Será..... don Guayamabe?

— Ese? Primero se muere..... antes que regresa! Hay que conocerlo!

— Quién será, entonces?

—Uhm! Quién sabe!...

El que viene corriendo ya e frente a la casa de hacienda. Los perros lo rodean. ladrando furiosamente. El, los espanta y empieza a amar

— Patrón!.....Patrón!.....

Al oírlo, lo conocen en seguida.

— Es don José Domingo Carrillo.

— El que cuida el puerto, del otro lado de la isla?

— El mismito!

— Y qué le habrá pasado?

— Vaya a saberlo Dios!

El Zambo se santigua.

— Como no sean las ánimas.

Se oyen pasos arriba. Después, nada. Posiblemente, ya se ha asomado don Néstor.

Al poco rato, se escucha su voz colérica:

— Quién es? Se han propuesto no dejarme dormir esta noche? Quién es?

— Yo, Patrón!

— Pero, quién? Habla o te suelto un tiro!

— José Domingo, Patrón.

— Ajá. Y qué te pasa?

— Nada, Patrón. Que quiero que me dé posada por esta noche.

— Es que.....también te han asustado las ánimas?

— Si, Patrón...

Don Néstor se estremece involuntariamente.

— Bueno, pues. Métete allí abajo. Allí están todos,

— Gracias, Patrón.

Don Carrillo se trepa al portalón de la casa y se encuentra con la peonada y sus familias.

— Buenas noches de Dios!

— Buenas las tenga, don Carrillo.

Y el Tejón.

— Buenos días, querrá decir, don Carrillo. Ya va a amanecer.

— De verdad, Tejón.

Todos sienten que los dientes de don Carrillo danzan constantemente, produciendo un ruido extraño. Los que le dan lo mano, se la encuentran helada. Su voz tiembla un poco.

El Zambo, interpretando la curiosidad de todos y aguijoneado por la propia, pregunta:

— Y qué fué, pues, lo que le pasó, don Carrillo?

— Pues... ya verán...

La voz de don José Domingo Carrillo suena monótona, casi la. Parece captarlos a todos. Es como si se tratara de muyuyos que se escaparan de su boca y se fueran a pegar en los cuerpos de los oyentes. Solo muy de tarde en tarde, alguno se atreve a interrumpirlo.

— Y de verdad fue que le pasó eso, don Carrillo?

— Claro que de verdad.

— Y usted mismo lo vió, don Carrillo?

— Por estos ojos qué se han de hacer polvo y. ceniza! Como los estoy viendo a ustedes. Igualito!

— Ahhh!

A medida que José Domingo Carrillo habla, el zambo Aguayo empieza a temblar. De rato en rato, se santigua. Murmura unas cuantas frases confusas y $e acerca 1 y más al conversón. Casi lo toca con el rostro ávido.

Y don Carrillo, con voz medrosa, reviviendo las horas pasadas, va diciendo:

— Hace tiempo que vivo en el Puerto. Y jamás me ha pasado nada, a pesar de que siempre he estado solo, Ni los ladrones ni nadie me ha molestado. Es que saben que yo soy verraco para todo eso. Con las ánimas sí no me meto. Es lo único.

— Asi es, don Carrillo,

— Pero anoche.....anoche me ha pasado lo que nunca!

Se emociona. Posiblemente la estampa de lo que refiere, lo tortura ferozmente.

— Me fuí en curso, como una regadera... para que ustedes lo sepan...

Desde temprano había estado oyendo un murmullo en la playa: Pero no le había hecho caso. Es que el Puerto tiene arena y piedra en la orilla. Y cuando el viento sopla fuerte. Las olas se ponen a lamer cuanto encuentran, formando una algarabía ensordecedora, Por eso, cualquiera diría que es gente que habla, Después, ya entradita la noche, había sentido que le remecían la casa. Pero también a eso estaba acostumbrado. La casa del Puerto es la más vieja de la isla, Ellos la conocen muy bien. Está lena de avisperos, colmenares y comejenes que la tienen minada. La vejez medio la ha podrido. Se le han caído algunos puntales. Y parece -- tiene tantos huecos — que fuera tejida, como las redes,

— Por eso, pensaba que algún sueste me estaba fregando,

— Así es, don Carrillo. Y eso no más fue?

— Eso no hubiera sido hada. Lo fuerte vino después,

El perro se había largado. Por primera vez no había subido a la casa. Lo llamó varias veces. Y sólo le respondió el eco. Lo salió a buscar por los alrededores del cerro, Y no encontró ni rastros. Entonces. pensó que podría habérselo comido algún animal, el tigre por ejemplo, o algún lagarto cebado de esos que se varan por la noche en las orillas. Sí Posiblemente era eso. Varias veces había salido a ladrarles a estos últimos hasta cerca del agua. Quién sabe por qué lo habían respetado hasta ese día. Quizá sería de verlo tan bravo. Como dicen que los animales conocen al que les tiene miedo.....Pero, quizá, pensándolo mejor, había sido una equis. Este año las culebras andan bobas, alborotadas por los «desmontes, Y las culebras sí que no respetan ni a Dios ni al diablo... De todos modos, le dió pena, mucha pena. El perro era su compañero, sin ofender a ningún cristiano.

Con un poco de canillera, regresó a la casa y se tumbó en la hamaca sin quererse meter—no sabía por qué-- en el cuerito de venado, bajo el toldo,

En esto, escuchó como que bogaban en la orilla, Era un golpe de canalete despacioso y seguro, manejado por un viejo. Igualito que el canaletazo de don Goyo.

Después, sonó una voz recia, escalofriante, cavernosa:

— Don Carrillo!... Don Carrillo!... DON CARRILLO!... DON CARRILLO!

Agarró el machete. Bajó de Ja casa. Se dirigió con pasos apresurados y la orilla, Pero aquí le dió más canillera todavía. Por más que la recorrió durante algún tiempo, no descubrió ni sombras de eunos ni de alguna otra embarcación.

Ya regresaba a la casa, lleno de miedo, cuando, de pronto, alguien le gritó espantosamente en el oído:

— Don Carrillo:

Extendió rápidamente la mano.... Y sólo encontró el vacío.

Se le erizaron los pelos. Emprendió una carrera precipitada hacia lo casa, Y cuando ya iba subiendo la escalera, escuchó una carcajada terrible, que le heló la sangre.

Empezó a fumar.

Se acomodó en la ventana que daba a la orilla. Y trató de explorar la oscuridad. Pero no se veía nada, absolutamente nada. Todo se había vuelto quietud, No se escuchaba ni el rumor de las aguas, chocando con la arena. Tenía miedo. Un miedo feroz. Sentía que la barriga le empezaba u brincar, que las tripas como que querían salirse y, al poco rato, se le mojaron los calzones...

Al zambo Aguayo le rechinan los dientes:

--- Feisísimo debe ser eso, no?

Don Carrillo continúa, como si no hubiera oído:

— Pasó largo tiempo así. Después, me pareció que todo había sido cosa mía. Y me dispuse a acostarme. Levanté el toldo. Sentí el cuerito de venado. Y me eché a dormir.

Pero no habían pasado os minutos cuando volvió a escuchar rumores en la orilla. Se sentó. Y, de pronto, hubo una veloz carrera hasta la case. Oyó que golpearon con un machete en los puntales. Después, que afilaron ese mismo machete en el molejón de abajo. Y, finalmente, que andaban por el cuarto. Temerosamente, medio abrió el toldo para ver. Y ahí sí que no se dio más cuenta de lo que pasaba, Fue como si le metieran un golpe en la nuca y lo dejaran medio muerto…

Cuando volvió en sí, estaba todito magullado,

Quién sabe qué tiempo habría pasado, Volvió u intentar quedarse dormido. Pero le fue imposible, A cada instante, brincaba, como si le estuvieran picando moquiñañas. Sudaba, Sudaba un sudor frío, pegajoso, hediondo.

De improviso, sintió una respiración en su oído. Después-un silbido largo, prolongado, que lo sacudió, como un latigazo.

Viró la cara. Y esta vez sí pudo ver.

Había un rostro a su lado. Un rostro que reía ferozmente.

Parecía que Je brotaran llamas de los ojos. Tenía el pelo hecho un brusquero. Estaba todo borroso, pero lo miraba fijamente, horriblemente. El, había quedado mudo de espanto. El rostro terrible se le había. pegado casi hasta tocarlo. Se habían movido sus labios. Y, con una voz escalofriante, le había dicho:

---Hijo de tal, "Tu madre está malpariendo!....

Solo entonces, había podido dar un salto. Se había botado de la casa. Y había 'emprendido una carrera loca, dislocada:

No había sabido como corría.

Los pies le parecían posarse en el aire, Había cruzado toda la montaña — esas seis horas de camino bien haladas --sin tener noción de ello, sin mirar hacia atrás. No le había importado que el tigre estuviera atisbándolo, ni que hubiera pisado víboras o pachones, ni que so hubiera clavado sartales de espineros. Es que no se había dado casi cuenta. Corría como un ciego, como un loco, desesperado por llegar a la Hacienda.

Arriba, en tanto, don Néstor no puede dormir.

Será que los peones tienen miedo? Será que los ha invadido una alucinación colectiva? Acaso los acontecimientos de la víspera los tienen trastornado? Bah! Y Carrillo? Cómo pudo contagiarse, allí en el puerto? Será mera coincidencia? En todo caso, sería demasiado coincidencia,

Y que han visto algo extraño, que han sentido algo extraño, es evidente. Si no, no los hubiera acompañado Guayamabe. Ese hombre no se amilana por nada. Los otros quizá podrían equivocarse. El, nunca!

Pero no! No lo puede ercer!

El que se muere se muere y asunto acabado. Qué ánimas ni qué animas..... Y cómo a él nole ha ocurrido nada? Cómo no ha visto ni ha sentido nada? Y que indudablemente por mil razones-- las ánimas debían de haberlo preferido.

Lo que ocurre es que los peones tienen miedo. Y por eso... "Ahora lo mejor es dormir. Mañana será otro día, Veremos como siguen las cosas. Ahora, durmamos. Durmamos..."

La montaña parece despertar.

Empiezan u oírse ruidos diversos. El viento crece lentamente, agitándolo todo. Las mil lenguas de los pájaros se agitan, en orquestaciones magníficas. Poco a poco, clarea, Se ven manotazos de luz arañando, de vez en cuando, el lomo arborescente de las islas.

El Zambo murmura;

— No te lo decía, Tejón? Don Melgar está recogiendo los pasos.

— Y bien recogidos, según especulo.

— Claro que bien recogidos, Los difuntos saben hacer las cosas, pues.

Don Carrillo ha caído, como un plomo. De vez en cuando, se estremece. Se queja y se oyen sus tripas en diabólicas modulaciones.

Sólo los del cerro parece que no han sentido ni visto nada.

CAP. V

LA BOYADA

Los polines se retuercen, amoldándose a la! tierra resquebrajada, hojarascosa. Hacen un escándalo formidable, que vence a los mil ruidos de la montaña. Llevan un palo nervudo, atravesado en su centro a manera de eje. Este palo tiene dos cuñas, a los costados para que no se salga. Y sobre

él, se arriman las riostras pesadas, los calces inaguantables, las alfajías colosal

La marcha es dispareja, Sobre la trocha absurda delas mangas mal abiertas; en las vueltas violentísimas; en las caídas de los cerros, cuando se bordea los manglares y es casi imposible avanzar.

Atrás, suena la voz incansable de don Guayamabe:

— Juy!..... Jálale!... Juy!.... Jálale.

Unas cuantas pavas--de-- monte vuelan asustadas. Se ve su cuerpo negriazul flotar un rato en el cielo, Después, se funden en la paleta gris del boscaje.

Como diez hombres tiran de los polines.

Van agarrados a los gruesos cabos, medio desnudos, sin poderse defender de la plaga, sudando copiosamente, elevando sus pies nervudos en el barro caliente. El sol, que se aventura por entre las ramazones, les araña las espaldas, Se encorvan un poco más. Y avanzan.

Avanzan!

— Juy!... Jálale!... Juy!... Jálale!...

El zambo Aguayo le pregunta a don Carrillo que "jala" a su lado:

— Así que no fue para el Puerto, don Carrillo?

— No, Zambo.

— Lo dejó, no más, el Blanco?

— Es que yo le dije que si me iba para allá, me largaba. Aunque después me metiera a la Cárcel, en el Guayas!

— Y qué le contestó, ah?

— Que estaba bien, que trabajara aquí. Parece que va a traer a uno de arriba, para mandarlo al Puerto.--- Ah!...

Bordean el cerro de los Colorado:

Lo llaman así por tener abundancia de esos palos, Es más bien una loma desprovista de yerba menuda. Tienen que doblar casi sobre el fango de la orilla. La manga no se pudo hacer por parte seca, pues allí el terreno es muy empinado y, a la bajada, pueden coger viuda los polines, lanzarse hasta el estero y quien sabe, si apachurrarian a los hombres:

Don Guayamabe aconsejaba:

— En Jugar de estar ha Esto no es como comer pitaya.

— Está bien, don Guayamabe!

El Mayordomo continúa:

— Hay que coger un poco de fuerza. Y hacerlo pronto. Si no, se nos clavan los polines. Y entonces sí, quién los saca!.

Los hombres asienten. Y quedan en silencio,

Hacen un esfuerzo inaudito, Sus músculos se estiran, como betas. Se inclinan para adelante. Respiran trabajosamente. Empiezan a hundir sus pies fortísimos sobre la tierra inclinada. . Parece que los colorados --desde arriba— sonrieran, parece que el sol aminorara su fuego. Se oye sonar, allá abajo en la orilla, la voz ronca y furiosa del estero que corre.

Los polines-- bajo el ímpetu humano -- cantan roncamente,

Se mueven. Avanzan veloces. Aplastan, con el peso de la alfajía, las yerbas menudas, los ramazones. repicadas, uno que otro gusano tardo y perezoso. Van dejando una doble huella profunda, como si se tratara de dos enormes boas de marcha paralela.

A ratos, parece que la tierra trepidara.

A medida que van a dar la vuelta, cobran más velocidad, Ahora casi no se ven las asperezas de las maderas de los polines. Los jaladores se clavan más y más en la tierra. Parece que les hubieran crecido vigorosas pezuñas de mamíferos gigantes. Tienen una extraña epicidad: en sus músculos, tornados engranajes inauditos de una monstruosa mecánica humana, Se dijera que se escucha el jadear galopante de una locomotora; que cada hombre de esos se torna en volante de carne, en ímpetu desenfrenado de Diessel, en canción de acero y rechinar de fragua.

Y la alfajía avanza.

Se la ve empequeñecida, dominada. Atrás, los colorados mascan su recuerdo, Se eleva un vocinglerío de loros asustados. La tierra ocre se enciende. Del mangle sube un denso olor a fango podrido y a mariscos tumultuosos. Y la alfajía avanza, avanza. Parece que hubiera momentos en que anhela despegarse. Huír del aprisionamiento de los hombres! Pero los cabos estan más templados aún. Los cabos se adelgazan con la fuerza de los jaladores. Y, aunque se haga más pesada, aunque clave con furia su cola resonante sobre la tierra resquebrajada, tiene que avanzar. Y avanza! Avanza!…

Ya comienza la vuelta de la loma. Se divisan los mangles apiados. Se ven las fangas pestilentes y complejas. También empieza a verse el fango, sembrado de huecos de cangrejos y simbocas, de troncos mutilados, de una que otra caparazón multicolor de crustaceos.

Y, en medio del manglar, el lengüetazo blanco del estero. Es un estero que parece una manga abierta en el manglar. Tiene arriba un cruzamiento

inusitado de ramas adventicias, que le forman un nutrido arco de verdura grisácea.

Don Guayamabe anima a los hombres, con más entusiasmo.

— Carguenle ahora, muchachos!... Juy!....-«Jálale!... Juy!... Jálale!

Los polines inician la curva en una marcha jadeante, desenfrenada. Los hombres hacen un esfuerzo de desesperación. Las manos se les asan. Sienten que, a pesar de los callos cotidianos, los mana sangre. Pero eso no importa Lo importante es avanzar. Que no se vayan a meter los polines en el lodo, porque de allí, quien los saca? Por eso, se inclinan más aún. Sus músculos se crispan en retorcimientos angustiosos. Parece que cientos de cojinetes a bolas, lubricados les corrieran bajo la piel lustrosa, vibrátil, que lamen.

Y los polines siguen corriendo.

Ya falta poco, poquísimo, Ya van dominando la curva. Van virando precisamente frente al estero. La velocidad crece a cada

instante, En el rostro de los hombres empieza a leerse la felicidad de la faena vencida. Cuando, de pronto:.

— Maldición!.....

Qué ha pasado? Por qué han saltado los polines? Por qué han dado vuelta de campana? Por qué han ido, con alfajía y todo, al medio del fango, entre un poco de agua del estero y otro poco de mangle? Por qué?

Ah! Es que ha habido un tronco medio oculto entre la hierba. Se han desviado los polines, Uno se ha montado sobre el tronco. Se ha perdido el equilibrio Y ha pasado lo que ha pasado!

Guayamabe rabioso, suda y suda.

— Y ahora qué vamos a hacer?

Don Angel Mite sugiere:

— Yo creo, don Guayamabe...

— Qué?

— Que lo mejor es esperar que llene el estero.

— Pero si untes estamos vaciando. La llena será tardísimo. A media noche, ya yendo para la amanecida. Y quién sabe si ni por esas aboyante el palo este. Tan pesadísimo que es...

— Yo decía, no más, don Guayamabe. Usted ha visto como está el aguaje? Está fuertísimo. A lo mejor con la llena podemos remolcarlo.

— Ya veremos qué se puede hacer.

La tarde ya muriendo.

Los colorados se agrisan. Parece que hubiera un afán de curvarse en el intrincado manglerío. La trocha se confunde. Ahora el sol se divisa difícilmente, tras de los ramajes frondosos.

Don Guayamabe murmura:

— Hay que avisar al Blanco.

Y elevando la voz, lama:

— Aguayo!

— Mande, don Guayamabe!

— Anda avísale al Patrón que nos hemos atascado.

— Está bien, don Guayamabe.

— Pero regresa pronto. Esto hay que dejarlo esta noche,

— Está bien...

Se oye, abajo, el gorgoreteo del estero, que se va alejando,

A cada instante, van apareciendo las mil y mil bocas abiertas de los crustáceos. Acaso, alguno sale ya a mostrar sus tenazas desafiantes. Craquean las vivalvas. Viene, desde dentro, una oleada cuantiosa de jejenes y güitifes, que se clavan en el cuerpo, como nubes. Los hombres han hecho su humito de comején, para espantarlos. Uno que otro fuma ya su grueso puro. Hace un frío que corta, como el gavilán de un hacha.

MAL VAHO

— Maldita sea que friegan los moscos.

— Los güitifes, dirás.

— Da lo mismo.

La noche es negra, negrísima. No se distingue nuda. Ni siquiera el escamear del estero que se agita entre las rafees de los. mangles.

—Ya está virando el agua.

— De verdad!

Es más intenso el frío, Es un frío que se torna húmedo y escarbante, que les araña. las espaldas desnudas y las piernas: sobre todo, las piernas, medio hundidas en el fango resoplante,

— Así ha de ser en la Sierra, verdad don Carrillo?

Don Carrillo ríe.

— Más peor os allá. Allá parece que le sacaran a uno tiras del lomo. —Todo se le chupa al más bravo, como pescuezo de tortuga. Hay que darse beta para poder aguantar,

— Pero usted se acuerda de eso, don Carrillo? Si usted tiene más de treinta años por estos lados.

— Es que vine criadito, pues. Además, no hace tanto tiempo.

— Feo mismo ha de ser, no?

— A todo se acostumbra el cristiano, Eso es Jo bueno.

Se oye un repicar de dientes. Un tiritar desesperado, Sobre la noche se trepa una ola de angustia. Todos callan. Se vuelven anhelantes. Y, entonces, surge la figura encorvada de don Angel Mite. Se oye su voz helada, amarga, exasperante,

— Aquí... Aquí también friega el frío...

Es tan extraña la voz, tiene tal desconcertante dolor, que a los otros les corre un escalofrío por las venas. Se hace un silencio pleno de espectativas. La noche se les meto en las cejas. Se les contrae el vientre vacío. Los ojos se les agrandan, sorbiendo las sombras.

Guayamabe, al fin, pregunta:

— Qué le pasa, don Mite? Por qué está tan acabado?

Don Mite se recoge en sí mismo, como una pachona. Lentamente, levanta la cabeza. Murmura con una rabia fatalista de entrega postrera:

— El frío... el frío de calentura, pues... dando...

Vuelve a seguir el silencio.

Es un silencio pesado, que crece, que se propaga por el cerro de los Colorados; que danza sobre los manglares irónicos, sobre las islas distantes.

— EI frio..... Nada más que el frío de calenturas, pues.

Hace tiempo que don Mite está con calenturas.

Don Néstor dice que es paludismo: que son los moscos los que se lo han pasado; que no contentos los malditos con chupársele la sangre, lo dejan fregado con las calenturas. Malditos!.....Son como los cristianos, que devuelven cardos por pitayas, Malditos! Para curarlo, le dan un polvo blanco

y amargo, peor que hiel de bagre. Pero el Blanco dice que es muy bueno, que solo así podrá sanarse. Y como él le debe al Blanco, el Blanco no ha de querer que se muera, Sino, cómo le paga!

Le dan calenturas desde el invierno pasado.

Primero, le empezó a doler la cabeza. Fue como si tuviera encima un molejón, donde afilaran cientos de hacha machetes. Hubo un tiempo en que todo le dió vueltas, en que parecía que adaba siempre a dos corrientes, A ratos, creyérase que iba caer al suelo, pero que aboyantaba, como si la tierra se hubiera llenado de agua. Después, sudaba, sudaba, igualito que en baño de María, Encharcaba cotonas y cotonas. Sobre todo, en los días de las quemazones, o de las repicadas de las lomas altas. Era como si lo hubieran puesto bajo un ceibo desmigajado. Hasta tuvo que acostarse, día y noche, como una mujer paridas día y noche, sobre el cuerito de venado; día y noche... Sin tener que darles a las tres muchachas!...Y entonces fue cuando le comenzaron los fríos, esos fríos terribles que no se le quitan con nada. Por más que se tape, por más que le aticen la candela, con el fogón cerquita, como sí fueran a asarlo...

Se dijera que le cogieran los brazos, las piernas, la espalda, todo, todo el cuerpo y se lo torcieran. Después quedaba transijado y molido. Ni en los peores días, ni en los trabajos más fuertes, ni cuando se sacó su primera mujer, había quedado tan fresado. Y lo peor de todo, era no poder trabajar. Como solo tenía, para su des gracia, hijas mujeres, se llenó de' deudas. El, que siempre habia vivido al día...

Apenas tuyo fuerzas para levantarse, tambaleante, se fue a escarbar la tierra, a regarla de nuevo con el sudor, a empuñar su machete filudo. Pero le seguían dando calenturas, siempre calenturas. Temblaba solo y callado, sobre su cuerito de venado, Se retorcía, se quejaba, estaba cada vez más flaco y más débil.....-Pero, al día siguiente, regresaba al trabajo. Ya casi no podía con el machete o con el hacha. El Mayordomo tenía que llamarle a cada, rato la atención, Y se esforzaba, Hacía empeños inauditos, recogiendo fuerzas de donde no hubiera, para poder seguir a los otros, para continuar pelando la tierra de los yerbajos hostiles.

Aquí, frente a los mangles, no puede hacer nada.

No puede tirarse sobre el piso de caña crujiente; no puede revolcarse en angustia infinita. Tiene que esperar que llene la marca; tiene que esperar..... mientras parece que se le estuvieran haciendo polvo los huesos! Los demás no han vuelto a hablar. Escuchan, no más, el canto triste y agrio de los dientes de don Mite.

Al poco rato, se escucha un romper de monte. Después, apresurados, Por fin, la voz de Aguayo, que tiembla de miedo:

— Don Guayamabe

Tiene los ademanes raros. Viene volando.

— Qué pasa?

— Este… don… Guayamabe!

— Pero qué pasa, hombre?

Aguayo se deja caer, con desaliento, en un tronco,

— Nada… es… que…

— Pero qué pasa, Zambo? Las ánimas talvez?

— No, don Guayamabe, no.

Se oyen trinar los dientes del Zambo.

— Es que.....-Y por qué no animan la candela?

Se acerca donde hacen el humito y empieza a soplar desesperadamente. Los otros, respetan su angustia y esperan, devorándolo con los ojos. Guayamabe ha encendido un cigarro, que chupa con avidez. Se lo pasa de un lado a otro dela boca. Se conoce que también está impaciente.

Por fin, el Zambo atiza la candela. Las llamaradas lamen las sombras y arrancan los rostros a la noche. Sobre todo, el rostro de Aguayo, que está inconocible, Tiene los pelos erizados, como el cuerpo de un pachón furioso. Los ojos cubiertos y saltones. La boca espumosa. En todos sus gestos se denota el terror y la ansiedad.

Comprende, que están esperando sus compañeros despacio, como si temiera ser oído, murmura:

— El tigre!

Guayamabe suelta una risa de látigo:

--- Y eso nomás era…

Y el zambo se lo queda mirando de tal modo, que al viejo Mayordomo se le hiela la risa en el rostro.

Aguayo habla. Habla con una voz temblorosa, extraña, lena de vacilaciones y de angustias:

— Es que.,....usted no lo ha visto tan cerca, don Guayamabe... Me ha venido siguiendo siguiendo cerquita.....Sus ojos... como dos candiles, ban venido bailando detrás mío… Me ha bramado despacio.....como para que sólo yo lo oiga.....Usted no sube lo que es eso, don Guayamabe.... A ratos, me pelaba los dientes, como si riera.....No avanzaba más..... Me seguía de cerquita.....de cerquita... Yo lo olía. Si hubiera querido… me da un manotazo... Como solo andaba con mi rabón..

Guayamabe lo ha dejado hablar, pero, poco a poco, le ha ido subiendo una ira sorda en la sangre.

No! Ya eso es demasiado! Que se le tenga miedo a las penaciones. en buena hora. Con los muertos, él no se mete. Los muertos no saben tirar fierro, ni hay donde vararles media cuarta de puñal filudo.....Pero que un hombre le tenga miedo a un tigre… eso sí que es el colmo! Eso no puede consentirlo! Para qué son hombres entonces? Y si no lo son. para que quieren trabajar donde trabajan los hombres?

Se pone de pie. Le brillan los ojos. Tiene un gesto fiero que impone y que acobarda. Las palabras le salen cortantes, precisas.

— Qué te has creído yos, Zambo? Yo soy de por «arriba». Y bien verraco, para que lo sepas. He andado por las montañas más cerradas, Y me he reído de todos. Nadie se me ha parado al frente. Es que donde para un cristiano bien hecho, ningún animal escupe!...

Hay un silencio mortificante.

El Zambo agacha la cabeza.

Hay momentos en que quiere replicar, decir algo, hacer algo, Pero los ojos y el cigarro de don Guayamabe son como llamas. H: en ellos una luz extraña que golpea, que anonada.

El silencio se hace angustioso, mortal. Solo el trepidar involuntario de los dientes de don Mite empieza a violarlo.

LA CONTRA

El Mayordomo se ablanda. No. noes un hombre malo. El no puede ver a nadie así, hecho polvo. Además, quiere su poco al Zambo. Pobre Zambo! Lo quiere porque es un buen compañero, Y ahora, también lo quiere de verlo tan flojo. A lo mejor es que lo está cogiendo la isla, A él le han contado que esta isla a veces friega a los hombres, los cambia totalmente, los exprime como ciruelas de jobo hasta dejarlos en pura pepa,

Sus ojos se apagan. Sus facciones se dulcifican,

— Ve, Zambo. Haces mal en tenerle miedo al tigre. A estos animales lo mejor es desafiarlos, no tenerles miedo, o no darles 4 comprender que se les teme.....Donde te siga el rastro y se mee en tus pisadas... Ahí sí que te fregaste!...

Aguayo no contesta nada, Sus ojos empiezan a: clavarse en la sombra, por arriba del cerro de los Colorados,

De pronto, sus labios se contraen, Tiembla convulsivamente,

— Allí.... Allí...

Todos siguen la dirección de su brazo, pero no ven nada,

--- Allí... Allí...

— Dónde?

— Allí, sobre ese cabo de hacha,

— Yo no veo nada.

— Ni yo.

— Ni yo.

— Y vos? Y vos, Zambo, qué es lo que estás viendo?

—Yo? EL Ti... gre.

Guayamabe mueve la cabeza, con pena.

— Vea que vos eres maricón, Zambo!

Sin una palabra más, da un salto, Más parece venado que hombre. Rompe el monte arrollándolo todo. Su diestra esgrime el machete puntón y a su boca asoma un espumurajo de rabia.

Al primer salto siguen otros, Trépase por los palos nervudos. Avanza, elástico, sobre el cerro, como un barreno humano. En pocos instantes, se ha perdido entre las sombras, Sólo se escucha el ruido de su carrera invencible. Allos hombres les crece la admiración, como un aguaje: — Pobre del tigre, si lo encuentra. , — Qué lo ya a encontrar! El maldecido ha de ir ya con el rabo entre las piernas.

— De verdad!... Cualquierita le da la cara a don Guayamabe!

—Así es. Sobre todo, ahora! Viste como le brillaba el cigarro?

—Parecía una linterna, no?

— Qué hombre!

— Sí. Qué hombre!

— Y todo porque el Zambo ha venido con sus cosas.

—Es que el tigre es el tigre, pues. Sella doy al más verraco,

Pasan algunos minutos.

Los peones parecen hasta contener la respiración, para oír mejor. Todavía a lo lejos, suena el romper del monte que quiebra el Mayordomo. El traquear de los dientes de don Mite ya creciendo en la espera angustiosa. Los ojos ávidos, se clavan como arpones luminosos en la red de sombras de la selva.

De pronto, los sacude el bramido largo y escalofriante del maldito. Es un bramido extraño, como si el animal se quejara

Todos se estremecen. Y hasta don Mite esfuerzos por dominar sus mandíbulas temblorosas. El silencio que crece en el corazón de los hombres parece propagarse a la montaña.

Pero este silencio dura poco.

Casi en seguida, se empieza a escuchar un ruido terrible, como si estuvieran tronchando los árboles.

Alguno pregunta tímidamente:

— Estarán peleando?

--- Callate!

El ruido va decreciendo, decreciendo. El silencio empieza a hurgar los oídos con sus tenues dedos de sombra.

Cuando he aquí que, de pronto, suena la carcajada inmensa de don Guayamabe.

Hay un sacudimiento que va desde las almas de los hombres hasta la y profundas de los árboles.

El Mayordomo asoma sonriendo,

Los ojos se le han hecho más duros. Una sonrisa fiera plega sus labios ásperos, El cigarro tiene rasgos vitales, explosionado de humo y de candela.

Alguno por decir algo, por cortar ese silencio angustioso que los atormenta, pregunta:

— De verdad que era el tigre, don Guayamabe?

Don Guayamabe pela los dientes, como una fiera, sin contestar.

El que contesta es el Zambo.

— Claro que era. Si me vino siguiendo.

— Es que Mojo mismo eres.

Aguayo calla y mira a la sombra.

Los dientes le vuelven a brincar. Se acerca al mayordomo y le murmura, casi a pesar suyo:

--- Oiga, don Guayamabe…

---- Qué dices?

--- Yo creo que a mi…

--- Qué pues, que?

--- Este… yo creo que a mi me va a comer el tigre!…

La llena va creciendo, creciendo.

Se escucha el lame de las aguas a las raices colgantes. Las vivalvas empiezan a abrirse. Inician su hamaqueo los ramajes de los mangles. Hace, todavía, más frio.

Guayamabe aconseja al Zambo:

--- Tienes que hacerte el desentendido… Donde te ponga el vaho un condenado de estos… La contra es no tenerle miedo. Por eso, salimos por arriba con el poncho al brazo, a desafiarlo. Nadie les corre. Él que corre está perdido. Estos animales saben mucho.

Aguayo agacha los ojos, en silencio.

Y el mayordomo continúa:

--- No es lo mismo con el tigre que con el lagarto. El tigre sabe más. Con poner la pata en el rastro, se da cuenta de quién le tiene miedo. Y quién no. El lagarto no sabe nada. Y, ademas, al lagarto se le hace la boca agua porque le soben la panza. Así que, sobándosela, ya está todo…

Don Carrillo sonríe incrédulo:

--- Sobarle la panza?

--- Claro! Así es como se cogen los lagartos de tembladera. Están empozados, abajísimo del agua. El lagartero se mete para dentro y se va debajo de los lagartos. Les empieza a sobar la barriga. A estos condenados les de cosquilla en seguidita y empiezan a largarse a flote… Arriba está el otro lagartero, esperando. Y apenas saca la cabeza el animal, le da un hachazo en la nuca…

--- Feisísimo debe ser, no?

--- Feisísimo!… A veces aguaita desde abajo. Sobre todo, si es lagarto cebado. Y entonces, el cristiano puede sentirse difunto. Solo asoman los huesos, después de algunos días.

--- Qué cosas, no?

--- Al tigre no se lo puede ir con andadas. A ese no se le puede sobar la barriga, ni nada. No tenerle miedo, no más. No darle nunca la espalda. Reírsele en las barbas. Echarle un chiflón de humo en los ojos. Si no el cristiano se male, hasta que el condenado se lo come…

Don Mite, en tanto, se retuerce.

El viejo cholo siente que no puede mantenerse en pie. Le parece que está en un remolino terrible donde el cerro, los mangles, los polines y los hombres le dan vueltas.

ESTERO ADENTRO

La marea les lame los pies.

Hubieran podido retirarse, trepar hacia el cerro, guarecerse bajo algún copioso colorado, hasta dormir, quizá. Pero, para qué? Si después de unos instantes habrá que hundirse hasta las rodillas, acaso hasta la cintura. Para qué? Ni don Mite, que está con fiebre, que cada vez distingue menos lo que le rodea, que siente como si le pellizcaran todo el cuerpo, como si se lo arañaran con alumbres de púas de esos para cer e mojan, no más. Se mojan y esperan Guayamabe pregunta, como para sí mismo:

— Crecerá más?

Y don Mite, tiritando, le responde, con una voz que no parece suya

— Uhm, quien sabe!... De aguaje mismo estamos... Quién sabe estol.....

— Entonces, esperamos un ratito.

— Como quiera, don Guayamabe!

Se han vuelto a despreocupar del humo. La candela se va apagando lentamente. Sus rostros vuelven a confundirse con la sombra. Todos quedan en silencio, esperando. Sólo se escucha el castañuelear de los dientes de don Mite.

Y el agua, sigue subiendo.

Ahora, en el oleaje, les moja tenuemente los tobillos y el frío les cala los huesos.

Aguayo no puede contenerse y murmura:

— Si pasara por aquí una tintorera.

— Cállate!... Ya vuelves con las andadas?

— Yo decía, no más.

—Las tintoreras no pueden venir a esteros tun secos. No v que tienen que morder boca arriba?

— Yo decía de por gusto, pues

— De por gusto! Como si no te conociéramos!

La impaciencia los angustia

— Ya no esperamos más.

— Claro! Ya mismo empieza que se nos clava la alfajía

---Así es muchachos. Todos se suspenden los par

Guayamabe aconseja:

— Usted, don Mito, es mejor que se quede orillandito. Cuida dito se remoja y se acaba de fregar. -

El viejo contesta amargamente:

— Gracias, don Guayamabe.....Pero bien remojado que estoy ya…

Lo primero es acercar los polines, acercarlos a la cabeza de la alfajía, para poder agarrarse, Después hay que hundirlos en el agua, Si es posible, clavarlos algo en el fango, pará poder montar el palo. De otro modo, no se podría. Sobre todo, porque están agotados, tanto por el trabajo bestial de todo el día, como por la falta de comida y de sueño.

Al fin logran, tras esfuerzos inauditos, montar la alfajía sobre el palo atravesado de los polines. Los que están por la pata de la alfajía, han tenido que remojarse basta el vientre,

Algunos hacen rabiosos comentarios

— Más mejor me hubiera desnudado.

— Estoy como tambulero varado.

— A mí me están nadando chaparras en el ombligo.

--- Qué le vamos a hacer! Qué le vamos a hacer!

— Con tal de sacarla!

Guayamabe se siente, de nuevo, mayordomo.

— Bueno. Ya silencio y n pegar fuerte y feo. Hay que amarrar bien la alfajía y darle un socollón. De otro modo, ni siquiera se menea!

— Así. es, don Guayamabe!

Le hacen nudo de chancho a la alfajía y al travesaño, Se cercioran de que el cabo no vaya a arrancarse ni a aflojarse. Y, entonces si, cada uno va a ocupar su puesto,

Vuelve a sonar la voz tonante del Mayordomo;

— Cuando yo les cante pegan el remezón!

— Ya está, don Guayamabe!

Se hace un silencio, El Mayordomo va hacía el principio del cabo y de allí se prende. Al hacerlo, lanza una exclamación:

— Ahora sí que nos fregamos

— Qué pasó, pues, don Guayamabe?

— Qué pasó!

— Nada! Que no hay un tronco grande cerca, donde darle vuelta al cabo y hacernos firmes. Vamos a tener que mamárnoslo todito a pulso. Y me creo que será difícil contener los polines.

— Y qué nos queda?

— Claro! Qué nos queda? A jalar, muchachos! A la una, a las dos,.....y a las tres!

A la templada, se dijera que crujen los huesos de los hombres. Se hunden un poco sus pies nervudos en la tierra. Han sentido una especie de llamarada entre las manos. Y la alfajía, apenas se ha movido.

El Mayordomo masculla entre dientes:

— Maldita sea!

Los hombres se desaniman:;

— Es imposible

— Se ha clavado con polines y todo.

— A lo mejor, se ha trancado contra un palo.

— Habrá que esperar hasta mañana.

— Claro! Quizá con la clareada!

Guayamabe corta los comentarios;

— Silencio, carajo!

— Pero, don Guayamabe!

— He dicho que silencio! Tenemos que llevar esta noche el palo a la Hacienda. De cualquier manera! Vamos a pegar otra y

Los hombres inclinan la cabeza:

— Está bien, don!

Se vuelven a encorva. Sus torsos se ponen tensos. Sus manos angustiadas se adhieren de nuevo a los cabos hostil don Mite siente que se le va pasando la fiebre.

De nuevo les canta el Mayordomo;

—A la una! A las dos!... Y... a las tres

Pegan esta vez una templada feroz. Alguien se queja. Después se oye el golpe de un cuerpo al caer.

— Maldita sea.

— Es don Mite!

— Y el palo ni siquiera se ha movido.

Guayamabe se enciende de rubia, Le hierve la sangre, Las palabras le brotan, como golpes.

— Bueno, a pegar!

— Pero, don Guayamabe!

— Qué Guayamabe, ni qué niño muerto! A pegar, he dicho!

Don Mite, que aún no se ha levantado, se queja.

— Pero si no puedo ni menearme, don Guayamabe!

— A jalar, he dicho; Jo demás no me importa

El viejo cholo se incorpora:

---Oiga, don Guayamabe!

— No me diga nada. Coge el cabo y jala! De aquí no nos movemos hasta que no saquemos la alfajía.

— Una palabra no más, don Guayamabe.

— Ya está, pues. Pero dila pronto!

— Por qué no llevamos el palo por agua?

— Por agua?

--- Sí, por agual

— Pero si el puerto está seco, sequísimo. Y, además, para llegar a la boca, hay que andar un ratazo.

— Pero estamos en aguaje, pues. Y la alfajía aboyunta. Habrá qué tirarla hasta que flote. Después se la amarra en lu boca. Y la barqueada se hace mañana en una: canoa.

Guayamabe se decide a probar.

— Bueno, don Mite, Vamosa ver si resulta. Pero si no, solito va a tener que jalar la alfajía!

Al primer remezón, ha cedido acá el palo enorme.

Don Mite, a pesar del frío, que le ha vuelto, ríe

— No le estaba diciendo, don Guayamabe? Para que Ud. lo vea.

— És que al mejor cazador se le va el ave.

— Así es.

— Y al hombre hay veces que se le cierran los ojos.

— Claro, don Guayamabe, Hasta el vaqueano se equivoca!

— Pero menos que los otros cristianos.

— Es que por eso es yaqueano, pues.

Cada uno de los hombres, ha prendido el cigarro.

Aquí el jejenerío es insoportable, Las manchas de los jejenes se prenden por todo el cuerpo y son vanos los esfuerzos que se hagan para espantarlos, No se mueven por nada, Apenas si el humo los ersa unos breves instantes.

Van trepados por sobre los palos zambos resbalosos. Arañándose de las altas ramazones. Prendidos delos cabos que le han anudado a la alfajía.

Avanzan con suma dificultad, tajándose pies y manos con los ostiones filudos.

Guayamabe mismo murmura, a pesar suyo:

— Casi hubiera preferido jalar toda Ja noche por la montaña,

Y don Mite, que no sabe como anda.

— Uhm! Quién saee!... A lo mejor no nos hubiéramos ni meneado todavía!

— A lo mejor!

Alguien se tambalea y cae al agua.

La marcha se detiene un momento, El ñangales resbalosos, que parecen untados de jabón. Se destroza las nos contra los hacinamientos de las conchas y las agresividades de los troncos rudos. Acaso masculla maldiciones, pero no hay como oírlo, La marcha se reinicia, Dificultosa. Lenta. Terrible.

Se escucha el jadeo del estero grande, allí afuera. Se ve, entre los blancos de la hojarasca, brillar el agua correntosa. Hace más Frío, Pero es mejor, de abanico acariciante. Parece que. u medida que avanzan, las ramazones cobraran más vid: Se agitan, se retuercen, igual que acompañando la comitiva bamboleante de los hombres.

Aguayo mira hacia abajo, a la alfajía que se arrastra perezosamente, Y, sin saber por qué, estúpidamente murmura:

--- Parece un entierro

El regreso es más rápido.

Sin saber de donde, sacan fuerzas los hombres. Y caminan caminan, y caminan. Parece que tuvieran plomo en los pies. Parece que les hicieran picadillo todo el cuerpo. Tienen hambre y sed. Don Mite, especialmente, que ve relampagos y escucha truenos. Le zumban los oídos, le duele la espalda, como si le estuvieran dando una paliza.

Y avanzan, y avanzan.

Casi no se han dado cuenta de como han pasado el manglerío, de como han vuelto otra vez a meterse en el agua, de como han saltado y han emprendido el retorno angustioso.

Para la mayoría es un sueño terrible, del que acaso muy poco se volverá a recordar.

Pero el zambo Aguayo piensa en algo que él si ya no podrá olvidar nunca. Esos dos ojos que lo han seguido por todo el camino preñado de sombras; esos dos ojos que lleva clavados en su espalda, como dos colmillos de tigre.

La alfajía, en tanto, en la boca del estero grande, espera amarrada, con un cabo fortísimo, de varios nudos, desafiando u la corriente y desafiando la barqueada de los hombres.

CANILLERA

— Cuando el cristiano está con canillera, que encomiendo su alma a Dios.

— De verdad.

— Sobre todo, con el tigre,

— Y dicen que está retobadísimo el condenado, sí he oído. Se ha comido a varios!

— Será el mismo?

---Sí me creo. Por aquí no hay muchos. En la isla, mismamente, no se han mentado hace tiempo. Debe haber venido del fuerte de Punta de Piedra.

— A lo mejor,

— Allí, el año pasado, se comió a uno. Los huesos no más dizque asomaron, después de algunos días. Los había pelado tan bien el desgraciado,....que no hubo ni gallinazada,

— Con hambre estaría.

— O tal vez le gusta mucho el cristiano. Dicen que cuando prueba carne de cristiano, ya se le hace la boca agua por comernos,

— Así bu de ser.

— Claro! Como el cristiano está tan bien alimentado.

De rato en rato, dan un machetazo. El sol les cue a plomo. Trabajan sobre la loma encendida. Sudan a mures. Tienen que agarrarse sobre los brusqueros intrincados para no resbalar y caer cerro abajo. Huy momentos en que parece que la tierra humeara, Un silencio terrible cae sobre sus espaldas. No corre el menor soplo de viento. No se ve la menor señal de vida en la montaña. Todo está quieto, tibio, tacíturno.

La conversación colectiva continúa.

Todos hablan lentamente, pesadamente, estableciendo un dialogo de cola de lagarto, que se bambolea, como con sueño. El mis no tema les da vueltas, largas horas,

— Y aquí se ya comiendo a varios chanchos.

— Quién, ah?

—Quién ha de ser, pues? El tigre.

— Ajá!

— Y lo peor es que no se los come enteros.

Los prueba. Y se Iarga. Parece que no le gustan mucho.

— O, a lo mejor, es que es mu que se le han puesto varias trampas. que ventea.

— Y eso que eran buenas trampas.

— Muy buenas trampas!

— Ve acuerdas la del hueco abierto, con monte, y lleno de carne encima, Si provocaba,

— Cualquiera otro hubiera caído.....Pero el manchado!...

— Así es. Ni porque después se le puso un puerquito vivo.

— Y bien gordo que estaba, no?

— Pero el desgraciadísimo le hizo asco.

— Yo me creo que ventea... Hasta yo hubiera caído...

— Es que el cristiano cae, no más, en todo.

— De verdad.

— Claro que de verdad.

— Pero en la trampa que yo si crei que iba a caer fue en la del jaulón de palo. Te acuerdas?

— Quién se va a olvidar de eso? Esa fue la que hizo el mismo Blanco, don Néstor.

— Tenía un cabo de bacha torcido, con un lazo de betas abierto, esperando al condenado.

— Pero el maldecido se hizo humo,

— Es que yo creo una cosa, sabes yos?

—Qué cosa?

—Mientras ande don Guayamabe por estos lados, no podremos coger al tigre,

— Por qué, ah?

— Porque el manchado le tiene miedo. me creo yo, también, te que nunca le da cara.

— Y eso que ha salido tantas veces a buscarlo,

—Hasta ha dormido en Ja montaña.

—Llevó su hamaca de yute, La colgó de las ramas de un árbol. Y allí se puso quedito a esperarlo.

— Dizque ni fumaba, para no espantarlo,

— Y había ido sin escopeta. Con el puñal, no más,

— Es que es mucho hombre para un tigre.

— Tiene razón. Mucho hombre!...

El machete, al pegarse sobre la tierra, va despapando,

Es mejor así. No vuelven a crecer más las plantas. Claro que se daña la punta del arma; claro que, después, hay que molerse las manos, afilando, porque las armas quedan melladas. Pero hay que despapar, sacar de raíz los yerbajos molestosos. . La socola es mula, Sólo sirvo para pocos días. Sobre todo, en invierno, cuando la luvia no descansa. La despapada.....esa sí que es buena para largo tiempo!

Ahora, disminuyen un poco la voz. La conversación: tórnase medrosa. triste.

— Lo que es al Zambo si me creo que lo ya a fregar,

— Pobre Zambo!

— Hasta para cagar lo persigue, El Zambo ya lo mira en sueños. Fíjate lo. flaco y escurrido que se ha puesto..... Yo le he aconsejado que se largue de la isla. Aquí cualquier día se lo come el halaecido:

— Además, el Zambo es buenazo para otras cosas. Le iría muy bien en el Guayas.

— Así me creo.

— Allí Iabrando madera, estaría como chalaco en poza. Porque eso sí, con el hacha es como nadie. Y es la uña del diablo para labrar los palos.

— Pero es que le debe al Blanco,

— Y si se lo come el tigre.....cómo le paga?

— De verdad.

— Ya pronto no podrá ni con su alma. Si todo el tiempo se está yendo en curso.

— Pobre Zambo!

— Así es... Pobre Zambo!...

Los interrumpe el castañueleo de los dientes de don Mite.

Hay tal angustia y tal rabia en el sonido clamante, que se vuelven, El propio Guayamabe que ha: estado fumando su mirando la lejanía, con serenidad de esfinge, se vuelve,

— Todavía tiene frío, don Mite?

— Todavía!..

El Viejo está lívido. Le asoman extraños espumarajos en la boca. Mira, sin ver. Los hombros se le empiezan a alzar, como cuadernas de balandras.

— Todavía!

El sol acogota a todos. Sienten que les manotea la espalda, como una hoguera. Están bañados en sudor; un sudor espeso, hediondo y caliente. Quisieran ira tirarse al estero y quedarse sumergidos allí, horas de horas, dentro del agua,.....Pero don Mite tiene frío, don Mite tirita de frío!... Se le mueven, como hamacas, los maxilares entreabiertos. Expresa una desesperación intolerable, que hace que todos se sientan molestos, intranquilos. Pobre Viejo! _Si solo fuera él! Sino tuviera esas tres hijas mujeres!.....

— Vea don Mito! Usted ya no puede trabajar! Usted ya no debe trabajar!

Haciendo un esfuerzo, levanta la cabeza, Intenta sonreír. Tose.

— Y mi gente, pues? Y mi deuda?

Los hombres sudan. Sudan y sudan, La tierra parece una esponja sedienta.

Don Guayamabe ha vuelto a aconsejarlo:

— Ve, Zambo. _Lo mejor es que te vayas.

Aguayo lo ha mirado tristemente, sin: responder,

El Mayordomo ha continuado:

— Debes arreglar como puedas tu asunto con el Blanco, Pero debes largarte. El tigre te está siguiendo el rastro.

— Así es don Guayamabe

—Es que el tigre conoce quien le tiene miedo. Ya ves como he salido a buscarlo. Y nunca me da cara! A tí, en cambio, te Sigue siempre. Así es, don Guayamabe!

— Sobre todo, este animal es atrevidísimo. La otra noche ladraron los perros. Yo me levanté.....Y el tigre estaba ul pie del pozo de agua. Quedito. Pero le brillaban los ojos, como candela, Al sentirme se hizo humo.....

— Yo también lo sentí, don Guayamabe.. daba buscando!

El Zambo ha quedado meditando.

Sí. Esta noche se larga, se larga estero abajo. Se larga para cualquier parte. Ya no puede aguantar. La vida así es insoportable. No puede aguantar! El tigre no lo deja ni a sol ni a sombra. Por donde quiera que dirige la mirada, divisa siempre los dos ojos felinos clavados en su espalda. En la soledad de Ja noche, en medio del mayor silencio, oye claro, preciso, el rugido de su enemigo. Y cuando se atreve a levantarse y mira por entre las varengas de la ventana, distingue, a través del enmarañamiento de los árboles, las pupilas fosforescentes. Nol Ya no puede aguantar! Esta noche se larga. Esta noche coge una canon y se va para otras tierras, nunque sen al Cerrito de los Morreños, La deuda la pagará en otra ocasión. Pero lo que es él, ya no puede aguantar... Las últimas noches ha venido el tigre a rondar el covachón. Ha sentido cómo araña las paredes, cómo le suenan los dientes machacantes. Ha sentido, a través de todo, los ojos obsesionan tes Al día siguiente, cursiento y febril, ha preguntado a todos. Pero nadie ha oído nada, nadie ha visto nada. Hasta han sonreído irónicos, con desprecio y con lástima. Es evidente que se trata de él, solo de él; que a quien busca el tigre, a quien persigue el tigre es él. Por eso debe huír… Esta noche se largal Se larga estero abajo, Se larga! Se larga!

Se larga!

— Así es, don Guayamabe, así es!...

La montaña se anima. El sol se oculta. Una luvia tenue Jame la tierra. Los sombreros de los hombres parecen nidos de colembas. El estero se agrisa. Se agrisan las islas del frente. Los árboles empiezan a fundirse unos con otros. Se dijera que se abrazan, protegiéndose. Los perros, con el rabo entre las piernas, caminan encogidos. Está la hierba resbalosa, Se alegra el verde naciente de las plantaciones diminutas. Huele a virginidad y esperanza.

TIGRE CEBADO

Temprano se lo ha confiado al Tejón:

— Me largo esta noche. Me largo para cualquier parte.

— Mejor es así!

El Zambo está cenizo.

Los ojos le bailan como aguas mulas. Le brincan las carnes. Las palabras le salen pegajosas de angustia.

— El tigre me ha maliado, Palabrita de Dios! No sé ni qué hacer. No puedo probar un bocado. No tengo ganas de nada. Lo único que hago es orinarme de miedo. Hasta yo mismo me tengo lástima.

— Es que te has dejado pisar el rastro,

— Vaya u saberlo Dios lo que ha pasado. Pero estoy como cangrejo en aguacero!

Con los ojos anhelantes, escarba la montaña. La escarba apsio80, esperando quién sabe qué. Acaso piensa que, tras de los árboles de yuca de ratón o de nigüito, lo atisba su enemigo; que acaso se afila los dientes y las uñas contra los troncos de ébano. Hasta puedo que se esté saboreando sólo de verlo.

— Sí. Me-largo, me largo esta noche, Tejón. Y quiero que tú me acompañes. :

— Como quieras, Zambo,

Lo ve alejarse, como un sonámbulo.

Los pasos son inseguros, bamboleantes. Agacha la cabeza. Los perros se le apartan gruñendo sordamente. Los hombres y las mujeres lo miran con lástima. Muchos dicen que les huele a ataúd. Y empiezan a huírle.

Han pasado algunas horas,

Es de noche. Una noche oscurísima que hace “pensar en los enmarañamientos de las raíces nel venticias de los mangles.

El Tejón ya ha echado sus pestañazos, cuando siente que lo llaman;

— Tejón… Tejón…

— Qué? Qué?

— Ya es hora.

— Ya?

--- Sí… Ya me voy. Levántate!

— Ajá.

El Zambo está en el marco de la puerta. Más se adivina que se ve. Con todo, su sombra tiembla, Tiembla en la noche sin luna y sin viento. La gente del covachón duerme profundamente. Allí en la Hacienda, gruñen los perros. Acá, al pie de los puntales, se estira el estero mugiente y uno que otro sonido elemental se suma al agua.

El Tejón se pone de pie y se dirige con el Zambo hacia la orilla.

— Ven que está oscura la noche, no?

— Más mejor es así.

— De verdad,

Desamarran la canoa más veloz cuidando de hacer el menor ruido posible. Está medio varada. Se hunden en el lodo y empiezan a arrastrarla.

El Tejón aconseja:

— Ten cuidado. Es un poco balumosa.

Aguayo ríe tristemente.

— Eso no le hace. También soy algo murino.

— Está bien, entonces.

El Zambo se embarca. Coge el canalete, con mano temblorosa y empieza 4 bogar. Pero antes de alejarse, le pide lo último al Tejón,

— No me pierdas de vista, Tejón. Quédate un ratito, hasta que esté lejos. Puedo ser que me pase cualquier cosa.

— Ya está, Zambo!

La canoa se aleja, se aleja quedamente,

Recién ahora han ladrado los perros. La silueta del Zambo se va fundiendo, poco a poco, en la sombra. Boga tan despacio, que casi no se le escucha,

El Tejón espera breves instantes. Y después, regresa, paso a paso.

Ven que el Zambo es maricón! Hasta de ir en una canoa, de noche, le da miedo. Claro que es porque el tigre lo tiene aculado, Eso sí! Cuando un

animal le pone el ojo a un cristiano... Y parece que al Zambo se lo han puesto de deveras. Pobre Zambo! Quién sabe para donde tendrá que largarse! Quién sabe si el Blanco y lo haga buscar y lo meta en la Cárcel! Puede ser, también que llegue al Guayas y consiga trabajo, o se yaya para «arriba». Pero mejor debía de irse a la ciudad. Es un hombre fregado pura el campo. En el campo no hay que dejarse pisar el rastro de nadie, Y menos, todavía, del manchado, Pobre Zumbo! Pobre Zambo!

Trepa al covachón, Parece que nadie lo ha sentido, Y si lo han sentido, no han querido manifestarlo. Se tira del cuerito de venado, bajo el toldo. Y en seguida, piensa en la Margara. Que será de la Márgara? Estará durmiendo? O estará despierta, pensando en él? Hace días que no la ye; hace días que ella lo esquiva. sin permitirle que le dirija Ja palabra, Sonríe a veces, de lejos. Y se marcha apresurada. .....

Ah! Si pudiera tenerla en este momento a la Márgara! Así. Así como tiene « su cuerito de venado tibio y peludo, Así Ah! Si pudiera! Cómo la acariciaría toda!... Cómo no dormiría un solo instante en la noche! Cómo!.,....Pero no! No puede ser todavía! Hay que esperar! Día llegará! Capaz de que don Mite no quiere dársela, Y al final, habrá que largarse, huír por la montaña, como se ha hecho siempre. Y entonces,.....

Han transcurrido algunos minutos, El Tejón ha empezado a dormirse, cuando, de pronto, ha surgido, en la quietud de la noche, el golpe desesperado de un boga. Sobresaltado, se ha erguido. De dos saltos se ha dirigido a la orilla. Y no bien ha llegado a esta, se le ha aparecido el Zambo.

— Estoy fregado, Tejón!

Le traquean los dientes, Coge nervioso al compañero. Le pega el rostro casi hasta tocarlo. Y agrega, con una voz. helada, mirándolo fijamente.

— Ahora sí que me come el tigre...

--- No seas tonto, Zambo.

Aguayo callo y río. Ríe-con una risa estúpida, que hace dar miedo. Una risa que se adhiere como un salivazo.

Todos duermen, Todos roncan,

En montaña está silenciada, Apenas si, de tiempo en tiempo, se escucha el remecerse de las hojas de bijao del techo, o el agarrotarse de las ñangas que el estero empuja Al correr,

El Zambo está solo. Solo, en su cuarto que da al cerro.

Está despierto, orinandose de miedo, Se pega con las manos temblorosas de las cañas del piso. Por más que hace esfuerzos inauditos, no puede dormir, Piensa, no más, en unos pensamientos raros que le dan vueltas, vertiginosamente, en la cabeza, Piensa febrilmente; piensa en su terror; piensa en la obsesión del tigre que no lo abandona un instante, Ahora lo ve por todas partes, A lo mejor, no es ni el propio animal, son sus ojos, nada más que sus ojos. Sobre el estero, sobre los árboles. en el pozo, haciéndole muecas horribles desde los yerbutales. No hay un sitio donde no lo mire, Hay noches en que ha creído que estaba a su lado, que hasta estaba fumando, que le hacían señas con el ojo izquierdo, que lo llamaba con las garras abiertas. SÍ. Seguramente, es en su cabeza donde está el tigre. Es en sus ojos. Es en el aire que respira. Don Guayamabe tiene razón. El desgraciadísimo debe de haberse mendo en sus pisadas. » Posiblemente, «desde la noche en que fueron a barquear la alfajía,

Al pensar en todo esto, un sudor frío le baña todo el cuerpo.

De pronto, escucha un movimiento extraño en el cerro,

Dirige sus ojos hacia allá. Y un movimiento de terror lo sacude.

Ya están allí los ojos hipnotizantes, fijos, espantosos.

Quiere gritar, gritar furiosamente, con un grito que se extiende por todo el covachón y despierte a los cholos; con un grito de espanto que les cuente lo que le está pasando, que los haga venir en tropel a socorrerlo. Quiere también, huír. Saltar por el piso de caña. Brincar la puerta, Pedir posada en cualquiera de los cuartos vecinos.....Pero no puede. No puede! Es como si la lengua no fuera de él. Es como si ni las piernas, ni los brazos ni nada le perteneciera. La boca se le ha quedado súbitamente inmóvil. Todo el cuerpo le pesa, como si fuera plomo.

Se deja caer sobre la cama. Se mete bajo el toldo, Se tapa la cabeza con la mísera colcha. Las tripas le gruñen en forma escandalosa. Se le tuercen. Se Je agitan. Se dijera que son un puñado de culebras que se le han metido en el vientre. Se angustia, se desespera. Se retuerce, sin siquiera poderse arrastrar, como deseara. Por la hediondez que lo circunda, se da cuenta de que está sucio. Maldita sea! Lo que nunca le ha pasado!.. Por qué será tan flojo? Y quién sabe si lo mejor no es tan flojo, Es que el tigre lo ha maleado. Se le ha maleado en el rastro. Lo ha dominado, vencido, Y ya, aunque quiera, no puede levantar cabeza, Pero, sí. Debe ser que tiene miedo. El

manchado conoce a los cristianos. Por qué a don Guayamabe nunca le ha hecho frente? Y eso que el Mayordomo ha salido a buscarlo muchas noches. Se ha aventurado solito en la montaña. Solito, con su puñal, ni siquiera con una escopeta. Y el maldecido siempre le ha huído, siempre le ha huído!

Otros ruídos, lo ponen más nervioso aún.

Son de hojarasca rota, de arañarse primero sobre la tierra, sobre los troncos vecinos... hasta llegar al pie del covachón!

Vuelve a querer articular palabras, o. siguiera ruidos de llamada y desesperación. Pero es sólo un estertor apagado lo que emite su garganta.

Aterrado, cierra los ojos.

Intuye que la. fiera está cerca, cerquísima. Se du cuenta de ello por los ruidos inmediatos, por el vaho caliente que lo circunda, que lo envuelve, que lo domina,

Y -súbitamente-- hay una especie de entrega total, de fatalismo de bestia acorralada en su espíritu.

Medio abre los ojos. Y vuelve a cerrarlos estúpidamente. Lo que ha visto lo ha liquidado.

Allí, en el centro del cuarto está el tigre,

Los ojos terribles lo siguen contemplando. Los colmillos obsesionantes aparecen agigantados entre las fauces entreabiertas.

Ha vuelto a abrir los ojos. Y no ha tenido tiempo de cerrarlos de nuevo.

Las cuchilladas del zarpazo le han acribillado el rostro, El miedo ha sido más grande que el dolor. Se ha sentido sacudido, agarrado por el cuello y levantado...

Solo entonces ha podido gritar!.....

Afuera, han despertado los hombres y las cosas.

El viento matón ha enmarañado los árboles. Mil rumores distintos han brotado- de los troncos. Acaso ha silbado una víbora, quizá roncó un tambulero. El agua fosforescente gruñe y ando. Vibran los mangles enamorados de la distancia, Hay orquestas de sombras circundantes. Huele a savia y a lástima en la noche melancólica,

E**L MAYORDOMO Y EL TIGRE**

La llamada clamorosa les penetra en el alma,

Se lanzan en tropel hacia el cuarto del Zambo. Va —el primero--- don Guayamabe. Ninguno se atreve a hacer comentarios. Pero en la mente de todos danza la imagen del tigre,

Quien sabe si el condenado ya se lo lleva monte adentro! Quién sabe si ya ha comenzado a devorarlo! Con las ganas que le tenía!... Y --a pesar de todo--se estremecen. En visión de segundos, se imaginan al pobre Zambo entre las fauces del tigre. Ven la desgarrada carne roja entre el cutis oscuro; ven log harapos sanguino= lentos extendidos como una telaraña macabra, Y, sobre todo, ven el espanto infinito de los ojos abiertos de Aguayo. Pobre Zambo! Pobre Zambo! Para un cristiano, lo peor es acularse!

O quién sabe si lo que pasa es que solo ha visto al manchado. Y como le tiene tanto miedo.

Pero no! Ha habido tal dolor, tal acento ultrahumano en el grito, que todos piensan que ahora sí es cierto, El Zambo se está desgraciando de verdad.

Cuando llegan al cuarto de Aguayo, se les erizan log cabellos, El tigre está allí, todavía. Le brillan, como estrellas, los ojos, Al sentir gente, se vuelve desafiante, Bruma enfurecido. Chasquea la lengua rabiosa entre las fauces espumantes, Desgarra ferozmente el cuerpo del Zambo que más se adivina que se ve. Pero no se retira, Se advierte que se apresta a la defensa. Quizá en la montaña hubiera huído. Sobre todo, si fuera por un saíno, o por un asno, o por una vacona, Mas, aquí es un cristiano el que se pelea; es un cristiano que ha perseguido durante mucho tiempo. Y quien sabe si su instinto ha establecido vínculos extraños con ese hombre,

Han transcurrido brevísimos segundos,

El tigre acorralado espera.

Los hombres están mudos, atónitos, presintiendo que va a ocurrir algo inaudito.

Pero no ha habido tiempo -- a pesar de que el tiempo ha crecido para ellos-- ni de imaginárselo.

Alguien se ha lanzado, machete en mano, al cuarto del Zambo.

Un nombre se escapa de todos,

— Don Guayamabe!...

El tigre salta, Le cae al Mayordomo. Se confunden por un momento los cuerpos de los contendores, agitándose. El tigre ya no brama, Se escucha su judeo rabioso, So le adivina haciendo desesperados esfuerzos por despedazar ese hombre de acero, Brilla con latigazos extraños, la hoja del machete relampagueante, Se confunde a ratos con la fosforescencia crecida de Jos ojos felinos. Hay un remolino estridente de músculos tensos y de garras abiertas. Se retuercen las fauces elásticas, Se crispan los brazos dinámicos, La lucha es a muerto. Y ol tigre y el hombre lo saben.

Ninguno interviene. Ninguno musita una frase. Todos miran anhelantes, sin respirar, la escena grandiosa. Acaso se agitan las manos. Acaso los fierros tiemblan, Y una rabia infinita les crece en el alma. Pero ninguno interviene. No pueden. Don Guayamabe ha escogido su víctima, Y quién se la disputa?

Afuera, se hace un silencio profundo. Ni un ladrido de perro, ni un cacarear de gallina, ni el silbar del viento entre las hojas, ni el atropello intermitente de las aguas del estero.

Se oye, de pronto, un bramido feroz, seguido de una risa demoniaca.

Cae una masa al suelo, Se revuelen furiosamente sobre el piso de caña. Tiembla el cuarto y tiembla el covachón. Los hombres apenas respiran. Devoran la sombra, silenciosos, extáticos.

Y --ante su angustia creciente — cae la otra sombra,

Parece que despertara Ja montaña.

Un abanicazo de norte gorgotea entre las hojas. Los maizales pequeñitos entrecruzan sus millones de verdes puñales, Un olor extraño se pega a las narices. Un olor a sangre, a macho, y a excrementos.

Alla luz bamboleante de los candiles que portan las mujeres, se distingue al Mayordomo. Esta caído en el suelo, Respira trabajosamente. Lo envuelve una enorme telaraña roja. El rostro y el pelo los tiene maculados de garra. Pero hay en su rostro un gesto de triunfador, que impone y que contagia.

Cuando los otros invaden el cuarto, sonríe con los ojos.

— No puedo ni menearme...Poro tenía que fregar al maldecido!

A sus plantas, yace el tigre, ene, todavía, clavado el machete en el codillo, en una estocada certera, de maestro, El Zambo-el pobre Zambo! es un montón de carne desgonzada, sucia.

— Vea que es bien hombre el Mayordomo.

— Cómo lo viró en seguidita, no?

— Y será buena la sangre de cristiano?

— Vaya a saberlo Dios!.....Lo que pasa es que no la hemos probado.....

— Así ha de ser. Pero es que si Ja probáramos y nos gustara...

Allí, sobre los burros de planchar, está --arreglado como se ha podido— el cadáver del Zambo. Los candiles se estiran en las cuatro esquinas... En la habitación de al lado, hierve el café. Los hombres chupan ávidamente sus

cigarros. De vez en cuando, miran al «difunto. — Pero, sobre todo, con respeto y afecto, miran al Mayordomo, al viejo Guayamabe, sereno, fuerte, impasible,

Cómo humea su cigarro! Cómo es noble su rostro, salpicado de heridas! Cómo finge ignorar lo que ha hecho! Don Guayamabe, DON GUAYAMABE, DON GUAYAMABE!....

Y el diálogo colectivo. continúa, dando tumbos, como balandra al garete,

— Pobre Zambo! Yo se lo estaba diciendo.

--- Y yo?

— Creo que se lo hemos dicho todos,

— Lo que pasa es que al manchado no se le puede ir con andadas.

— Y que estaba bien sordo el maldecido,

— Quién sabe con cuantos cristianos...

— Y grandazo mismo era...

— Como para cama de recién casados,

— Lo que hubiera dado el Zambo por dormir en ese cuero con la Domitila.

— Ahora dormirá allí don Guayamabe.

— Se lo ha ganado,

— Claro que se lo ha ganado!

CAP. VI

TRASTORNO

La casa es pequeña y está sobre la loma,

Allá, abajo, se divisa el covachón. —Más allá, aún, la casa de la Hacienda, Al frente, la orilla zamba y verdinegra do la isla, el es tero que corre como una víbora verde, sólo muy de tarde en tarde salpicado de canoas. Las balandras dormilonas que parecen mecerse en el agua. Las otras orillas de las islas distantes da puro mangle y mangle. También, allá a lo lejos, se divisa la cabeza pelada y oscura del Cerrito de los morreños. Al derredor, paleríos copiosos, bototillales de bellotas lanosas, algodón de monte sepia y gris, erizarse de espinos agresivos, runrunear de verdes hojas bravas, vocinglerío anárquico de los tío-- tíos y las colembas, cenefas movedizas de las yerbas multiformes. Todo, en un caos de la selva exuberante, cancionera y panteísta.

La casa es pequeña, hecha. de varengas de mangle, de caña brava picada, de techo de paja de la orilla, amarrada con zapán de paloma. En la pieza de afuera, está él, don Angel Mite, tirado en su petate, sobre el suelo crujiente, Del otro lado, las caras de las hijas, también tendidas sobre el piso. En una esquina, el machete y el hacha, Al frente, unas cuantas cabezas de plátano verde, En la otra habitación, que medio separa un remedo de pared, se ye el

fogón, hecho de cajones viejos y de piedras. Una saliente en el ángulo hace de lavadero. Al pie de éste, una alforja con víveres misérrimos.

Por las ventanas abiertas, se mete la montaña cambiante y creadora. Olores siempre nuevos se mezclan a las voces elementales, Y la vida se agarra a puñados, en estampas fecundas,

Don Mite tose y escupe:

--- Maldita sea!... Ahora si que estoy fregado.

El rostro prieto, arrugado por el dolor y los años, parece corteza de bálsamo. Los ojos semioblicuos se hunden ignotamente. Las pupilas cafégrises no parecen mirar. Los pómulos se han vuelto angulosos, agresivos. La boca se cuelga, remedando una alforja vacía. Su nariz encorvada, finge un garabato de rozar. Los hombros se le alzan, como proa de balandra. Todo él se dobla, se repliega en si mismo.

Casi no puede andar:

--- Palabrita de Dios!... Es como si tuviera los pies amarrados...

Se arrastra más bien. Se arrastra como una sallama herida. Cada vez, está más livido y transparente; cada vez, tiene menos aliento. Los bigotes ---los cuatro pelos que él llama bigotes--- le caen amargos y angustiados. Su respiración se hace dificil. Jadea y tiembla, con un temblor que le nace y le muere en los dientes...

Sus hijas lo rondan, en una ronda densa y pesada, de murciélagos.

Las ve a ratos, desdibujandose plenamente. Ni siquiera las reconoce. Le parece que nada tienen que ver con él, que son seres distantes de su vida, que se han metido en la casa para fastidiarlo. Y esto le da una rabia tremenda. Se revuelve en su petate. Tirita de frio.

Se revuelve en su petate. Vuelve a toser y escupir. Estúpidamente, con una mirada que casi no discrimina, mira donde cae el salivazo. Es un salivazo sanguinolento y verdoso, recogido como ostión enlimonado. Se adhiere un instante sobre la pared de caña vieja y áspera. y, después, empieza a rodar, adelgazándose. Una cucaracha caoba se adelanta a su encuentro. Breves instantes, se detiene. Como que medita. Después, retrocede y se aleja.

Crepita la montaña. El sol danza una danza imposible sobre los altos palos nervudos, empenachados de hojas multicromas. La tierra ocre se anima. Es como si se tratara de un horno. Los yerbajos mínimos se doblan. Las hojas parecen tostarse.

Aquí ---en el cuarto pequeño--- don Mite se muere de frio.

Ahora, empieza a sudar. A ratos, le entra un hormigueo. Le parece que un puñado de quinquinas se le trepa por las piernas y empieza a andarle por todo el cuerpo. Quisiera gritar, quisiera saltar, Coger él mismo un machete o un hacha y empezar 4 hacer picadillo a todo el mundo. Y al final, darse

también él, Empezar por los pies, que están ahora amarillentos, sucios y huesudos. — Hacerlos pedazos e ir subiendo, poco a: poco, hasta las rodillas, Ver como brota la sangre. ver qué ya no puede sostenerse. Acaso ver se obligado a arrodillarse o arrastrarse. Y continuar dándose machete, Claro que después de haber hecho esto con todos, con toditos los demás, desde sus propias hijas... Machacarse las rodillas, Machacarse! Como pueda y donde pueda. Mejor quizá de noche que de día. Irse haciendo tirillas, tirillas... Y tirarse ventana abajo, cerro abajo. Para estrellarse contra todos los troncos de los árboles, contra todas las piedras del camino. Hacerse una masa, como una víbora armada, Y arrastrarse, arrastrarse hasta el estero...

Suda más aún, pero tirita. El frío no lo deja un solo instante,

La Márgara se acerca.

— Ya le va pasando la fiebre, Viejo?

El la mira casi sin verla y le pela los dientes.

La muchacha se retira asustada,

Don Mite se hunde en su fiebre, en su miseria, en su dolor.

Cada vez se siente más él. Como si antaño hubiera pertenecido a cuanto lo rodeaba y recién fuera su propio dueño.

Es que el otro día se vió en el estero, se vió mejor que nunca: hundidos los ojos. Igual que si con una gurvía la hubieran sacado: la carne. Amarillo, con un amarillo peor que la pus de las gusaneras de los chanchos alzados. Altos los hombros, muy altos, que: riendo treparse sobre su cabeza, en tanto que el pecho se le hunde más y más, y las costillas se le ven lo mismo que un venado sin pellejo:

— Estoy fregadisísimo.

El sol trina sobre la paja pelona del techo, Y la: paja se encrespa, se empina, Parece que la paja quisiera ver Jo que pase por allí, dentro del cuarto.

Las mujeres siguen rondando miopemente. Una nube de moscas se enreda en el cuerpo de don Mite. Y en el fogón humilde se ahuman las lisas cabezonas.

La Márgara rezonga:

— Es que quien va a comer, viéndolo al Viejo.....Si mismamente parece un difunto!

La estampa de los últimos recuerdos le trajina en el cerebro.

El machete se le había quedado en la mano. Un momento se afirmó sobre la tierra resbalosa, Después, no pudo más. Se aflojó. Y entonces, rodaron juntos su machete y él. Fué como cuando se bate un hombre. A él se le batieron --mezclandosele don Guayamabe, el Tejón, don Chamaidán, don Carrillo, los otros peones, la montaña, el estero... Todo, absolutamente todo!..

Ahora, no tiene conciencia de la realidad inmediata. Es como si viviera otra vida nebulosa, lejana.

— Márgaral

La chola se acerca temblorosa.

— Aquí estoy, Viejo.

Don Mite parece no verla:.

Tose. Esta vez el esputo cae sobre su cuerpo: los ojos le brillan, con rabia.

— Maldita sea! Márgara.

La muchacha se acerca más aún, lena de miedo.

— Pero si aquí estoy. Viejo. Aquí estoy!

Queda un rato con los ojos fijos. Hace una mueca extraña. Frunce el entrecejo.

— No se olviden de pagar, eh?

— Claro, Viejito.

— Primero la deuda del Blanco.

— Sí, Viejo, si!

Se está llenando el piso de pachones. Cuando era joven, el olastaba los pachones, Los molía con los pies fortísimos. No le importaban sus espinas agresivas. Nada le importaba. Y ahora no puede ni pisar sobre caña! Los pies los tiene mazamorrudos, sanguinolentos!

Escupe sin fuera. Y el esputo le cae sobre el rostro.

Lo adivina resbalar por su barba seca. maciza, que es igual a un tuco de mangle. Le cuelga un rato y después le cae sobre el cuello.

— Márgara! Márgara!

— Pero si aquí estoy, Viejo.

Ah, si el pudiera meterse un poquito de sol en la espalda, sudar más todavía! Pero sudar distinto. No ese sudor meloso como baba de síbila. Todo lo contrario! Un sudor que fuera caliente y seco, que pareciera agua hervida, que le diera más fuerzas, siquiera para abrir los dientes.

— Márgara!

—Mande, Viejo!

— Mi machete! Dónde está mi machete? Márgara!

—Pero, Viejo!

— Mi machete! —Mi machete!

LA LLAMADA

La Petronila y la Márgara conversan.

Están a espaldas de don Mite, acodadas a la ventana. Miran como parpadea, de tarde en tardo, ese enorme cocuyo que parece el covachón.

La noche se enreda en los árboles, se pega a la tierra, resbala hasta ol estero correntoso, lo envuelve todo en una sábana negra, gigantesca.

--- Qué feo, no?

--- Feisísimo.

--- No sé por qué me da miedo, Palabrita de Dios!

No se escucha el menor ruido. Las dos mujeres, por eso, se sienten más solas y más tristes. Además, el miedo que tienen ya va siendo insoportable.

— Yo ya no puedo ni dormir, ñaña.

— Quién va a dormir con el Viejo como está...

Además, se nutren mal. Comen lo que pueden! Muchas veces sólo aquello que logran marisqueando: un cangrejo, una simboca, un mejillón, una jaiba. Y eso no es para que el cristiano coma todos los días. Y menos para ellas que nacieron entre el verde y el arroz. Pero qué hay que hacer? El Viejo ya no puede trabajar. Y ellas por atendarlo, casi tampoco. Por otra parte, el lavado de la ropa y la hechura de los sombreros y las alforjas rinde poco... Ah!... Si alguna de ellas hubiera nacido hombre! Si alguna de ellas pudiera empuñar el machete puntón o salir solita a buscar la vida, tirando el arpón, le atarraya y el anzuelo... Pero al Viejo eso no le gusta. Y quién va a contrariarlo!... Además que tiene razón. Y si las agarra el Tin-Tín y las deja preñadas? Dizque el Tin-tín es fregadísimo. Anda fumando cigarro, por todos los campos, pillando a las mujeres solas, para hacerles un hijo. Sino fuera por eso.....Claro que algunos de los peones han querido darles comida, ayudarlas en algo, sobre todo el Tejón. Pero ellas no pueden aceptar nada, sana el Viejo y lo sube.....capaz que las mata!

Hay que aguantar, aguantar! Puede que el Viejo mejore. Aunque parece todo lo contrario, que ya de mal en peor. Pobre Viejo!

El sí que está fregado de verdad. Cualquier otro se hubiera tirado al agua y no hubiera aboyantado más. Con tres hijas, con tres bocas que llenar, que producen tan poco. Y enfermo, enfermo, con esos fríos de calentura que nunca lo dejan. Pobre Viejo! Pobre Viejo!

No hay ni una estrella en el cielo. Las nubes bajas lo enfundan todo en negrura impenetrable. Un silencio pesado, denso, agobiante, va invadiéndolo todo.

Las frases de las muchachas dan vueltas y vueltas sobre el mismo tema, igual que una revesa.

— Parece que se friega, no?

— Así me creo.

— Don Carrillo, que sabe, me ha dicho que cuando escupen así, ya falta poco.

— Pobre Viejo!

— Y lo malo es que no quiere ir al Guayas, Allí tal vez, lo hubieran curado,

— Tal vez! Pero no quiere, no quiere!.

En esto, crujen las cañas. Se vuelven.

Don Mito está le pie, frente a ellas.

Las mira con ojos extraños, que no ven, que no pueden ver: No les dice una palabra. Ríe, con una risa que hace crispar los nervios y erizar los bellos de todo el cuerpo. Después, mira a otro lodo. Y empieza a avanzar hacia el cuarto vecino.

Ellas lo siguen, poseídas de espanto, Al principio, quedan mudas. Pero, después, empiezan a llamarlo, angustiosamente:

— Pero dónde va?

— Espérese un momentito.

Pero don Mite no les hace caso, Es como si no fuera con él. Avanza tambaleante, con un andar de sonámbulo, pero dirigiéndose a un sitio determinado, como si lo hiciera en plena lucidez,

Las muchachas tienen más miedo aún. Tiemblan. Se miran. Y lloran sin saber qué hacer.

Al fin, se decide la Petronila, Le habla quedito a la Márgara.

— Llama a la Domitila.

— Voy!

La Márgara se acerca al toldo donde duerme la otra hermana y empieza a remecerle el petate.

— Domitila!... Domitila!...

Se siente mover el cuerpo, bajo el toldo. Casi en seguida aparece una cabeza de mujer asustada.

— Levántate, ñata…

— Que es eso?... ¿Qué es?

--- Levántate… Es qué… ¿A ver si llamas a la gente!

Domitila se levanta de un salto, en camisón.

—Qué ha pasado?

— Que… me parece que don Mite se está poniendo malo!

— Ah… Pero a mí me da miedo, aña,

—De verdad……Es que no me acordaba…

— No lo puedo aguantar. Veo al Zambo por todos lados.

--- Si, si. Ya sé. Entonces, voy yo,

La Petronila se acerca,

—Apúrate, Márgara. El Viejo ya está demasiado guaragüero.

La Márgara baja corriendo.

Don Mite se dirige al sitio donde está su machete,

Parece que no tuviera fiebre, ni nada; que, súbitamente, se hubiera compuesto. Ni los dientes le tiemblan. Los ojos están firmes, fijos. Hasta el cuerpo se le endereza un poco:

Coge el machete. Le pasa la ano, acariciándolo. Le tantea: el filo con los dedos. Y, al hacerlo, sonríe extrañamente. Da unos cuantos pasos, Se acerca a una piedra de afilar. Le echa un jarro de agua y restriega el arma. desesperadamente.

Las muchachas se le acercan asustadas:

— Ven, Viejito.

—Qué está haciendo?

— Acuéstese!

—No ve que le hace daño?

Don Mite queda tan impasible, como si escuchara llover. No se altera en lo más mínimo. Evidentemente, no ha oído. La Petronila, angustiada, se acerca y le toca un brazo. Pero al viejo sigue su labor, sin prestarle atención. Afila el machete. De rato en rato, pasa los dedos por la hoja delgadísima. Mueve la cabeza, insatisfecho. Y sigue afilando.

La noche devora las cosas, Las hace desaparecer completamente en su vientre insondable. El frío se sacude y canta desde las copas de los árboles.

La Márgara ya volando, sin saber donde pone los pies. Se dijera que no toca el suelo, sino que resbala por la loma.

El miedo a la noche y a la montaña se le agiganta.

Le parece que alguna víbora dormilona: la acecha a la vera del taminoz o tal vez una equis, de aquellas que fregaron al Tejón. Puede que hasta el Tin --Tín la esté atisbando. Acaso la mira desde algún tronco de guayacán, con el enorme sombrero dado vuelta, con los ojillos de carbón de seca, con el cuerpo peludo y el cigarro Dailfidols en los dientes.....

El grito le crece a la Márgara en el pecho. Pero lo contieno, en máximo esfuerzo. Y sigue corriendo.

Primero llega don Chamaidán, el viejo piloto balandrero. Le salen los perros al encuentro. Le ladran dándole vueltas, sin morderla,

De la casita, surge la voz conminatoria de una mujer:

— Pasa! Pasa!....

Y, después, un candil ilumina débilmente una ventana.

--- Soy yo! Márgara!.

---Ajá sube!

---No puedo. Voy al covachón!

---Y qué ha pasado?

--- Nada! Que don Mite está trastornado. Queremos que vayan. Estamos tan solitas

— En seguidita.....

La Márgara sigue hacia abajo.

El miedo se le va pasando, a medida que se acerca, Su andar, por eso, se hace más lento, más seguro.

De pronto, surge una sombra a su lado.

La chola da un grito.

— No te asustes, que soy yo!

Es el Tejón

— Condenado!.....Vea que vos eres

— Qué pasa?

— Que don Mite está malísimo.

— Con razón ví luces allá. Se me puso. Yame iba a subir la loma,

— Dile a todos los del covachón. Yo me regreso. Mis ñañas están solitas.

— No quieres que te acompañe?

— No! Anda, avísales!

— Ya está, pues. Te alcanzo!

Márgara no dice nada. Y arranca a correr para el cerro.

El Tejón quisiera decirle algo, hacerle algo, aprovecharse de la

soledad y del silencio, para acariciarla; pero no tiene ánimos para ello. Se da cuenta de que está pasando algo muy grave, algo que se interpone entre ambos en forma rotunda.

Además, él sabe esperar!

LA RECOMIENDA

Van llegando desperdigados, como ban podido: alistarse. El sueño les da vueltas en los ojos. Algunos, aún llevan las colchas enrrolladas en el cuello.

Primero, suben Chamaidán y su mujer.

— Cómo sigue, ah?

La Petronila, que ha salido a recibirlos, les hace señas que callen y les enseña al Viejo.

A pesar de que la caña cruje con el peso de los recién llegados, el parece no darse cuenta, Está de espaldas. Todavía pasa la mano por el filo de su machete y continúa refregándolo contra la piedra Jijosa..

Don Chamaidán y su mujer se arriman silenciosos a las varengas de la ventana.

Después, yan llegando los del covachón. A la cabeza de ellos como siempre, el Mayordomo.

Ninguno dice nada. Se yan arrimando a las paredes de caña. El candil mezcla la sombras de todos y las hace danzar extrañamente.

Guayamabe se acerca a la Petronila,

— Y qué le ha pasado, ah?

La muchacha responde para todos, con una voz que apenas se oye:

— Nada, don Guayamabe. Que el cristiano se ha trastornado... De la fiebre, sería Se ha levantado sin mirar a nadie, sin hacernos caso. Y se ha puesto a afilar el machete. Le hemos hablado, lo hemos agarrado. Y nuda! Parece que se hubiera quedado dormido!...

Don Guayamabe mueve la cabeza con disgusto:

— Malo! No se acerquen mucho! Los cristianos trastornados son fregadísimos!

Todos se abren en círculo y esperan.

Afuera, el viento empieza a silbar. Estremece la casa, Se diría que los puntales no son como para sostenerla, que va a saltar de pronto, cerro abajo, acaso hasta el estero, acaso hasta las orillas de las islas del frente.

Don Mite se vuelve. Y a todos los sacude una ola de espanto.

El Viejo tiene los ojos desorbitados; la boca espumosa, sanguinolenta. A cada instante, tose. Y la tos se le pega sobre so propio rostro, en esputos innumerables, que tejen en su barba una especie de telaraña gelatinosa y verde.

Al verlos, río, con risa demoníaca.

Tornan sus dedos huesudos sobre el filo del machete. Le coge el lomo. Ve hasta la empuñadura. Y se pone, de pronto, a describir remolinos en el aire. Don Guayamabe sigue sus movimientos, con ansiedad. Y, sin que nadie lo note, echa mano al cinto, para agarrar su puñal infallable.

La Márgara desesperada, en el silencio general, se atreve a hablar,

— Pero Viejito. Qué le pasa?

Don Mite no escucha. Los ojos se le siguen agrandando hasta lo imposible. Lu boca empieza a plegársele en una visa ultrahumano. La Márgara se le acerca temblorosa, lo coge de un brazo, Y le habla angustiosamente:

— Pero Viejito. Qué tiene?

Esta vez, el cholo se sacude, como si le hubiera picado una víbora. Cierra los ojos. Vuelve u abrirlos. Y, con una voz cavernosa, los latiguea los oídos:

— Silencio, desgraciado:

La risa se acentúa más aún sobre sus labios.

Está feliz. Pero si eso era lo que él quería. Que vinieran todos, toditos. Si no, hubiera tenido que ira buscarlos uno por uno. Y así hubiera sido más difícil. Mientras que ahora.

Ahí están!... No tiene más que alargar la mano. Sacudir el machete, Y se irán cayendo a pedazos, como si se tratara de una desmontada en que los árboles fueran hombres.

Se pasa la izquierda por la cabeza y enarbola el machete con la diestra a su alrededor una mirada, abarcándolos. Ríe fuertemente con una risa que es inexplicable salida de su rostro liquidado. Y --en asalto inesperado-- se lanza contra ellos,

Pero el Mayordomo ha seguido todos sus movimientos. Y, de inmediato, se le pone al frente.

— Eso no, don Mite!...

Don Mite calla. Los ojos se le enrojecen. Se lanza —como un catanudo-- sobre su adversario, Los ojos le echan llamas, En todos sus gestos y ademanes se advierte una rabia terrible, El machete se torna agilísimo, relampagueante, impelido por sus brazos huesudos,

Pero esto sólo dura breves instantes u respiración empieza n tornarse dificultosa. La tos tiene una continuidad insoportable, Suda a mares. La palidez crece en su rostro. Y, además, el Mayordomo para los golpes, sin atacar. Su mentón está agresivo, como proa de balandra. Pero sus labios tienen una serenidad de remanso y a sus ojos se asoma una lástima infinita,

Todos contemplan inmóviles y atónitos la escena.

Las hijas de don Mite han cerrado los ojo:

Muchos estarían dispuestos a intervenir, sobre todo el Tejón y Chamaidán. Pero saben cuanto disgustaría esto a don Guayamabe. Y por eso, silenciosamente, esperan. Además se advierte que el Mayordomo, como siempre, domina; que parece que está jugando, que esto durará poquísimo; que lo único que trata es de cansara su adversario.

La lucha finaliza.

En un instante de sorpresa, sin que don Mite se dé cuenta, se le desprende el machete de las manos. Y casi al mismo tiempo, se tambalea y cae al suelo.

En la montaña, se queja lejanamente, un Punta de Estaca, Es un quejido angustioso, raro, que hace poner los pelos de punta. Vienen en oleadas los mosquitos. Hace frío, mucho frío.

Rodean la cama de don Mito,

Don Carrillo le toca la frente.

— Está que vuela de fiebre.

Y, después de un momento, con una voz solemne, como para sí mismo.

— Me creo que este hombre no pasa de mañana.

Un silencio pesado, agobiante, lo acompaña. Un silencio que sólo interrumpe el llanto de las hijas de don Mite,

Don Carrillo todavía agrega:

— A lo mejor, se va esta noche mismo…

La angustia crece en el pecho de todos. Es que todos quieren su don Mite. Este cholo entero, tan bueno, tan leal y tan hombre; este cholo que hasta hace poco ha estado raspando la tierra con su rabón, que no ha dejado un solo día de trabajar, que no se ha neo lado nunca, que se ha batido—sin ninguna ayuda — con tres bocas, sin contar la suya...

La Petronila, por decir algo, murmura:

— Y... Este no quieren un poquito de café?

Guayamabe contesta:

--- Claro. A nadie le vendría mal.

--- Entonces… voy a prepararlo...

---No! Espérate!... Pablito.

El muchacho esta mezclado entre los hombres, a la subida.

—Mande, don Guayamabe:

—Anda, trae café y azúcar, de mi cuarto,

—En seguidita!

Baja Pablo. La Petronila se acerca al Mayordomo.

— Muchas gracias, don Guayamabe. Pero eso no se hace!

Don Guayamabe la mira con cariño,

— Claro! Claro que no se hace! Pero es que… ustedes que están tan fregadas van a tener que poner el café y todo? No faltaba más... Nadie lo hubiera aguantado.

Don Mite se sucude. Medio abre los ojos. Al primero que encuentra es al Mayordomo. Le tiende la mano, tristemente.

—Estoy fregado, don Guayamabe. Ya mismo estiro la pata!

---Déjese de esas cosas, don Mite!

— No, don Ahora sí es cierto...

Y después, medio levantando la cabeza, cogiendo del brazo, agrega:

— Le recomien… do a las mu… chachas.

— Claro, don Mite. No se preocupe!

El moribundo vuelve la cabeza. Y ve a Chamaidán, Carrillo, Tejon y los otros.

— A ustedes,....tam.....bién.....se las reco… mien…

Un golpe de tos no lo deja terminar.

— Maldita… se… a…

Después, cuando le pasa la tos, intenta sonreír.

— Anoche.....tuve un sueño feisísimo!...

— Cálmese, don Mite.....Descanse!...

— Soñaba que quería arlos machete...

— Cálmese!...

— Es que… fregadísimo… mismo… es… toy…

A cada instante, se pone más lívido. Don Carrillo le toca la frente y mueve la cabeza con desaliento.

El candil proyecta las sombras de los hombres como un ramillete de fantasmas,

LA ISLA MALDITA

Don Carrillo dice, nuevamente solemne:

— Hay que ponerle un espejo. Si se empaña...

Petronila abre su baulito de cajón de kerosene y de: allí saca el minúsculo objeto.

— A ver!

Don Carrillo, con toda la gravedad de sus funciones, acerca el espejo a la nariz de don Mito. Lo tiene algún rato así y después lo examina, escrutando hasta el más mínimo detalle. Su mirada enturba ligeramente. No dice nada.

Las hijas de don Mite lo rodean ansiosamente.

— Y.....don Carrillo?

Mueve tristemente la cabeza.

— No se ha empañado

Guayamabe murmura:

— Nosotros, por arriba, los picábamos... El que aguantaba un puntazo de machete sin botar sangre....ya se había ido!... El que no...

Don Carrillo propone:

--- Si usted quiere, don Guayamabe,

— No don Carrillo..... Mejor, no! Yo decía, por decir... Esperemos!

Y después de hacer una pausa, agrega:

— Y, además, de dónde le iba a salir sangre a este cristiano? Si ya casi no tenía...

— Así es, don Guayamabe.

En esto, se oye como que algo se riega en el fogón. Un olor extraño a cosa quemada y a candela húmeda se esparce en el cuarto.

La Márgara murmura: derramó el café,

— Ajá!...

— Y dicen que cuando el café se derrama...

--- Así es...

— Pobre, don Mite!

— Pobre!....

La hijas siguen llorando quedamente, mansamente. El candil se baja un poco. Se pone cerca lle la cabecera del difunto. Y la gente empieza a rodearlo. Nadie hice comentarios. Nadie puede había una sola palabra.

Cuando ya clarea, bajan un momento el Tejón y don Carrillo.

Mientras orinan, contra los puntales de la casa, conversan brevemente.

--- Como boqueaba, no?

--- Feisísimo...

— Y se fue quedando, quedando...

—Todo por unas terciana

--- Sí. Así dizque comenzó... Malditas tercianas...

— Malditas!...

Castañuelea la montaña.

Parecen despertar los cascoles jaspeados, los guayacanes alborotadores, los cabo -- de -- hachas nervudos, los bototillos pelones, los yuca -- ratón flojísimos.

De la Hacienda viene el cacareo del gallinero despertando.

El Tejón se acerca a don Carrillo. Y le dice lleno de miedo.

— Oiga, don Carrillo.

— Qué, ah?

— Este.....me creo que el Zambo tenía razón...

— El Zambo? Qué Zambo?

— El Zambo Aguay:

— Ajá. Y porque, ah?

— Este… Porque él decía siempre.

— Qué, ah?

La voz del Tejón se quiebra de angustia:

—Que la isla está maldita!

CAP. VII

LA HUIDA

Felizmente, no los han sentido. Ni los perros mismos han ladrado. Es que los conocen. Si no…

— A mí me da pena por mis ñañas,

Y se irán ellas, también.

Van hacia la Tranca. Primero, han marchado loma a loma, siguiendo el azar, separando Jos bejucos, las enredaderas, pisando monte y monte. Sin darse cuenta, por la nerviosidad que llevan, de si se han hecho picadillo o no los pies. Lo que anhelan es huír. Mientras más pronto y más lejos, mejor.

Empieza a salir la luna. Se la ve, tras el tejido complejo de los árboles, como una gran telaraña de plata. Acá, abajo, en la montaña, empiezan a distinguirse un poco las formas. Y parece que con Ja aparición del astro nocturno, la selva empieza a vivir una nueva existencia,

Bajan lentamente. A veces, se dan una resbalada. Se estrellan contra los árboles; esos nudosos cabo de hacha y vocingleros yuca de ratón. Tienen magullado todo el cuerpo. Están fatiga dos, extenuados por esa caminata dispareja y desesperada.

Pero no pueden hacer otra cosa,

— Cansadísima estoy ya...

— Avancemos un poquito más.

— Es que ya no puedo!

— Ya mismito pasamos la Tranca. Sabes? Allí podremos dormir al pie de un árbol.

A veces, el Tejón tiene que cargarla. La Márgara no puede sostenerse, Hay momentos en que se sienta y queda un rato así,

Entonces, él tiene que cogerla bajo los brazos, que levantarla u viva fuerza,

— Sinos andan buscando...aquí, enseguidita, nos encuentran...

— Ya está, pues. Sigamos!...

— Confusamente, se distingue la Tranca. Está hecha de estacas de ciruelo, Es que el ciruelo tupe pronto. Y por eso se logra, al poco tiempo, una cerca impenetrable. Con sus millares de ramazones erguidas en la noche, parece

que se tratara de un rebaño de venados ariscos, amarrados con zapán de paloma o con plazartes,

A la Márgara le late el corazón apresuradamente, Le tiembla el cuerpo. Los ojos se le cierran. Y la atormentan desesperadas ansias de regreso.

En la Tranca, hacen un breve descanso.

Se meten por debajo de las cañas rollizas, que hacen de puerta, y van a dar al otro lado. Aquí sí respiran.

— No han de creer que hemos venido hasta acá

— ASI ES…

Todavía avanzan unos pasos más y se acercan a un frondoso pechiche.

La voz del Tejón tiembla insegura.

— Oye, Márgara.....

— Qué?

— Aquí nos quedamos, no?

— Aquí…

— Si, Aquí!

La chola empieza a tener miedo. Dirige una mirada a su al rededor. Como que atiende breves instantes al ruido de la montaña, que es un ruido indefinible, extraño. Como que quiere penetrar en la oscuridad y sorber la vida misteriosa del ambiente.

Después, mira al Tejón.

— Oye, Tejón,

— Qué, ah?

— Oye... este...

— Qué quieres?

— Este… Y por qué no avanzamos un poquito más?

— Más?... Y no decías que estabas cansadísima?

— Es que.

Tejón ríe,

--- No tengas miedo, que nada te va a pasar.....

--- Si yo no tengo miedo…

— Y entonces?

— Este... es que...

Y después, sin saber qué pretexto encontrar, abandonándose al destino, añade.

— Bueno, pues. Si vos quieres...

El recoge un poco de hojarasca seca y la amontona por la: pata del árbol. De vez en cuando, siente ruidos de animales que huyen. Seguramente se trata de comadrejas, iguanas, camaleones, o quién sube si hasta de alguna culebra boba.

Como para sí mismo, murmura:

— Con tal de que no friegue algún bicho condenado de esos.

La Márgara, que no sabe que hacer, lo mira angustiosa.

— Y si viniera el tigre?

Tejón ríe.

— Qué tigre ni qué tigre. Ya lo mató don Guayamabe!

— Y si viene otro?

— No hay más. Esos tigres vienen del Fuerte. Aquí no hay mismamente,

Las hojas se han amontonado en gran cantidad. Tejón se acerca.

— Ya está!

— Qué?

— Que ha de ser, pués? La cama!

Por decir algo, la Márgara todavía se defiende.

— Es que yo... yo NO tengo sueño...

Tejón vuelve a reír.

— Yo, si!...

Márgara también ríe.

— Ajá. Duerme, pues,....

Él la mira fijamente, intensamente, como si quisiera devorarla,

— Márgara!...

La aprieta desesperadamente contra su cuerpo musculoso.

— Márgara!...

Ella siente, que se enciende, que vibra como bordón en fiesta, respondiendo a las ávidas caricias de las manos febriles.

No han tenido conciencia del momento en que han caído, del momento en que sus ropas mugrientas y pobres han volado de los cuerpos, del momento maravilloso en que se han prodigado la caricia suprema.

La montaña ha seguido su vida inmutable, Los colorados elásticos han chirriado dulcemente. Los algarrobos han puesto de punta sus espinas agresivas. Los cascoles y nigüitos han suprimido sus cuerpos formidables, escarbando el horizonte.

De pronto, la Margara brinca.

— Ay Tejon. Me ha picado un animal.

Se ponen de pie a un tiempo. El Tejón mira para todas partes, presta atención a los ruidos mínimos, pero no advierte nada.

— Debe ser un quinquín. O tal vez un pachón. Quizá no es sino una espina.

— Pero lo que es yo no me vuelvo a acostar allí.

— Está bien, pues.

La Luna se ha trepado encima de ellos.

Ahora se yen: completamente desnudos en la noche, frente a la montaña. Ambos se sorben, ávidamente, con los ojos. Por un momento, olvidan el súbito temor. Se aprietan, el uno contra el otro, Se aprietan.

Pero, en esto, el Tejón la coge por un brazo y la arrastra violentamente,

—Malhaya sea!

Empiezan, como pueden, «a correr, medio empuñando la ropa de ambos, abriéndose paso, desesperadamente por las trochas cerradas.

Cuando se han alejado bastante, el Tejón dice:

— Mira! Mira!

— Dónde?

— Allí

Extiende la mano sobre la tierra. Los ojos de Márgara siguen en la dirección indicada, Y difícilmente pueden ver algo como una mancha negra integrada por millones de puntitos que caminan.

La Margara se estremece,

— Bueno. Y qué es eso?

— Las quita calzón, me creo.

No cesan de correr.

Es una carrera despavorida y ciega. De rato en rato. miran hacia atrás. Y se dan cuenta de que la mancha negra los sigue, aminorando cada vez más, la distancia.

Ya casi no tienen fuerzas. Ambos están ensangrentados. Sobre todo en las piernas: y en-los pies. Hay momentos en que la Márgara materialmente: no puede avanzar, Y quiere detenerse,

--- Nol Lo que es yo no paso de aquí

El Tejón las sigue arrastrando, en esfuerzo sobrehumano, Un momentito más. Un momentito! Es que yo no puedo!

Pero el Tejón se le prende del brazo, con furia inaudita.

Va rompiendo monte, como si el mismo fuera un enorme machete. Quién sabe cuántas spin habrá destrozado! Quién sabe con cuantos troncos a con cuántas ramones se habrá dado golpes y golpes! Pero avanza, avanza, arrastrando su presa querida...

Es que el recuerdo de lo que han hecho las quita calzón por estas tierras, lo obsesiona.

Esas hormigas son malditas! Invaden y veces hasta los pueblos. Se suben a las casas. Obligan a desalojarlas..... Es peor que si fuera una manada do tigres hambrientos, A veces, han terminado con ASI enteras, Lo primero que hacen es obligarlos y desnudarse, Y después los sacan en una fuga desarticulada, de pánico inenarrable, Cuando por estos lados se nombra a las quita calzón, todos les corro un escalofrío de espanto.

Después de mucho rato, que ha pasado para ellos como un siglo, ambos caen rendidos.

Tejón hace un esfuerzo supremo. Estira la mano, se agarra de un cogollo de guayacán y trata de levanta. Pero las fuerzas lo han abandonado,

— Ahora sí que nos frogamos,

Enloquecidos mini atrás.

La Márgara pregunta esperanzadas

— Su habrán largado?

No se ve nada, ni siquiera una hormiga dispersa. La sombra se traga todas las cosas.

El Tejón dilata la nariz. Levanta al rostro hasta la copa de Jos Árboles y murmura:

Quién sabe! Como está cambiando el viento;

Y, después de breve silencio.

— Sería bueno treparnos a un palo, no?

--- A un palo?

— Si. Más mejor es.

Haciendo esfuerzos imposibles, como si se tratara de ofidios, se arrastran por el tronco de un nervudo cabo de hacha, Algo tibio los encharcaba las manos, Es sangre. Esa sangro que resbala en sus cuerpos, como red de jugo de pitaya.

Pero la alegría de estar juntos, la alegría de ser dueños de su vida y de su futuro, mata todos los dolores y todas las angustias. y Bocanadas de viento sacuden, de vez en cuando, la copa de los árboles, Y parece que estos se abrazan, parece que inician un baile extraño, absurdo, un baile en que sólo se agitaran los torsos y los brazos colosales.

CASO DE CONCIENCIA

— Cómo se largó, don Mite, no?

— Ajá!

— Y no ha venido a recoger los pasos.

— A lo mejor, ni viene.

— Y cómo don Melgar si vino?

— Así le convendría, pues.....

— De verdad.

— Además, eso no te importa a vos. El Viejo se largó y se acabó.

— Así es, don...

Pablito conversa con el Mayordomo,

Están en el cuarto de éste, que da para la esquina del covachón frente al estero y frente a la Hacienda. Así nada puede pasar sin qué no lo advierta.

Para eso es el Mayordomo, para eso dirige y anima cuanto se hace en estos lados.

Es de madrugada, oscuro todavía.

Pero ambos se levantan tempranísimo. Les gusta ver salir el sol y sentir despertar todas las cosas. Además, como son solos, tienen que hacerse ellos mismos el café y parar los verdes asados o las lisas ahumados y, también, un poquito más tarde, afilar sus machetes y sus hachas.

El Viejo empieza a querer al muchacho. El, que nunca ha tenido un hijo, que no sabe ni cuándo ni cómo vino al mundo, que, desde pequeño, se encontró completamente huérfano, completamente solo; él, que ha vivido siempre para los otros, en grupo, indistintamente.....siente que lo invade un hondo cariño por su joven compañero, por este compañero que ahora está abandonado en la vida, ingrimo, como 6l estuvo en su niñez pretérito.

— Tú nunca piensas en tu padre?

--- Me pone mal, don Guayamabe

--- Ajá!...

Pablo queda unos instantes pensativo. Después pregunta:

--- Y al Viejo lo enterraron igualito que a don Mite?

— Igualito!...

Voltea a un lado el rostro, para que no lo vea el muchacho. Le sube, poco a poco, una rabia extraña, que Je aprieta la garganta, que le hace brotar las venas, que lo baña en sudor copioso, incontenible,

— Pásame el café.

Mientras toma unos tragos del líquido amargo, compañero y sabroso, mira lejanamente la cinta verde y desflecada de los manglares vecinos. La mira con voluptuosidad, como si se echara un trago, de esos tragos creadores que tomaba antaño por arriba.

Se encamina a su trabajo, cuando lo detienen unos gritos;

— Don Guayamabe!... Don Guayamabel.....

— Qué pasa?

— La Márgara, don Guayamabe!

— Qué le pasa?

— Se ha largado!

— Y con quién?

—Especulamos que es con Tejón... Como estaban palabreadísimos desde hace tiempo.

— Así es...

El covachón está alborotado. Las mujeres hablan y hablan.

—Vea como la Márgara no pudo aguantarse, no?

— Cómo estaría la mujer!

— Y el padre -- con perdon del difunto -- todavía ni se ha enfriado.

— Yo me creo que mejor es así,

--- Claro! Para qué iban a esperar? No dice el dicho: "El muerto al pozo y el vivo al coso"

--- Pero, qué le costaba hacerlo, como Dios manda, con cura y todo

— Y la plata? El Tejón estaba limpio. La plata para el cura, para el viaje al Guayas, para Ja fiesta?

Guayamabe no puede contenerse.

— Silencio, condenadas! Todas ustedes han hecho lo mismo.

Se callan, Y en masa se dirigen al cuarto de Tejón. Apenas entran a éste, el Viejo murmura:

— Con él ha sido!

Alguno sugiere:

— Búsquenlo bajo el toldo. Pudiera ser.....

El Mayordomo se torna, rabioso.

— Y las alforjas y el machete?

Mira la loma, mira la casa de don Mite, Y deja caer, como plomo, sus palabras,

— Me creo que no irán muy lejos!

Le relampaguean los ojos. Chupa el cigarro con unas chupadas feroces. Parece que le temblara la boca en maldiciones y amenazas,

— Bueno. Ahora sí nos vamos a trabajar!

La mañana extiende su cuerpo rubio sobre la tierra. Empieza a crepitar la isla, como un horno. Los hombres marchan con desgano, tendiendo los machetes hacia atrás, siempre hacia atrás...

Tienen que casarse! Tienen que casarse!.....Qué se ha creído el gallo ese? Tienen que casarse!... Si no...

Es lo menos que puede hacer por las hijas de don Mite,

El hubiera querido tenerlas a su lado, partir su pan con ellas, Pero él es un hombre solo, solo, con su cigarro encendido y su machete, Cómo podría estar con tres mujeres jóvenes y buenazas? Todo el mundo creería que las tiene para acostarse con ellas. Y eso nunca! Aunque le gustaran las muchachas, aunque se derritiera por ellas, suficiente que el Viejo le haya tenido confianza, suficiente que le haya hecho la recomienda en el momento de morir... Que se queden, no más, las muchachas, donde Chamaidán. El, si puede cuidarlas. Además, el piloto tiene mujer, la Antonia

y está tan buena que no va a cambiarla por ninguna... Claro que él -- él, Guayamabe, el Mayordomo --las ayudará en lo que pueda, tratará de que estén contentas, de que nadie se burle de ellas, Será siempre como la sombra amiga de un pechiche para las hijas de don Mite. Por eso, ahora, el Tejón tendrá que casarse, tendrá que volver a la Hacienda. Y andar muy derechito, si no quiere desgraciarse...

Pobre don Mite! Si viviera!.....Pero no! Está bien muerto. A varios metros--lo menos tres --bajo tierra. Recuerda como lo metieron en el hueco profundo. Precisamente, él fue uno de los que condujeron el ataúd de tabla de cajón hasta el fondo. Malo estaba el ataúd. Muy malo! Es que casi no hubo tiempo de hacerlo, ni se encontró madera aserrada. Lo hizo don Sixto en unas pocas horas, desarmando unos cajones de fideo.....Muy malo el ataúd! El hueco sí que era bueno. Desde la madrugada habían estado los hombres tirando barreta. Claro que quizá hubiera sido mejor llevarlo a San Manuel, su tierra. Pero don Néstor se había negado, Costaba mucho conducir un cadáver basta ese pueblo, Por lo menos, un popero y dos bogas durante una semana, la pérdida de la canoa para la faena cotidiana y los enredos con las autoridades del lugar. Quién sabe! A lo mejor, tenía razón el Blanco. El, por eso, ni siquiera había dicho nada? Para qué Ya estaba bien muerto el muerto y había que enterrarlo, antes que se pudriera, Dónde, era lo de menos.....

Si. El Tejón tiene que casarse. Conseguirá permiso de don Néstor, para que, en el primer viaje se vayan los muchachos 4 Guayaquil. Hará que le den algún suplido al Tejón? Y hasta él ayudará en lo que pueda..... Después? A buscar casa en la isla, a trabajar, a pasar la dura vida de los mangles, lo mejor que se pueda...

—No hay que remolonear! He dicho que no hay que remolonear!...

Están desyerbando.

Se ven las plantas diminutas luchando con los yerbajos innúmeros que tratan de hostilizarlas, de impedir que se desarrollen. Se ven, sobre todo, los maizales interminables, en hileras equidistantes, elevando, como penachos verdes, sus agresivas hojas esbeltísimas, Huy que trabajar con la punta del machete afilado. Esto durará todavía durante algún tiempo, hasta cuando las plantas hayan crecido y baste solamente una socola.

Mientras trabajan, los hombres hacen su comentario:

— Pero vea como estaba el Tejón, no?

— Es que la Márgara era como para hacerle la boca agua a cualquierita!

— Quién sabe por donde irán ahora!

— A lo mejor, ya van por el Pozudo.

— O quizá por la Ciénega!.

Suena, como un disparo, la voz de don Guayamabe.

— No hay que remolonear!.....No hay que remolonea!

RUTA DE AMOR

Andan despacio, vacilantes, sin la energía de los primeros momentos. Á veces, se detienen, pero, apenas pueden, tornan a andar.

Por el Pozudo, han encontrado un mango de chupar. Es un mango enorme, quien sabe de cuantos años, Sus ramazones parecen troncos. Es muy alto. Bajo su copa nutrida hay un gran espacio enteramente limpio, Por doquiera, surgen, eso sí, en amontonamiento formidable, las pepas secas de los frutos.

El árbol está cargado de mangos todavía verdes. Sin embargo, el Tejón se entusiasma;

— Subes vos? Con sal, son riquísimos!

Se acercan a la pata del árbol. Quedan unos instantes en silencio, mirando su derredor, sin saber qué hacer, hasta que, al fin, sugiere el Tejón:

—Debíamos quedarnos por aquí, para descansar un rato. Después, nos largamos para afuera, para el Puerto. Allí podemos hacer señas a alguna balandra o canos. Pasan hartísimas

— Ya está, Quedémonos!

Encienden candela, para que el humito les espante la plaga y también para preparar cualquier cosa de comer. Aunque sea un arroz o unos plátanos.

Pasa volando una parvada de patos de monte, Pasa bajito, bajito, pareciendo confundirse entre las hojas de los árboles.

Tejón la sigue con la vista y murmura rabioso:

— Todo es para provocarnos.....

La brisa mañanera agita las ramazones. Hay unos cuantos ceibos cargaditos de lana. Al moverse airosos, siembran el piso de una blanca alfombra. Los bejucos adheridos al lomo de los árboles, se tuercen y se enroscan, como víboras larguísimas. Trinan los troncos de unos cuantos cabo --de--hachas, Se crispan los cogollos de los guayacanes. Las chiriguas fofas, parecen sudar. Uno que otro algodón de monte enseña sus bellotas café — blancas, como manos extrañas de hombres overos.

Y el pajarerío canta. Las cagonas y las colembas saltan de rama en rama, bañando de excremento el ramaje. El Punta de Estaca perpendiculariza su

pico desafiante. De vez en cuando, un patillo alocado se eleva hasta las nubes.

El calor empieza a acribillar de rojas puñaladas el ambiente.

A veces, rompiendo monte, apresuradamente, se divisa la gelatinosa manada de los cerdos alzados, —Miran y olfatean, desde lejos. Empiezan a amasar lodo con su trompa de lampa. El guía, el Jefe, como que anhela avanzar, pero después cambia de opinión y se aleja —tras él toda la piara—- con gruñidos feroces. Hay ocasiones en que pelean entre ellos, Se trepan unos sobre otros. Se dan hocicazos miopes, sin predilección alguna. Acaso realizan un acto sexual, acaso se hieren y sangran. Todo es tan rápido, que no hay tiempo de darse perfecta cuenta…

Pero surge un momento en que los olfatean y entonces se lanzan contra ellos:

El Tejón y la Márgara tienen que subirse a un árbol. Los cerdos se acercan, Los miran con sus ojillos enrojecidos y yan hacia los troncos. Les empiezan a clavar los colmillos fortísimos, u remecerlos con sus cuerpos, a tratar de hostilizarlos en toda forma.

El Tejón repite monocordemente;

— Todo es para provocarnos,

Ah! Si él tuviera una escopeta, o siquiera un arpón o una fija!

Hasta los venados se les acercan. Dan unos cuantos saltos «e lado rompiendo el monte, como con un cuchillo. Llegan a pocos pasos de ellos y entonces los quedan mirando extrañamente, Rumian a gran velocidad, Después de pocos instantes salen a la carrera. Vienen, generalmente, en parejas, Lo que se ve a cada instante son culebras. Sallamas, sobre — camas, papagayos, bejucos…. De las buenas, sí muy pocas. Una chonta que se hinchó al advertirlos, enfurecida, pero que huyó enseguida; una coral que el Tejón mató. Y nada más……

El Tejón afirma:

— Es que... desde que me picó la equis, ya las demás me respetan.

Cuando el sol les cae a plomo, la comida está lista.

La Márgara se acerca al fogón improvisado,

Las llamaradas que levantan los palos encendidos, se le prenden en el rostro, El Tejón la mira, la mira profundamente, vorazmente. Y el Tejón empieza a vibrar como una hoja tenue. Cuando menos acuerda, ya la está abrazando, ya la está presionando furioso contra su cuerpo. >

La Márgara protesta:

--- Pero déjeme!… No ve que ya está la comida?

--- Margara!... Margara!...

--- Vea que vos eres!...

--- Margara!... Margara!...

La montaña se silencia.

Todo es quietud, todo es calma, Ninguna rama se agita, ni la más débil hoja se mueve, Parecen haber desaparecido las aves. El tumulto de los cuerpos estremecidos en la unión maravillosa, es lo único que se eleva, como un canto.

— Si nos vieran.....

— Ya nos han de andar buscando.

— SÍ. Seguramente, don Guayamabe.

— Claro, El fue el de la recomienda.

— Pera qué nos van a encontrar?

El cielo es azul. Azul. Un ciclo transparente y puro, que apenas se divisa tras la red tupida del ramaje.

La Ciénega es enorme,

Las lluvias del invierno, allí almacenadas, duran hasta fines del verano. Siempre está verde el monte en sus orillas: de agua, platanillos, bijao, En el centro crecen innumerables yerbajos lanceolados, en almácigos tupidos. El agua es una agua verde -- sepia, hedionda, lamosa, sobre todo cuando tiene muchos meses. Los árboles, especialmente los ceibos descomunales que la rodean, se reflejan difícilmente sobre esa agua. Se reflejan en masa, sin ningún detalle y siempre en tun tono oscuro, extraño. Ignotos animales emergen del líquido estancado, animales que, a ratos, se trepan sobre los yerbajos. También hay peces sombríos de color terroso; Chalacos cegatones, camarones insípidos. De vez en cuando, vibra el agua con el ágil bejucazo veloz de una víbora y las ondas sin espuma vienen a morir en el laberinto infinito de las raíces gigantes y enmarañadas ele los ceibos.

Llegan extenuados al borde de la cienega.

Se sientan a descansar en una de las enormes raíces. Materialmente están agotados. Se acerca la noche y quizá no van a poder Negar hasta el Puerto.

La Márgara está hecha un trapo.

--- No, Tejón. Lo que es yo no aguanto más. Aquí me quedo.

— Ya mismito llegamos.

— Es que no aguanto, Tejón. —Palabrita de Dios que no aguanto!

— Bueno, pues. Descansemos un momento. Para seguir...

— Yo no puedo, Tejón...

— Hay que hacer un esfuercito. Tenemos que llegar al Puerto, antes de que oscurezca. No podemos pasar otra noche en la montaña.

— Pero es que ya no aguanto...

— Ya mismito llegamos.

El sol cae oblicuamente.

Las sombras de las cosas se proyectan unas sobre otra montaña coge una vida rara y cambiante. Se dijera que lo: les se visten con nuevos ropajes nocturnos para celebrar sus fiestas nupciales

La Márgara pregunta, con desesperación:

— Pero.....llegaremos al Puerto, Tejón?

— Así me creo. Ya falta poco.

— Y el salitral?

--- Pasando el salitral, ya estamos como de la ceja al ojo.

— Pero es que ya va a ser de noche.

— Llegaremos con la oscurecida. Ya verás...

La chola inclina la cabeza. Y sigue caminando, Ya sus pies no le parecen suyos. Los tiene hinchados, sanguinolentos. Le pesan, como dos planchas de hierro, Hay momentos en que cree que sueña, Avanza, sin saber como avanza, cual si una extraña fuerza la impeliera. El vestido se le ha hecho tirillas, por entre las cuales se miran las piernas, con hilillos de sangre.

Vuelve a hablar, desesperada:

— Yo creo.....que debíamos regresarnos!.....

— Regresarnos?.....Regresarnos para dónde?

— Para la Hacienda. pues.

— Pero si ya vamos a llegar.

— Qué vamos a llegar!.....

— Además.....Quién sabe cómo nos reciben! Sobre todo el Blanco y don Guayamabe!

Cambia la vegetación. Ya no existen los grandes palos. Ahora, lo que abunda son los algarrobos raquíticos, cargados de vainillas que sacude el viento de la tarde.

El Tejón cobra ánimos.

— Ahora sí ya estamos cerca del salitral.

— Vos crees, Tejón?

Efectivamente, después de algunos instantes, se divisa, u través de unos cuantos algarrobos, la mancha gris, enorme, estéril.

El hombre se rasca la cabeza.

— Pero nos ha fregado el aguaje.

— Por qué, ah?

— Porque nos ha mojado la tierra. Todo esto se ha ido a pique. Y se ha vuelto puro lodo!

El cholo se enrolla los pantalones sobre las rodillas y empieza la caminata por el fango pegajoso, difícilmente seguido por su compañera.

Sienten que se les va adhiriendo el cuerpo, que es casi imposible levantar cada pie, que parece que les fuera aumentando el peso de todos los miembros, que ya a alegar un momento en que no podrán moverse un milímetro más...

Pero siguen caminando. Siguen caminando!

Su marcha dispareja deja una doble hilera de huellas profundas en el fango.

Ya bien oscuro, han escuchado el ruido de las olas, estrellándose en las rocas; ya bien oscuro, han sentido el abanicazo del viento marino rascándoles la garganta; ya bien oscuro, al voltear una loma, ha podido gritar el Tejón:

— Allí está el Puerto

SIGUIENDO EL RASTRO

—Mala tos le siento al Mayordomo.

— Arrugadísimo está.

— Y fíjate como le baila el cigarro.

— Ha de ser por Jo del Tejón.

— El condenado no parece por ninguna parte.

— Y buenaza que estaba la Márgara.... Como para un necesitado,

Don Guayamabe les corta la charla, con su voz seca y dura:

— No hay que remolonear.....Se les paga para que trabajen y no para que frieguen...

Los hombres inclinan la cabeza y siguen trabajando, A veces, miran al Mayordomo y, sin saber por qué, les corre algo frio por la espalda. De verdad que el Viejo está nervioso. A cada instante, le tiemblan los labios, como si mascullara palabras gordas y agresivas. Constantemente se saca y

se pone el sombrero de hoja de palma. Se rasca la cabeza, Camina de un sitio para otro, empuñando su machete puntón y filudísimo.

---El hombre está guaragüero.

--- No quisiera estar en la piel del Tejón.

--- Capaz de que no le deje un hueso sano.

— Palabra que yo si quisiera.....estar en la piel de Tejón.....

— Tú?.....Y por qué, ah?

— Yo.....este:.. Je, je, je.... Yo, por la Márgara!..

— Vea que eres condenado

Llueve torrencialmente, La ropa se les pega al cuerpo, moldeándoselos, haciendo surgir las musculaturas vigorosas. El sombrero les gotea sobre los hombros. Hace un frío empalagoso, que se mete hasta los huesos. La montaña parece recoger sus hojas, para precaverlas del agua.

Pero --a pesar de todo —los árboles están alegres. Los árboles cantan desde la copa de los cerros o de las faldas de las planadas.

Por la tarde, el Mayordomo se dirige a la Hacienda.

Ladran los perros y se asoma don Néstor,

— Buenas tardes, patrón.

— Buenas. Qué pasa?

— Quiero hablar con usted.

— Ajá. Sube, pues.

Se trepa por la estrecha escalera. Entra al cuarto de don Néstor. Este lo espera en su hamaca de mocora, meciéndose.

— A ver Qué pasa?

— Este..... Pues verá usted, Patrón. El Tejón!

— Qué tiene el Tejón?

Guayamabe titubea unos instantes, Pero al fin se decide:

— El Tejón se ha largado.

— Se ha largado? Cuándo?

— Ayer de tarde, Patrón.

— Y como no me han dicho nada?

— Es que creiamos que regresaría, Se ha largudo con una hembra, con la Márgara.

— Y no saben para dónde han ido?

— No, Patrón.

Don Néstor se incorpora.

— Hay que buscarlo. No puede irse. Con la enfermedad, se le ha agrandado la deuda, Nome ha descontado casi nada. Además, necesitamos gente. Cómo vamos a atender los desmontes? No puede irse,

El Mayordomo siente como que le torcieran el cuello.

— Ya está, Patrón. Jin seguidita salimos.

Baja la escalera, sintiendo que todo le da vueltas,

Estará haciendo mal? El nunca ha salido a buscar a ningún cristiano, pasara lo que pasara, Francamente le repugna hacerlo, Pero es que se trata de la hija de don Mite. Para qué le haría el difunto la recomienda?..... Además, lo mismo da con cura que sin cura. Lo que se hace, lo único que se hace, es gustar más plata. Y, por otra parte, para un hombre como Tejón donde quiera hay trabajo... Pero, entonces, por qué aceptó el hacerse cargo de las muchachas? Por qué le dijo a don Mite que no se preocupara!... Maldita sea! Y no poder recoger las palabras, sobre todo, las que se dan u los muertos!.....Y claro! Al Viejo tiene que gustarle que sus hijas se casen como Dios manda..... Por eso! Sólo por eso!..,.. Sólo por eso, puede ir a buscar a los muchachos, sólo por eso puede perseguir al Tejon. No por el Blanco, ni por la deuda...

Don Guayamabe se dirige con un peón hacia la Tranca.

— Me cortaría.....cualquier cosa, si no han cogido para este vado.

— Así me creo, Guayamabe.

El Mayordomo tiene el placer de aplastar las hojas, de dejarlas reducidas a polvo,

Cuántas habrá aplastado? No sólo desde ahora, sino desde antes, cuando no estaba todavía en la isla, cuando macheteaba fortísimo por arriba, Ese chaz--chaz de las hojas secas destrozadas. De las hojas secas... que las otras ni siquiera se quejan. Son verdaderos colchones de la montaña. Se yan pudriendo por capas, las unas sobre las otras. Acaso, dentro se esconden los pachones, los escorpiones, las comadrejas, las lagartijas, los ciento pies... puede que hasta las víboras dormilonas! (Esas dormilonas que duermen de día, que pueden ser tocadas, cuando hay sol, sin que despierten, pero que por las noches salen a las veras de los caminos para picar a todos cuantos pasan.

Tanto conoce las hojas, tanto las ha pisado, que sólo por el ruido las distingue. Y también, por la manera como acarician sus pies. Sus pies enormes, agrietados, extraños, que parecen moluscos, que tienen en la planta una especie de defensa de hierro, que machacan vidrios, que

destrozan conchas de vivalvas, que acaso pueden amellar el filo de un machete o de una hacha.

Pero que tonto se pone! (Qué le importan a él las hojas? Lo que le interesa es el Tejón. Cuándo le ha ocurrido a él pensar en las hojas? Y de Verdad: Por qué no habrá vuelto el Tejón? Eso sí que es como para maniatar al condenado y darle bejuco. Sobre todo, sabiendo que don Mite le ha recomendado a sus hijas. "Ah, Tejón, donde te encuentre te vas a desgraciar. Capaz de que te varo media cuarta de rabón en la panza". Pero eso no le ha de gustar a la Márgara. Y entonces el Viejo Mite puede tomarle cuentas. No! La mejor es que no haga nada. Buscarlo, no más. Y después, obligarlo a casarse, Ayudarlo a conseguir la plata. Qué más quiere, después de todo?

Se sacude los mosquitos. Aspira con deleite el humo de su cigarro. Este se enciende, se enciende más, todavía. Lanza por la nariz, chiflones de humo. Respira a pecho pleno. Mira a su derredor, con una mirada subconsciente, casi sin ver. Y, sin embargo, dándose cuenta de todo.

— Fíjate! Las piñuelas rotas! Y rastros frescos. Por aquí han andado. Eso no me lo quita nadie,

— Seguro, don Guayamabe!

La mañana tintinea en la montaña.

Una culebra papagayo salta de rama en rama, Un camaleón se atraviesa acesando, en medio del camino, Por un instante los mira asustado. Y, después, emprende una carrera vertiginosa, selva adentro, La trocha va siendo, cada vez, más dificil. Machete en mano, tienen que ir rompiendo monte. Sobre todo, las enredaderas colgantes, los bejucos espinosos, una que otra ramazón baja y hostil. Hay un ruido sordo y extraño que sale de todos los contornos del ambiente. Un olor a yerba fecunda, latiguea las narices. Y un vaho caliente, denso, penetrante, se escapa de Ja tierra parturienta.

Don Guayamabe se hace cruces,

Vea que los enamorados son fregados. Cómo pueden haberse rotando por esos sitios? Cómo pueden haber pasado la noche? Cómo han podido estar juntos?... Se imagina lo que habrán sufrido. Y --por un momento-- le entra un poco de lastima. —Si le hubieran dicho algo a él...todo lo hubiera arreglado! Se hubieran ido en el primer viaje de la balandra. Le hubiera pedido algunos sucres al Blanco. Hasta se hubiera bailado. Todo lo habrían pasado en su cuero de venado, tranquilos y felices, como Dios manda... Pero, por qué piensa en estas cosas? Será que está ya muy viejo? Será que ya no sirve para nada? Ni que fuera mujer. Para las mujeres está bueno eso...

No! El no hubiera hecho nada. El podría intervenir en una machetera, jalar trago --aún así viejo y fregado--como nadie, Ir adelante en los desmontes, en las siembras, en todos los trabajos. En sus tiempos no tuvo rival como guía. Y quién sabe si ahora hubiese alguien que lo alcanzara. Pero,

entonces? Por qué iba tras el Tejón, ahora? Por qué había hecho lo que nunca? Por qué se había ofrecido al Blanco para buscar un cristiano?

Es que se trata de la Márgara! Se trata de una de las muchachas de la recomienda! Pero. Y del otro modo no iba a resultar lo mismo? No iba a ayudar también al casamiento?

Qué será lo que le está pasando! Nunca ha tenido cavilaciones, Capaz de que se está aculando, capaz de que es don Mite que está recogiendo los pasos. Y Je dice todas estas cosas en el oído.

Mira a su derredor, con respeto pero sin miedo. Y sigue caminando. Sigue caminando!

En el Salitral, se distinguen claramente las huellas, Se las ve enfilando hacia el puerto imprecisas, vacilantes.

Don Guayamabe camina más rápidamente

— Ya por aquí han venido cansados. Si no se han largado, los encontraremos prontito.

— Así es, don Guayamabe.

— La Mérgara mismamente no ha podido, Fíjate. El Tejón ha tenido que cargarla muchas veces, Aquí solo hay sus rastros. Y bien hondo,

--- Ajá. Y vea don Guayamabe. Se han arañado, según especulo. Mire si no las gotas de sangre.

— Pobre Márgara!

— De verdad. Pobre Márgara!.....

El sol hace hervir la extensión enorme de tierra salada, que toma tonalidades extrañas. En la orilla de la tierra dulce, se ven alcaparras esqueléticas, uno que otro algarrobo desperdigado y unos pechiches nudosos.

Por decir algo, por ocultar sus nervios, él, que siempre es impasible, murmura:

— Hartísimo venado ha de haber por aquí.

— Así me creo, don Guayamabe!

Al terminar el salitral, el Mayordomo ya no duda.

— Deben de estar en el Puerto,

Y, después de un instante, pensativo, corrige,

— Si es que no se han largado.

Una bocanada de aire fresco les indica que están cerca de las Cinco Bocas, esa parte ancha y tempestuosa, que hace pensar en el mar abierto de a por el Golfo,

Al Viejo le late el corazón, furiosamente.

Sin darse cuenta, apresura el paso. Va casi corriendo. Ya ve la casa desvencijada, ya escucha el remecerse de las aguas que mueren en la orilla peñascosa, ya siente la cuchillada del viento salado...

Va más rápido, todavía. Más rápido!

Al llegar, se para en seco, con los ojos llameantes;

— Maldición!.....

La casa está vacía. Al frente de ella se yen los restos de una gran hoguera. Todavía hay unos tizones encendidos. Pero de los fugitivos, ni la sombra.

— Se han largado!

Allá, por la Punta de Chocolate, se divisa un punto sobre el mar. Es, seguramente, una canoa. Irán en ella la Márgara y el Tejón?

Y de pronto le parece que mejor es así. Que don Mite le agradece en el oído y en el corazón por dejar a su hija entregada al destino.

LIBRO SEGUNDO: EL HOMBRE

CAP. I

LA COSECHA

La cosecha, al fin!

— Y muy buena, según especulo, -- ha dicho el Mayordomo.

— Sobre todo, para el maiz.

— Y aún para el arroz, en la planada del Manantial.

— Va a haber trabajo que da miedo.

— Claro que habrá trabajo. Para qué estamos, entonces?

Corre una ola de entusiasmo por toda la isla.

Cada quien aporta su esfuerzo a la tarea de la recolección. Se saca de los maizales vigorosos el choclo verde y velludo. Se amontona en rumeros enormes. Los almudes y los almudes caen, sin cesar, en los sacos de yute. Los hombres parecen poseídos de fecunda dinamía. Extraña alegría sacude los montes. Las campánulas crecidas-- especialmente los amancayes — multiplican sus colores en los cerros. Se empinan los árboles más viejos para asistir al parto exuberante. La balandra y las canoas inician una danza estrepitosa, sobre las aguas agitad: Fugan las lluvias, en llamada a las caricias torpes del sol.

Néstor rejuvenece,

— Es que la cosecha me vuelve otro. Como si yo mismo estuviera cargado de frutos...

Palpa su triunfo sobre la isla. Se le antoja un triunfo definitivo. Coge, poseído de excitación sobrebumana, las pródigas mazorcas. Las estrecha sobre sus manos nerviosas, como un anticipo de oro del mañana. Se siente un gigante, uno de esos ceibos descomunales, que clavan sus raices formidables en el corazón de la tierra, que le sorben en fagia inaudita cuanto de mejor han acumulado allí los siglos.

Se empieza a llenar el vientre de la balandra, para el envío del codiciado fruto a Guayaquil

Las planchas de laurel son insuficientes para sostener: el peso de los hombres, Hay que duplicarlas, hay que hacerlas más gruesas y resistentes, Y entonces resulta un verdadero almácigo cada borda, cada bodega de la embarcación. Esta se hunde hasta los trancaniles. Los sacos y los sacos asoman por la ramada, inundando la cubierta

Chamaidán, el piloto, a veces protesta:

— Y como va a llevarse la caña del timón, pues?

El Mayordomo sonríe:

— Ni que fuera usted de azúcar, don Modesto.

— Y la Antonia? Dónde voy a poner la Antonia? Y si llevo las muchachas, peor todavía, dónde voy a ponerlas?

— Aunque sea sobre la toldilla,

El piloto ve Oscuro.

Este es el peor de los viajes que he tenido. — Pero es el que dará más plata! — Vaya a saberlo Dios!

Es el tiempo del choclo. Y del choclo se hace todo!

Las humitas de choclo tierno cocido, envuelto en hojas y relleno de mariscos o peces, o carnes de gallina, de cerdo o de venado; la torta dorada y suculenta, a veces, asada al rescoldo, a veces frita; la sopa espesona, mazamorruda, de «resucitar muertos». El choclo se come cocido, frito, asado; con arroz, con michullas, con ostiones. La mazorca dorada inunda en oleadas el ambiente, sonríe ufana sobre todas las mesas, en una especie de prodigio de las ubres prietas de la tierra,

Néstor, lleno de entusiasmo, ve partir la balandra, Observa como la Sulinterma eleva lentamente su trinquetilla, su foque y, por último, su mayor. Cómo el norte empieza a hinchar levemente los trapos conductores y cómo, poco a poco, la balandra rompe con su chata proa, la tersa superficie de las aguas.

— Llegarán con una sola marea a la boca de Chupadores?

El Mayordomo, terciándose fu cigarro, responde:

— Así me creo!

Néstor murmura, casi como para sí mismo:

— Me parece hasta mentira, que por fin se haya ido la Sulinterma.

— De verdad, Patrón!

— Con las dificultades que hemos tenido. Con la lucha contra: las lluvias, contra los pájaros, hasta contra los hombres.....Claro que siempre he tenido fe en que esto llegaría. Ahora, vendrán tiempos mejores. Se podrá hacer cultivos más estables. Algodón, por ejemplo. No has visto como por donde quiera hay algodón de monte? Esto debe de ser muy bueno para algodón!

— Uhm, Patrón. No sé qué decirle. Aquí garúa mucho y caen heladas, Se pueden pasmar las bellotas.

— Ya veremos, entonces.

Hay un breve silencio que al fin interrumpe el Mayordomo

— Yo, que usted.....le metería ganado a la isla, Esto es bueno para ganado. Tiene agua hasta fines de verano en las ciénegas, en los manantiales, en el pozo. Hay una barbaridad de paja de la costa. Se pudiera manguear un poco. Y el ganado cría solito.

Néstor se muestra rehacio.

— Sí, Guayamabe. Tienes razón. Pero, es que... el ganado demora mucho. Un año para cada parto. Figúrate!... Es muy lento, muy lento, muy lento. Tendría que pasarme la vida, para poder reunir unas cuantas cabezas.

— Pero es plata de todos los días, Patrón. Las vacas dan leche todititos los días.

— No, Guayamabe. Yo quiero algo mejor, algo más rápido. Ah! Si la madera fuera negocio! Si el carbón hubiera dejado algo! Pero hasta ahora todo me ha salido al revés!... Y ya no quiero que esto continúe así. No quiero!...

— Como usted diga Patrón. Néstor alza la voz, como queriendo hablar a cuanto le rodea.

— Lo que deseo ahora, es hacer dinero pronto y de la manera que sea. Tú no sabes lo que me está ocurriendo. Yo mismo no me lo explica bien, todavía. Antes, esto no me ha pasado nunca. Recién hoy empiezo a comprender que necesito dinero, mucho dinero. Hay días en que me angustio, en que me desespero en la isla. Yo no he nacido para esto, Guayamabe! Tú lo sabes! Yo debía estar en Guayaquil, divirtiéndome, gozando de la vida.....Y hace tanto tiempo que ni siquiera voy a la ciudad. Tengo deseos de todo. No he vuelto a tomarme una copa, no he vuelto a mirar una mujer. Comprendes tú lo que es esto? Te das cuenta de cómo pasaré ciertas noches, cuando el calor enciende hasta las maderas de la casa? Ha habido ocasiones en que he tenido que bañarme, que mojarme la cabeza largamente. Lo que me placía era arrojarme al estero! Te das cuenta Guayamabe, te das cuenta de lo que me está ocurriendo? A veces, creo que me falta un poco de afecto, un poco de dicha, que me estoy acabando, que quién sabe cuál ya a ser mi final! No dejo la isla, porque es demasiado tarde y porque es lo único que me queda. Además, no sabría dónde ir, no sabría que hacer. En la ciudad, se reirían de m Ninguna mujer me ofrecería una caricia. Todos me despreciarían.. Se

acordarían de mis desdenes y mis soberbias de otróra. Y tratarían de vengarse! No Guayamabe, no! Esto tiene que cambiar!... Si no cambia, me voy a volver loco!.....Un buen, día me van a encontrar ustedes con una bala en el corazón, revolcándome en mi sangre!

— No diga eso, Patrón. Hay que tener paciencia. La tierra sólo es de los que tienen paciencia... Además... No diga que no es para esto. La tierra es de todos y para todos.

— Pero, tú crees que me vaya bien? No crees que voy a perder aquí mi tiempo, mi dinero y hasta mi vida?.....Fíjate como me ha ido en cuanto he emprendido. Todo ha sido un fracaso. Nada me ha resultado bien. Se han perdido los hornos de carbón, ha bajado el precio de la leña, la madera casi no se ha podido sacar, el invierno ha demorado tanto que la cosecha nos ha cogido sin gente... Y sobre todo, los muertos! En tan poco tiempo, tres muertos demasiado, verdad que es demasiado? Dímelo, dímelo tú, Guayamabe, que sabes tanto, que conoces nuestra tierra como la palma de la mano. No crees que esta isla está maldita? No crees que nadie puede hacer nada en ella. A ratos, tengo miedo! No, no me equivoques, Guayamabe. El miedo que yo tengo es un miedo extraño, inexplicable!... A veces, me entran locos deseos de escaparme! Cuando se va la balandra tengo que hacer esfuerzos desesperados para quedarme quieto, para no treparme sobre ella y abandonar este sitio hostil, definitivamente,....Irme lejos, donde nadie me conozca, donde yo no conozca a nadie!,....Es verdad, Guayamabe, es verdad que esta isla está maldita?

— Así dicen, Patrón.

— Entonces, tú crees?

— No, Patrón. Yo no creo nada!.. Además que... aunque creyera...

— Aunque creyeras?

— Sí, Patrón, Aunque creyera. soy hombre, entonces?

Néstor no dice nada. Lo queda viendo, tratando de penetrarlo profundamente.

El cigarro encendido le da un aire indomable. Tiene los ojos tranquilos, serenos, como un mar en calma, Le cae el pelo matón sobre la frente. El sombrero parece crecerle sobre la cabeza. Desafía hasta con sus pantalones y su cotona de sacos vacíos de harina. Hay en su boca un gesto de soberbia que contagia. Y al mirarlo así, le crece de nuevo el optimismo. Frunce las cejas. Respira más fuerte. Le pone la mano sobre el hombro. — Tienes razón, Guayamabe. Para eso somos hombres!.

La balandra ha desaparecido en la vuelta de los colorados. El estero se riza de espuma. De vez en cuando, rebanadas de aire se adhieren al vocinglerío de las hojas lanceoladas, Los maizales parecen abanicos de oro estilizados. Todas las gamas del verde se reparten sobre la isla parturienta.

— Para eso somos hombres!

"Sí, para eso somos hombre: Guayamabe puede pensar que yo soy un cobarde! Pero es que no soy un cobarde? No! No E Lo que ocurre es que quiero que todo se haga pronto, en un abrir y cerrar de ojos. Y no fracasar!.....No fracasar!... Todo, menos el fracaso!... Cómo me presentaría después en mi ciudad querida?"

Y dicen que cada día está más bella. Ululan los autos en sus calles vocingleras. El malecón huele a cacao, pero se enciende con los muelles diademados de humo, con el grito estridente de los pitos de las lanchas y el timbre de los tranvías, con el sudor de los hombres de espaldas nudosas y con el vaho caliente del río.

Parece mentira que a tan pocas horas de distancia, esté el teatro de sus antiguas hazañas, de sus soberbias y sus éxitos de antaño. Sólo porque se separa de 6l en la lejanía del espacio y del tiempo, es que empieza a comprenderlo y a quererlo.

"No. No puedo fracasar!.....No puedo!.....Los: de mi En han nacido para vencer. La isla no puede dominarme!...> Quizá es ella que con voz penetrante le está hablando en el oído y en el alma. Empieza a querer dominarlo, a querer vencerlo, a querer atraparlo entre sus millares de redes impalpables... "Tal vez piensa llevarme como a don Mite, como a Melgar..... Ahora creo que yo no maté a ese hombre. No! Yo no lo maté! Fue ella! Utilizó mi mano. Encendió mi orgullo y mi rabia!.....Si me pareció extraño ver ese cholo manchado de sangre; si me pareció extraño el espectáculo de esos hombres rodeándome, con los ojos desorbitados!.....Qué tenía yo con Melgar? Qué podía haber tenido con Él? Lo mismo en las penaciones y en los ruidos y apariciones de ultratumba, ella fue la que produjo todo para sembrar el pánico en los peones, Ahora está convencido de que efectivamente vieron ellos algo esa noche. No solo fue producto de su imaginación exaltada, no fue solo una alucinación colectiva. Hubo algo fuera de ellos, algo creado por el odio de la Maldita! Y lo mismo ocurrió con el Zambo. La isla mandó al tigre para que lo matara, para que sembrara el terror y el desconcierto entre todos..... "Sí Es ella que quiere vencerme, que quiere dominarme, que quiere sacarme de estos sitios. Es ella, la isla maldita, la isla devoradora de todos los que se le acercan!"

Hay momentos en que parece que cobrara forma humana. En que la ye claramente, precisamente.

“Tiene una melena de víboras armadas, enfurecidas, Los ojos parecen dos puñales al rojo fuego. Las manos de crustáceos se alargan potentes, amenazadoras. En la boca agoniza un tiburón recién nacido. Los senos son nidos de gavilanes y de lechuzas. Cefalópodos raros se tuercen en su vientre. Tiene el torso áspero y verde, como el lomo de un lagarto. En las

piernas se alojan hacinamientos de mangles y de secas retorcidos. En sus vellosidades profundas crecen algas marinas y moluscos oscuros.

La ve. La ve claramente. La ye sonriendo en sonrisa apocalíptica, creciendo ante sus ojos. La ye identificándose con las dimensiones de la isla. Ve como los contornos humanos van siendo cada vez más inseguros, más borrosos, como si fueran evaporándose, en vuelo de faunas y flores monstruosas..... Hasta que surge maldita como antes era. Vuelve a palpitar con sus millones de hojas y ojos incontables, con el torbellino colosal de sus vidas agitándose.

«Pero nol A mí no me devorará! Conmigo será distinto! Puede intentarlo una y mil veces! Yo sigo aceptando el reto! Podrá extirpar a todos estos hombres; podrá exterminar Jo que yo siembre; podrá dejar su lomo estéril, sus orillas secas, su ambiente inhóspito.....Pero, conmigo, no! Yo seguiré luchando, hasta que me quede un soplo de aliento, hasta que me quede una gota de Sangre.

Seguiré luchando! Seguiré luchando!

— Sí, Guayamabe. Tienes razón. Para eso somos hombros!

Guayamabe lo mira intensamente, como queriendo penetrarlo.

Es que don Néstor está distinto, completamente distinto de como llegó a la isla. Más moreno, tiene en su gesto un aire de resolución Suprema. Las manos se le están engrosando. Sus ademanes son más rotundos, Cuando se clavan sus ojos, penetran hasta el alma.

Ahora sí cree que el Blanco pueda luchar en estas tierras, u pesar de que dicen que la isla está maldita.

— Sí, Patrón. Para eso somos hombres!.....

En tanto, los peones siguen recogiendo, en sacos de yute, los almudes y los almudes. Parece que esos sacos se fueran hinchando por magia prodigiosa. Y que nunca pudieran llenarse definitivamente.

Pero los maizales son inacabables.

Todavía se yerguen los penachos altivos, sobre las hondonadas y sobre los cerros; todavía parecen desafiar la cólera de los nortes adustos que soplan como locos.

Don Néstor fuma. Fuma y piensa. Piensa que la isla lo está atando, que ahora son nexos invisibles independientes del negocio --los que lo adhieren a la tierra, Esa manera de un bejuquerío impalpable que se le hubiera trepado por todo el cuerpo. Y que lo pegara a un ceibo, a uno de esos descomunales ceibos, cuyo tronco difícilmente abarcan diez hombres con los brazos abiertos.

DESTINO

Y súbitamente se decide, Hará su casa, su casa definitiva en San Pancracio,

Al llegar a la isla le pareció invivible esa casa de caña brava picada, lena de bichos, alacranes, cucarachas, lagartijas y hormigas; desvencijada, sucia, maloliente.

—- Buena para un caballo, cuando más.

Pero, después de unos pocos días, se fue acostumbrando. No le llamó la atención nada de aquello que veía en la isla, Y su nuevo hogar le pareció más amplio y confortable.

— Como voy a pasar tan poco tiempo. Quizá solo un año....-. Después, apenas pueda, a Guayaquil.

La casa era como las de todos los peones. Con cuatro estacas de guayacán sin labrar, algunos travesaños empalmados y, sobre estos, unas pocas cuerdas. Arriba, en forma de "V" invertida, el techo nutrido de hojas grises. Abajo, no tenía piso. Sencillamente, estaba la tierra, por la que se arrastraban sallamas, papagayos, bejucos, o cualquier otra clase de serpientes bobas. Solo muy de tarde en tarde, asomaba una equis o una coral.

Inmediatamente después de su llegada, Néstor tiró unas cuantas cañas picadas sobre el piso. Puso una romana, una pequeña balanza. Y llenó de víveres un cajón con tapa, forrado de zinc, En esa forma quedó constituida la primera tienda. Después, cerró. la casa como pudo, con unas cuantas costaneras de chirigua.

Tuvo buen cuidado, eso sí, de enseñar su revólver y sus dos escopetas:

— Como alguno quiera probar mi puntería.....

Todos los muebles que había llevado, tuvieron que amontonarse, unos sobre otros, al lado de los víveres:

La araña de la sala, llena de complicados adornos de vidrio, que fuera el orgullo de las viejas tías, y que se arrumó produciendo un ruido, como de queja; los retratos, en que sus antepasados —la mayoría españoles y conquistadores— apuntaban el rostro orgulloso, esos retratos que hacían temblar ansiosamente a los viejos criados de la mansión ancestral; el mutilado juego de loza, con el escudo heráldico en los bordes; los manteles

y las sábanas finísimos; la sombrerera ya medio apolillada; la cómoda coja y señorial; las planchas largas y pulidas del mármol de los aparadores y peinadores... Todo! Todo lo que fuera símbolo, manifestación o necesidad del rancio abolengo, quedó allí tirado, mezclado, confundido, formando montones enormes propicios a los insectos y propicios al polvo.

Lo único que subió fue la biblioteca del abuelo materno. Pensó que alguna vez, entre las páginas amarillentas de esos libros ro= mánticos, podría encontrar un refugio donde hundirse, cuando la fatiga del trabajo lo extenuara.

Al principio, el espectáculo ruinoso le dolió como una puñalada en el corazón. Llegó a parecerle que se estaba traicionando; que rompía con su pasado, con sus afectos, con lo que le era más caro en la vida; que debía emprender, cuanto antes, la retirada; que acaso lo mejor era arrendar la isla, o. venderla Pero es que acaso no lo había intentado cien veces? Acaso iba a conseguirlo ahora que estaba todo más difícil? Y, además, suponiendo que la vendiera, lograría pagar todas sus deudas con el producto de esa venta?.....Después de todo, debía intentarlo. Quizá podría volver u buscar trabajo en Guayaquil. Dedicarse a la política, por ejemplo. Multitud de individuos de su clase, una vez perdida toda esperanza de hacer algo, cuando se conceptuaban inservibles, se dedicaban a la política, se tornaban los cooperadores incondicionales de cualquiera que estuviese en el Poder. Por qué no podría él hacer otro tinto? El ignoraba de partidos. No le interesaba el progreso del país. Nole interesaba ni la felicidad ni la tranquilidad de nadie. Todo lo enfocaba desde el ángulo de su bienestar personal. Por qué, entonces, no podría ser un buen político criollo? Claro que a él le gustaría ser cónsul o diplomático, pero si esto resultara difícil, aceptaría cualquier cosa, Cualquier cosa era mejor que estar en esta isla, aislado del mundo, como si se estuviera suicidando, como si estuviera destrozando las últimas ligaduras que lo ataban al pasado,

Al llegar a esta conclusión, hasta pensó que podría recobrar su perdido prestigio social; su aire matón y dominador de mujeres y hombres.

Sí. Se decidía definitivamente. Regresaría a su querida ciudad. Regresaría!.

Escribió con tal propósito a varios amigos, y parientes.

Pero por más que esperó algún tiempo, no recibió respuesta alguna.

Volvió a insistir. Y solo cuando ya había comenzado sus tra3. más recios en la isla, recibió una carta.

Era una carta fría, agresiva, casi insultante.

Se le decía que no tenía ya nada que hacer en la ciudad. Cómo podría presentarse decentemente en el alto mundo que abandonó? La política estaba cada vez más pobre. Había terminado la época de las vacas gordas. Ni los pequeños puestos alcanzaban. Además — y aquí terminaba la carta-- <nuestra sociedad ha perdido la fe en ti. Es como si te hubieras muerto.>

Los trabajos de la isla eran más captadores. Y esto lo hizo alzarse de hombros. Estaba bien. Qué le quedaba por hacer? Quemado el último

cartucho, debía resignarse. Por otra parte el aventurero y conquistador que siempre rugía en su sangre, le dio ánimos. Volvió a sentir los ímpetus de antaño. Volvió a escrutar el horizonte, en gesto invencible. Trabajaría en la isla, Trabajaría!

Cómo sonreían los maizales vigorosos!

Las filas equidistantes, parecían empinarse en los cerros alegrísimos. La vista se perdía sobre la falange verde de las hojas millonarias. La montaña —a lo lejos —se enterraba más hondo, como anhelando defenderse. Los cholos iban y venían. Parecían encendidos en una hoguera inefable. Sobre todo, cuando el sol les culebreaba por las espaldas desnudas.

Y al decidirse a fabricar la casa, lo primero que hace, como siempre, es consultar al mayordomo.

— Quién podría hacerla, ah?

— Uhm, Patrón! Yo mismamente, no sé qué decirle. Aquí casi todos hacemos nuestras casas. Sólo cuando vamos a hacer balandras, buscamos al muestro Lino, el del Cerrito donde don Goyo. Y también, claro está, para los muertos. Entonces, hace la caja don Sixto.....Don Sixto!... Vea, Patrón! El único que puede hacerle la casa es don Sixto. Tal vez quiera hacerla, El si es carpintero de ribera!

— Entonces, mándamelo en seguida.

— Ya está, Patrón. Pero.....Por qué no trae un muestro de Guayaquil? Allá si hay buenazo:

— No, Guayamube. Son muy caros. Y para qué? Yo sólo quiero una casa de madera, sencilla, como para mí solo.

— Está bien, Patrón.

Al poco rato, está don Sixto frente a don Néstor.

— Buenas tardes de Dios, Patrón.

— Buenas. Ya te dijo Guayamabe para qué te llamaba?

--- Algo me ha palabreado.

— Y tú, qué dices?

--- Vea, Patrón… Yo mismamente… Yo nunca he hecho una casa grande.

— Y no te atreverías a hacerla?

— De atreverme? Claro que sí Patrón. Yo he visto muchas, allí en San Manuel. Allá hay unas cuantas casas grandototas...Pero... da. Entonces, no te preocupes. La hacemos. Yo te daré las ideas de como la quiero.

---Si es sí, Patrón,

Néstor medita brevemente,

— Y cuándo la principiamos?

— Cuando usted diga, Patrón.

— Ajá… Pero yo quiero una casa fuerte. Lo que más me interesa es que sea fuerte, Fuerte y con portal!

— Así será, pues.

— Vamos a comenzar la próxima semana.

— Entonces hay que sacar las primeras piezas.

— Las primeras piezas?

— Claro Patrón. Las cabeceras, las bases, los calces; todo lo que se necesita, Y, especialmente, hacer la pluma. Tenemos que conseguirnos unos palmeros de mangle, para la pluma.

— La pluma? Y qué es eso?

— La pluma……es la pluma, Patrón. Algo para elevar los puntales y clavarlos.

--- Ajá

Cuando se va don Sixto, le brincan en el oído las palabras que éste le ha dicho. Y se siente feliz, muy feliz.

Construír una casa. Su propia casa! Quién se lo hubiera di cho antes? Y si se lo hubieran dicho, seguramente habría reído. El, hecho un carpintero?……Pero esto ahora lo lena de entusiasmo y de orgullo. Lo hace compararse con hombres de otras tierras y de otras épocas. Le da cierto calor de fuerza, de vida; cierto Ímpetu bravío que otrora nunca ha sentido.

Le danza ante los ojos el espectáculo creador y dinámico.

Le parece que asiste a toda la epopeya de la nueva construcción.

Cómo se despegan, por los hachazos, los palos enormes de la selva! Cómo les repican las ramazones y los limpian de bejucos y enredaderas! Cómo los labran por las dos caras! Cómo les dan espesores equidistantes! Cómo los arrastran, después, por las trochas mal abiertas! Cómo los barquean hasta los puertos y a veces hasta la Hacienda!

Vibra en su oído el machacar de la madera, el golpetear de los martillos, la canción repartida del serrucho. Le parece ver la azuela linsonjera, arrimándose a la punta de los palos, en la fabricación de los empalmes y las mechas. Le parece verlas gurvias, en las vueltas y en los nudos, quitando las asperezas de las fibras. Le parece ver los cepillos y los galopines,

arrancando las protuberancias fornidas haciendo más suave y brillante la piel robusta de los cuartones tablas,

En tanto, allá lejos, los peones desyerban.

Las aguas del invierno se empozan en las planadas. Huy, todavía, más mosquitos. Todo está verde. Los calores funden las entrañas de la tierra. Hierve la montaña, hierve el estero, hierven los torsos de los hombres.

EL NIDO PROPIO

La pluma se hace de custro palmeros de mangle. Los amarran con betas en uno de los extremos. El otro extremo queda libre. Los palmeros se abren, asegurándolos sobre la tierra. Entonces se ponen los aparejos de ganchos fortísimos. Se los sujeta bien. Y se espera el momento de levantar las piezas.

Los huecos para los puntales son bien hondos. Primero se ha manejado un poco de pico, señalando el sitio donde yan a hacerse. Ha habido que igualar la subida de la loma. Después, se ha empezado con la barreta. La tierra aquí es dura, sobre todo cuando se ha cavado el fondo. Aparecen inmediatamente algún trozo, de piedra algún hacinamiento de conchas... quién sabe qué no más, A veces hasta algún gusano orondo y majestuoso. A veces hasta alguna vasija de barro de la época aborigen.

Allí es cuando los hombres empiezan a sudar.

Don Sixto dice;

— Los huecos se necesitan anchos y hondísimos, para poner las cabeceras y las bases.

Alguno de los trabajadores masculla entre dientes;

— Tanta fregadera para hacer una casa.

Y le contesta otro, así mismo, a media voz, iniciándose un diálogo mínimo y pesado que da tumbos entre todos.

— Así es. Tanta fregadera!... Nosotros medio clavamos las horquetas. Les enmechamos unas varengas. Les amarramos unas cañas. Las cubrimos con hojas de bijao o de cualquier otra paja que encontremos, Y ya está!

— Pero es que el Blanco quiere una casa grande, de Hacienda, pues.

— Para él solito?

— Para él solito. Cosas de los blancos!

— O a lo mejor se va a traer una Blanca. Y por eso...

— A lo mejor!

Varios peones trabajan. Ya han sacado todas las piezas de la montaña. Algunas han venido labradas, aunque sea por dos caras, Otras, no! Vienen intactas, recién a probar el filo del hacha.

El propio don Sixto va seleccionando el materia.

— Esto no sirve para estar bajo tierra, Patrón. Tiene que ser corazón puro. Sino… se pudre! Lo mejor es el corazón para todo.

Los va observando detenidamente, a través de las radiaciones de la fibra, para buscar el tono oscuro más brillante, más fuerte. A veces, murmura:

— Este palo es cogido en mal tiempo, en quiebra. Se va a apolillar pronto.

— Cómo lo sabes?

— Ahí verá usted, Patrón. Es que los palos hay que cortarlos en aguaje y con la marea llena. Sería mejor que lo hiciera uno que no tenga mal vaho. Pero eso es dificilísimo saberlo,

— Qué cosas que tienen ustedes!

— La pura verdad, Patrón.

Apenas están terminados los huecos. se ponen las cabeceras, paralelas y algo separadas. Encima de ellas caen, después, las bases, Entonces, comienza la obra de la pluma,

Ya, por un lado, se han enmechado los empalmes con los calces. Esto se ha hecho a punta de formón, azuela y serrucho. Después, se han cogido ambas piezas con pernos fortísimos y se ha empezado a tirarlos con el aparejo de la pluma.

Cuatro hombres se prenden de los cabos templados.

Las carruchas de los aparejos toman un tono extraño, parecen quejarse. El palo va subiendo lentamente, con empalme, y todo. Los mangles palmeros ni se mueven. Acaso se clavan un poco más sobre la tierra. Pero el puntal sigue subiendo.

Néstor lo ha soñado desde hace varios días.

Casi contiene la respiración, viendo subir el primer puntal de su casa. Se hincha de gozo. El corazón le late apresuradamente. Al ratos, le entran locos deseos de abrazar a esos hombres, de inter venir él mismo en la levantada del palo, en la clavada de la tierra.

En tanto, el puntal sigue subiendo.

Todos están callados. Pujan, en el máximo esfuerzo. Se ye curvarse sus músculos bajo la piel encendida. Es como si las carnes se les fueran haciendo nudo. Y el puntal sigue subiendo! Se levanta, primero, de un lado, del lado opuesto al que está el calce. Después, como que se arrastra breves minutos. Por fin, cuelga en el aire, absolutamente en el aire. Se balancea unos instantes y queda inmóvil.

Entonces, surge la voz de don Sixto:

— Paren la mano!.....

Entre él y don Guayamabe, paguan por dirigir el calce hacia el hueco, para que caiga bien.

El carpintero se vuelve a don Néstor.

— A ver si nos da una manito, Patrón!.....

Néstor se acerca.

Pone sus manos temblorosas en el cabo. Y también ayuda, también se esfuerza. El puntal cede. Poco a poco, se ya acercando al hueco hasta que llega un momento en que está completamente sobre éste. Don Sixto se vuelve hacia Jos peones que tiran del aparejo.

— Lárguenlo!

El puntal cae. Cae pesadamente, de punta. Don Sixto se acerca al hueco. Y nuevamente da otra orden:

---Suspéndalo un momentito, para que entre en la mecha de a base.

Vuelven a subir el palo. Suenan nuevamente las carruchas de los aparejos. Los músculos tornan a ponerse tensos.

— Otra manito, Patrón.

Entre los tres logran, por fin, meter el calce «del puntal en la mecha. Y empiezan, a echar tierra y piedras tapando el hueco.

Cuando éste se encuentra casi lleno y el puntal medio seguro, alojan los aparejos. Y le colocan una plomada.

Don Sixto murmura satisfecho:

Ni pintado! Tengo un ojo!

Se echa, todavía, más tierra, taqueándola con fuertes pilonasos, hasta que el palo queda completamente seguro y firme. Idéntica operación se hace con los cuatro puntales.

Después, empiezan a enmecharse las cuerdas. Casi todo ha sido, hasta aquí, de guayacán. Pero desde arriba de los puntales, desde el empalme, todo es mangle, Mangle salado, prieto-rojo,

— Es que el mangle es bueno para la tierra dulce y para el agua salada.

La encordada ha durado varios días.

Ha habido que aserrar Jos cuartones enormes. El aserrío se ha hecho ahí mismo, al frente de la casa vieja. Se han puesto, primero, los burros de palo. Se ha hecho con ellos una especie de tarima y allí se ha montado la alfajía gigante, labrada y lista para la sierra, Se ha señalado el hilo de cada cuartón. Un hombre se ha trepado arriba y otro debajo, le ha seguido el golpe rítmico del instrumento dentado,

Un solo ras-ras se ha escuchado durante mucho tiempo.

Para no desesperarse, los aserradores han lanzado, de vez en cuando, unas frases que se confunden con el canto de la sierra,

— Vea que el mangle es duro, no?

— Sobre todo para cuartonear.

— Sería mejor coger palmeros, delgaditos y largos. Y medio labrarlos. Pero el Blanco quiere cuartones. Quiere varengas de cuartones,

— Es por la presentación. Sabes?

— Por la presentación! Como si todo no se lo fueran a comer los comejenes.

El serrín se lo lleva el viento. Es un serrín cada vez más rojo. que se trepa sobre sus espaldas, que se mete en sus oídos, sus narices, sus ojos. A veces, llueve y a veces hace un sol bramante, pero el serrín sigue cayendo y el golpe de la sierra no cesa un segundo: Ras—ras! Ras-ras! Ras-ras!...

Cuando están listos los cuartones para las cuerdas, se han hecho cortes transversales, para dejarlos en la justa medida. —Después, se ha señalado en ellos, con el serrucho, Ja dimensión de la mecha, Y se ha empezado a sacarle las astillas, con la azuela.

La encordada ha tornado en una jaula gigantesca la construcción de los hombres. Por donde quiera hay arquerías y arquerías, que enredan la vista.

El carpintero murmura:

— Es que los hombres son iguales a las colembas. Palabrita de Dios!

Y se trepa, como un mono, por todas partes. Sus pies agilísimos parecen adherirse al lomo de los mangles. Corre por las cuerdas. Hasta se prende de una que otra de las varengas iniciales, en equilibrios prodigiosos.

— Ahora sí, Patrón, hay que levantar el perico, para ponerle techo. Si no, capaz de que se arquean o se cuartean todos los palos. No ve que está lloviendo tanto y hace un sol matagente?

— Como quieras!

Ponen manos a la obra. En el centro de dos cuerdas paralelas, dividiendo la casa por-la mitad, se elevan los palos del perico. Son pequeños y fuertes, agregados a las cuerdas de los extremos, Se les apuntan, con clavos de dos pulgadas, las varenguitas y los varejones.

Don Sixto pregunta:

— Y con qué vamos a hacer la entechada, Patrón?

— Uhm, primero, ahora, con paja, bijao seguramente. Más tarde, talvez con zinc.

— Yo decía……porque con paja, es de un mod. Y con distintísimo.

— Entonces, hay que hacerla con paja. Después ya se verá.

— Está bien, Patrón.

Apenas está terminado el varenguerío del techo, empiezan a ponerle paja. Cuando está bien adelantada esta operación, don Sixto se rasca la cabeza.

— Nos hemos olvidado de la culata.

— La culata?

— Si, Patrón. La culata. Es un techo trasero para que, cuando llueva, el viento no haga mojar la casa.

— Huy que hacérsela, pues.

— Claro, Patrón.

Inmediatamente, han tirado otros varejones atrás. Le han puesto algunas varengas, que son más pequeñas a medida que se acercan al vértice del perico. Y enseguida, han empezado a entechar por ahí.

La empisada se ha hecho enseguida.

Se han usado generalmente, tablas de chirigua, también aserradas en el placer de la casa. Se les ha acantonado un poco. Primero se han clavado falsamente sobre las varengas; después se las ha aserruchado en el filo de la unión, para emparejarlas. Y solo pasados algunos días, se han clavado fijamente.

Don Sixto ha murmurado:

— Debíamos de haberlas dejado puestas, no más, para que sequen bien y no abran rendijas.

— Pero entonces habría que removerlo todo y volver 4 comenzar.

— Así está bien!

— Como usted diga, Patrón.

Por último, se han colocado las paredes, tinas pocas paredes.

Don Néstor ha dicho que no es necesario que están todas terminadas. Apenas la casa esté vivible, él se pasará a ella y allí continuará lo poco que falta.

Ahora, hay que atender los desmontes. El invierno arrecia. Demasiado se ha preocupado de lx casa. Hay que atender los desmontes! Huy que atender los desmontes! Hay que atender los desmontes!

CAP. II

PROTOCOLO

La noticia se extiende rápidamente, hasta legar a oídos del propio Néstor,

— Sube usted, Patrón? Han comprado una isla frente al Puerto,

— Quién?

— Don Merelo!

— Y quién es don Merelo?

— Don Merelo es… don Merelo! Uno bien rico, dueño de algunos terrenos de abajo.

--- Ajá.

— Dizque viene a poner ganado.

— Ganado? Y tiene agua?

— Me creo que está haciendo unas albarradas. Y si no, ha de llevar de ca o de las Ramas.

— Ah!

— Dizque ha traído una balandra cargadita de víveres.

— Está bueno, pues. Está bueno!

Claro que está bueno! Puede ser que con la venida de este hombre, se componga un poco el ambiente, Este ambiente demasiado monótono y solo. Está ansioso de ver caras nuevas; Caras distintas de las de los cholos. No ha vuelto a Guayaquil Y no desea volver todavía… A Guayaquil solo triunfante! «No quiero dar oportunidad para que se rían de mí, para que mis amigos de antaño me den el esquinazo! No quiero! Aquí he de apretar los dientes y seguiré adelante! Algún día será! Algún día! Mi trabajo tiene que dar sus frutos! No es posible que la isla gane siempre! Algún día! Algún día. Pero, en tanto, si es bueno que alguien lo acompañe. Se siente tan solo! A ratos, le parece que se ha quedado, en medio de la isla, abandonado definitivamente. Por lo pronto. ya le están faltando peones. Se han muerto los que se ban muerto y otros se han ido. Un buen día de estos, él mismo: va a tener que empuñar el bacha, el espeque y el garabato……Pero no! No puede ser! Tal vez don Merelo, el recién legado, lo ayude, le dé luces. Tal vez!

— Y qué tal hombre es don Merelo?

— Bien hombre!

— Y conoce de campo?

— En el campo ha nacido. Lo único que es hijo de Blanco. Por eso es que él ha salido lavadito.

Cómo quema el sol! Cómo tuesta las hojas de bijao del techo! Cómo dora las copas de los árboles y la piel desnuda de los hombres!

El mismo día se le acerca Guayamabe,

— Oiga, Patrón.

— Qué pasa?

— Este.....Usted verá....-.Don Merelo!

— Si. Ya sé ha comprado una isla frente al Puerto,

---Sn es, Patrón. Lo único que yo.

— Qué?

— Este, Patrón»... Usted, verá guste.....Pero la costumbre.....

— Qué costumbre, hombre? No sé de qué me estás hablando!

— Es que yo creo que usted debía de irlo a saludar. Patrón.

— Yo? A don Merelo? Y por qué?

— Porque él es recién llegado, Y, además

— Además, que?

— Siempre es bueno tenerlo de amigo, Patrón.

---Y por qué no? Si es la costumbre, pues mejor. sabrá más pronto con quién tiene que habérselas. Si ya bosta lo había pensado. Si esa es la costumbre...

— Iremos mañana, Guayamabe.

— Entonces hay que salir de madrugada, con la vaciante,

Le arde la impaciencia. Sin saber por qué, nervioso, intranquilo,

Antes de la oscurecida, revuelve el fondo de la caja, buscando las ropas adecuadas para la visita. Esto le resulta un verdadero problema. Irá vestido de casimir? Se pondrá cuello y corbata? Será mejor que vaya con su cotona blanca, sus pantalones kakis y sus botas altas? Pero qué ridículo está! Porqué se preocupa tanto! Ni que fuera a una fiesta, ni que fuera a ver a una mujer! Sin embargo, después de todo, don Merelo debe tener quien lo acompañe. Quizá por esto es por lo que trata de o Intuitivamente, está buscando lo que mejor le cuadre. lo mejor, indudablemente, es lo que le dé una apariencia más UE las circunstancias.

Por un momento se imagina en la canoa, con su vestido azul, con su corbata a cuadros, con su sombrero de paño, Posiblemente, lo pensarían, un espantajo salido quién sabe de donde.

Y se afeitará? Hace tiempo que su cutis no prueba la barbera. Se afeitará? Si. Debe hacerlo. Da una idea de más limpieza y de más juventud. Pero qué le puede importar su limpieza y su juventud a don Merelo? Y si la mujer de Merelo -- si es que la tiene —es bella y asequible?

Qué cosas tiene! Cómo es ridículo! Ridículo!... Ridículo? Quién sabe! Hace tanto tiempo que no ve a una mujer que no sea chola! Hace tanto tiempo que tiene que pasárselo en su cama solitaria, a veces bufando como un toro

enfebrecido, a veces teniendo que salir a la ventana a tomar aire, loco de deseo y de rabia… El… El, que antaño despreciaba los cuerpos más hermosos!……

El conquistador de otrora, agresivo y canalla, le tuerce los ojos en el hambre de caricias. Ah, si don Merelo tuviera una mujer bella y asequible!

«Pero, porqué le doy vueltas a todo? Soy una especie de rumiante, Los pensamientos y las palabras. tengo que saborearlos durante horas de horas. Antes no era así No me gustaba pensar, si no hacer: Qué es lo que tengo? Qué es lo que me ha dado? Seguramente, son los libros. Esas novelas románticas, quizá. Como antes no he leído nunca; como siempre: he participado del terror que había en mi casa por las Bibliotecas». Si, deben ser los libros y la isla. Es que porque está en la islas, porque esta tan solo, es que ha buscado el refugio de la palabra escrita. Pero eso debe terminar, debe arrojar a tiempo los libros, con biblioteca y: todo, al río. Puede ocurrir que cualquier día empiece a ver distintas. las cosas de como son. Y ya tiene demasiado con las preocupaciones auténticas de su lucha con la isla.

La madrugada los agarra jineteando la canoa.

Es una madrugada limpia, transparente, que se me maca de los mangles, cancionera y bulliciosa.

Están a media marea. Se divisan las pencas de bivalvas en las raices descubiertas. Acaso un alcatraz silencioso y tardo se desliza Sobre el agua, Hay una brisa cosquilleante, que riza las orillas. De vez en cuando, salta una lisa cabezona, o asoma el látigo de las rayas veloces, Los bogas se encienden de entusiasmo, La canoa lleva un amplio rollo de espuma en la pros, Y el ángulo de sus mares empenacha toda el agua.

Néstor va atrás, al pie del popero, en un asiento improvisado. En la proa, después del romero, va el Mayordomo.

A ratos conversan, entre el humo de comején que los envuelve, como una sábana gris,

— Ya se están yendo las aguas.

— Así es, Patrón.

— Este año tenemos que hacer grandes desmontes. Y sembrar en las calles algo permanente, aunque sea algodón.

—Como usted quiera, pero aquí caen muchas Heladas……

—Sí. Ya me lo has dicho.

— Yo le metería ganado a la isla, Patrón.

— Pero, cómo mando la leche a Guayaquil…

— Se podría hacer queso, mantequilla…

— Es muy lento, muy lento!

— Como usted quiera, Patrón.

Néstor se entusiasma:

—Imagínate un buen año de algodón. Toda la isla blanca, Las embarcaciones cargaditas, Los quintales y los quintales llenando las bodegas. El chorro de suertes incontenible. Todo transformado!.....Tal vez, hasta me traigo una máquina para quitar la semilla, para batirlo, para enviarlo listo a la ciudad.

— Ojalá, Patrón.

Salen al estero de las Cinco Bocas.

Aquí el viento sopla con fuerza, Las olas son altas y el agua es copiosa, Las orillas se ven lejos, como una línea zamba y verdi-negra, Alla distancia, saltan extraños peces, posiblemente alguna tortuga marina o un robalo, El sol mañanero brinca sobre las espumas multicolores. Se hace innecesario el humito de comejen, por qué la brisa se lleva la plaga bacia la orilla.

Respiran a pecho pleno, Se les hincha el corazón de vida y entusiasmo. Les crecen extrañas sensaciones en todos los sentidos, La sangre caliente, tumultuosa, se les desborda por las venas robustas.

Néstor murmura, jubiloso:

— La Hacienda debía ser acá, en el Puerto.

— Así es, Patrón. Pero la tierra es mala.

— Mala?

---Sí, Patrón. Es tierra salada. Casi toda de salitrales. Sólo es buena para la cría de chivos. Y, a veces, también para el ganado.

— Para el ganado?

— Sí, Patrón. Aquí da mucha paja de Ja costa.

— Pero no hay agua.

— Ahí está la ciénega. Además se pueden hacer albarradas.

---Y de verdad que es bello el Puerto.

---Allí no hay mangle, allí no hay fango. La orilla enseña enormes playones de arena menudita. De vez en cuando, asoma su Cabeza extraordinaria un monolito gigante. A trechos, surgen plataformas pétreas, recamadas de vivalvas. El agua se estrella sobre las avanzadas de la orilla, con estrépito musical y solemne. Es una agua azulosa, millonaria de espumas. Muy raras veces corta la distancia la veloz cuchillada de un escualo. El eco tiene resonancias insospechadas, de tal modo que hay momentos en que lo que ocurre en la otra orilla se escucha claro, preciso, como si aconteciera a pocos pasos.

---Sí. Es muy bello el Puerto. Lo más bello quizá de San Pancracio:

— Algún día!...

Algún día se podrá convertir en un balneario. Tan cerca de la ciudad y tan distinto! Por un momento cierra los ojos.

Se imagina el Puerto Meno de villas de cemento, poblado de gente de trajes multicolores, de anécdotas picantes, envuelto en colores de danza y de whisky, de baño y de lujuria. —Pitan los autos al pie de los ñangales. Suenan orquestas enfebrecidas. Y él, el medio de todo, dominador y grande, como un rey. Como el rey de San Pancracio, la isla maldita.

Con dolor y con rabia, se sacude la visión esplendorosa

— Ya mismo llegamos? — Ya mismo. Ve esa casa con techo de zinc?

— Pues allí es, Patrón.

El remero se enciende de entusiasmo,

El remo se hunde en el agua, haciendo una veloz. revesa, con un chasquido fuerte y seco, de regularidad metronómica. Y cada remazo sacude la embarcación. La tiende hacia adelante, en Ímpetus vitales. El rollo de espuma de la proa se intensifica intermitentemente.

La canoa simula un pez enorme devorando el agua.

ESPERANZA

En la orilla hay una mujer alta, esperando. Lleva un sombrero de toquilla alón. El viento le alborota los cabellos largos, la blusa multicolor que le hurga los senos saltones y la falda, que se pliega contra los muslos bravíos.

Se afana por espantar a los perros que la rodean, ladrando.

La canon acodera contra una varenga.

— Buenos días.

— Buenos días!

Suben difícilmente por el mangle resbaloso. Néstor, medio apoyándose en un retoño de guayacán; el Mayordomo adhiriendo sus pies descalzos, como una ventosa, a la pulpa prieta roja del palo.

— Pasa… Pasa!...

Y frente a ella, mirándole los ojos oscuros que tienen de noche y de lejanía; mirándole la nariz arisca; mirándóle los labios de pitaya voluptuosa, siente un estremecimiento.

Súbitamente, intuye que ha encontrado una ruta movediza, de carne ondulante, de caricias jugosas, de placeres indefinibles,

Ella lo mira a los ojos, riendo.

— Usted es clon Néstor, verdad?

Rao casi sin darse cuenta

Ella ríe más aún.

---Suban. Por qué no suben?

— Vamos!

--- Siento que mi papá no esté aquí.

— Su papi?

--- Si. Don Merelo! Tuvo que ir a Guayaquil,

— Ah

— Pero no importa; ustedes están en su casa.

Nestor se inclina ceremoniosamente, como antaño, como en su Guayaquil mado, lejano y borroso en el recuerdo,

— Suban, pues. Por qué no suben?

Frente a la taza humeante del café dauleño, ella hace su confidencia,

— Me llamo Esperanza. criado en Guayaquil...

La mayoría del tiempo la ha pasado interna en un Colegio. Sólo los inviernos ha salido para Puerto del Morro, Pero ahora sí no volverá a Guayaquil. Es que no le gusta Guayaquil. A él le parecerá raro, sin duda, pero es así, es la verdad. No le gusta Guayaquil «Ella prefiere estos sitios donde se hace todo lo que se quiere; donde no hay que fingirle a nadie; donde se goza de libertad absoluta: rodar por los esteros en lis canoas veloces, gritar u pecho pleno por los sartenejales inhóspitos. Ser dueña de la propia vida y del propio destino.

— Y creo que nunca más volveré a Guayaquil...

Habla con desenfado, con desenvoltura, Los ojos le brillan desafiantes. Una sonrisa soberbia enciende sus labios. La carne morena y dura le vibra, como un instrumento de cuerda.

Néstor, tembloroso, aspira sus perfumes cálidos. A veces, medio entorna los ojos, pero es para clavarle miradas más hondas, miradas que penetran, como barrenos de acero. Hay un momento en que parece que todo se le borra, se le esfuma; hay un momento en que se erce nuevamente en los lujosos salones de su juventud dorado y entonces se yergue su cuello

indomable, su entrecejo cobra expresivismos rotundos y palabras casi olvidadas le rondan por los labios.

— Algún amor, quizá?

Ella ríe, estrepitosa:

— No me haga reír, don Néstor.

Y, después, con acento solemne:

— Cuando yo quiera un hombre, tendrá que ser como mi padre.

— Como su padre?

— Sí. Hombre como él. Capaz de dominar por estos lados, Capaz de ganarme, si posible fuera, a machetazos.

Surge tan espontáneo el desafío, que Néstor no se extraña. Sí, A esta mujer musculosa, que más parece hecha de mangle; a esta mujer cuya sonrisa invita pero acobarda; a esta mujer de tan violentos ojos, y senos y muslos desafiantes, de qué otro modo podría conquistársela? Y su imaginación ya la sugiere en algún recoveco de los mangles, fierro en mano, defendiéndose: ya la sugiere tendida en la canoa balumosa, vestida solamente con sus besos.

Nerviosamente, estúpidamente, ríe.

— A machetazos Ja, ja, ja! A machetazos!...

En el marco de la ventana, fumando su cigarro infallable, Guayamabe se sorbe la distancia.

Cómo se le encienden los ojos! Cómo se le aprietan los escasos pelos de las orejas recogidas! Cómo le crecen los músculos venosos y las arrugas serenas!..

Guayamabe, viejo puente de carne tendido en los esteros.

Esperanza propone:

— No desean dar una vueltita?

— Como guste,

— Podemos recorrer estos lados... yo mismo no conozco bien la isla. Es tan grande.

Bajan.

Ya están ensillados los caballos,

El sol es muy fuerte. Domina un ocre agresivo, de luminosidades insospechadas. Bajo Ja casa, bajo los árboles y aún bajo los hombres, crecen sombras violetas, La tierra aparece resquebrajada, sartenejosa, humeante.

Montan. Esperanza lo hace de un salto, con felina agilidad. Néstor la sigue. Tras ellos, van un peón de don Merelo y Guayamabe.

Atraviesan, primero, una mancha de algarrobos, Después entran a salitrales extensísimos, medio secos por la quiebra del aguaje. Alí Esperanza le da rienda suelta a su cabalgadura y emprende el galope. Néstor difícilmente puede seguirla. Pero es sólo al principio, Poco a poco, va renaciendo en él otro hombre. Aquel que fatigó los más bravos potros de la Hacienda. Aquel que fue como un bejuco vibrátil, templado, inquebrantable.

Ella, de vez en cuando, lo mira ligeramente.

Y Néstor siente, entonces, que se le ya la cabeza.

Acaso ha visto mujeres más bellas, más finas, más elegante: Pero más atractivas... ninguna!... Qué piel esa, que tiene transparencias de ámbar! Qué músculos tan duros y vibradores! Cómo crece en el silencio grandioso de los salitrales interminables! Cómo parece cantar su cuerpo victorioso! Cómo, bajo el sombrero alón, sus cabellos se desanudan, lo mismo que ramilletes de víboras negras, mordiendo el cuello maravilloso! Y las telas movedizas; cómo son crueles ciñendo las formas de guitarra sonora!

Quisiera ser viento para tocarla toda, para hundirme en ella, afanoso, insaciable... Mujeres he visto más bellas, pero ninguna me ha clavado tan hondo sus garras de carne; ninguna ha galopado ante mis ojos, golpeándome con los cascos de su caballo en el corazón. Mujeres he visto más bellas, pero ninguna me ha modelado la ruta, me ha enajenado la vida...

— Ninguna!

Lo dice tan alto que ella se vuelve.

— Hablaba?

— Noooo. Pensaba!

— Ah!

Vuelven a la tierra dulce,

Acá hay un poco de alta montaña. Dominan los bototillales cargaditos. La senda es difícil. Casi tienen que ir abriéndose camino.

El, por decir algo, murmura;

— Descuidado han tenido esto, Verdad?

— Asi es... El dueño era un médico, No sabía qué hacer con tanta tierra. A él le compró mi papá.

Atrás, muy atrás, seguramente en el salitral, han quedado el Mayordomo y el peón.

—Ni siquiera se escucha el cachaplás -- cachaplás de sus caballos

Ahora, Néstor sonríe:

— Y a usted no le da miedo?

Ella lo mira asombrada.

— Miedo? Miedo de qué?

— De andar sola por estos lados.

Lo mira serena, fijamente. Después sonríe,

— Yo no tengo miedo a nada.

Avanzan algunos pasos.

El camino se ha cerrado tanto, que Néstor ya mucheteando constantemente las ramazones delgadas y alguno que otro bejuquerío molesto.

De pronto, se han unido sus caballos.

Las piernas de ella se han pegado involuntariamente a las de él,

Ha sentido su respiración un poco agitada, Su machete ha cesado momentáneamente de moverse, Las cabalgaduras se han de tenido.

El ha vuelto el rostro. Ha tratado de clavarle los ojos en los ojos.

—Y a mí?

— A usted? A usted, qué?

— Me tiene miedo?

—Yo… Y por qué?

Pica su caballo y emprende el trote.

Con la cabeza y el pecho agresivos marcha rompiendo monte. Acaso se ya herir el rostro; acaso algún espinero le va a desgarrar la piel delicada, Parece imposible que se pudiera andar así, en medio de esa tupida red vegetal peor que un brusquero. Sin embargo, ella avanza, avanza. Néstor, en cambio, se retrasa.

Pero eso es solo unos instantes.

Vuelve a surgir en él la fuerza del conquistador y del amo de otrora. Da rápidos golpes en el vientre de su caballo. Coge el machete y lo guarda. Contrae un poco los músculos del rostro. Se yergue agresivo. Y--a su vez-- se adelanta, Crujen las ramazones que quiebra con su frente, con su pecho. + Va abriendo una huella profunda en la montaña.

Esperanza sonríe levemente.

El se vuelve,

— Usted es muy orgullosa. Verdad?

— Orgullosa? No. Segura de mí misma.

— Yo creía.

Pasan un nuevo salitral,

Aminoran la marcha, Los caballos --nuevamente»-se unen, Las respiraciones de ambos son desiguales, Ella le evita los ojos. Parece mirar más allá de la tierra dulce, más allí de los esteros salados, más allá de la montaña vocinglera.

Néstor le habla casi al oído.

— Esperanza!...

La voz se le quiebra de angustia.

— Esperanza!.

Ella se vuelve, sonriente,

— Me decía algo?

— Sí. Qué bella es usted!

— Yo!

Medio espolea el caballo, intentando huír.

Néstor la sigue.

— No. No huya!... No decía que no me tiene miedo?

— Si no es miedo,

— Entonces?

— Entonces.....nada!

Torna a marchar despacio. Casi abandona las riendas. Parece que, súbitamente se rindiera,

Néstor siente que se le anudan las palabras en el cuello,

Hay momentos en que una rabia sorda le muerde el espíritu. Pero también hay ratos en que una alegría desbordante, de campana echada al vuelo, le enfebrece las ansias.

Y casi sin darse cuenta va derrochando las frases.

Son unas frases que surgen de sus recuerdos del pasado; que surgen de sus lecturas de la isla, de su soledad, de su anhelo de amor y de evasión de una realidad tan fuerte y captadora.

— Es raro, rarísimo lo que me está pasando, Al mirarla, hace un instante, me ha parecido ver mi destino. Yo, por siempre, encadenado a sus sonrisas a sus ojos, como un ciego asido a un rayo de luna, como una ilusión danzando tras sus pies maravillosos ¿Qué tiene usted, qué ha podido infiltrarme en el cuerpo y en el alma?....., Le aseguro que no podré ya estar

tranquilo. Le aseguro que me devorará el incendio que siembra usted con sus ojos. Esperanza!... Esperanza!...

Palabras, palabras, palabras..

Palabras absurdas, inconexas, casi no dichas, como brotadas de plena subconsciencia. Qué extraño aliento ha dado soplo vital a sus apetitos más íntimos? Cómo ha podido poner en vigilia la explosión de su más hondos pensamientos?....Si, Esperanza! Con usted me ha pasado lo que no me ha pasado con nadie. Es usted la que ha venido « sacudirme. La soledad de la isla y de los esteros insondables tiene ahora un sentido. Por fin! Por fin soy algo más que el deseo de reconquistarme! Comprende! Comprende usted lo que estoy diciendo? Esperanza! Esperanza! ratos le parecerá que no estoy en mis completos sentidos, que me estoy volviendo loco. Pero no! No estoy loco! Era un torrente — eso es todo! --era un torrente y por fin encontré mi cauco! Ya no tengo miedo a mis noches solitarias; ya no tengo miedo al quejido de los ramajes mangleros, que la ictiofagia me tornaba en besos y caricias... Perdóneme! Perdóneme que le diga estas cosas vacías y aparentemente incomprensibles. Pero es que la felicidad de encontrarla, de saber que ya no estoy solo, me ha sacudido profundamente, como una inundación...

Esperanza tiembla. No se atreve a mirarlo. Dice sencillamente.

— Volvamos...

Y cuando van a entrar de nuevo en la montaña, cuando sus Caballos se separan, agrega casi en susurro.

— Porqué? Porqué me ha dicho todo esto?

Arde el sol! Grita la montaña. Parece que la tierra se convirtiera en un mar enorme de olas multicolores! Parece que los dos se estuvieran ahogando definitivamente, sin esperanza!

LA BRUJULA

— Y tú conoces a don Merelo?

---Un poco, Patrón.

— Se parece mucho a Esperanza?

— Parecerse? Como un amancay a un mangle,

— De verdad?

— Figúrese, Patrón: El es pequeño y gordo. Tiene dos cicatrices en la cara. Casi no habla. Dicen que es más malo que el Diablo. Si mismamente no sé a quién ha salido la niña.

— A la madre sería.

— Vaya a saberlo Dios,

A Néstor le crece el estero

Lo siente distinto, como si fuera un desconocido. Lo ve lleno de colores dinámicos, que cambian con las ráfagas de viento y con los rayos solares. Y sobre el estero, la ve a ella caminando, por magia prodigiosa, sobre las olas diminutas,

Cómo le cantan los ojos iluminados y los labios oferentes! Cómo le vibran los senos y los muslos de anzuelo! Cómo parece adueñarse del ambiente! Cómo parece meterse, a través de todos sus sentidos, hasta el fondo de su alma!

Va delante de él, en desafío inexplicable.

Por más que el remero encienda sus músculos; por más que el rollo de la proa se haga blanco y amplio; por más que la estela crezca tras la popa, como un ángulo agudo interminable..... Ella siempre adelante, siempre adelante!

Y lo curioso es que lo envuelve con sus ráfagas de carne, con el ritmo impetuoso de su belleza de antena.

El extiende los brazos, en absurda llamada, Voces ignotas y palabras inefables le tiemblan en los labios, Hay instantes en que parece querer avanzar a lo largo de la embarcación veloz y arrojarse también al agua, tras ella...

Pero lo detiene la súbita conciencia de sus actos. Y de nuevo piensa que es la isla que lo tienta, que es la isla que anhela arrojarlo al fondo del estero, que es la: is ue pretende gozarse en su agonía y por eso le crea la cautivante imagen de la amada.

Automáticamente, pregunta a Guayamabe:

— Tú no ves nada, verdad?

— Qué cosas, Patrón?

— Algo. Algo que camina ante nosotros.

— No, Patrón. Será porque no me he fijado.

— Fíjate!...

El Mayordomo se levanta. —Escarba la lejanía con sus ojos taladrante, Y, después, se vuelve,

— No, Patrón. Yo no veo nada,

— Ajá!

— Quizá son las mares. O algún catanudo grandote,

— Quizá!

Pero para sus adentros:

"No, Guayamabe, —No.es lo que tu supones! Te lo dijera, más tal vez te reirías. Quizá no comprendieses qué es lo que me está pasando,....> Se trata de ella, Se trata de Esperanza! Claro que es su imaginación y su deseo los que la proyectan en estos sitios. Le ha llenado la vida en tal forma que, a despecho de su voluntad la siente brotarle de sus nervios y de sus ojos. Está donde 6l está. El perfume cálido que exhala, lo arropa como una invitación a la caricia. "Aquí frente a mi boca, la suya tiembla en angustiosa espera de besos incendiarios. Sus manos se prenden de las mías, estableciendo circuitos de profundas electricidades humanas, que me tuercen las venas y me agudizan los anhelos. La siento penetrarme, invadirme lentamente, como si se estuvieran fundiendo nuestros cuerpos, nuestras almas y nuestras vidas, en el crisol de un sueño realizándose.....No, Guayamabe, no es lo que tú supones! Se trata de Esperanza, brújula temprana de mi ruta, súbita llamarada para abrazarme la existencial Se trata de Esperanza!..."

"No lo digo? Estoy loco, completamente loco! Qué cosas más absurdas pienso y hago. Es que estoy hablando? Qué es hablar, después de todo? No se puede hablar también para un mundo que está en nosotros mismos, que también tiene una objetividad perfecta, a pesar de pertenecernos? Cuál es el límite entre la realidad y los sueños?..... Loco, sí, loco!.....«Es que la soledad de la isla lo ha obligado a hundirse en los libros, en esos libros que fueron de su abuelo materno. Y esto lo ha trastornado. Por eso sus tías le tenían tal pánico a la biblioteca; por eso cada vez que pasaban: frente a ella se santiguaban..... Pero no sólo son los libros. También es la isla, ¡Sobre todo, la isla! Esla isla, que le está apretando la garganta con sus manos de crustáceos. Es la fiebre de sus fangos millonarios de mosquitos y jejenes. Es el hambre de caricias y la de placeres, que escarban el rincón más humilde de su cuerpo. «Por eso todo es para mí distinto. Por eso Esperanza ha sido la chispa que prendió la pólvora en mi fiebre. Esperanza!..."

Oscurece.

Los mangles vecinos toman tonos violetas. Sopla un viento delicioso, sobre las aguas multicolores del estero. Espumas pequeñitas se atropellan en el lomo de las olas.

La canoa avanza, avanza, como un tiburón embravecido.

A veces, frente a ella, salta un cardumen de chaparras o de lisas cabezonas; a veces, también, se divisa la aleta de un robalo, o de un catanudo, o el caparazón rotundo de un quelonio.

— Si hubiéramos traído una fija o un arpón.

— No pensamos en es....

— Yo sí, Patrón. Pero como mismamente sólo veníamos de visita.

— Así. es,

— Además que... los pescadores no se van. Cualquier día podemos venir a cogerlos.

Después de breves instantes, bajo la fuerte obsesión, Néstor pregunta;

— Y tú crees que vengan?

— Quiénes, Patrón?

— Don Merelo y Esperanza.

— Claro, Patrón.

— Ojalá avisen, para prepararnos.

— Eso no se avisa, Patrón. Además, que la canoa se ve desde la Punta de los Colorados. Como han de venir en canoa grande, de Pieza...

— De verdad!

Néstor respira a pecho pleno.

Se siente fuerte, como un toro.

Este día lo ha tonificado, le ha extendido los horizontes a límites insospechados, Ahora, no se siente como antes, cercado por las inmóviles orillas de los manglares monótonos, Le parece, más bien, que esas orillas solo son un puente que lo conduce por las rutas nuevas.

Y esto lo llena de optimismo,

Cuando, a lo lejos, entre las sombras que empieza a prodigar la noche vecina, distingue u San Pancracio, le da risa. Es una risa irónica, despreciativa, desafiante,

Le parece haber adquirido nuevos derechos sobre ella, Lo parece que la vencerá definitivamente; que ella tendrá que inclinarse dominada, ante su paso triunfador...

FIEBRE

No puede dormir! No puede dormir!

"Temprano se levantó. Cogió la escopeta y dio algunas vueltas por Ja orilla, seguido de los perros. Frente al pozo, se encontró con Guayamabe. Estaba también caminando, con su cigarro encendido y su machete echado al hombro.

Al verlo explicó:

— Es que sentí ruidos de pisadas. Y me levanté a ver que era

--- Soy yo!

— Sí, Patrón. Pero por si acaso.

Después, tornó a la casa. Se acostó en la hamaca y empezó a darse vuelo.

Los pensamientos le daban vueltas en la cabeza, en remolino indescriptible. A ratos, le parecía que no era él quien pensaba así; que era, más bien otro, cuyos ojos se encontraban frente a sus propios ojos, en unas miradas profundas, penetrantes. En medio de todos sus pensamientos continuaba presidiendo el pensamiento de Esperanza. Por más que hacía. por evitarlo, siempre ella dominaba entre todos, adueñándose de sus más secretos impulsos...

Por fin, se fue a la cama bajo el toldo.

Y allí ha permanecido horas de horas, despierto, sin pegar los ojos en un solo instante.

No puede dormir! No puede dormir!...

Serán las tres de la madrugada.

Se empieza a escuchar, lejanamente, el grito de algún Punta de Estaca. Silbidos extraños rasgan el ambiente. Los rugidos del viento entre las hojas suenan más densos y más fuertes. De la orilla, llegan sonidos copiosos: el jo-jó de las vacas de agua, el craquear de las vivalvas, el ronquido de los monos, el carraspear de las mangas, el chapotear de las embarcaciones.

Hay momentos en que se hace el propósito de cerrar los ojos y buscar el sueño. Mas no lo consigue.

Y esto lo desespera y lo pone nervioso,

Se da vueltas en la cama calurosa, cercada del toldo de punto. Oye, angustiado, el violín agudo de los mosquitos que llegan en oleadas. Quisiera salir, otra vez, a la orilla, a tomar aire, a gritar, a correr, acaso hasta a tirarse al estero. Y quedar allí hundido, refrescándose horas de horas. Pero, al propio tiempo, parece que la cama lo enervara con su tibieza; que en ella hubiera algo del aroma de Esperanza, algo de su cuerpo cimbreante, algo de su belleza morena, firme, captadora,

Esperanza!.....Esperanza!..

Cuando ya va a amanecer, queda dormido y tiene un sueño,

Es en el estero que va hacia las Ramas.

Esperanza marcha ante él, en una canoa balumosa y rápida,

Marcha, bogando furiosamente, en huída provocativa. No lo mira, Parece ignorarlo. La melena le ondula, como una bandera, Le crecen los senos y los muslos, proa de ébano de una barca imantada. El viento se le hunde en los rincones exquisitos de su cuerpo. Y las estelas del estero se empinan con envidia, ante el vibrar de su vientre.

El va atrás, como potro desbocado,

El ansia persecutoria le enciende los músculos. El pecho le jadea en ritmo aviónico. Los ojos se le salen de las órbitas. La nariz se le expende en aspiraciones formidables. Le cantan los labios en canción de besos y sonrisas. Y las manos que se adhieren al potente canalete, quisieran estirarse hacia la amada.

Las distancias aminoran, aunque ella hace esfuerzos inauditos para mantenerlas.

Ya la ve más claramente; ya el perfume de su cuerpo lo envuelve, como una marea; ya mira, con su mirada que se quiebra de angustia, Jos tonos ansiados de su carne; ya ve vibrar sus brazos de ancla, en el ímpetu del viaje; ya está a pocos metros; ya su embarcación coincide con la de ella; ya se han tocado las bordas; ya puede estirar la mano y cogerla; ya puede abrazarla: ya puede besarla; ya pueden hundirse los dos en el mar delicioso de las fugas supremas.

Pero ella hunde más su canalete en el agua. Pero ella continúa impávida, tranquila, indiferente.

A él le sube una tempestad u la conciencia:

— Esperanza! Esperanza!... Quiero prenderme de tus labios de pitaya, hasta agotar Ja fiebre acumulada de estos meses solitarios; quiero prenderme de tus labios, para encontrar el rumbo de mi vida; quiero prenderme de tus

labios, como si fuera un pulpo sediento de savias y de locuras; quiero prenderme de tus labios y agonizar entre elle Te quema esta roja llamarada que me tiende a la fuente de cereza que es tu boca. Á ti me empuja este ciclón que has hecho de mi anhelo. Calma mis fiebres. Refresca mi cuerpo. Bájame en el reposo de tus muslos extenuados. Has en mí el silencio, la paz, la soledad sin apetitos, el sueño laborioso de los hombres con miel y sin fatiga. Seré tempestad y tortura o bálsamo y lágrima. Sabrá sacar rañas melodías de tus partes más recónditas. Te dejaré tatuajes incendiarios, que te hagan florecer hasta las vértebras. Te rozaré la piel con la danza de mis manos riles. Me tornaré en mil labios pura morder las cúpulas erectas de tu carne incitante. Responderé a tus llamadas, igual que un eco de tus palabras y tus deseos. A tu alcance, por tu pasión poseso, me encontrarás hasta en las puntas de tus dedos agilísimos o de tus pezones turgentes; hasta en las ondas tibias de tu aliento que embriaga; hasta en Ja red de tus pestañas que subyugan...

Ella parece no haber oído. O es que acaso las palabras no han llegado a sus labios?

Estira el brazo. La toca. Ulla experimenta una sacudida. Se va hacia atrás. Se inclina rápidamente. Y un machete Je brilla en las manos.

Casi no se da cuenta él de qué es lo que hace. Ella se le viene encima. Tiene en los ojos una rabia infinita. Está roja, Roja y terrible. El machete describe en sus manos remolinos luminoso:

— Defiéndete!...

Por un instante, él quisiera dejarse vencer, quisiera morir a manos de ella, Pero en sus oídos resuena la frase de la tarde:

"Cuando yo quiera a un hombre…

Y esto lo decide.

También brilla en sus manos el arma blanca. La agita agresivo. Y se lanza a la conquista de la amada!...

No hablan. Se miran a los ojos.

Cada instante crece el fragor de sus armas, cruzándose. Tintinean como campanas agitadas. Tienen relámpagos de extraordinaria luminosidad. Parecen cobrar vida propia, ajena a los impulsos humano Surgen, como peces de plata, asaltando hambrientos las carnes ansiadas,

Acaso ella está disminuyendo sus esfuerzos. Acaso su vista pierde un poto de fijeza. Acaso su pecho demuestra que se haya extenuado. Acaso los labios se le curvan en despecho satánico…

Cuando, de pronto, be aquí que surge la isla en forma humana.

He aquí que se lanza entre ellos blandiendo las armas zoomorfas de su propio cuerpo

Esperanza —entonces— se arroja al estero, despavorida.

Y él detrás de ella, dispuesto a protegerla.

Cuando las aguas le van creciendo por los poros, cuando las aguas le penetran sus millones de agujas verdes en la nariz y en los oídos, cuando sus ojos ven el cuerpo de Esperanza resbalando hacia el fondo, cuando lo invade una especie de placidez extraña que lo torna insensible.....entonces. y solo entonces, escucha una carcajada escalofriante, que le recorre el cuerpo como una guillotina.

Despierta, Abre los ojos y mira a su derredor.

Frente a él en la ventana, está fumando Guayamabe, Al sentirlo, se vuelve y explica:

— Patrón! Me creo que usted anoche volaba de fiebre.

OBSESION

Guayamabe le ronda al derredor. Y ahora es él quien insinúa:

— Oiga, Patrón.

— Qué, ah?

— Este... me creo que debíamos hacer unos sembríos estables.

— Estables?

— Claro! Por ejemplo, caña de azúcar o café... Esto también es bueno para café.

— Lo que yo quisiera es sembrar algodón.

— Es que el algodón... .

--- Si. Ya sé Guayamabe. Pero es lo que me gusta!

— Entonces, como usted quiera, Patrón.

— El algodón está a muy buen precio.

— Así es Patrón. Lo único que…

— Qué?

— Que necesitamos más gente. Casi no tenemos con quien trabajar.

— Preocúpate de eso, Guayamabe. Tú sabes. Yo estoy algo enfermo: Quisiera descansar un tiempo.

— Difícil es.

— Pero hay que verla manera de conseguirla.

— Está bien, Patrón.

Néstor duda unos breves instantes. Después pregunta:

--- Y? No se ha sabido nada de don Merelo?

--- Dicen que viene esta semana,

—Ajá…

Con los ojos anhelantes, escarba el estero, allá por la Punta de los colorados,

Ya quisiera ver la canoa de pieza que le traiga la amada: quisiera verla avanzar, avanzar, al compás de los remos potentes, con un rollo de blanca espuma en la proa, sembrando una enorme estela en las orillas.

No tiene un instante de tranquilidad,

No puede pensar en nada de lo que está haciendo, ni en nada de lo que anhela hacer, Está como en un sueño perenne. Todo lo mira a través de nubes de humo. Se le antoja que, cuando pisa la tierra es como si lo arrastraran en una alfombra mágica, como si le nacieran alas en los pies robustos.

Ha ido a meterse en los maizales. Ha ido a intervenir en la recolección, ahora que las hojas amarillean y el grano se hace duro. Ha procurado conversar con los cholos, inundándose de la vida de ellos, para olvidarse de la propia vida, Hasta ha enarbolado a veces, el machete, para cortar las pencas o limpiar las orillas de las matas.

Pero todo es en vano.

Por doquiera la encuentra a ella; por doquiera, siempre piensa en ella, Su imagen lo persigue. como si fuera su sombra. No da un paso sin dejar de mirarla, Vaya en canoa, o vaya entre los árboles grises. de la montaña. Esté solo o esté rodeado de todos los peones. Duerma tranquilamente o la vigilia lo queme los párpados angustiados. Por doquiera la encuentra a ella; por doquiera, siempre piensa en ella.

Se está escurriendo, escurriendo.

Tiene los ojos hundidos, como si se le quisieran pegar atrás, en la nuca, La mirada se le ha hecho babosa, sombría, irresoluta. La boca se le eso, como una jaiba muerta, Anda bamboleante, pesadamente, parecido a las balandras ancladas. A pesar de que habla de los problemas cotidianos, de las siembras futuras, de los trabajos inmediatos, siempre lo hace en un tono lejano, confuso, como si no: se tratara de él ni de sus cosas.

--- Patrón ---le ha dicho Guayamabe— yo que usted...

— Que…

— No me dejaría agarrar de la isla

— Qué… Qué es lo que estás diciendo?

— Que yo no me dejaría agarrar de la isla.

— Pero por qué me d so?

— Porque me creo que a usted Jo está agarrando.

— Qué cosas tienes!...

— Es que hay que verlo como se lo ha puesto, Patrón. Y a la isla no se le puede ir con andada. Si a un cristiano se le acula, que encomiende su alma a Dios.

Néstor queda en silencio.

Le vibran en el oído las palabras del Mayordomo. Y poco a poco, le van agitando el espíritu, le van dando una nueva clase de angustias. Si. Debe de tratarse de Ja isla… Tal vez ni existe Esperanza; tal vez, él no ha ido nunca donde don Merelo, Todo es una ficción que le ha creado la vengativa San Pancracio. Ella os Ja única cierta, la única auténtica. El sueño de esa mujer encanta dora, no es más que eso: un sueño! Su enemiga implacable lo ha creado para atormentarlo, para gozarse en su suplicio, para ver si le infiere una nueva derrota, No contenta con causarle los fracasos económicos, quiere penetrar medularmente en su existencia; quiere agotarlo, extenuarlo, exterminarlo, Y quien sabe: si Esperanza no es más que ella misma. Quien sabe si ha tomado la forma: deesa mujer adorable, para tenderle nuevas redes, para adueñarse integramente de sus pensamientos, para -- por colmo supremo — hacerse hasta querer de quien la odiaba.

— Creo que tienes razón, Guayamabe,

«Si, creo que tienes razón, Guayamabe!... La Isla me está agarrando!» Le zumban los oídos. Ve sombras. Debe tener fiebre. nuevamente, Es la Isla. Es su paludismo. Hay tantos mosquitos venenoso: Por eso está con ese amarillo verde en el rostro; por eso le tiemblan las piernas; por eso, no sabe lo que habla, no sabe lo que piensa, no sabe lo que anhela, «Sí, Guayamabe, sí. Tienes razón. Me está agarrando la Maldita. Creo que no voy a saber qué hacer para defenderme, para desviarla de sus apetitos homicidas; creo que tendrá que entregarme, atado de pies y manos, atado de sueños y deseos; creo que tendré que rendirme, si quiero conservar el

control de mis sentidos, si pretendo que no me devore el tigre, si pretendo que no me aniquile el paludismo, ese fantasma verde de los trópicos. Tienes razón, Guayamabe..... Tienes razón!

De su paludismo, de su derrota, de su letargo, de su ausencia noción del espacio y del tiempo, lo saca un aviso de Guayamabe.

— Mire, Patrón.

— Dí, Guayamabe.

— Mire por la Punta de los Colorados.

— Qué hay?

— Mire!...

Pesadamente, como a través de nubes, enrumba sus ojos hacia ese sitio,

—Si. Ya veo.

— Es una canoa, Patrón.

— Sí. Ya veo. Es una canoa!

— Pero es que... Es una canoa de pieza, con dos bogas, Patrón, Néstor tiene una sacudida.

— Y qué?..... Tú? Tú crees?

— Deben ser don Merelo.....con Merelo y la niña Esperanza?

— Tú crees?..... Tú crees eso, Guayamabe?.....

— Quién otro podría ser, Patrón.

— De verdad! Quién otro?... A menos, que vengan de Guayaquil.

— Dificilito lo veo, Patrón.

A Néstor le da vuelta el paisaje, como el remolino gris de Una revesa,

CAP. III

LA LLAMADA DE LA SANGRE

Claramente, recordaba la último charla,

Fue la noche anterior, al del estero, cuando todos estaban durmiendo.

Le daba clases de machete.

Pablito había cambiado su antiguo puñal de ébano, por uno auténtico de acero templadísimo, nuevecito, que él mismo le había obsequiado.

El muchacho fue quien inició el diálogo:

— Y usted, don Guayamabe.....es cierto que?

— Qué, ah?

— Que por arriba jalaba mucho fierro?

— Sí... Algo....Cuando me provocaban....De por gusto, nunca!

— Algunos ha de haber virado, no?

— Sí... Algunos!... Los que se alzaron demasiado... El cristiano tiene la sangre caliente... Y por eso...

Pablo había quedado en silencio unos momentos. Después, como para sí mismo, había dicho:

— Oiga, don Guayamabe... A mí...

— A vos.....qué? mí, también me gustaría jalar fierro. Pero jalar fierro de deveras.

— No es hora, todavía.

— Así será, don Guayamabe, Pero de que me gustaría... claro que me gustaría!

— Primero, hay que aprenden...

— Aprendiendo estoy, mismamente…

— Así es!...

El Mayordomo había sentido una ráfaga de orgullo.

Este muchacho --su ahijado, como lo llamaba ante otros--era igualito al Guayamabe de antaño.

Si parecía que estuviera viviendo nuevamente.

Se veía, otra vez, con el machete en la mano, trazando remolinos vertiginosos, ya fuera sobre el plan de las canoas o sobre la grupa de los caballos. O sencillamente, de pie, en pleno corazón de la montaña. Se veía claro, clarito, por las haciendas y los pueblos de arriba, arrastrando su poncho polícromo, en desafío terrible. Sobre todo, cuando unos tragos de puro de caña le caldeaban la cabeza,

Quién era capaz de acercársele? Quién era capaz de decirle algo? Quién era capaz de desafiarlo? Quién era capaz de resistirle el efluvio matón de los ojos?

En los bailes, entraba sonando las espuelas, tendiendo el machete, gritando muy fuerte. Como además, puntuaba algo la vihuela y hasta machacaba sus canciones, quién iba a competirle en esos lados?

Pablo Melgar era como él!

"Si parece que fuera mi hijo", Tiene el mismo ímpetu en los ojos, el mismo nervio en el cuerpo arisco, la misma potencia en la muñeca. Es el único que le aguanta una jalada de fierro sin cansarse aflojar el arma, sin dejarse tocar, Es el único que soporta su vista sin bajar los ojos. Es el único... Seguramente, tiene algo de Melgar, ese cholo verraco que mordió la tierra sin quebrarse; pero quizá tiene más de él que de su Viejo. «Este tiempo que ha pasado conmigo lo ha formado, lo ha hecho un hombre.> Y de verdad que ya está hecho un hombre. Cómo en tan poco tiempo ha podido cambiar tanto? El mismo no se da clara cuenta, pero la verdad es esa, El muchacho

casi tiene su cuerpo. Es más delgado, quizá. No se le brotan, como a él los músculos: ni las venas se le hacen nudo en los ratos de aguaje... "Pero he notado que puede brincar igual que un tigre, mientras que yo pronto no podré ni mencarme..."

«Pero, por qué estoy cavilando estas cosas? Que.es lo que me está pasando? A mí nunca me ha dado por cavilaren nada. pre he hecho lo que se-me ha antojado.....». Será que se está volviendo viejo? Será que don Mite le está hablando en el oído, porque no le ha seguido buscando a la Márgara? Será que lo está maleando Ja Isla, como está maleando al Blanco?

“Bah! Lo que ocurre es que te está agarrando la querencia, viejo. Ese pedazo de carne que tú no hiciste, te está doliendo como si fuera carne tuyus....Es Ja: querencia, Viejo, es la querencia!

Y todo -- desgraciadamente! -- para después largarse.

Oscurito le hin ido con el cuento:

— Sabe usted don Guayamabe?

— Qué, ab?

— Pablo!...

Hay tal temor en el acento del otro, que Guayamabe se estremece.

— Qué le ha pasado?

— Nada! Que se largó anoche!

El Mayordomo respira más tranquilo.

— Y eso no más era?

— Es que.....

--- Si. Ya se... Se fue a la busca, No me lo dijo. Pero yo lo subía. Seguramente iba a agarrar unos monos para el café de todoy.....

Al otro, se le atraviesan las palabras.

— Es que.....no se fue a la busca, don Guayamabe!

— Y entonces?

— Entonces.....se fue para abajo!

— Para abajo?

— Y para no volver más nunca...

Al Mayordomo le du: vuelta la cabeza, Lo queda mirando fijamente, largamente, con ganas de hacerlo polvo. Pero, después, se serena.

— No te creo!...

El otro soporta la duda, con entereza.

---Ahí verá usted, don Guayamabe. Por la luz que me alumbra, le digo que en cierto.

--- No te creo...

Y después, como para convencerse a sí mismo, agrega:

Si anoche ha estado hablando conmigo hasta muy tarde, SÍ hemos estado jalando un poco de fierro, No te creo! «Se hubiera despedido!.....Me lo hubiera palabreado en alguna forma!

— Es que.....por eso me dijo a mí que se lo palabreara...

--- A vos?

--- Sí. A mi... Me dijo que él no podía... Que todo menos eso. Que se largaba, porque no podía aguantar... Que le picaban las manos por jalar fierro, por rodar tierras, por mandar mucha gente, por tener algunas mujeres... Que había tratado de no hacerlo, de quedarse tranquilo a su lado... Pero que era igualito a cuando a un cristiano lo agarra una revesa. Que, por más que hace siempre el torbellino del agua.

— Y a mí no me dijo nadal...

— Es que no podía! Por eso, me rogó que viniera a pedirle perdón a usted. Porque él no hubiera podido despedirse, no hubiera podido ni siquiera mirarle los ojos.

Al Mayordomo le hierve la sangre.

---¿Lo que son los cristianos, no?... Peores que los hijos de las equis!...

— No diga eso, don Guayamabe!

— Cómo no voy a decirlo, si es la verdad!...

— No diga eso!... Es que usted no ha visto al muchacho... Si le hubiera visto los ojos. Los tenía rojos, como brasas de candela. Temblaba, todo él encanijado. Casi no podía hablar. Cuando le toqué la mano, estaba caliente, caliente, como con fiebre..... Daba pena, don Guayamabe, palabrita de Dios que daba pena... Parecía una gallina con baba!... No quiso decirme nada más. Viró la cabeza. Se tiró a la canoa y empezó a bogar, como nunca he visto hogar a nadie. Lu canoa zapateó igualito a un lagarto. Un rollo de espuma se le colgó en la popa. Y se hundió en la: noche, como alma que lleva el Diablo.

Guayamabe ha vuelto el rostro. Ha fruncido el entrecejo. Ha mascado el cigarro. Y se ha sentado en la hamaca para mirar el estero.

A pesar suyo, se le escapa tina frases

— Pobre Pablo!..... La sangre del Viejo Melgar lo está llamando.

RUTA DE UN DIALOGO

Desde entonces, hirvió la hazaña en los esteros.

Surgió lentamente, increscendo, invadiéndolo todo.

Fue como una marea.

Cuando acordaron, ya los había inundado, ya sazonaba las charlas cholunas, especialmente por las noches, al pie del fogón bajo el toldo.

El diálogo surgía confidencial, mínimo, escondido, como si fuera un delito,

— Sabes vos?

— Qué, ah?

Aquí se miraba para todas partes, con miedo y vacilación. Las cabezas se acercaban casi hasta tocarse. El acento disminuía, pareciendo un susurro.

---Entonces solo entonces! ---se pronunciaba el nombre maléfico.

— Pablo Melgar!

— Pablo Melgar?

—Sí. El muchacho ese que estaba con don Guayamabe.

— Qué le pasa?

—...Dizque se ha levantado con un poco de gente, Y se ha vuelto un condenado,

— No parecía, no?

— Claro que no parecía…

Acaso se miraba en torno, con un miedo mayor. buscando las mínimas sombras, entre las sombras de la noche, Y se agregaba:

— Ha conseguido algunos mala-alma como él… Figúrate! Anda con el tuerto Berrugate.

--- Ese que se comió a dos, por las Moquiñañas el año pasado?

— El mismito. Y eso no es hada. Tiene otros peores. Te acuerdas de Gallo Giro?

— Quién va a olvidarlo!... Si cuando salió de la carcel, nadie estaba tranquilo.

— Pues Gallo Giro es otro de los finos que tiene Pablo.

— Vaya unos condenados que se ha conseguido!

— Ya han hecho algunas de las suyas.

— Tenía que ser así, pues. La gallinazada busca la mortecina!

— Man asaltado a varias balandras y balsas... Canoas no, porque ya no andan canoas solas por las noches... Y como al condenado solo le provoca manotear oscurito.

— Feisísimo se va a poner esto.

— Así me creo... Aquí mismamente nadie anda armado, nadie se cuida de nadie. No es como por arriba...

— Es que hace tiempísimo que nadie ha robado...

— Usted lo ha dicho: Nadie!... Por eso es que andan como Diablos sueltos los maldecidos, Se meten por todas partes y con todo el mundo. Hasta por el Fuerte se han atrevido. (Figúrate: por el Fuerte!) El otro día dizque asaltaron una balandra frente a los mismos cañones. Es que no le tienen miedo a nada estos cristianos!....La balandra estaba cargadita de víveres y traía bastan te gente. Pablo la asaltó con varias canoas. Los otros se envalentonaron y no quisieron quebrarse, Pero allí fue la de Dios es Cristo!... Pablo se calentó. Y sacó el machete. Vos sabes como maja el fierro el niño ese... Para no alargarte el cuento, me creo que no hirió a nadie, pero todititititos dizque recibieron su cualquier cosa, más que sea su planazo, Parecía como si se estuviera burlando el condenado!

— Bien hombre si es, no?

— Bien hombre! Cómo no iba a serlo con don Guayamabe?

— Y les quitó algo a los de la balandra?

— Hasta los trapos que llevaban puestos! Después los amarró desnuditos en los amantillos, cómo si fueran una sarta de bagres, Y allí los dejó colgados. Dizque entonces les dijo: "Eso es para que aprendan.....pura que aprendan a ser hombres!"

— Es que a pesar de ser tan muchachón es verraquísimo.

--- Claro!... Por eso es que la gente empieza a tener miedo. Con decirte que ahora solo a] nombrarlo se santiguan. Muchos no quieren ni largarse por el estero. Y menos aún salir al Guayas...

— No es para menos. Se la doy a cualquierita!

— Otros no aflojan el machete para nada. Cuando andan en el agua procuran ir orillandito, cerca de las casas donde haya mucha gente.

Aquí había un largo silencio.

El candil empezaba a apagarse, Hacía frío. De abajo subía el acento gorgoreteante del estero, Posiblemente alguien roncaba en las piezas vecinas.

La charla se reiniciaba esperanzada, después de haberle dado algunas pitadas a los cigarros infallables

—Y dizque del Guayas ya han salido a buscarloa

— Del Guayas?

— Del mismísimo! Pero se hace humo el condenado, Y eso que dizque han venido lanchas grandotas, con motor y todo: El condenado se les escabulle, como si fuera una lisa. Por eso es que por estos lados dicen que se ha hecho amigo de los Tin-Tines,

— Ave María Purísima! Sin pecado concebid:

— Feo se está poniendo esto, no?

— Feisisísimo!... Sobre todo por las mujeres! A uno que le va a robar, si uno mismamente no tiene ni donde caerse muerto, Pero las mujeres..... Eso si que friega! Figúrate! Cuando ve una mujer dizque se pone como loco el verraquísimo. Dizque en seguida quiere cubrirla, sin respetar a nadie. Y cuando se le r e, le da bejuco o plan. A veces. dizque las arrastra, agarrándolas de donde puede, hasta dejarlas transijadas, molidas, para poderlas montar más fácilmente, como si fuera un burro hechor.....

— Subes vos lo que yo creo?

— Qué, ah?

— Que esas son cosas de los Tin-Tines.

— De los Tin-Tines?

--- Si... Han de haber hecho su arreglito, Ellos lo ayudan al machete. Y él los da las hembras que agarra. A lo mejor no es él quien se las trepa. Son los otros. Lo que pasa es que los Tin-Tines son fregadísimos. Y les han de echar baba de sábila en los ojos a todos los que miran.

— Contentos han de estar los Tin-lines, no?

— Claro que han de estar contentos! Qué más se quiere el cangrejo que lo tiren al hueco!...

Y así el diálogo iba creciendo, creciendo, como crecen las aguas de los esteros marinos acercándose al Golfo,

Ya no fue nocturnal y escondido, aunque siguió siendo medroso. Ya no bailó únicamente en las bocas amargas y rudas de los hombres, sino que también corrió a alojarse, de tarde en tarde, en los sabrosos labios Femeninos.

Surgió después del trabajo, durante la comida, a plena luz solar. Los interlocutores fueron casi siempre jóvenes -- especialmente las muchachas

---escucharon avidos ansiosos, tremantes, estremecidos por los aletazo de la leyenda de las evocaciones,

Se hizo una charla pronunciada con respeto, casi en mezcla de incertidumbre y cariño. La figura del pirata cholo fue emergiendo agresiva y viril, pero atrayente. Se clavó en la espalda de los hombres y en el corazón de las mujeres, como una esperanza.

Y el nombre fue una: clarinada sobre las crines verdes de los mangles,

Pablo Melgar. Don Pablo Melgar!... DON PABLO MELGAR!...

Bandera de exterminio, sed de sangre, ancestro homicida, pulpo rojo sobre la red oscura de las islas!

DON PABLO QUIERE DIVERTIRSE

Don Crisanto --ese viejo cholo que vive en el Cruce de las Moquiñaña -- le habla temeroso a su mujer, la Eduvigis:

— Oye Vieja.

— Qué, ah?

— Por dónde andan la Juana y la Robusta?

Eduvigis da una mirada a la orilla, por sobre la ventana: Di visa confusamente a las muchachas, que están rajando leña de mangle, Las ye con su sombrero de toquilla alón, con su traje de zaraza multicolor, con sus piernas fuertes y hermosas, que parecen dos palmeros.

— Abajo están. Las querías para algo?

— No... Este... Oye Vieja...

El Viejo no sabe como empezar. Las palabras se le hacen nudo en la garganta. Respira trabajosamente. La mujer lo mira ansiosa,

— Qué, pues, qué?

Al fin se decido:

— Sabes vos? Don Pablo!

— Qué le pasa a don Pablo!

— Este… Ha mandado decir que esta noche viene.

— Esta noche?

— Sí. Me crea que quiere armar un baile aquí, pues.

— Pero si nosotros no tenemos nada. Si nosotros no tenemos casi ni con que parar la olla. Sólo somos dos viejos con dos hijos mujeres. Además los tiempos están tan mal… El debe saberlo mismamente:

— Eso no importa… El lo pone todo!.

La Vieja sopla el fogón, hinchando los carrillos.

Hierve monótonamente la olla de arroz aguado, elevando un humo gris que desdibuja las chamizas del techo, Pero el rostro de la muchacha se hace firme ante el fuego. Se le iluminan las tupidas arrugas. Se dijera que es un trozo de corteza de ébano, donde brillaran como chispas los ojos menuditos.

— No me gusta nadita esto!

— Y qué le vamos a hacer?……Don Pablo quiere divertirse!

— Y por qué no jala para otros lados?

— Es que quiere estar con nosotros,

— Con las muchachas, dirás.

— Claro que con las muchachas… Lo unico que como decimos que no!

— Y no te da miedo?

— Miedo?... Miedo de qué?

— De que él y sus mala-alma vengan?

— No! A mí no me da miedo!

La Vieja se vuelve. Se acerca casi hasta tocar a su marido. Le habla con voz tenue y confidencial. Casi en susurro.

— Me han contado qué la otra noche, frente a Chupador Grande, en la casa de zinc, asaltó a don Lucas y su gente.

— Se trepó quedito a la casa Bajó a don Lucas, dándole plan. El hombre no tuvo tiempo ni para defenderse ni para nada. Cuando acordó, ya estaba maniatado, agarrado como si fuera un puerco para el cuchillo. Lo pegó a un palo. Y entonces sí, frente n él, atrapó a la hija, Dizque la muchacha se defendía y gritaba, insultándolo. Parece que es que ella estaba palabreada hacía algún tiempo con uno de por ahí por el Cerrito.

— Y quién te la contado todo eso?

— Ahí verás, pues… Como te iba diciendo, don Pablo no hacía caso del llanto de la muchacha. La jalaba, arrastrándola por los pelos. Entonces, dizque ella se cuarteó, Y empezó a llorarle y u rogarle, Pero el condenado ni por esas! Siguió, no más, como si no fuera con él.

— Qué desgraciado, no?

— El Tuerto Berrugate, por su parte, animaba a la muchacha, Dizque le decía; <Pero niña, si don Pablo no se la va a comer... Ahora verá, antes, lo que es bueno!..." En tanto, don Pablo le iba quitando todos los trapos y la había dejado como su madre la echó al mundo, Don Lucas dizque se retorcía, quemándose todo el cuerpo con las betas que lo amarraban. Pero don Pablo no hacía caso, —Dizque pareció que no oía a nadie, que no veía a nadie, que estaba completamente solo. Y, al frente del padre amarrado, sin respeto y sin pena, dizque se revoleó como pudo, con la chica,

— Cuantos falsos no más han de ser…

— Vaya a saberlo Dios!.....Pero de que me lo han contado, claro que me lo han contado!..... Además, don Lucas, el pobre y: ha pasado por aquí varias veces, Anda buscando al condenado. Lo anda buscando como si estuviera con trastorno. Poca por todas partes, llegan a todas las casas, pregunte a las balandras y canoas que encuentra. Pero nadie le da razón. Parte porque le tienen miedo o no sé qué a don Pablo. Y parte, también, porque don Lucas nunca ha sido bien querido en estos lados. Por ser lavadito, nos miraba a todos con la boca torcida,....Yo lo he visto, varias veces, lejos..... Y en seguidita me he metido para adentro. Es que le tengo miedo.....Palabrita de Dios que le tengo miedo!

— Quién va a encontrar a don Pablo.....si dizque tiene arreglo con los Tin-Tines...

— Así me creo.

— Por eso, aquí tenemos que aguantarlo. Puede ser que nos quiera fregar, Puede que no. He oído que cuando lo aguantan

por las buenas, no dice ni hace nada, Se toma su trago --uno cuando más-- da sus vueltecitas; hasta echa su cualquier canto, Y se van. Cuando se calienta y friega de veras es cuando no lo reciben, cuando le hacen asco.

— Ojalá así sea!...

--- Claro que yo meteré mi rabón debajo de la cama, por al acas0 No quiero que el condenado me agarre maniatado, como a don Lucas. Si me busca…

La Vieja se asoma a la ventana y eleva la voz.

— Juana! Robusta!

— Mande!... Mande...

Se acercan corriendo hasta al pie de la casa. Elevan el rostro, inquiriendo.

— Qué pasa mamá?

— Vengan a vestirse, Esta noche tenemos baile,

--- Que es lo que dice?

--- Que esta noche tenemos baile. Viene don Pablo.

A las muchachas le crece la felicidad en los ojos y en los labios.

— Don Pablo?

— Sí, Don Pablo!

Parece que de la otra orilla del estero, del enmarañamiento de los mangles, regresa el eco, crecido,

— DON PABLO…

EL PIRATA

Don Pablo y su gente llegan a la oscurecida,

Vienen en una canon de pieza, tirada: por cuatro remos. Desde lejos, han oído el golpe acompasado de los largos maderos rompiendo las aguas. Y, casi en seguida, se ha perfilado la silueta de la embarcación ligera. Atrás, cerca de la popa, de pie, erguido como un cabo de hacha, viene don Pablo.

Han acoderado a la orilla.

Don Pablo ha sido el primero en saltar. Los otros han quedado escondiendo un poco la canoa, bajo un mogotito de mangles. Los perros de la casa han bajado a ladrarles, pero don Crisanto y su gente ya se acercan y los espantan.

El joven pirata los saluda:

— Buenas noches de Dios, don Crisanto, Bue gis. Buenas, muchachas

— Muy buenas, don Pablo.

Los compañeros han terminado su labor y, a su vez, se apriman y saludan. Viene el tuerto Berrugate, Gallo Giro y cuatro más. Todos traen algo en la mano; una guitarra, una linterna de gasolina, unas botellas de puro, una forja con víveres, o un poco de cigarros. Además, Jos sendos machetes infallables.

Ña Eduvigis propone;

— Suban. Por qué no suben?

— Lo que usted mande, ña Eduvigis.

Al llegar a la difícil y empinada escalera de caña rolliza, don Pablo dice:

— Vamos uno por uno. A lo mejor, los travesaños no resisten.

Don Crisanto asiente:

— Pero vaya usted primero, don Pablo.

— Ya está, pues.

Y agrega riendo:

— Eso sí que me acompañe una muchacha:

Ña Eduvigis coge a la Juana por el brazo.

— Anda! Acompáñalo!

— Yo.....este. No ve que está oscurisimo?

Atrás suena la voz de Berrugate.

— Anda, no más. Don Pablo no te va a comer!

Los compañeros sueltan una carcajada.

A Crisanto le corre un escalofrío por la espalda. —Instintivamente, mira el rincón de la pared donde, entre caña y caña, está metido su machete.

Han colgado la linterna en una esquina.

Sentados sobre cajones o de pie contra la ventana los hombres se yan echando los primeros tragos, Las mujeres están metidas en la otra división de la casa, en el fogón, preparando el arroz aguado y los bolones de verde.

Gallo Giro, guitarra en malo, está charrasqueando su cualquier cosa.

Es una mezcla de canciones venidas del Guayas, con una música personal, monótona, insegura. La voz se le hace aflautada, de falsete, Pero una extraña emoción le corre en las palabras:

No vayas a llorar cuando me bajen

en una caja negra al cementerio!

No vayas a llorar cuando tú sepas,

El tuerto Berrugate, tras de haberse limpiado la boca por el último trago, se levanta entusiasta:

— Pero, se está perdiendo la música. No le parece, don Pablo?

Don Crisanto, ya medio encendido por unos cuantos puros, murmura:

— De verdad. Por qué no bailan?

Y, clavando la voz:

— Juana!... Robusta!

--- Mande, Viejo!

— Vengan a echar su vueltecita

— Es que estamos ayudando, pues,

— Dejen a la Vieja en eso. Vengan!

— Ya mismito don Crisanto!

Berrugate sonríe:

— Me creo que han de querer que las busquemos.

Pablo dice maquinalmente:

— Vamos, pues. Vamos!

Entran a la cocina. Y cada quien sale con su pareja: Don Pablo con la Juana. Berrugate con la Robusta,

Silba el viento matón, entre hojas de bijao. Parece erizar la superficie salobre del estero grande. Corre, como un condenado sobre la melena oscura de los mangles, Y sacude a los hombros con su frío penetrante.

La voz de Gallo Giro se eleva como un lamento:

Oye: Bajo las ruinas de mis pasiones...

Es una voz extraña, torturante, que tiene profundas raíces en su ancestro: Marcha en desacuerdo con la guitarra, en desacuerdo con la música de la canción y en desacuerdo con la letra. Es que su armonía es distinta. Es una armonía que brota de la noche eterna de los manglares salobres; de un mundo angustiado que se retuerce sobre los recovecos del fango.

Al compás de ese ritmo confuso pero medular, baila don Pablo, como un sonámbulo.

Aprieta desesperadamente a la muchacha, contra su cuerpo. Parece que quisiera atornillarla en su carne, fundirla en su vida. Pero en sus ojos se pierden por encima de la ventana, allá en la lejana de las insondables. Sus movimientos intuitivos, subconscientes. Se dijera que está ausente de cuando lo circunda. Se dijera que algo muy hondo lo obsesiona, hasta cerrarle los sentidos a los mundos externos.

La Juana, en tanto, la devora con las pupilas y los gestos.

Se le aprieta al cuerpo, como un caracol a una ñanga. Se siente protegida para siempre, contra ese pecho joven y fuerte, donde el corazón late con golpes de remo. Ah!... Si se pudiera andar como una balandra, esperando angustiosa el piloto que la maneje, la domine y la conduzca!... Si se pudiera!...

Frente a ellos, el tuerto Berrugato se retuerce como un pulpo, abrazando a la Robusta…

De vez en cuando, le dice frases cosquilleantes que entusiasman a la chola. Pasan dando rápidas vueltas, en medio de todos. La lámpara enreda sus sombras entre las cañas de las paredes, por las que asoman, de tarde en tarde, cucarachas minimas, alacranes asustados, una que otra lagartija que se detiene acesando.

Y Gallo Giro continúa su canción pegajosa, monótona, triste…

Cerrando los ojos, se dijera que no es él quien canta. Que son más bien, los manglares vecinos, las orillas inhóspitas, hasta las mínimas aguas torvas del estero.

Después de los platos de arroz aguado, que se acompañan con bolón de verde, don Pablo, nerviosamente, se levanta:

--- Gracias, don Crisanto!...

Don Crisanto va a contestar, pero lo interrumpe ña Eduviges:

--- Gracias… a usted, don Pablo, que lo ha puesto todo…

El Pirata cholo, frunce las cejas.

--- La voluntad es la que vale…

Y añade con amargura:

--- Sobre todo para un cristiano que lo andan buscando!

--- Agradezcale a Dios, entonces… que es el que manda…

--- Así será, ña Eduviges!

Y volviéndose a los suyos:

--- Bueno, muchachos!... Nos vamos!...

Se despiden.

Y rápidamente ---más rápidamente que cuando vinieron— se lanzan a la embarcación.

Se vuelve a oír el golpe rotundo y acompasado de los remos: se vuelve a ver a don Pablo atrás, en la popa, erguido y desafiante, como un cabo de hacha.

Antes de que se hundan en la noche, surge un grito de la orilla:

— Ah, don Pablooo!... Vuelva siempre a su casaaa!...

Y le responde una voz extraña, de las aguas, de las sombras, que de una garganta humana:

— Gracias, ña Eduviges!... Gracias!...

LA HUELLA EN EL CORAZON

Cuando ya van a subir a la casa, la Juana lanza un grito:

— Ay mamá! Me he tropezado con unos sacos.

Los demás se acercan.

— Qué es?

— Qué es, ah?

— Unos sacos que hay aquí, al pie del puntal.

Robusta sube y baja la escalera, volando. candil, que ilumina débilmente la escena.

Efectivamente, son dos sacos, Tienen amarrada la boca, Los han dejado arrimados unos a otros.

Les arde la curiosidad.

— Qué tendrán, ah?

La Robusta se santigua.

— Mejor no toquemos eso, Puede que sean Jos Malos los que lo han dejado.

Pero ña Eduvigis arguye:

— Qué malos ni que malos! A mí nadie me lo quita de la cabeza. Ha sido don Pablo!

— Pero en qué hora los ha puesto?

— Vaya a saberlo Dios! Pero de que ha sido él... Claro que ha sido!

— Así será.

Crisanto desamarra la boca delos sacos. Y se aparta nervioso,

— Fijense!... Arroz, lenteja, frejoles!...

— Y sal, Viejo! No ve esa bolsa grandota llenecita de sal?

La Juana está que tiembla:

— Mejor cerremos eso, Viejo. No han de ser cosas de esta vida!

Pero ña Eduvigis está rehacías:

— Qué cosas de ésta ni de la otra! Tú crees que los de la otra nos iban a mandar comida?... ¿Por qué?... Súbanlo pronto todo, que buena falta nos bace... Pronto, porque ya es bien tardecito...

— Ya está, pues. Subámoslo!

Cuando ya están arriba y se han acomodado los sacos, la Juana arranca a llorar. Es un llanto humilde, casi escondido, imposible de contener,

La Eduvigis se le acerca. Y le pasa la mano por la cabeza,

— Pero qué te pasa, Juana?

— A mí?... Este... A mí nada, mamá.

— Ajá. Entonces, por qué lloras?

— Yo? yo no estoy llorando.

— No estás llorando?

— No. mamá. No estoy llorando. Son los güitifes, los güitifes, que me están fregando. Además, estoy cansadísima. Y me arden los ojos.

— Acuéstate, entonces!

— Ya mismito

Ña Eduvigis la mira intensamente, profundamente, La muchacha no le resiste la mirada. Y baja los ojos. Entonces, la Vieja mueve la cabeza, torciendo la boca y mascullando una serie de palabras ininteligibles.

Debo ser muy tarde, muy, tarde. O, mejor dicho, muy temprano porque ya mismo empezará a clarear,

Las muchachas duermen.

La Robusta con un sueño apacible, tranquilo, La Juana con un sueño nervioso, agitado, que la hace revolcarse continuamente bajo el toldo.

Los Viejos no pueden dormir.

Qué van a poder dormir, después de la visita de don Pablo? Por oso, se distraen hablando. Lo hacen despacio, despacito. para no despertar a las muchachas. Toda su conversación gira, eso sí sobre la visita de Ja noche, sobre sus impresiones del pirata y su gente. En el fondo, están admirados de haber salido tan bien, de que sus temores no hayan tenido fundamento. Seguramente todo no do nada más que cuentos falsos de la gente. Don Pablo es distinto de lo que se conversa.

— Quién lo hubiera creído, no?

— Por eso será que dicen que sólo es malo, cuando lo buscan.

— Y así ha de ser!... Ya ves aquí? Ni siquiera ha pellizcado a las muchachas, ni siquiera ha gritado. Creo que ni mismamente los ha dicho nada. Se ha portado como Dios manda!

— Y todos, lo mismo que él.

— Hasta el condenadísimo del tuerto Berrugate!

Hay un silencio que interrumpe ña Eduvigis.

— Palabrita de Dios que me está dando pena de don Pablo.

— Por qué, ah!

— Porque no parece tan mala -- alma el cristiano.

— Así también, me creo yo.

— Y el pobre está como venado arisco. No tiene un momento tranquilo.

— Es que lo han de andar buscando, pues.

— Por eso sería que no se echó ni un trago.

— Por eso. Si parecía que andaba sobre agua. Ni siquiera se fijaba donde ponía los pies.

— O sería que se estaba palabreando con los Tin-Tines?

— No me creo! Los Tin-Tines hubieran querido hacerles algo a las muchachas, en seguidita!

En esto se oye un sollozo. La Juana da una vuelta. Se agita nerviosamente. Y después, con dulzura, un nombre se escapa de su boca:

— Don Pablo!... Don Pablo!...

Ña Eduvigis se violenta:

— No te lo dije? Yo te estaba diciendo. Algo tenía que pasar!...

— Algo?

— Claro! No lo ves?... La Juana! La pobre Juana!...

— Soñando, no más, ha de estar.

— Soñando? No, don Crisanto! Son los Tin-Tines que ya la malearon. Y la han maleado con don Pablo.

EL SIMBOLO

En tanto, allá abajo, muy cerca o muy lejos, en la orilla o en los esteros. en las balandras o en las canoas, continúa el diálogo creciente,

Don Pablo gira en torno, como el corazón de una revesa,

Pero es un nuevo diálogo.

Se ha vuelto admirativo, encomiástico,

A todos les empieza a crecer la figura del pirata. Sus esperanzas, sus deseos, sus dichas y sus dolores, se empiezan a prender en la acción de ese hombre. Lo empiezan a querer, como antaño quisieron a sus jefes tribales, acaso como quieren hoy a sus propios santos. Les surge la admiración en el alma y, poco a poco, fluye en sus labios. Sobre todo, en las horas de trabajo y de lucha, cuando el sudor les resbala por los músculos afiebrados; cuando el sol les lame las espaldas con sus lenguas de fuego.

Ya no se habla despacio, en confidencia.

Ahora, las palabras se arrojan como satisfacción y como amenaza:

— Pero al que ya a pedirle, siempre le da algo.

— Sin cobrarle nuda. Así es.

— Nunca deja a nadie con la mano vacía!

— Por eso es que lo siguen tantos.

— Los que salen de la Cárcel, los que se comen algún cristiano, los que huyen, los que no tienen trabajo... todos, todititos, siempre yan donde él!.....Y él los recibe!

— Ya tiene bastantísima gente!...

— Y qué gente, amigo!.....Todos son de bragueta! Y dan la vida por don Pablo. Gente que le obedece con una sola mirada!

— Así es! Y en tan poco tiempo. Si usted lo conociera!...

— Pero... es que usted también lo conoce?

— Claro! Si de nosotros no se esconde... Precisamente yo lo he visto hace poco... Fue la otra noche, por el estero de las Cinco Bocas. Me creo que ahora está merodeando por esos lados. Dicen que es por don Néstor, por el Blanco... Yo iba bogando para donde don Merelo. De repente, escuché un golpe de remo fuerte y acompasado. Me volví... Hacía una luna buenaza, de plena menguante... En medio del estero avanzaba una canoa..... Yo me estremecí. porque, palabrita de Dios que parecía una visión, una cos de la otra vida... Pasó por mi lado, como una tintorera bravísima. Traía cuatro bogas, llevaba un rollo enorme de espuma... Las mares me bambolearon... En esto distinguía don Pablo. Iba parado, altísimo, con el pecho desnudo, fumando un cigarro. Traía un machete que brillaba, como si fuera otra luna. Juraría que lo vi reír... No me pude contener: «Buenas noches de Dios, don Pablo,» le grité. Y él, me contestó sin volverse "Buenas noches, Melquiades".

— Pero sabía tu nombre?

— Cómo no iba a saberlo, si nació entre nosotros, si nos conoce a todos como a su propia mano?

CAP. IV

LA CORRESPONDENCIA

— No se lo dije, Patrón! Yo se lo estaba diciendo. Don Merelo!

--- Si. Ya lo veo!

— Y viene con la niña Esperanza.

— Así es!

La canoa de pieza va acoderando suavemente contra la orilla. Los hombres guardan sus remos, Solo el popero canaletea lenta mente. La embarcación avanza por el esterito que lleva al pozo y se detiene. Huy unos bancos de arena, endureciendo el fango, que facilitan la saltada. Como la canon es poca agua, puede acertar la lengua de su proa sobre la orilla seca.

Néstor y Guayamabe se aproximan.

Don Merelo estira la mano, sonriendo:

— El otro día se me adelantó, don Néstor. Yo pensala visitarlo desde que llegué.

Le contesta inclinándose:

— Era mi deber.

Esperanza -- bajo el sombrero de toquilla alón no dice nada. Procura no verlo. Sencillamente, le abandona una mano que él aprieta apasionado. Pero esto basta para que se le enciendan Jos ojos, para que le tiemblen Jos músculos, para que una tempestad de anhelos le empiece a hervir entre los labio

Con una voz que no parece suya, murmura:

— Subamos a casa!

--- Subamos!...

Y, entonces sí! —rodeados por los perros, que mueven las colas en perenne homenaje--- caminan por la trocha serpenteante,

Don Merelo devora ansiosamente el paisaje inmediato: la filas de palmeras diminutas de la orilla; la alfombra verde de la paja de la virgen; los millones de lanzas velludas de los maizales cargaditos; los papayales preñados de frutos enormes; las copiosas manchas café— blancas de los bototillales, que elevan sus penachos en los cerros; hasta la algarabía monstruosa de la montaña, dónde luchan los guayacanes, los cascoles, los cabo de hachas, los nigüitos, las chiriguas.

Como a despecho de sí mismo, murmura:

— Buena tierra es esta!...

Y el Mayordomo:

— Claro que es buena.

Guayamabe ha saludado como siempre, sobrio y orgulloso. Sin embargo, entre las líneas austeras de su rostro impasible, se advierte una preocupación extraña. Algún surco de angustia está tallando su caracter de piedra!

Desde el covachón, por las ventanas y por las puertas, los miran los peones y sus familias.

Acaso comentan ya la venida de don Merelo. Tal vez ya piensan que este hombre viene a causarles daños innumerables, inesperados. Acaso hasta empiezan a hacer recuento de todo lo que ha hecho en otros sitios. A lo mejor, en muchos se insinúa ya el deseo de la fuga motivada por el miedo.

El sol es tan fuerte que no deja mirar las cosas,

Se hace un silencio agobiante que tiembla medroso en las hojas de los árboles y en los oidos de los hombres.

Cuando yan subiendo por la escalera de la casa, Néstor se vuelve:

— Ustedes me disculparán, verdad?

Don Merelo ríe:

— Ni que estuviéramos en Guayaquil, don Néstor.

--- Es que… Como estoy solo, no tengo nadie que se preocupe de mis cosas. Todo está desarreglado, desorganizado. Les digo esto para que no se sorprendan…

El padre de Esperanza insinúa una sonrisa burlona:

— Hay que buscarse una compañía, entonces. Las buenas compañías nunca hacen daño...

Arriba, en la casa nueva, se acomodan como pueden en las pocas sillas, resabios de la pasada opulencia.

Don Néstor, entonces, propone:

— Ustedes almuerzan conmigo, verdad?

Esperanza se vuelve y — por fin! --lo mira:

—Pero es mucha molestia...

— Molestia? Todo lo contrario. Es un placer. Les ruego que no me lo quiten.

— Pero...

Don Merelo interviene:

— Le agradecemos mucho, don Néstor. Aceptamos.

— Me disculpan, entonces.

Baja las escaleras corriendo. Y se acerca a don Guayamabe, que espera impasible, arrimado a un puntal, fumando su grueso cigarro. Parece no darse cuenta de la llegada del Blanco.

— Guayamabe!

— Mande usted, Patrón. .

— Don Merelo y Esperanza se quedan a almorzar. Sería bueno prepararles algo. Cualquier cosa. Podríamos matar un chancho, no te parece?

— Como usted diga, Patrón!

— Entonces, ocúpate de eso, Guayamabe! Ve una de las mujeres que cocine bien y dile que venga. Búscate, también, alguien que sepa beneficiar el animal.

—Eso lo haré yo mismo, Patrón.

— Ajá. Mejor, entonces. Pero que sea pronto!...

— En seguidita, Patrón.

Guayamabe marcha inmediatamente a realizar sus gestiones y Néstor sube apresuradamente la escalera de la casa.

Después de unos instantes, comienzan los preparativos para el beneficio, Nestor y Merelo contemplan la escena desde arriba. Esperanza no dice nada, Don Merelo sí hace, de vez en cuando, su comentario.

— Pero, por qué se molesta tanto?

— No es molestia, don Merelo. Tengo mucho gusto. Además de que la niña Esperanza me atendió muy bien el otro día, En todo caso, no sería sino correspondencia.

Merelo lo queda mirando fijamente, intensamente. Después murmura, casi como para sí mismo.

— Yo me creo que nosotros podríamos entendernos.

--- Así pienso yo, también.

— Y ojalá así sea... Nos podremos ayudar mutuamente! En estas tierras lo mejor es ayudarse, Lu lucha es tan difícil! Lucha contra todo y contra todos, Nunca se conoce detras de qué sitio nos espera la traición y la muerte. lo sabré yo.....que aquí he vivido siempre!

— Tiene razón, don Merelo!

Don Merclo parece no haberlo oído. Continúa, exaltándose:

— Y, además, las probabilidades de éxito siempre. son lejanas. Fijese yo! He trabajado toda mi vida como un macho. En cualquier otro sitio tuviese una fortuna, Yo soy un hombre que no me paro en pelos, que no retrocedo ante nada ni ante nadie. He hecho cuanto he podido. He talado las montañas. Y he obligado u agachar el lomo a los hombres, como si fueran bestias de carga. Y ni por eso..... Aquí me tiene, quizá con menos que hace veinte años. Casi sin tener en qué caerme muerto. Y, sobre todo, perdiendo mis últimas ilusiones. Todo por haber escogido mal terreno.

— Ya vendrán tiempos mejore:

— Tiempos mejores? Eso mismo me estoy diciendo hace veinte años!.....Feliz usted que todavía espera, que todavía cree! Ojalá pueda ayudarlo! Tal vez mi experiencia le sirva de algo. Usted es joven y tiene tiempo de rectificar. Yo, en cambio, estoy pegado a estas tierras, como cualquiera de esos mangles de la orilla.

Abajo, al pie de los puntales, en el placer de la casa, han hacinado grandes rumeros de leña. La han encendido y encima han puesto los tarros ¡llenos de agua dulce, Por otro lado, están afilando los cuchillos y lavando las bateas y las ollas.

Al pie de una estaca, tienen maniatado al chancho que, de rato en rato, gruñe sordamente o da chillidos penetrantes, como presintiendo la suerte que le espera.

Guayamabe pregunta:

— Ya va a hervir el agua?

Y uno de los peones que lo acompaña, Je responde:

— Ya mismito, don Guayamabe.

El Mayordoma se acerca a la estaca, desamarra al chancho y empieza a arrastrarlo hacia una de las salientes de las bases de la casa. El chancho se resiste, llenando el ambiente con sus gritos, Pero es impotente para libertarse del grueso cabo y de la firme voluntad que lo conducen.

— Á ver!... Una manitol...

Se acerca uno de los peones, para ayudar al Mayordomo.

Entre ambos amarran las patas del animal. Lo tumban. - Y entonces lo levantan y lo acuestan sobre el saliente de la base. Alí don Guayamabe le pone una rodilla encima. Con la mano izquierda le sujeta la cabeza y con la derecha le tantes el cuello,

— Pásenme el cuchillo puntón. Y tengan lista la tusa!

EL BENEFICIO

Esperanza está intranquila.

Mira, a lo lejos, la línea zamba de los manglares gateados; mira el covachón que bulle de gente; mira los yerbajos mínimos que bordean la orilla; a veces, observa la superficie del estero, donde círculos constantes indican la presencia de los peces.

Al fin, no se contiene. Y se retira de la ventana,

Néstor se vuelve.

— Pero qué le ocurro?

--- Nada… Este… Esas fotografías que están en la pared son de su familia

— Si. Esas dos señoras vestidas de negro, de rostro tan serio son mis tías.

— Ah.

— Yo quedé huérfano, desde muy pequeño. Ellas me criaron. Eran muy buenas.

Sin saber por qué, le ha entrado súbitamente el deseo de hablarle de él, de sus cosas, de sus problemas, de su familia. Quisiera entregarse totalmente, que no hubiera secretos para ella, Quisiera que en sus manos fuera como algo de ella misma.

Le busca ávidamente Jos ojos. Los persigue en asedio constante, Pero ella le huye. Le tiemblan, eso sí, las manos. El pecho sele agita. Las palabras -- palabras vulgares y sencillas que no tienen que ver con lo que piensa -- le salen llenas de angustia.

— Y... Y tiene más fotografías?

— Si, Muchas. Quiere verlas?

— Me gustaría.

Se retiran al fondo de la habitación.

Néstor sale un instante a la pieza vecina. Abre la caja con chapa de música y busca rápidamente los viejos retratos desteñidos, amarillentos. Vuelve casi en seguida.

Empieza a enseñárselos uno por uno;

— Este señor de bigotes conquistadores era mi padre. Un aventurero, según me contaban, Guayaquil tembló con sus hazañas… Esa señora de ojos azules y soñadores era mi madre. Acaso está en sus ojos la razón por la cual se prendara de un hombre tan distinto a otra.

Sin darse cuenta, se han acercado el uno al otro. Sus ojos se encienden y se aceleran sus respiraciones. La voz de Néstor empieza a quebrarse de emoción. Ahora, tampoco se atreve a mirarla. Quisiera tocarle la mano para establecer una relación más íntima entre ellos, pero es como si de pronto se le hubiera inmovilizado todo el cuerpo,

Súbitamente, le da rabia.

Qué tiene esta mujer distinto de las otras? Por qué lo subyuga, por qué lo anonada, por qué le hace perder su voluntad y su fuerza? Por qué no le mira a los ojos, hipnotizándola si fuera preciso. Por qué no le dice palabras profundas y conquistadoras que la vuelvan una llama, que se la entreguen rendida, humillada? Por qué no estira los brazos y le aprieta las carnes, invitándola a caricias más cercanas?... Y siente la tempestad en el cuerpo y

en el alma! Y un remolino de deseos y de frases le hierve en los sentidos! Y una garra diabólica se le enreda en la garganta, asfixiándolo!. ¿Qué tiene? Qué es lo que tiene esta mujer distinto de las otras? Por qué lo ha vuelto tímido, irresoluto, introspectivo?

— Este hombre joven. que parece un potro indomado..... Este soy yo..... Mejor dicho, era yo... hace unos pocos años.

En tanto don Merelo se inclina por la ventana. Le tiembla la nariz. Una avidez extraña le brinca en los ojos y en la boca. No cesa un instante de mirar abajo. Como si quisiera sorberse los mínimos detalles,

Guayamabe empuña el cuchillo y, sin titubeos, lo clava en el cuello del chancho. Este da un grito espantoso. Se agita levemente. Y, casi en seguida, queda inmóvil,

— Una batea!... Rápido!...

Saca el cuchillo de la herida y tapa el orificio con una tusa de maíz hasta que le acercan el recipiente de madera. Y, cuando esto ocurre, extrae la tusa,

La sangre empieza a salir a borbotones,

— Ya está el agua?

— Ya, don Guayamabe.

— Entonces, tráiganme los crudos.

En un mate grande le pasan agua hirviendo. La arroja sobre el cuero. Lo tapa con un crudo, Y en seguida empieza a raspar los pelos largos y duros. La piel blanca, va apareciendo poco a poco, con extraños tonos azulados.

Guayamabe, sin dejar de trabajar, sigue dando sus instrucciones.

— Más agua!... Aticen la candela para que el agua esté hirviendo... Cuidadito con que se nos pasme el cuero, porque entonces sí que es difícil, dificilísimo sacarle los pelos... Hay que alistar las pailas para picar la manteca para los chicharrones... Y ahora, a ver si uno me da una manito, para terminar ligero con la raspada. Sobre todo, para que no se pasme.

Pero qué se ya a pasmar, si las manos de esos hombres se multiplican como si fueran máquinas! Si, en un abrir y cerrar de ojos, lo han dejado completamente rasurado, hasta en los sitios más difíciles como son las orejas, la trompa, las extremidades y el rabo!

Lo lavan, jabonándolo repetidas veces.

Y, entonces sí, lo cuelgan.

La colgada se hace por las extremidades posteriores, a las que se les ha hecho un orificio, por el que se pasan los cabos. Se suspenden éstos, convenientemente, a una altura que permita trabajarlo con facilidad.

Y, entonces sí, comienza el beneficio.

Guayamabe hunde el cuchillo en el cuello y lo taja, dándole vuelta. Señala cortes profundos a raíz de los perniles. Y, en compañía del peón, saca las lonjas paralelas y equidistantes. Con extraordinaria pericia, van separando la grasa de la carne, Y a medida que sacan las longas éstas son llevadas a unos bancos del portalón de la casa, donde otro peón separa la manteca del cuero y «después la corta en trozos pequeños, que va arrojando a una paila.

Los perros dan vueltas y vueltas al derredor, lamiendo los pequeños residuos de sangre que han salpicado fuera de la batea y que ya están coagulados.

El peón que acompaña a Guayamabe, murmura;

— Carnicero no más ha estado el condenado.

— Mejor es así.

— Claro! Como que es para comer,

— Y para que querías que fuese?

— Yo decía no más. don Guayamabe.

— Apúrate lonjiando. Tenemos que abrirle la panza, rápido, a ver si podemos preparar pronto unas salchichas y longanizas,

— Ya está, don Guayamabe.

Cuando terminan de sacar la grasa, le abren el vientre y empiezan a sacar el aparato digestivo, con todo cuidado. Lo depositan en un balde y lo entregan a una muchacha para que lo laye en la orilla del pozo de agua dulce. Después sacan los órganos más

nobles, Y, por último, las costillas. Ahora, resulta un espectáculo extraño el cerdo descuartizado, cuyos perniles sostienen la columna vertebral de la que penden grotescamente Ja cabeza y los brazos.

En tanto, en la paila, ya hierven los trozos de manteca. Poco a poco, ya van perdiendo su blancura y transparencias poco 1 poco, van arrojando grandes cantidades de líquido humeante que se saca con una tasa de hierro enlozado, pura depositarlo en un tarro de kerosén vacío.

Aquí Guayamabe ha hecho una recomendación:

— Y le pusieron una rama de jobo?

— No, don Guayamabe!

— Y qué esperan entonces? Que no cuaje pronto la manteca?

— De verdad!

Las tripas se están limpiando.

Se vuelven al revés y, con un cuchillo, se las raspa, hasta dejas libres de adherencias y suciedades. Se les echa grandes cantidades de limón y sal. Por otra parte. ya se está picando la carne, especialmente la de las sinuosidades de la cabeza, la que se ha extraído de la limpieza de las lonjas y tino que otro trozo de lomo o de falda. Se le aliña. Se le echan algunas yerbas aromáticas y se va embutiendo en las tripas ya limpias.

— Y la salchicha? Ya tienen el arroz cocido?

— No, don Guayamabe.

— Pero vea que ustedes son! Hay que estarles diciendo todo! Ni que no hubieran visto nunca beneficiar a un chancho!

— En seguidita, don Guayamabe!

— Apúrense!.....- Vamos u hacer un caldo de menudos, con salchichas.

En la cocina de la casa. también comienza el movimiento.

La Petronila, la hija mayor de don Mite, está de dueña del fogón.

Ya tiene listas las ollas de barro. Sopla con fuerza, hinchando los carrillos, para que la candela esté a punto. Ya hierven las aguas, Ya, sobre las piedras, tiene listos los aliños. En las cajas de sardinas vacías, están esperando los refritos, rojos de achiote.

De vez en cuando, se entretiene en darle una última fregada los platos y los cubiertos, para que brillen de limpieza.

LA PENA DE DON MERELO

Don Merelo se entusiasma frente al plato humeante.

— Rico está, no?

Néstor se inclina:

— Usted es muy bondadoso…

— Hacía tiempo que no probaba una sopa de menudos tan buena.

Esperanza asiente:

--- Mi papá tiene razón.

Néstor se pone nervioso:

--- Francamente... Yo lo único que les pido.....es que me disculpen... estoy tan solo... Esto se ha preparado volando.

Están sentados en la pequeña mesa, cubierta con uno de los viejos manteles señoriales. Don Merelo, en la cabecera. Esperanza y Néstor frente a frente, mirandose de rato en rato, a los ojos, estremeciéndose involuntariamente. El Viejo parece no advertir nada, Habla y come, nomás. Las palabras le salen en tropel, desordenadamente, como si quisiera resarcirse de los largos silencios de sus viajes balandreros.

— ...Hace tiempo que me quisieron vender a mí esta isla, Pe ro yo, francamente, no conocía estos lados. Trabajaba todavía por el Morro y creía que todo era mangle y mangle, que no había ni un pedazo de tierra dulce, ni agua que beber, ni siquiera gente con quien trabajar. Sólo ahora último me notificaron de como era esto, de lo que se podía hacer aquí. Me dijeron que esta zona era muy buena para ganado; que no habían veranos tan largos como los de la costa firme; que aquí duraban las albarradas y las ciénegas de un invierno a otro... Ah! Si lo hubiera sabido. Si a tiempo hubiera podido emprender trabajos en estos sitios... Pero así son las cosas!... Todo le sale a uno en contra.. Y solo tengo una hija!...

Néstor murmura sonriendo:

— Pero es una hija que vale por varios hombres!

Merelo se mete un trozo de longaniza en la boca. Y dice entusiasta:

— Sí. Eso sí!... Es una mujer como pocas!...

Pero, después, agrega dolorido:

— Desgraciadamente... siempre es una mujer!... Claro que ella me ayuda en todo, puesto que sabe más que yo de muchas cosas. Ella me lleva las cuentas, me hace los cálculos, cuida mis intereses como nadie... Pero es una mujer! Desgraciadamente, es una mujer! Y yo necesito un hombre! Para estos sitios, para estos trabajos, para esta gente, solo resulta un hombre, Y bien hombre! De esos que no le tienen miedo ni a Dios ni al diablo, de esos que con una mirada dominan una situación. Solo con un hombre hubiera continuado mi obra, solo con un hombre hubiera podido realizar lo que quise, en estos lados... Hubiera tenido cientos de balandras y canoas. Mucho ganado y mucha siembra. Me hubiera traído un aserrío. Y solo con los cuartones de mangle y con las tablas de laurel hubiera levantado una fortuna... Pero así son las cosas, amigo!... Cuando yo esté más viejo y ya no pueda ni con mi alma, todo quedará por hacerse!...

Ha seguido masticando con fuerza. Ha devorado rápidamente toda la ración de longaniza de su plato. Pero, ahora está ganado por su pena, por la intuición de su fracaso. Clava los ojos en la lejanía. Y frunce el entrecejo, con despecho y con rabía,

Esperanza promete, serena:

— Yo le ayudaré siempre, Viejo.

Y don Merelo habla otra vez, con gran amargura

--- Sí. Sí lo sé. Acaso es por tí que lo digo? Si tu vales más que yo y más que muchos hombres. Tú me ayudarás, me ayudará siempre. Tengo confianza en tí como en mí mismo. Tú lo sabes bien. Y don Néstor también lo sabe. Si no fuera así, no te dejaría sola, como te dejo siempre, encargada de todas mis cosas... Pero hay mucho que no puedes hacer, que no podrás hacer nunca, porque requiere la mano de un hombre, la presencia de un hombre... A lo mejor, llegará un día en que ni te respeten en que solo vean en tí la mujer, en que ya no podrás vivir por estos lados voces, pensándolo, me da un miedo terrible, sobre todo cuando voy a Guayaquil y quedas sola... A pesar de que te conozco, a pesar de que sé que, con un machote.....cualquiera se te acerca, Pero --al fin-- eres una mujer... Y cualquier día...!

— No diga eso, papá...

— Cómo no voy a decirlo, si es la verdad!

— Usted no me conoce bien, todavía. No debiera quejarse..... Yo valgo lo que cualquier hombre.

— No es lo mismo!.....No es lo mismo! Verdad, don Néstor?

—Sí. No es lo mismo. Pero yo le encuentro una solución.

— Una solución?

— Claro!... Algún día su hija querrá a un hombre. Y entonces...

— Entonces... Qué?

— Ese hombre podría ser para usted como su propio hijo.

— Quién sabe!

— No me parece difícil!... Los intereses serían comunes. Su hi ja tendría un apoyo, un respaldo. Usted, un compañero que lucharía por sus empresas, con fe y decisión, Todo lo que soñó podría realizarse, Usted pondría su experiencia, su conocimiento de la tierra y de los hombres. El otro podría aportar-juventud, esfuerzo, entusiasmo, voluntad.

— Y usted cree que sería facil encontrar un hombre así por estos lados?

Esperanza sonríe, burlona.

— Si me lo hubieran encomendado a tiempo

Y Néstor mirándola profundamente:

— Todavía no es tarde!

Don Merelo cambia de tema, súbitamente.

— El chancho ha estado muy bueno. Sobre todo, Ja sopa de menudos y las longanizas.

Néstor sonríe:

— Qué lástima que esté muerto, no? Quizá le hubiera gustado oírlo.

De pronto, don Merelo deja de comer y lo queda viendo.

— Y usted?

Néstor se estremece, desconcertado.

— Yo? Yo qué?

— Qué piensa hacer?

— Qué pienso hacer? No entiendo!

— Qué piensa hacer en la isla? Me han dicho que ha cortado leña, que ha quemado carbón, que ha sacado grandes cantidades de madera, que ha sembrado choclales, papayales, palmerales y algunas otras plantas... Esto está muy bien, pero Sólo para el comienzo. Después, qué piensas hacer?

Néstor dice brevemente:

— Quiero sembrar algodón.

— Algodón? Uhm! He oído que unos gringos sembraron algodón en una de estas islas. Y fracasaron. Es que parece que aquí caen muchas heladas y se pasman las bellotas, Por qué quiere sembrar algo que no conoce, que no sabe si resultará o no?

— La isla está llena de algodón de monte. Los bototillos y los ceibos dan lana en grandes cantidades. A veces, alfombran el piso en largos trecho:

— Uhm No sé qué decir Pero yo le pondría ganado a esta isla. Palabra! Mucho ganado y también chivo y yeguarizo. Esto es bueno para animales. Me creo que hay poca garrapata, poco murciélago y ninguna peste. Mangueando regular, hasta con la paja natural se podrían mantener algunas reses.

— Así dice Guayamabe.

— Es que el Mayordomo sabe de campo.

— Ciaro que sabe....Pero es que yo.... Yo no podría soportarlo...

— No podría soportarlo?

— No!

— Y por qué?

— Porque el ganado requiere mucho tiempo. Y yo necesito terminar pronto. Yo necesito hacer fortuna en pocos años.

Y exaltándose cada vez más, agrega:

— No soy un hombre que se resigne. No podría llegar vencido a la vez. Mi caso es distinto, completamente distinto del suyo, don Merelo. No necesito

crearme una situación; necesito recuperarla!. Yo nací en alta cuna y tuve considerables riquezas, Pero la Escoba de la Bruja y mi mala cabeza, me dejaron en la calle, Todavía tengo el alma llena ce recuerdos alegres y mis sentidos aún tienen huellas de todos los placeres... Necesito recuperarme, Volver a ser el de antaño en poder y en riqueza, pero vivir más intensamente, con una intensidad profunda que antes desconocía. Quiero emprender en trabajos creadores, para contribuir así al mejoramiento total de mí mismo. Creo que me estoy transformando, que me estoy volviendo distinto de como antes era, No sé si mejor o peor… Pero es lo cierto que me parece que he estado equivocado, que necesito lo más pronto reconstruir esta existencia que se estaba deshaciendo...

Don Merelo lo mira intensamente, con cierta desazón:

— Uhm, amigo. No sé qué decirle. Pero, cuidado! Cuidado!...

— Cuidado? Por qué?

— Lo noto a usted un poco raro. Y en esta isla hay que cuidarse, según me han dicho. Usted no lo ha oído?

— Lo he oído… Y lo sé!...

— Hasta en el mismo Guayas circulan rumores de que esta isla destruye a los hombres, de que esta isla está… maldita!...

EL PACTO

A Néstor le crece un huracán en el alma.

Las manos se le crispan. Las palabras le salen en un incendio incontenible. Frases que hasta ahora sólo se dijo a sí mismo, le empiezan a brotar en los labios.

Don Merelo y Esperanza lo escuchan atónitos, casi sin comprender,

Los gana, eso sí, la actitud brava y rotunda del hombre. Los gana su gesto que impone, el chispeo de sus ojos demoníacos, su respiración agitada, la soberbia que trasciende en su discurso.

Si. La isla está maldita!... Antes no lo creía, pero ahora sé!… Lo sé, definitivamente! La isla está maldita! Me ha negado tal convencimiento, después de las cosas que aquí han pasado; después de lo que ha hecho conmigo y con mi gente. Hoy tengo la evidencia, la absoluta evidencia de que la isla está maldita y que su maldición se descarga sobre todos los que viven en ella!.

Allá, por la Punta de los Colorados, viene una balandra. Seguramente, es la Sulinterma. Viene con viento en popa, porque trae la mayor desplegada totalmente. Acá, en la isla parece haberse hecho un silencio inaudito. Se escucha solamente el mínimo zumbido de uno que otro abejón desperdigado, el runrunco de las hojas que se mueven Soñolientas, la voz lejana del estero que corre.

El cielo es azul. Azul y diáfano, con sol y sin nube:

Y la voz de don Néstor ya creciendo, Creciendo, como tina amenaza:

— Aquí ya se ha comido varios hombres: Al uno se lo llevó el paludismo, al otro se lo comió el tigre, el otro le alojó un plomo en la frente...La mayoría ha tenido que irse. Unos han huido. Y otros han tenido que ver la manera de pagar sus deudas y largarse... Yo mismo no he encontrado razones para detenerlos. Todos están lívidos, amarillos, huesudos... Pero es evidente que la lucha es conmigo, que es a mí a quien quiere liquidar, a quien anhela destrozarle la vida, desaparecerlo!... Es a mí!... Les prometo que hay noches en que la veo, en que la siento hablándome en el oído, amenazándome, diciéndome cosas terribles!... Sobre todo, después de cada fracaso. Porque aquí he tenido una serie de fracasos. Hasta ahora no me ha ido bien en nada. En cuanto he emprendido, por uno o por otro motivo, siempre he perdido, siempre he llevado la peor parte... La he visto sí, la he visto, como los estoy viendo a ustedes! La he visto con un cuerpo de mujer horripilante y llena de atributos extraños...

Se detiene y mira para todos los lados.

En los ojos le rondan terribles visiones. Los labios le tiemblan. Sus palabras suenan, como silbido de víboras furiosas.

Esperanza lo mira anhelante. Y, por fin murmura;

— Cálmese, don Néstor!.....

Don Merelo, como para sí mismo, musita sombríamente:

— Me creo que la isla lo está agarrando!

Néstor parece no haber oído.

Mira por la ventana, los manglares vecinos; mira las orillas de la isla; miro los sembrios cercanos; mira la montaña tupida, cerrada, como si se tratara de almacigos colosales. Y, entonces, el pecho se le expande, las pupilas se le dilatan, los ademanes se le hacen agresivos, el acento se le torna ronco, disparejo, tumultuoso, como la garganta fuera estrecha para contenerlo:

— ...Pero conmigo será distinto! A mí no me vencerá, no me dominará! Estoy decidido a todo! Podrá pulverizar a los: hombres que me acompañen! Podrá. sacar sus tierras, despoblándolas del menor soplo de vida! Podrá destrozar las montañas, provocar incendios imbatibles en todas las

maderas, hundir la última de las balandras y canoas! Podrá tender cercos terribles, como un cinturón de muerte, en estos sitios!... Pero en la última grieta, en la última onda del estero, en el más pequeño palo que flote en el total hundimiento... allí estaré yo, dispuesto a la lucha; allí estaré decidido a vengarme, a clavarle mis dientes y mis uñas en su vientre, a hundirme en su vida y destrozarla!...

Queda extenuado, hundido en sus mundos internos.

Mira a don Merelo y Esperanza, Y es como si, de pronto, despertara. Se pasa la mano por la cabeza. Los ojos se le dulcifican. Su respiración se normaliza.

Habla, sonriendo:

— Pero qué cosas más raras digo, verdad?

Esperanza lo mira profundamente.

— Debe cuidarse mucho, don Néstor... Cualquiera diría que tiene fiebre.

— Si... Quizá tengo fiebre. El paludismo me está cogiendo a mí también. La otra noche, me tuvo con más de cuarenta. Si... Debe ser el paludismo.

Don Merelo le clava los ojos taladrantes

— El paludismo... Y la isla?

De pronto don Néstor se vuelve y dice con angustia:

— Ustedes tienen que ayudarme. Sólo quizá no podría continuar esta lucha.

Esperanza responde, rápidas

— Lo ayudaremos

Y don Merelo asiente:

— Cuente usted conmigo!.

— Gracias! Si... Solo no podría... O acaso me costaría demasiado. A cada instante surgen problemas que no puedo resolver. Ahora por ejemplo...

— Qué le ocurre?

— Que para los sembríos estables me faltan peones.

— Pero ese no es problema.

— Que no?

— Claro que no. Yo le conseguiré a usted los hombres que quiera, por el tiempo que quiera.

— Pero si yo he tratado de hacerlo, Si yo les he prometido cuanto han querido, Si hay ocasiones en que hasta les ruego para que no se vayan!

— Es que usted no sabe tratar u esta gente, don Néstor, Posiblemente les ha hablado de buenas maneras, haciéndoles todo el bien que ha podido. Y ellos no están acostumbrados a eso. Así no se consigue nada de ellos. Solo entienden por las mulas. Hay que tratarlos a látigo para tenerlos Seguros. Ya verá usted como le traigo mucha, pero mucha gente. En el primer viaje que haga para San Manuel, usted verá los resultados. Lo único que...

— Qué?

— Que usted tendrá que prestarme su balandra, la Sulinterma. La mía es muy pequeña y no podría traer los peones suficientes. Yo también necesito algunos. Y como siempre vienen con su familia.

— Cuando usted quiera, me avisa y tendrá la balandra a su orden,

— Quedamos en eso, entonces!

— Quedamos en eso!...

A lo lejos, ya creciendo la balandra.

Ya principia a divisarse el rollo de agua que lleva en su chata proa. Ya se distingue el negro de su casco embreado y el rojo de toda la obra muerta, hasta la toldilla. Las velas parchadas y sucias, parecen empinarse sobre el lomo sinuoso de los mangles.

La Isla despierta.

Sus millones de voces entusiastas, forman algarabías estruendosas.

El sol se hace más fuerte. El cielo es más azul,

Los hombres se desparraman en la orilla, esperando la Sulinterma.

SABOR DE COSMOS

Don Merelo ronca fuertemente en la pieza vecina.

— Usted me disculpa —le dijo temprano --pero lo que es yo, siempre tengo que echarme una siestecita. Ahí le dejo a Esperanza para que lo acompañe.

— Como guste, don Merelo. Puede ocupar mi cama.

— Cama? No, don Néstor, He visto su hamaca de mocora, que está que provoca. Allí, no más me arreglaré como pueda.

Esperanza estuvo intranquila, como si no deseara quedare sola con él. Hasta intentó una escapada.

--- Pero, papá. Mejor, vámonos! Ya es tarde, La siestecita puede echársela durante el viaje, en el plan de la canoa.

Pero Néstor se opuso.

— Con este sol? Es que usted quiere matarse o matar a su padre? Imposible! Déjelo que duerma un rato, que descanse. Se pueden ir con la caída de la tarde, con la fresca, o es que no está a gusto aquí?

— No diga eso, don Néstor. Estoy muy contenta, muy agradecida! Pero ya es demasiada molestia.

— Pues si es por eso, ni una palabra más…

Y como don Merelo estaba que se caía de sueño, al poco rato se escucharon sus sonoros ronquidos, mezclados al sonido de los ganchos de la hamaca, que cada vez iba disminuyendo.

Largo rato la ha visto, sin decirle una sola palabra,

Ella no ha podido sostenerle los ojos. Ha mirado el estero, las islas distantes, el sol que empieza a enredarse entre unas pocas nubes timoratas. Pero, al propio tiempo, le ha subido la emoción intensa por todo el cuerpo, como un escalofrío, hasta legarle a los labios temblorosos, hasta humedecerle las sedosas pestañas.

Están solos, completamente solos, el uno al lado del otro, al pie de la ventana.

Allá en la orilla, la balandra se acerca más y más.

Ahora todos se han agolpado en el Puerto, esperándola. El covachón, las casas del cerro, hasta la propia casa de la hacienda, han sido completamente abandonados por los peones. La montaña ha o a silenciarse. El calor ha crecido con los oblicuos rayos solares.

Y, entre ellos, ha crecido también el silencio de las voces exteriores, para que las voces profundas hablen en idioma indescifrable.

Sin saber cómo ni cuándo, él la ha tomado de la mano, se la ha apretado, sin que ella se atreva a mirarlo, sin que ella el insinúe el menor movimiento de protesta, Ha surgido tan espontánea la vinculación de ese contacto, que, súbitamente, les parece haber estado siempre juntos, siempre unidos…

De pronto, a Néstor le ha hervido Ja pasión tumultuosa.

Ha visto rojo, La tempestad lo ha mareado, n darse cuenta, sin actuación de su voluntad consciente, se ha encontrado con sus ojos frente a los ojos de ella, con su boca frente u la boca de ella. Y los labios de ambos se han unido en succión húmeda y penetrante, de incrustaciones medulares. Aún abrazándola, aún sorbiendo vida en esa fuente maravillosa, se ha tambaleado, delirante. El sentirla tan cerca, el sentir el calor de su cuerpo estremecido, modelándose contra el suyo en fusión inaudita, lo ha penetrado en extraños ritmos, de ignotas sensaciones.

Qué tiempo ha durado esto? Ha sido un minuto? Ha sido un siglo? Ha sido una verdad? Ha sido un sueño?

Las voces que no salen de sus labios, le han tejido enredaderas, que son como caricias; que, antes que en sonidos perceptibles, se traducen en efluvios subconscientes, en agitaciones orquestales de sus nervios, sus venas y sus vértebras.....

Qué tiempo ha durado esto? Ha sido un minuto? Ha sido un siglo? Ha sido una verdad? Ha sido un sueño? ene sabor de cosmos en la boca. siente un gigante. Las puntas de los dedos le florecen en tactos crispantes. Los ojos le arden. Y los labios le crecen. Y los labios surgen como claves de su destino. Y los labios lo obseden. lo dominan. Le parece que todo él se hubiera vuelto labios. Que sus labios fueran la única razón de su vida. Sus labios, sus labios, sus labios... Cómo se curvan, cómo se adaptan!... Se creyera que tienen Ja misma forma de los labios de ella; que surgen como dos llamas de un mismo incendio, como dos «gotas de una misma sangre.

Ni una palabra, ni una sola palabra!...

Para qué decirse palabras, cuando la identidad se multiplica desde el cutis hasta el alma? Para qué decirse palabras, cuando las bocas juntas hablan el mejor de los idiomas y cuando la temperatura de los cuerpos se comunica en fusiones providenciales

Ha sido un minuto? Ha sido un siglo? Ha sido verdad? Ha sido un sueño?

La despedida le canta en los labios cerrados.

Te irás. Te mire partir. Acaso te vuelva a ver pronto; acaso no te vuelva a ver nunca no importa: Ahora podría hasta morir! Te irás! Seguiré con mis Ojos hambrientos la estela de tu canoa, Te veré confundida en la lejanía, con los mogo tos de los mangles, con las ondas del estero. El golpe de los remos me sacudirá muchos días los oídos y el corazón. Tus pupilas estarán muy cerca de las mías, a pesar de las distancias, y el calor de tu beso me dará el calor de la vida!... Por el recuerdo. que arderá en mi boca y en mis manos: por el recuerdo del tibio contacto de tu carne cálida; por la huella profunda que tatuaste en mi alma; por: la atmósfera que desde hoy me envolverá como una bufanda de ensueños; por el puente que has tendido entre mi anhelo y tu destino; por tu silencio preñado de promesas y de ilusiones; por tu nombre simbólico que me encadena a tus rutas; por todo lo que nos hemos

penetrado mutuamente; por esta fusión eterna de nuestros cuerpos. nuestras almas y nuestras vidas... Por todo, por todo, ya no me importa morir.

Ya la isla puede ir llenándose de sonrisas; ya puede alfombrar un camino de estrellas, para tu paso victorioso... Tendrá que arrodillarse ante tus pies de balsamo; tendrá que amilanarse ante el torrente airado de mis ojos; tendrá que retorcerse, humillada, tomo una víbora prisionera!... Ahora estoy decidido a luchar contra todos los obstaculos: ahora estoy decidido, si fuera preciso, hasta a dejar mis entrañas, como un reguero de semillas, en esta lucha titánica. Ya puede la Isla volver a desafiarme, ya puede esgrimir sus armas terribles!... Soy otro!... Soy otro, nuevo, distinto, desde que llevo tus besos incrustados en mi existencia,..

Cae la tarde.

La Sulinterma está anclada en medio estero, sin carga y sin hombres. Se mece, como en una hamaca invisible. Tiene las velas arriadas. Y la corriente pugna por llevársela hacia abajo, siempre hacia abajo.

Allí, doblando la Punta de los Colorados, va la canoa de pieza, Onda está más pequeña, cada vez se advierte menos el golpe acompasado de sus remos,

Y en esa canoa se al ensueño.

CAP. V

LA AMENAZA

— La noche está oscura, como boca de lobo,

— Eso no le hace, Boca de Jaiba,

— Es que vos no sabes.

— Qué, ah?

— Por aquí dizque anda el mentado Pablo Melgar…

— Y eso que tiene?

— Nada, Chachito!.....Que me parece que anda buscando a don Modesto.

— A don Modesto?

— Claro! Como él es el que vende las cosas de la isla, como el es el que lleva la plata, el que compra los víveres… y como parece que ahora don Pablo la ha cogido con el Blanco.

— Lo que son las cosas, no? Y lo sube don Guayamabe?

— Así me creo. Si mismamente quiere venirse en la balandra, más que sea unos viajes, a ver si topa al condenado...

— Topa? A lo mejor se le hace humo

---Y dicen que dizque ha dicho que sólo por don Guayamabe no asalta San Pancracio, Ganas no le faltan.

— Es que ha de saber lo del Viejo Melgar.

— Quien no lo sabe por estos lados?

Conversan en la proa.

Están tirados al pie del botalón, entre el rumero de la trinquetilla amontonada, que les sirve de colchón y de abrigo.

—Llega hasta ellos, confusamente, el murmullo de las aguas correntosas que tocan con la roda y que se abren, después, en colosal abrazo, por ambos lados de la embarcación.

Tienen un poco de frío. Y por eso, medio se arropan sus torsos desnudos con los cantos de la vela.

Ahora, hablan más despacio, confidencialmente.

— Y don Modesto no sabe nada?

— A lo que especulo, algo debe saber. Todoy ha estado bien cucarachero. No ha dejado de mirar por las bordas, aguaitando para todas partes. Hasta lo he oído maldecir algunas veces. A lo mejor, ya le han venido con el cuento.

— Así ha de ser.

— Pero el hombre es de los que no se quiebran de a por gusto.

— Uhm! El otro es más menor. Y jala el fierro como Dios manda.

Nemesio -- Boca de Jaiba —se levanta. Se asoma por la borda. Lanza una mirada a su derredor. Y vuelve a su puesto,

— Ya mismito va a virar el agua.

--- Ahora sí que nos va a sobrar marea.

— Claro! Si mismamente estamos por la Josefina.

— Con tal de que no friegue el norte!

— Dificilito lo veo. Ya se están yendo las luvias.....

Boca de Jaiba, vuelve a levantarse.

Se dirige al fogón, hecho de tablas, que hay cerca del árbol. Atiza un poco las escasas astillas, soplando con la boca, y dice:

— Voy a ver si hago un poquito de café.

Chachito Banchón se entusiasma:

— Buena falta que nos hace. Prontito tendremos que largarnos!

Hay un silencio más o menos largo, roto, de vez en cuando, por el gorgoreteo del agua de la olleta, que empieza a hervir y por el murmullo decreciente del río, que raspa la quilla y la obra viva de la balandra.

Nemesio pregunta:

— Fíjate si hay esencia.

Chachito levanta la tapa de un cajón pegado al árbol y saca un frasquito tapado con un trozo de palo de balsa.

— Hay bastante y negrísima!

Boca de Jaiba sirve el café en dos tacitas de hierro enlozado y «después apaga la candela, echándole una mateada de agua.

— Y no le dejas a don Modesto, más que sea una pigricia?

— No. Para qué? Noves que no hemos asado verdes? Se calentaría porque le damos café sin verde!

--- Capaz... Es tan fregado el piloto!

— Es que para eso es el piloto, pues...

El Guayas se ha silenciado, como si estuviera dormido. Se pierde sus aguas en la negrura de la noche. No se distingue la menor sombra, no se advierte la luz más insignificante. A lo lejos, solamente, en tonos difumados, se advierte un claro de cielo, que ilumina Guayaquil.

La cadena del ancla se destempla un poco. La Sulinterma no se tiende ya en violento esfuerzo, impulsada por la corriente. Hay tal silencio en la noche, que se escucha con toda claridad la recia respiración de los cholos fornidos.

Nemesio, taza en mano, se levanta. Y mira por la borda.

— El agua está parando. Me creo que debemos llamar al piloto.

--- Si... Ya es hora! Llámalo!

Deja la taza encima de la bita y se encamina hacia la ramada.

De dentro viene un ronquido sonoro, monótono, persistente.

El piloto está profundamente dormido, quizá pensando en la Antonia su mujer; o, tal vez en la carga que lleva a Guayaquil, que quizá no se venda a buen precio; o quien sabe si piensa en el mismísimo Pablo Melgar...

--- Ah, don Modestoooo!

Traquean las maderas del piso de la ramada. El ronquido fuga.

La respiración del piloto se hace desacompasada.

— Qué pasa?

--- Nada, don Modesto, que ya va a virar el Agua.

— Ajá, bueno. Vayan preparando los aparejos!

En la proa, Banchón empieza a maniobrar con los cabos. Tiene en sus manos dos: motones, cada uno de los cuales termina con un fuerte gancho de hierro,

— Estamos listos

— Bajemos un poco las guías, a ver si nos ayudan para meter la vatilla en los huecos de la cadena.

— Ya está!

En este momento aparece Modesto.

En la sombra, se destaca su cuerpo macizo, con el torso descubierto. Avanza con andar bamboleante, pero seguro y recio.

— Buenos muchachos, A comenzar!...

Se ponen en fila, a mano izquierda del botalón.

Uno de los ganchos de los motones se adhiere a una cuaderna, que sale entre la obra muerta, hasta llegar a los rodones; el otro gancho se mete en un eslabón de la cadena. Los hombres cogen el extremo libre del cabo y empiezan a halar, en un ritmo constante.

Rang, rang! Rang, rang! Rang, rang!

Cuando los dos motones están juntos y hay unas cuantas brazas de cadena arriba, se acerca don Modesto al hueco del ancla y atraviesa una varilla en otro eslabón, Vuelven a separarse los motones, vuelve a prenderse el gancho en el último de los eslabones que aparece sobre cubierta. Y vuelven los hombres a tirar del cabo.

Rang, rang!... Rang, rang!... Rang, rangl...

Esta operación se repite algunas veces, hasta que surge el ancla sobre la superficie del río y toca levemente las maderas de la proa. Entonces sujetan definitivamente la cadena y regresan a sus puestos. Banchón y Nemesio, al lado de las vergas, frente a los cabos para izar las velas; don Modesto, a la popa, detrás de la ramada, para empuñar la caña del timón.

Elevan la mayor, la trinquetilla y el foque; templan los amantillos. Y después expanden sus pechos robustos, en una colosal hambre de viento. Quedan adheridos largo rato a la fiesta de los cabos templadísimos. Tienen en las venas dinamismo y frío. Esperan con ansia infinita el momento de andar.

Desde la popa, llega de vez en cuando, seca y sobria, la voz cortante del piloto:

— Sopla, viento, sopla!...

La Sulinterma da, lentamente, una vuelta. Como que titubea breves instantes. Se estremece. Crujen un poco sus velas formidables, sus maderas soñolientas. Y después, con creciente velocidad, principia a recortar la piel oscura del vientre de lis aguas

Don Modesto, con un pie en la caña del timón, mira el horizonte, como si quisiera bebérselo.

Aún sigue con el torso desnudo, silencioso, pensativo, como descentrado de su ambiente. Sólo muy de tarde en tarde, se le escapa ese monótono.

— Sopla, viento, sopla!...

Van con viento largo.

Los marineros se han vuelto a acostar. Acaso están dormidos.

La noche se hace más negra. Apenas si, al fondo, se ilumina escasamente con las burbujas de oro de Guayaquil que, tras de la Puntilla, más se adivina que se ve.

Don Modesto se siente cada vez más solitario-a fuerza de silencio sobre la pampa negra y oscura que parece el río.

De repente oye el zapateo de un canalete y una voz que le eriza los pelos, le recorre todo el cuerpo, como una cuchillada:

— A don Modesto, hijo de tal! Se ha salvado, porque aquí en el Guayas me andan buscando. Pero no irá muy lejos mí no se me escapa nadie!...

Cuando se vuelve y trata de escarbar con sus ojos la negrura de la noche, ubre sombras y sombras, No hay el menor rastro de una canoa; no hay el latigazo luminoso del rollo de agua que se quiebra en las proas; no hay el menor sonido que delate Ja presencia de una embarcación.

Como para sí mismo, murmura:

— A lo mejor, son los Tin-Tines queme están persiguiendo...

Y un súbito sudor frío le tiembla en la frente.

Pero el sentirse en la balandra, el saberse dueño del camino, el saberse sobre el Guayas amado, el respirar a pecho pleno el aire salidulce del río, le devuelve el dominio de sí propio. Eleva el rostro robusto. Yergue la frente de proa y se sorbe las distancias, Como si fueran tragos del mejor puro de Daule.

Después, lo gana la impasibilidad de las cuadernas y los trancaniles. Y dice nuevamente,

— Sopla, viento, sopla!.....

Pero en el ambiente circula todavía Ja amenaza:

— A, don Modesto, hijo de tal!.....No ha nacido el cristiano que se le escape a Pablo Melgarl.

LA HISTORIA DE DON MODESTO

Y don Modesto Chamaidán nació en el agua.

Tanto se lo contaron, le dieron tales mínimos detalles, que él podía imaginárselo cuantas veces quisiera. Era igual que vivirlo nuevamente. Sin el menor esfuerzo, se veía desde el mismo momento de nacer, hasta cuando se había convertido ya en un hombro. Todo surgía claro, preciso, como si los hechos no resucitaran en su imaginación, sino fuera de él, sobre la cinta desflecada del río, sobre las cubiertas bamboleantes de las balandras y las canoas. Como si se tratara de algo ajeno a su persona y a su vida; como si fuera otro, completamente distinto, Boca de Jaiba o Chuchito, por ejemplo.

La evocación se le arrojaba encima, sacudiéndolo.

Primero veía a su Viejo, don Víctor Chamaidán, ahora ya difunto. Lo veía clarito, con los cuatro pelos de la barba y esos ojos menuditos que alumbraban la sombra. Lo veía andar, dando cabezadas, como balandra en bordazo. Lo veía encogido de frío, pero fuerte y bravo, como nadie.

Don Víctor conversaba con un marinero al pie de la caña del timón. (Es que su Viejo también era piloto, como habían sido desde hacía mucho tiempo todos los Chamaidán.)

— Vendrá temprano, don Jesús?

— Quien sabe! Parece que se ha ido a Naranjal, donde un pariente rico, que tiene hartísima tierra.

— Ah!...

— Por lo único que lo siento es porque estamos en noche oscura y de aguaje. Aquí el agua corre durísimo. Y no conozco el estero,

— Y usted erce, don Víctor?

— No. Yo no creo nada, Pero como tengo a la Martina en días de echar el muchacho. Tan piponísima que están...

— Ahhh!

— Por eso mismo es que quisiera salir temprano. Además la plaga friega mucho aquí, por las noches. Los puyones y jejenes están como nubes. Da miedo! Palabrita de Dios que da miedo!....

— Pero don Jesús no la siente,

— Para eso tiene toldo, pues.

La balandra estaba acoderada a unos mangles gateados en el Puerto de San Pedro, Tenía una plancha flexible de laurel, para poder subir y bajar. El puerto estaba solitario. Es que recién ke empezaba y levantar la hacienda del gringo. Y como el terreno es muy bajo en esta zona, había que quitarle su inaccesibilidad al pantano provocado por las lluvias, para hacerlo vivible. Ya, por lo pronto, se había levantado una especie de calzada sobre la cual se realizaba el trafico.

Por todas partes surgía, eso sí, el mangle gateado, poblado de ruidos extraños, pareciendo brotar, como un racimo de tentáculos monstruosos, de ese pulpo gigantesco que es la orilla marina.

Don Jesús había ido a buscar toda clase de semillas a San Pedro: colines de plátano, cuñas de yuca y de caña dulce, almácigos y lechuguines de variadas plantaciones.

Ya tenían varios días en ese Puerto.

Los hombres no habían cesado de cargar la embarcación. El vientre de ésta parecía inllenable. Parecían haberse hinchado las cuadernas y tablas propicias, La boca de la bodega se abría anhelante, esperando. Poco a poco, habían tenido que i se abriendo de la orilla, por cuanto con la carga la balandra calaba más y más. Ya sólo faltaba una tabla para que la línea de flotación llegara a los trancaniles.

Posiblemente, esa tarde o esa noche se marchaban.

Se habían sentado en la borda, mientras la Martina preparaba —con mil dificultades por su vientre abultado-- la olla de arroz con lentejas, el plátano asado y la lisa ahumada.

Estaban impacientes. El humito de comején no bastaba para alejar las oleadas de güitifes y de mosquitos. Estos últimos se les prendían en las enornes bronceadas y se iban llenando de sangro, hasta ponerse totalmente rojos.

— Vea que friega la plaga, don Víctor.

— Huy bastantísima. Pero eso no es hada….

— Nada?

—Figúrate los que trabajan allí, en el lodo… Los que están haciendo la calzada!…

— Feísimo ha de ser, no?

— Feisísimo. Esos cristianos tienen que estar metidos hasta la barriga, en la tierra mojada, pegajosa como goma de jaboncillo, sin tener libertad para espantar la plaga, sin nadie que les haga un humito, bajo el sol que debe hervir toda el agua empozada.

— Por eso dizque los cristianos mueren aquí como chinches...

— Así es. Es que los gringos son fregadísimos.

— Los gringos?

— Sí. Los gringos! Ellos mismamente son los que están haciendo estas cosas. Están sembrando cacao. Dizque van a traer rieles, hasta aquí hasta el estero.

— Bonito ha de ser entonces, no?

-— Vaya a saberlo Dios!…

El sol se diría una gurvia cayendo sobre sus espaldas, perforándoselas. Parecía arder los mogotitos del mangle vecino. La kb landra ansiaba dilatarse. Los pies de los hombres se asaban. Se asaban sus troncos descubiertos y sus brazos fornidos.

— Pero qué sol, no?

— Un sol matagente. No provoca ni comer!

--- Y don Jesús que no viene!

--- Quién sabe si no viene hasta la noche!... Maldita sea!...

Allá entre las ñangas de los raiceros, coloreaba, de vez en cuando, el caparazón de un cangrejo. Repicaban las vivalvas, abriéndose y cerrandose. Se trenzaba en angustias la resaca, que lamía los ostiones taciturnos. El aguaje se empinaba, con su enredadera de espumas, sobre los recovecos del fango, como si el mismo aguaje quisiera huír del sol.

La noche fue oscura. Muy oscura.

Levemente brillaba el machete acostado del estero, cuyos limites se perdían en la sombra. Los puyones y jejenes hacían más negro el ambiente, con la inacabable modulación de sus conciertos fúnebres. No había una gota de viento.

Los hombres habían atizado la candela y sentados en el balcón esperaban.

Sus sombreros de paja se movían intermitentemente, espantando la plaga. Pero todo resultaba en vano. Cuando espantaban uno, veinte ocupaban su puesto. Ahora no conversaban. Esperaban no más, enroscados a su silencio, como víboras grises.

Serían las diez de la noche.

La vaciante cobraba a cada rato, más fuerza. La balandra continuaba apartándose de la orilla, para no quedarse varada. Y parecía que hasta la balandra esperase también; que vibraban todas sus maderas en un sordo rumor de protesta.

Don Víctor, al fin, había roto el silencio:

--- Me creo que vamos a tener que pasar la noche aquí. Ya el agua tiene mucha fuerza y esto en aguaje es muy malo... Y como no conozco bien el estero... Y como está oscurisísimo!...

Como un eco le respondió el marinero.

--- Oscurisísimo...

De pronto, surgió, creciendo, el galopar de unos caballos.

Poco a poco, se fue acercando. Se adivinaron, más bien que se vieron, dos sombras. Después, se escuchó una voz autoritaria:

--- A ver! Una canoa para embarcarme…

--- Ahí va, don Jesus!

El piloto y el marinero se dirigieron en la canoa, hacía la orilla. Por unos mangles echados sobre el fango subieron hasta la calzada.

—Listos!…

Uno delos jinetes se desmontó y entregó su cabalgadura al otro.

— Agradécelo a don Juan por todo,

— Muy bien, don Jesús!

Después, se volvió a escuchar el galope de los dos caballos, alejandose, como pañuelos negros que agitara la sombra.

Don Jesús se embarcó a la canoa, ¡Se sentó a plan mientras los hombres bogaban.

Era más oscura la noche. No se podían ver ni ellos mismos. Las oleadas de güitifes y jejenes habían alcanzado proporciones insoportables,

Ya casi al llegar a la balandra, don Jesús le preguntó a don Víctor:

— Está arreglado todo?

— Sí, don Jesús.

— Entonces, podemos salir en seguida, verdad?

— Sí, don Jesús. Pero… es que… Lo único que…

--- Qué pasa?

— Ahí verá usted, don Jesús… Este!…

— Pero habla de una vez,

— Es que ya estamos a media marca. Y de aguaje!

— Pero no podemos perder tiempo…

— Es que la noche está oscurisísima… No se ve nadita!

— Lo que pasa es que tienes miedo.

Don Víctor se había remecido, como si hubiera recibido un estacazo.

— Yo nunca tengo miedo, don Jesús, Y menos en el agua!… Pero yo no conozco esto …..Dizque hay mucho tronco mocho por ahí… Y además, mi mujer está piponsísima!.— Ah!……No me acordaba! Es por eso, entones… Tu mujer te está poniendo flojo! Ya ves? Eso es lo que se saca de viajar con mujeres. Debías de haberla dejado en casa. Así estarías tranquilo y trabajarías mejor!… Pero lo que es nosotros, tenemos que irnos esta noche. No faltaba más!… Quedarnos sería perder tiempo y plata, ahogándonos de

calor, picados por los jejenes. Y cuanto bicho existe.. Nos vamos ahora mismo. En seguida!...

Don Víctor se encogió en la noche. Le brillaron los ojos menuditos. Acaso quiso decir palabras de protesta y de amenaza. Pero algo le contuvo los labios y las palabras se estrangularon.

— Ya está don Jesús. Como usted mande!

COMO VINO AL MUNDO DON MODESTO

La noche era cada vez más negra. No se distinguía casi nada, Apenas si uno que otro culebrear de la corriente espumosa.

Al principio, intentaron andar empujándose con palancas, pero les fue difícil, porque la balandra cobraba mucha más velocidad de la que querían darle ellos. Por eso, entonces, se vieron obligados a echarles lazo a las ramazones, prendiéndose a ellas, con cabos que iban aflojando lentamente, en un intento desesperado de contenerle la viada a la embarcación.

Y la balandra iba como al garete.

Don Víctor y el marinero se agarraban a los cabos, con ambas manos, llenos de angustia. La caña del timón la: llevaba la Martina. Pero su estado, además de las dificultades de la noche, le impedían gobernar bien.

Ahora la plaga los mordía, sin que pudieran defenderse, como sabana negra gigantesca. Realmente los tenía enloquecidos. Habían momentos en que se olvidaban de lo que estaban haciendo.

Dentro de la ramada ya se escuchaba el ronquido estrepitoso de don Jesús, que dormía bajo el toldo. Afuera, solo sonaba el grito misterioso de la corriente embravecida; el hamaquear que esto causaba, de rato en rato, entre los mangles; una que otra bofetada del viento escapado quien sabe de dónde y que venía a morir aquí, en lo intrincado del estero,

El marinero preguntó:

— Estaremos cerca de la boca?

— Quién sabe! Me parece que faltan todavía tres vueltas.

— Vamos a llegar con la amanecida, entonces.

— A lo mejor!

Tenían asadas las manos. El cabo parecía tornarse cada vez más áspero y difícil de contener. A pesar de sus inauditos esfuerzos, la balandra cobraba más y más velocidad. Ya casi no podían ni enlazar las ramas de los mangles. Las sombras de los Árboles gateados se les venían encima. como rebaños colosales de monstruosos animales marinos,

El marinero temblaba, posiblemente de frío.

— Y por qué no alzamos las velas, don Víctor? Aunque sea la trinquetilla.

— Para qué? Para que nos sirva de estorbo?.....No hay ni una gota de viento. Sólo esas ráfagas malditas que podrían clavarnos de pico. Además, en el estero este que parece un pozo, de qué puede valernos una vela?

— De verdad!

Una que otra ramazón desperdigada, empezaba a rozar el vientre de la embarcación. Cada vez que esto ocurría, el viejo piloto volvía la cabeza, Pero al convencerse de que no era nada grave, seguía trabajando.

A pesar del frío, sudaban copiosamente. Pero su sudor iba desapareciendo, mezclado con una finísima lluvia, que caía como cernida. Todo parecía oscurecerse más aún. Y un silencio grandioso crecía en los manglares solitarios.

Pero, de pronto, ladraron las nubes. Surgieron las arañas de oro de unos cuantos relámpagos. Y la voz gangosa de los truenos estremeció el ambiente soñoliento. Un diluvio incontenible acuchilló a las cosas y a los hombres.

La balandra cobró mayor andar, todavía.

El piloto, a pesar suyo, sintió que le bailaban las carne: que una opresión extraña le crecía en el pecho; que las manos parecían querer quedársele quietas; que todo se le iba borrando, borrando, así como se borran las visiones de las nieblas del invierno en el río Guayas.

Sería eso lo que llamaban miedo y que él nunca había sentido?

Era vano que se esforzaran en querer detener la balandra. Traían las manos sangrantes. Ya sólo poseían un cabo, porque el otro había quedado colgando de las ramazones, no pudiendo resbalar sobre uno de los cantos, para quedar libre.

El marinero, sobre todo, estaba agotado.

Don Víctor murmuró:

— Ningún cristiano se muere la víspera!

Se acercó al timón y mandó a la Martina:

— Anda vos a dormir. Falta que te hace!.

La mujer obedeció en silencio.

Se tiró a un lado de la popa, fuera de la ramada, protegiéndose de la lluvia con un canto de la mayor que se arrojó encima, Al poco rato se escuchó, confundido con la voz creciente de Ja lluvia, su ronquido intermitente.

El piloto murmuró como para sí mismo:

— Menos mal que todavía no ha botado el chico!

De pronto, se oyó un golpe formidable.

La balandra so detuvo. Dió media vuelta. ¡Sonó un chasquido, Después el vozarrón de un torrente.

La embarcación empezó a bambolearse, como ebria.

Y, casi inmediatamente, el descenso!

El piloto saltó a la proa.

Gritó:

— Maldita sea!

Y el marinero:

— Qué pasa?

—Mira!....

Cuando se inclinó, para ver, se le erizó todo el cuerpo.

Saliendo del agua, estaba un tronco enorme de mangle, medio incrustado en la madera de la balandra, rompiéndola, en posesión inaudita. Se diría que era el fango, sintiendo despertar su virilidad milenaria,

La visión fue instantánea.

Inmediatamente, lanzaron el cabo que les quedaba libre. Se agarraron a una rama gruesa. Y allí se amarraron.

Sujetos así, provisionalmente, desataron otros cabos de las velas y empezaron a tender nuevas amarras.

Cuando consideraron que ya no se irían a pique tan fácilmente, He acercaron a la ramada.

— Don Jesús!... Don Jesús!

El ronquido persistía. Se oía la respiración larga, retorcida, de cien tonos distintos.

Volvieron a llamar:

— Don Jesús!.....Don Jesús!.....

Se oyó un remecer de tablas. Don Jesús se sentó nerviosamente.

— Qué pasa? Qué pasa?

El piloto se lo echó como un machetazo:

— Nada, don Jesús; que nos estamos hundiendo!.

— Qué dices?

— Que nos estamos hundiendo. Un tronco nos ha roto la proa...

Saltó afuera enloquecido. Se paró en la borda, dispuesto a lanzarse al agua. Pero entonces, vio las amarras. Se dio cuenta que no corría peligro inmediato.

Entonces se desató en insultos:

— Cholos desgraciados!... Los meteré a la Cárcel... Pero qué voy a sacar si ustedes no tienen 'ni donde caerse muertos. graciados... Yo tengo la culpa por fiarme... Yo...

Hablaba como para él mismo, con palabras confusas, silbantes.

Cuando se hubo serenado, preguntó:

— Y la canoa?

— Atrás, don Jesús!...

Don Víctor, entrecortadamente, explicó;

— Hemos amarrado la balandra; para que no se yaya a-pique. Ahora hay que desocuparla toda, para que aboyante.....

El Blanco bufó:

— Hagan lo que sea. Lo que yo quiero es largarme!

— En seguidita lo llevamos a San Pedro. Ya va virar el agua. La canoa...

Un grito agudo lo interrumpió.

Era un grito inmediato, que salía de allí cerca, de la popa.

— Maldita sea!... Es la Martina!.

Y don Jesús, rabioso:

— Era lo único que nos faltaba!.

La sangre de la Martina se mezclaba a la lluvia tenaz y fría.

Se quejaba desesperadamente. Hablaba palabras vacías de sentido en la soledad de la noche. Hacía esfuerzos terribles, poniéndose tensa, como bordón de una guitarra. Sus pobres carnes se retorcían, desgarrándose. El piloto y el marinero Ja dejaban actuar sola, mudos, extáticos, sintiéndose como locos, estorbándoles las manos y los ojos.

Don Jesús todavía maldecía dentro de la remada,

Y la mujer continuaba su faena biológica.

Los dolores debían ser insoportables. Se adivinaban gestos horribles en su rostro clamante. De vez en cuando, todos sus músculos parecían bailar sobre las tablas disparejas de la cubierta, armonizando extrañamente con la lluvia,

De pronto, un acento tierno y doloroso, grito de una nueva vida, floreció en el cuerpo humillado,

La lluvia seguía. La corriente era menos veloz. La balandra, a fines de vaciante, parecía colgada de los mangles flexibles. Hacía más frío. Los hombres se ahogaban dentro de si mismo. Ninguno hubiera deseado vivir ese instante.

Y así fue como vino al mundo don Modesto Chamaidán, el cuarto de esa dinastía de piloto.

LA CANCION DEL RIO

Por eso, amó la balandra más que la propia vida.

Fue como si, poco a poco, se fuera transformando él mismo en algo imprescindible de la embarcación: una vela, un cabo, uno de los trancaniles o de los rodones, la paleta del timón.....

Le penetraron ansias perpetuas de andar. Se sintió inestable sobre la monótona quietud de la tierra. Cogió la caminata bamboleante de los hombres marinos. Se alimentó, más que nada, de peces. Amó los horizontes inalcanzables, las orillas que negrean los paisajes costaneros, su río Guayas salpicado de palizadas y de yerbatales, de canoas, balandras, lanchas y buques...

Crecía tirado sobre la cubierta, al pie del timón, o sobre la ramada, o al lado de la bita, de cara a la lluvia y de cara al sol, comido su cuerpo desnudo por los jejenes y los güitifes, por los puyones y las mantablancas, arropado con las velas, indiferente a todo, en una calma lena de indolencia.

Poco a poco, fue adentrándose en la vida de Ja balandra, conociendo sus más íntimos secretos; sus dificultades más insalvables.

Primero sólo ayudó a subir las velas, a templar los amantillos, a preparar las lisas cabezonas o los arroces suculentos. Más tarde. aportó su esfuerzo en la subida del ancla, en la ramada. en el palanqueo. Después, ayudó a los cambios del foque y de la trinquetilla en los bordazos. Y --por último --asió la caña, la casi inalcanzable caña del timón.

Al propio tiempo, penetró en la vida del río.

Supo que el sudeste viene en ráfagas, que vira las embarcaciones, que las hace zozobrar. Supo que es el viento que no se anuncia, que ataca traidor, como aguamala en media noche. Supo que cuan do el viento está en contra, hay que bordear; que se anda más en el centro que en la orilla de los esteros y de los ríos; que los vientos Jurgos se anuncian tiñendo el horizonte con su cuerpo sombrío; que a Guayaquil es mejor llegar con final de marea, sobre todo en aguaje; que la contra sólo es posible tirarla con un viento en popa cerrada. Supo que...

Y la balandra, sintiéndose amada, le devolvió con creces ese amor.

Su cabeza chata, dura, maciza, tuyo serenidad de esfinge, Los ojos oblícuos y oscuros lograron una fijeza de muralla y pudieron escarbar la noche más sombría, como gurvias de llama, Todo fue recio y fuerte, lo mismo que si lo hubieran modelado con un hacha. La piel morena amenazó romperse bajo la ruda presión de los músculos hinchados. El paludismo --pan cotidiano del trópico-- le robó muy pocos glóbulos rojos.

Y a él le pareció, por eso, que se tornaba invencible, intocable, incrustado, más que el mástil, a la embarcación. Como nunca tuviera el menor accidente, la menor vacilación, le pareció, que las dificultades se allanaban con su sola presencia.

Odiaba a los hombres de tierra.

No saltaba a los puertos. Desde los muelles de Guayaquil o de las islas, miraba la orilla con ojos extraños, hostiles, Es que, a pesar de todo, se sentía distinto. Confusamente, le pareció que «abandonar el piso bamboleante de la balandra era como hacerse una traición. Sus juegos consistían en pescar al anzuelo, en saltar a la canon a marisquear o arponear. A veces, también, en arrojarse al plan de aquella y dejarse llevar por la corriente,

Hasta que un día le dijo su Viejo, don Víctor:

— Sabes vos, Modesto? Don Jesús quiere que trabajes.

— Como mande, viejo.

— Dite que en lugar del marinero, te traiga a ti. Te paga poco pero como vos mismamente no necesitas. Y el trabajo no es tan fuerte...

— Ya está, Viejo!

Se sintió más adherido aún a la balandra.

No le importaron los aguaceros torrenciales, ni los soles calcinantes, ni las plagas agotadoras, ni los aguajes desbocado, ni las faenas nocturnas, ni los viajes peligrosos.

Sobre la proa, al lado de la bita; o tirado en la ramada; o subido a veces a la parte más alta del árbol, casi en el mastelero, se acostumbró a ese perpetuo alejarse que es la vida del río. Amó, más todavía, su embarcación y su ambiente. Se estremeció de gozo frente a las estampas cambiantes, frente a las palizadas, frente a la línea zamba de las orillas; frente a la ciudad del Guayas, dinámica y hermosa.

Vivió con angustia hasta las horas de anclaje. Quería andar, andar, siempre andar, Que no tuviera un instante de quietud, que ríos correntosos y vientos veloces lo arrastran perpetuamente. Se le antojaba que su balandra era como una enorme tintorera, Y las tintoreras nunca se detienen, mientras viven.

El río —en tanto -- también le sonreía.

De noche, en plena sombra, le mostraba sus encantos escondidos, su platear de escamas iluminadas, sus foetazos de sueste traicionero, su reventar de voces entusiastas, su vértigo de estelas musicales, sus caricias de parbo enamorado. Allí donde cualquiera vería apenas la soledad y el silencio, el sopor y la fatiga, sus sentidos: alertas descubrían tesoros misteriosos.

El río!... El río!...

Y Modesto se hacía más fuerte, aún.

Los músculos se le torcían, como mangles gateados, bajo la piel acorazada. Para levantar el ancla, ya usaban poco el aparejo. Los dos--el padre y el hijo--la iban levantando lentamente, prendiéndose con las manos de los eslabones. En los ratos de calma, remaba. Y el enorme remo que siempre solo pudieron manejar dos hombres, parecía un juguete entre sus manos callosas.

Trepar la canoa a la balandra; subirse, como un mono, por el árbol, aún cuando el agua estuviese picada; tirarse al río e ir hasta el fondo, para desclavar el ancla; subirla a la superficie, entre los brazos robustos; pasarse y repasarse la balandra de popa a proa, por debajo de la quilla: todo eso fue juego intrascendente para el joven marino.

A veces, a él mismo le extrañaba no tener aletas y escamas, no ser siquiera por un instante —- un pez.

Hubiera dado cuanto le pidieran por lograrlo.

Así hubiera jugado con los bufeos; hubiera saltado entre ellos, sabiendo de sus generosidades y de su alegría; hubiera buscado a los tiburones y a los catanudos, a las rayas y a las tortugas. Los hubiera desafiado a batallas terribles, que tiñeran de rojo las aguas turbulentas. Solo así desfogaría ese apetito de lucha que le dinamitaba las venas. Solo así se hubiera identificado con el deseo infimito de ser un hombre-pez. Solo así hubiera penetrado con los ojos expertos en el fondo del río; lo hubiera saboreado íntegramente, sabiéndolo suyo, sintiéndolo crecer por todos sus sentidos, como una sábana de cristales movedizos.

El dolor de no ser pez; la pena de andar bamboleando sobre las cubiertas; la angustia de sentirse pegado a la tierra –a pesar suyo— como los otros hombres, era lo único que envenenaba su alegría de andar por las rutas maravillosas del agua, del sol y del viento.

LIBRO TERCERO: LA FUSIÓN

CAP. I

LO QUE SE VA EN LAS RAICES

Sobre los ostiones filudos, van quedando gotas de sangre.

El mangle gateado parece retorcerse de angustia, Sus millones de ñangas --con racimos de vivalvas--se hacen, cada vez, más resbalosas. El fango prieto, estriado, pestilente, resopla. Sube un vaho denso, agobiante, desde la red infinita del estero.

Pantaleón murmura:

— Vea que friega el sol!

Su mujer inclina la cabeza y aprieta un poco más el hijo sobre el hombro.

De trecho en trecho, las ramazones proyectan una pequeña sombra. A veces, una brisa menuda castañuelea las hojas innumerables. Se ve, a lo lejos, el estero correntoso. Se le escucha templar las raíces adventicias. Uno que otro cangrejo o simboca aparece, desde su hueco, enseñando sus manos formidables.

Pantaleón repite:

— Vea que friega el sol!...

Su mujer se limita a mirarlo. Y --haciendo un esfuerzo sobrehumano --continúa la marcha.

Andan sobre los troncos, a veces a gatas, sosteniendo siempre algo en la diestra: Pantaleón, el cajoncito que constituye toda su hacienda; ella, el hijo de pocos meses. Solo cuando las ramas son gruesas y el fango no las hace tan resbalosas, caminan de pio, agarrándose, eso sí, de las tupidas frondas.

Hacen pocos y cortos descansos, por más que ella protesta

— Es que no aguanto!...

— Un poquito más, todavía.

— Pero es que no aguanto!

— Ya mismo llegamos...

— Ya mismito!

Sin esperar, Pantaleón vuelve a emprender la marcha, sudoroso, jadeante, con los pies hechos picadillo, con las piernas manchadas de jejenes y güitifes, cayendo a cada instante sobre el fango. Y, sobre todo, pensando en su mujer que ya sufriendo cosa igual allí, atrás suyo; en el hijo, que parece morirse lentamente; en todos los otros que lo siguen a igual distancia, obedeciéndole.

— Vea que friega el sol!

El torso prieto y musculoso, parece un tizón. Humes. El cajón ha dejado una huella profunda sobre el hombro. Se dijera que los tendones crepitan.

A veces, un temblor convulsivo lo agita y deja caer, monótonamente, como para sí mismo, esa frase pegajosa:

— Vea que friega el sol!.....

Atrás, viene Nicomedes Lindao, su mujer y sus dos hijos:

Tienen idéntica muestra de agotamiento. Ampliamente cargados, su marcha es dispareja, difícil. Parecen, más bien, arrastrarse sobre los palos prieto-rojos. Se escucha su jadeo, dominando la voz lejana del estero. La mayor parte del tiempo yan silenciosos. Solo muy de cuando en cuando sueltan, casi a pesar suyo, Frases cortas,

— Tarde, no?

— Si. Serán las dos.

En uno que otro recoveco de los mangles, pierden de vista u Pantaleón y y su mujer y, entonces, hacen su comentario;

— Qué fregado, no?

— Quién?

— Quién? Don Panta!...

— Ajá...

Oyen el remecerse de los mangles en que se apoyan; el crac-crac de las vivalvas monótonas; el estero, que se estira, como queriendo alcanzar peces invisibles; acaso, hasta ese acento incansable de don Panta: "Vea que friega el sol... Vea que friega el sol..."

Los muchachos se retardan. Van quedando atrás, muy atrás. Entonces, el hombre se vuelve.

— Zacarías!... Manuel José!... No se demoren!...

— Vea, Taita.....Es que tengo los pies magullados. Y estoy cansadísimo!.....

— Y yo con hambre, no más taita!

— Ya falta poco. Y hay que aguantar. Para eso son hombres.

— Así es, Taita!

— Pero es que yo… yo Viejo… Yo...

Haciendo de tripas corazón, penosamente, los muchachos avanzan.

Los dos están de un amarillo de hoja seca. Las piernas manchadas de lodo tiemblan al andar. Creyérase que van a caer de un momento a otro. Con la mano que les queda libre, se apoyan en las raíces adventicias.

En ocasiones, don Panta se vuelve, retrasándose un poco.

— Ah, Nicomedes!.....

— Mande, don Panta!

— Vos sabes cuando se va don Merelo?

— No, don Panta!

— A lo mejor, es con la marca de mañana.

— Tal vez!

— Ya dizque tenía conseguida todita la gente.

— Así me creo, don Panta.

— Maldita sea!.....

Poco a poco, el sol ya perdiendo su fuerza. La brisa empieza a abanicar los mangles. Se ven las caparazones de los crustáceos manchando a la vez más los millones de bocas de fango. El estero que bordean se va hinchando lentamente. Lo ven acercarse, por momentos, hasta lamer las ñangas inmediatas,

Don Panta resopla de satisfacción.

— Ya friega menos el sol,

— Así es, don Panta!

Ahora, marchan unidas las dos familias,

Parece como si fueran unos cuantos mangles que se hubieran desclavado y que por prodigio inaudito, pudieran treparse y arrastrarse sobre los fangales retorcientes.

La plaga crece y crece. Casi no pueden avanzar. ¡Sus manos tienen--a cada instante -- que soltar las ramazones, haciendo múltiples equilibrios, para espantarla.

Nerea --la mujer de don Panta--sacude desesperadamente el cuerpecito de su hijo.

Don Panta murmura:

— Vea que hay plaga!

— Sí, don Panta.

— Más de noche será peor.

— Así es!

— Claro que así es.

Manuel José, el menor de los hijos de Nicomedes, se detiene.

— Lo que es yo no aguanto, Taita! No ve que no aguanto? Tengo las patas hechas trizas. Los ostiones me han cortado todito.....No aguanto, Taita!...

— Pero si ya mismito llegamos...

— Es que no aguanto, taita!

Don Panta, entonces, interviene.

— Si vos quieres, Nicomedes... nos podemos quedar aquí!...

— Y si nos andan buscando?

— Dificilito lo veo. Además, los muchachos están acabados. Lo mejor es descansar...

Nerea apoya:

— Más mejor es!... El chico está estropeadísimo. Todo el santo día meneándolo. Ni que fuera de mangle zambo!

— Quedémonos, pues!...

Refresca.

Los mangles parecen animarse y hablar. Sus hojas interminables chocan entre sí. Las altas ramas se balancean gravemente. Todo. parece irse agrisando, fundiendo. Unos pocos sarapicos gritan, desde arriba.

— Hacemos un humito?

— Todavía no.

— Es que la plaga está bravísima

— Pero por el humito nos pueden sacar, Esperemos que oscurezca más,

— Ajá!

— Hay que espantárselos, no más.

— Es que no se van!

— Ya mismito va a oscurecer.

Don Panta, de cuando en cuando, presta oído a los rumores que escucha. Pega su oreja sobre el lomo de los mangles. Queda un rato Y después murmura:

— A lo mejor nos andan buscando.

— A lo mejor!.....

— O puede que crean que hemos cogido para algún sitio donde haya gente. No se han de figurar que nos hemos metido en este manglerío.

— Claro!

Ña Nerea sigue soplando el crío.

A ratos, lo destapa un poco, para verle la cara. Al principio ha llorado mucho, pero ahora hace algún tiempo que parece dormido, tranquilo.

— Oiga don Panta,

— Qué, ah?

— Hagamos humito

— Es muy temprano.

Ña Nerea, acostumbrada a obedecer, agacha la cabeza. Vuelve y espantar los jejenes. Queda en silencio unos instantes. Pero, después, haciendo un máximo esfuerzo, se dirige de nuevo a su marido, con voz temblorosa:

— Oiga... don... Panta...

— Qué pasa?

— Este... Por qué no hacemos humito?

— Ya vuelves con las andadas?

— Es que...

— Qué?

— La plaga friega, don Panta.

— Y eso qué hace?

— A muchos dizque los ha matado la plaga.

— Eso es falso...

Entonces, interviene Nicomedes.

— No, don Panta. En el Fuerte.

— Qué?

— A muchos los mata la plaga.....

Va oscureciendo lentamente.

Los patillos pasan raudos, en bandadas. A veces, 1nos cuantos loros manchan el espacio gritando: Guerré, guerré, guerré!...

Se siente, debajo de los mangles, la bofetada gris de la corriente. Las hojarascas se esponjan. El viento, como una serpiente, se enrosca a los árboles más altos. Empieza a hacer unco poco de frío.

Ña Nerea vuelve a hablar:

— Ah, don Panta!.....

— Vea que vos eres!

— Yo decía, no más.....

— Qué?

— Usted sabe como trata don Pablo a los que agarra?

— Algo he oído.

— Dizque los desnuda y los tira al mangle, Cuando los encuentran dizque están toditos chupados, tiesos, sin una gota de sangre.

--- Cuentos han de ser...

—Ajá…

Don Panta se pone pálido,

Dirige una mirada a su derredor. Y palidece más aún. Ninguno de esos seres que lo rodean se parece a lo que fue apenas hace dos días, cuando empezaron a caminar. Están lívidos, demacrados, con las piernas manchadas de sangre. El rostro les ha adquirido una dureza extraña. A través de los harapos que los cubren, se distinguen los músculos, que parecen ablandarse, ablandarse. La sed y el hambre calmados escasamente, les pintan unas ojeras profundas, que destacan más aún el brillo febril de los ojos.

Ñu Nerea levanta la cabeza y lo queda mirando, sin decirle una sola palabra, en súplica inenarrable.

Don Panta, por primera vez, declina su voluntad y despacio, muy despacio, murmura:

— Bueno, pues. Enciende!...

Las LIBRETAS DE DON CELESTE

La noche está oscura y no se distingue casi nada.

La mano roja del humito araña, de cuando en cuando, los rostros o los troncos amplios y nudosos, Hace un frío terrible, Se han agrupado, arrimados los unos contra los otros, sosteniéndose lo mejor que pueden sobre los palos zambos resbaloso: Queriendo dormir. sin lograrlo por la angustia que les muerde el corazón y por el ambiente que se hace más y más hostil.

Don Panta y don Nicomedes dialogan:

— Ya debe haberse ido, no?

— Tal vez!

— Y vea lo que son las cosas...

— Qué, ah?

— Casi todititos los años, para el verano ocurre lo mismo...

— Así es, don Panta.

— Vienen los blancos, con sus balandras, a conseguir peones y no respetan a nadie. Ya estoy cansado de aguantar.

— De verdad, don Panta,

— Algunas veces, basta a mí me han agarrado. He vuelto lleno de deudas. No he sacado nada... Solo estar más fregado. Por eso, ahora...

--- Asi es... Ahora!...

--- Nos ha dado plata don Celeste. Plata para la siembra, pura eres, para los víveres, para todo...

Sus imaginaciones febriles trabajan angustiosamente, difícilmente, reconstruyendo las escenas terribles. Poco a poco, se perfila, con gran objetividad la figura de don Celeste. Su intervención en el pequeño pueblo. Los incidentes de su comercio traidor y sin clemencia.

Tanto les ha ocurrido, tanto lo han visto, tan hondo se les ha clavado la imagen en su recuerdo que, en la soledad de la noche manglera, les parece

vivirlo nuevamente. Les parece que allí está don Celeste, que allí está tras de su mostrador suboso, sonriendo humildemente. con una sonrisa plácida de entrega y de afecto. Les parece que los llama, que les habla.

— Yo lo que quiero es ayudarlos... Solamente, ayudarlos... Ayudarlos....

— Así es, don Celeste!

Todos van cayendo, unos después de otros, en sus manos gelatinosas. Se acercan temblando, con el rostro inclinado, sin mirarlo,

— Buenos días de Dios, don Celeste,

— Buenos días de Dios!

Titubean largo rato. Le dan vueltas al sombrero. Ríen maravillosamente. A veces se van sin decir nada. Pero, otras. se deciden...

— Pues, usted verá, don Celeste,

— Dí, no más.

--- Este yo...

--- Pero, dílo, hombre... Ni que te fuera a comer. Si yo tengo mucho gusto en ayudarlos. Necesitas algo!

— Si... Este... Yo quisiera unas libritas de arroz...

— Lo que quieras.

Se frota las manos alegremente. Empuña la enorme cuchara de hoja de lata y pesa lo solicitado.

— Pero, oiga don Celeste.

— Qué, ah?

— Yo no tengo plata...

— Eso no importa. Te lo apunto. Después, me pagas... aunque sea en sombreros de toquilla,

— Ya está, don Celeste...

Y así van pasando los días y los días. Nadie en San Manuel, deja de estar apuntado en las libretas de don Celeste, Es que don Celeste es tan bueno. Nunes se fija en quién es ni como es. El, les da u todos por igual, indistintamente.

— Me agrada ayudarlos. Cómo no voy a hacerlo, si soy de la misma gente, si aquí he nacido también?

El erío de don Panta llora más fuerte, más fuerte.

Nerea le da vueltas y vueltas, tratando de calmarlo. A veces, lo pega a su pecho, lo estruja nerviosamente, como si quisiera darle un poco de su vida. Pero todo es en vano. El crío sigue gritando.

Don Panta y don Nicomedes están silenciosos, sombríos. Miran, distraídamente los recovecos de los mangles, Se matan por cientos, los jejenes y güitifes, que los pican incansablemente,

Hace un frío matón que araña los huesos,

Los muchachos se caen de sueño. Pero el frío y la plaga no les dejan cerrar los ojos. Se revuelven desesperados, quejándose, de rato en rato, como a pesar de ellos mismos

Nerea rompe el silencio:

— Oiga don Panta.

— Qué, ah?

— Este... El muchacho está cagando a cada rato.

— Lo que son las cosas, no?

— Y lo peor es que caga verdísimo. Desde todoy está cagando así.

— Y por qué no me lo has dicho?

— Es que...

— Podríamos haberle dado algo: Aunque sea una agüita de hierbas,

— Y dónde hay hierbas?

— De verdad.....Me había olvidado que en el mangle no hay nada!

Quedan, otra vez, en silencio.

Las vivalvas se abren, allí abajo, al pie de ellos. Se oye el arrastrarse de los crustáceos, el remecerse de los mangles elásticos, el jo-jó de la vaca de agua, el ronquido de los monos y parbos veloces, y el chapoteo de las colas y aletas de los bagres y tambuleros.

Solo el crío eleva su dolor en la noche,

Nerea lo siente crisparse, retorcerse. Sus gritos son ahora más débiles, como ahogados. A través de los pocos trapos que lo cubren, lo siente bañarse continuamente en esos excrementos interminables,

— Don Panta!...

— Qué pasa?

— El muchacho este, don Panta...

— Qué tiene?

— Me creo que se está... muriendo... don Panta!

Un estremecimiento sacude al viejo cholo.

Ha sentido darle vueltas todo.

Debe ser la debilidad, el camino tan largo, la falta de comida.

Antes, él siempre ha sido de otro modo. Nunca lo ha atemorizado nada. Ha recibido las cosas más terribles con una fría sonrisa en los labios.

Se sobrepone un poco, para calmarse a sí mismo y calmar a Ña Nerea:

— Ven que las mujeres son...

El cansancio ha vencido.

Don Panta, don Nicomedes. y su gente duermen. Solo Nerea está despierta. Solo Nerea no puede ni quiere dormir, Mira y oye, no más. Distingue confusamente, en la sombra, los árboles copudos. Hay momentos en que le parece que le hablan, que la compadecen. Los siente agrandarse, agrandarse, agitándose. Se dijera que sus ñangas formidables se van a desclavar de un momento a otro, Distingue, también, el platear de escamas del estero que corre, allá abajo...

Ah, si ella pudiera ser como el estero... Y que don Panta y su gente, y su muchachito --sobre todo su muchachito!— no fueran más que una canoa, o una balsa, una gran balsa que ella pudiera arrastrar... Abi Si ella pudiera ser así! Si ella pudiera!...

Pero no! El erío que se está muriendo!...

Es lo único cierto, lo único cercano! Ella lo siente, lo sabe: Ahora casi no puede mirar. De vez en cuando, tiembla. Hace esfuerzos sobrehumanos para verle los ojos. Se le acerca, en acercamientos imposibles. Lo aprieta, más aún, contra su cuerpo. Cada

vez lo encuentra más frío. Alargando la mano ha podido ventear un poquito la candela. La llama ha crecido, ha vuelto a pegarle sus, manotadas luminosas. Y, entonces, la chola ha podido ver. Los trapos que envuelven a su hijo se van manchando de rojo. Están jugosos, empapados. Y no sólo los trapos: también las manos de ella, el cuerpo de ella...

Anhela correr, Anhela saltar elásticamente sobre el lomo retorciente de los mangles. Pegarse a las altas ramazones. Afirmarse de las ñangas resbalosas. Y huír, huír!... Huír lejos de San Manuel, lejos de los manglares, lejos de todo... Huír!...

Su voz estrangulada, se extiende, como una herida,

--- Don Panta!... Don Panta!... Don Panta!...

DESPERTAR CON LOS OJOS MORDIDOS

Don Panta sueña.

Es un sueño dulce, agradable, como hace tiempo no tiene.

Su rostro se contrae ligeramente. ¿Sus labios se mueven, murmurando. El cuerpo se estremece, espantando las nubes de jejenes y güitifes. Es que don Panta se ha olvidado, momentáneamente, de todo. De que va huyendo de la soga del Blanco; de que mañana no tendrá ni que comer; de que su hijo se muere; de que Nicomedes, por seguirlo, está sacrificando a toda su gente; de que lo espera quién sabe que…

Sueña. Sueña y ríe.

Se trata, como en sus mejores tiempos, de imágenes de trabajo, de esperanzas de éxito, de conciencia de fuerza y de empuje.

Se ve en su chacra, con toda su familia,

Oye la llamada estridente de las vacas paridas. Divisa los rubios pajonales de la costa, Por doquiera, ve manos agitándose, tejiendo hábilmente. Es el sombrero de toquilla, la mina ocre de su tierra. No se descansa un segundo. Por las noches y sobre todo por lis madrugadas --se teje febrilmente. A veces, los cuerpos se fatigan, los ojos se cierran, puede el cansancio. Pero las manos siguen trabajando. Ya está la copa. Se la adapta. Se empiezan las alas. Se empiezan las alas. Se acabó un sobrero. Se comienza otro. Y otro, y otro

Todos trabajan: hombres y mujeres, niños y ancianos.

La toquilla se amontona en los rincones.

Cuando los sombreros son finos y hay que trabajar meses de meses, las manos sangran, La vista flaquea. Hay que ir mojando cada hebra. Hay que irla partiendo en cien hebras más finas. Solo se puede trabajar oscuro, con la fresca. Nadie puede apresurarse. El trabajo tiene que ser uniforme, completamente uniforme. De modo fatal, habrá que pasarse una semana, un mes, un año, trabajando la misma horma, Se la cuidará, se la mimará como a un hijo querido. Pero--al propio tiempo--se la tomará con respeto, casi con temor. Jamás de los jumases se atreverán a ponerse un buen sombrero en la cabeza. Sise dañara, si se estropeara siquiera una ringlera del tejido.

Cómo se es feliz, entonces! Cómo se sueña!...

No importa que el estómago se retuerza de hambre; no importa que no se lleve nada sobre el cuerpo, o que se lleve tan sólo unos remiendos. Lo esencial es el mañana. Saber que todo pasará algún día, reconforta, ayuda a trabajar, presta energías. Algún día no faltará el arroz y la manteca!... Algún día los huesos irónicos no surgirán tan agresivos tras la piel amarillenta!...

Y entonces, todo se relaciona con esta visión sabrosa del mañana: las muchachas esperan el desgarramiento brutal y feliz de su sexo clamante; los hombres, su botella de aguardiente, la mujer fresca y hábil, el bautizo del chico, el pago de la deuda del cural...

Cada quien, ríe esperanzado.

Por las tardes, el estero se puebla de gente, bañándose, Nadan como peces. Se identifican con el agua. Repica, como una campa nada, su alegría salobre.

Y don Celeste se pasca ---allá arriba, en el barranco— repartiendo sus mejores sonrisas.

Don Panta sigue soñando,

Cambia el motivo de su sueño.

Su entrecejo se arruga. Sus manos se crispan. Insultos, desafíos, gritos roneos, surgen de su boca remecida. Respira dificultosamente. Hay instantes en que anhela levantarse, como si quisiera castigar a un enemigo invisible,

Es que tiene nuevas imágenes en su sueño. Imágenes de dolor, de miseria y de fracaso.

Se ve caminando, como todos, hacia la tienda de don Celeste, So siente abrazado por la cordialidad melosa. Hasta aguardiente compra. Sus alforjas de algodón de monte, se hinchan de víveres.

Don Celeste se inclina y le dice al oído:

— Lleva, no más. Después me pagas!...

Y don Panta se entusiasma y pide de todo cuanto mira.

Le llega el recuerdo de la entrada triunfal en su casa.

Cómo lo rodean! Cómo lo acarician! La alegría chisporrotea en el fogón de barro cocido; en la casa de caña tapada con bijao; en las hamacas de crudo, grasientas y cómodas. Pero, sobre todo, en su gente, en su gente que lo recibe con una risa extraña que Ad a llorar.

El tiene un gesto de triunfo inaudito cuando deja caer en el suelo la alforja colmada.

— He traído para algunas semanas.

Es una de las mejores épocas de su vida.

Trabajan todos con más fe, con más entusiasmo. Se hacen más proyectos para el futuro. Ya no tendrán que vender, u precio de hambre, sus sombreros. Podrán reunir algunos reales. Acaso comprarán más reses. O tal vez, una canos para pescar. Después, quizá hasta una balandra, en la que podrán llevar ellos mismos su carga a Guayaquil. No se siente el dolor de Jos dedos fatigados. No importa no dormir y pasarse las noches tejiendo. Se come mejor y se puede trabajar tranquilo, Además, si hoy se sufre, mañana vendrá la recompensa,

Cuando se han terminado los víveres, se busca otra vez a don Celeste. Y don Celeste sigue dando cuanto se le pide.

Por otra parte, don Panta se siente fuerte, esperanzado, triunfador. Y de nuevo regresa cargado a su chacrita. La alegría continúa iluminando a su gente.

Cómo no se siente, entonces, la hostilidad de Jos fangales; de los manglares, salpicados de plaga; de los vientos traidores, que pelan los techos; del paludismo, que los amarillea y les pega la piel a los huesos! Cómo todo resulta fácil, agradable, propicio! Cómo parece que el cuero de venado estuviera más tibio y el cuerpo de la mujer más suave, más hermoso!

Entonces, le nace el primer hijo. Y su alegría no tiene límites.

Parece que le echarán pólvora en las venas. Sale por las noches a treparse sobre los palos nudosos. Se le hincha el pecho, en respiraciones ignotas. Se siente poderoso y fuerte, como un mangle de esos de la orilla. Se imagina que su hijo es una Manga que lo pega a la tierra y que le presta nueva savia y energía,

Pero, he aquí que el verano ya muriendo.

Soplan vientos calientes por toda Ja costa, especialmente el sur bravo, indomable. electrizan las cabelleras de los mangles. Se agitan, como un mar verde sobre un mar gris. El poblado se reseca, se agrieta, hace muecas de

dolor y de angustia. Sudan los árboles esqueléticos de la tierra dulce, Todos los bancos se cubren de ariscos pajonales de ultratumba. Se retuercen y se tuestan las yerbas des El ocre domina. Las aguas de las ciénegas se reducen, se evaporan. Las aves huyen a otros sitios. Los animales montaraces salen a las pampas, torturados por la sed y por el hambre, El ganado parece físico. Parecen tísicos los potreros naturales, Los mulares y los chivos cruzan las piernas, de flacos. No hay día en que no se encuentre muerto alguno de ellos. Sólo los gallinazos hambrientos son felices. Sólo los gallinazos hambrientos ennegrecen la tierra y el cielo,

En el rostro de los cholos se rubrica la angustia de todo el caserío. Andan taciturnos, mascullando palabras extrañas, comentando monocordemente las innúmeras desgracias,

— Ayer se murió mi vaca fajada.

— Vea usted. Lo que son las cosas, no?

— Estaba parida. La única.,....De eso teníamos Ja leche,

— A nosotros se nos han ido dos.

— Y no nos queda ni carne...

— Así es. Los animales están en puro hueso, No alcanzan para nada,

— Así es...

— Claro que así es..

Se espera la lluvia del invierno. Se la espera con rabia, con desesperación. Solo el invierno puede modificarlo todo, absolutamente todo. Se podrá, incluso, sembrar cualquier cosa. Maíz, por ejemplo. Así cambiará completamente el panorama. Se verán las lomas y los bancos llenos de verdura; los animales rollizos, satisfechos. Un nuevo calor de vida inundará el ambiente. El sombrero, el mismo sombrero subirá.

— De que venga el invierno,

— Sí, De que venga.....

— Sobre todo, este año que no ha habido lana de ceibo, ni de bototillo, ni nada.

— Pero vea que demora el condenado, no?

— No caen ni garúas...

— Quién sabe si ni nosotros mismos aguantamos.

— Quién sabe! Sobre todo, los críos.

— Sí. Sobre todo, los críos,

De pronto, don Celeste empieza a cobrar.

Parece que se hubiera metamorfoseado. :

Por primera vez los cholos se vuelven a mirarlo. Es como si se tratara de un desconocido. Lo encuentran rechoncho, bajo, vestido de blanco, con unos ojillos atornillantes, que subyugan. Le cuelga, como una hamaca, la sonrisa empalagosa. Anda a saltitos, inclinándose,

Los cholos inician una protesta balbuciente.

No. No.es la época para pagar. El no les ha dicho que debían de pagar a fines de verano. Quien va a poder pagar, además, si no hay con qué... La tierra no da nada. Está reseca, sedienta y tibia. Hasta que llegue el invierno, solo habrá que lamentar muertos. Muertes de las plantas, de los animales y de los hombros. Están todos -- hasta los que más tienen -- completamente arruinados!... No lo está viendo él mismo? No hay sitio que no sea pura sarteneja. No hay una yaca que tenga algo más que huesos y pellejo, Este año ni siquiera a habido lana. No ha habido nada... No! No es la época para pagar! Nadie tiene plata, nadie tendrá plata hasta que venga la lluvia!

Don Celeste se inclina, sobándose las manos:

— Me pueden pagar en sombreros...

— Espérenos hasta el invierno. Ya falta poco.

— Yo los esperaría. Claro que los esperaría... pero es que no puedo!

— El sombrero mismamente no vale nada ahora. Habría que malbaratarlo..

Don Celeste inclina, más aún.

— No puedo esperarlos. No puedo. Yo tengo que pagar, también. La comida que les he dado no era mía. La debo...

--- Aunque sea unos días, don Celeste, Ya mismito va a llover. Ya están cambiando los vientos. Anoche mismo soplaba un norte

— No ven que no puedo? Si pudiera, por qué no iba a esperarlos?

Por eso los sombreros; después de las discusiones, han ido pasando, uno por uno, a las ágiles manos de don Celeste. De nada valen las protestas.

— Pero si ni los revendones compran tan barato.

— Más no puedo darles. No ven que el sombrero está ahora por los suelos?

— Entonces, espérenos. Esta madrugada ya garuaba.

— Es que no puedo, no puedo. A mí también me exigen el pago.

Todos han quedado endeudados. Su producción del año entero no ha alcanzado para cubrir las cuentas de don Celeste. Han quedado comprometidos a pagarle después de poco tiempo, en cualquier cosa.

Cuando alguno ha resistido, se le ha amenazado con la: Justicia.

Y efectivamente, si ha seguido protestando, han venido los agentes de Ja Rural y se lo han llevado. De él no se ha sabido más.

Los hogares se han puesto peores que antaño.

Todo el mundo ha vuelto a estar triste. Todo el mundo no ha tenido que comer. Como idiotas, desperdigados, hambrientos, con ojos sonámbulos se han arrastrado por las pampas polvosas, lo mismo que si fuera un rebaño de espectros.

Don Panta ha perdido su primer hijo. Su primer hijo!...

De su sueño lo arranca un grito de Ña Nerea.

— Don Panta!... Don Panta!...

Da algunas vueltas sobre el tronco de mangle en que se reclina. Quiere seguir soñando, quiere seguir desmenuzando so pasado, estar ajeno « esta realidad que es siempre más cruel que todo lo que le ha ocurrido antaño. Pero la voz de Na Nerea monocorde, humilde, insistente y dolorosa, sigue clamando:

— Don Panta!... Don Panta!...

Los demás han despertado.

Contemplan en silencio la escena. Acaso comprenden; acaso, no, Y lo único que se les ocurre es que su debilidad les impide hacer el menor esfuerzo, aunque sea el de hablar.

Ña Nerea sigue insistiendo:

— Don Panta!... Don Panta!...

Don Panta, al fin, se incorpora. Medio dormido aún, pregunta:

— Bueno. Y que pasó, pues?

— Nada, don Panta. Es que..

— Qué, pues, qué!...

La chola deja caer, tomo-un pedazo de mangle, sus palabras:

— Este... Ya se fué el chico!...

Está lloviendo?

Don Panta estira las manos. No. No está lloviendo. Y esa agua que le rueda por la cara? Debe ser que ese de las hojas de los árboles; acaso es la llovizna menudita de la noche; tal vez, el viento que trae humedad marina de los lejanos horizontes; quizá…

Se pasa la mano por el rostro curtido. Lo siente empapado. Le arden los ojos. Le arde todo el cuerpo. Ve sombras.

Maldita sea! Que será lo que tiene? Y el chico? Ah, el chicol... El chico!.....Qué harán con el chico muerto? Lo enterrarán? Dónde lo van a enterrar? Y cómo?.....No. No lo pueden enterrar! Tendrán que llevarlo por ese manglerío, Tendrán que llevarlo hasta encontrar la tierra dulce. Tendrán que llevarlo peleándoselo a los gallinazos hambrientos.

— Vea lo que son las cosas, no? El chico!

El chico! El chico que se fue, don Panta! EL CHICO QUE SE FUE, DON PANTA!... EL CHICO!...

TEMPESTAD EN LA SOMBRA

Son hilachas de carne, con hilachas de trapos.

Se distinguen confusamente las características humana Van, en procesión espantosa, arrastrándose sobre Ja piel hostil de los mangles. El sol empieza a arañarlos grotescamente. Con dificultad, adelantan. Los huesos se quieren escapar de los músculos. Podo en ellos se agrieta y se agrisa. El barro los decora integramente. Sus facciones se han perdido. Viéndolos desde lejos, se pensaría en una estampa de ultratumba, en una marcha impresionante de esqueletos.

Don Panta sigue adelante, Tras él, va ña Nerea con el cadáver de su crío en brazos. Finalmente, don Nicomedes y los suyos.

Ha rato que ha amanecido. Los mangles se han despedazado. La claridad ha sacudido a los hombres, obligándolos a continuar. Se ha tenido que golpear a los muchachos. So ha tenido que arrastrarlos, para que avancen. Han clamado, pidiendo que comer. O agua, sencillamente agua. Por toda respuesta —pasado ya el momento de los engaños-- han tenido que arrastrarlos.

Don Panta ya casi no se da cuenta de nada.

Va perdiendo, poco a poco, la conciencia de cuanto lo rodea. Es como si lo hubieran golpeado con una estaca en Ja nuca. Todo se le mezcla, todo le da vueltas, todo se le ya borrando lentamente. Otras imágenes, en cambio, se le vienen al cerebro, se le precisan con fuerza. Sobre todo. imágenes de sus trabajos en las islas, o por arriba, las otras veces que pudieron engancharlo, barqueándolo en la balandra, como si fuera un palmero

Y, de pronto, lo ve todo claramente.

Es en como si de nuevo estuviera viviendo esa vida que parecía haber olvidado. >

Se ve primero en la desmontada, tirando hacha desde la mañana hasta la noche,

Es lo intrincado de la selva,

Los árboles colosales se avientan unos contra otros. Se desarticulan, se aplastan. Llueven alaridos en toda la montaña. Los animales huyen. La angustía se enreda en el pecho de los hombres. El sol les quema los músculos inmisericordemente. Se grita y se quisiera huír. La equis rabo de hueso se lleva unos cuantos. En mancha de vómito, le danza el amoratamiento de las carnes ácidas; la marcha de los cadáveres sobre el río, disputados entre las fauces de los saurios voraces; la devuelta a San Manuel de los trofeos de la barqueada Y otra vez la algarabía de la montaña. Otra vez el torbellino de los pobladores de la tierra. El huracán de los ojos aterrorizados. El acesar ciclónico de los pechos jadeantes, Y, por entre las redes absurdas de las frondas, el Sol, Siempre el Sol. Y el Mayordomo, al fondo, con su sombrero de toquilla, Y una pluma de guayacán para elevar los puntales. Y la caída de los puntales en los riñones. Y la orina teñida de rojo. Y la canción de la selva, hecha tragedia en los hospitales humildes. La no devuelta a San Manuel. Acaso el olvido para siempre. La luz cegada para todos. La inconsciencia ante los relámpagos que se extienden en el cielo y en el fondo del alma, La avidez telúrica en el regresar al caos de las sombras. La noche escarbando perennemente hasta la angustia de las uñas que se quiebran contra los troncos en la huída de los muertos.

— Maldita sea!...

Ahora cambia la visión.

Es en las mangas, en las trochas casi inaccesibles. Sacando riostras, calces o durmientes. Arrastrando los polines, a puro esfuerzo humano o. cuando más, ayudados por mulares. Todo el día forcejeando con los palos que no quieren abandonar su sitio.

Agujereados por las puntas mal cortadas de las trochas. Con los pies hinchados de tanto golpear los sartenejales infinitos. Y arrastrarse, siempre arrastrarse, subiendo y bajando los cerros, como cientopiés enorme, pegado eternamente a la tierra... Y, otra vez, la llamada del desmonte, la repicada de los palos menudos, de los maderos inservibles, de las ramazones innumerables. Otra vez el jadeo del hacha remecida. Otra vez el brindarse al pachón que enfebrece, o a la sallama que desgarra, o a la coral, o ala sol, o a la equis que matan al instante. Y todo en plena indefensa, descalzos, casi desnudos, hundidos en el trabajo agobiante.

En seguida, el incendio del desmonte. Las mangas guías de la candela. El trabajo, hecho entre las lenguas de las lamas. Los cuerpos que se betean de rojo. El infierno. Y cuando una ráfaga de sueste viene; y cuando el fuego embravecido quiere dominar la voluntad de los hombres... meterse entre las llamas! Asarse vivos! Asfixiarse, para controlar el incendio! Mientras se ve, tras de los rojos cortinajes, tras de las grises colgaduras que enseña la montaña, el cielo azul, que parece una protesta.

Después el tablero de la montaña pelada, Las manchas blancas Y negras que deja la quemazón. El recuerdo, en llagas y en inflamaciones, que se lleva en el cuerpo. Las primeras lluvias. El amancay que ríe con risas blancas, sobre toda la tierra. El verde que decora los horizontes. Las sartenejas que se enternecen y se ablandan, que se tornan plásticas, acariciantes... Y, para poner punto final, la siembra. Es la resbalada de los cerros. El espeque viril rompiendo la virginidad prieta y fecunda. Las grandes carreras tiradas a piola. La semilla regada a puñados en los huecos. Y viene la lucha entre las plantas que sembró la mano del hombre las que sembró la naturaleza. Entre cada calle de maizales verdecitos y temerosos, empiezan a alborotarse las verdolagas. la paja de la virgen, los bledos, la uña de gato. Hay que acercarse en cuclillas. Hay que desyerbar en cuclillas. Se utiliza el rabón corto y ancho. Se va a veces despapando, para que no vuelvan a salir más yerbajos. En tanto, los mosquitos se aprovechan. Se prenden en las espaldas desnudas. Parece que fueran tatuajes de sangre, Por más que se les espanta con el sombrero, con el humito. ellos persisten. A los pocos días, empiezan a palidecer más aún los hombros. Sienten, al principio mareos. Después, les da fiebre. Tienen un agotamiento máximo. Andan temblando. chocando diente con diente, en fríos atroces. No pueden —realmente-- trabajar. No pueden hacer el menor movimiento. Pero son obligados a salir de su petate, casi arrastrados u viva fuerza. Y solo cuando se desploman en los desmontes, cuando se han tornado esqueléticos, imposibles de rendir nada, los mandan en un viaje de Ja balandra a Guayaquil. A muchos, les ha caído mazamorra en los pies. Poco a poco, se les van pelando, especialmente los dedos. Primero son unas picazones feroces, horribles. Después, van quedando los huesos al descubierto, Dan ganas de rascarse y rascarse siempre. Se hacen sangre con las uñas. Pero continúa siendo mayor la pizazon que el dolor. Cojeando, medio podridos, haciéndose remedios imposibles, suben, otra vez, los cerros. Van, otra vez, van cortar las yerbas mentidas, la verde barba de la montaña...

Entonces, solo queda el alcohol, el nere alcohol de caña.

El alcohol se reparte todos los sábados. Los cholos beben y beben. Y a medida que el líquido llameante les va quemando la garganta, se sienten distintos, Se olvidan de todo cuanto ocurre y arman, como pueden, sus fiestas extrañas. Se baila, se canta A veces surge un último rincón de coraje no perdido todavía. Y, entonces, tiran del machete. Se baten en la oscuridad dela noche. Brillan las armas entusiastas. Podo el mundo los rodea. Llueven gritos incitando a Ja lucha. Pero el Mayordomo asoma y los aparta. El canto de los machetes se estrangula. La noche les crece en los ojos y en el alma.

El último refugio es la mujer.

El que tiene una mujer es en esta época el dichoso. Todo su afín de olvido, su anhelo de vida distinta se concentra en el cuerpo tibio y suave de la compañera. Se entregan allí con toda la existencia. Se resarcen inconscientemente de Ja clavada del espeque: sobre la tierra ajena. Lo hacen copiosa. abundantemente. Amanecen, por eso, con ojeras enormes. Púlidos. Vacilantes. Como si el paludismo les hubiera dado una feroz mordida.

Pero, al igual de la tierra, las hembras son fecundas.

Y, de año en año, va aumentando el rosario de los hijos famélicos.

Parece volver en sí.

Tiene reseca la garganta, como si se la hubieran picado con un serrucho. Miopemente, da una mirada a su derredor. El poco líquido que aún tiene en el cuerpo se lo está sacando el sol. Confusamente, piensa si ya don Merelo se habrá ido de San Manuel, o si estará allí todavía; si lo estarán buscando; si su hijo estará muerto de verdad o será sólo una ilusión dolorosa; si Nicomedes y su gente lo siguen acompañando: si...

— Nicomedes!... Nicomedes!...

— Mande, don Panta!

— Nicomedes!... Nicomedes!...

— Diga usted, don Panta... Aquí estoy!...

Nicomedes se acerca. Lo coge de un brazo. Don Panta tiembla, asustado. Mira atentamente, fijamente a su derredor.

— Todavía están aquí?

— Todavía!

— Ajá!...

Confusamente, piensa que podrían, regresar, El Blanco ya debe de haber regresado, Nunca está más de dos días. Pero. Y si los manda a pudrirse en una cárcel, en el Morro? No! Lo mejor es huír! Huír!... Ya deben de andar cerca de algún poblado, Y sino, lo que Dios quiera!

— Ajá!...

Los hijos de Nicomedes se arrastran, pegados al Viejo. A cada instante, murmuran, con voz desfalleciente:

--- Agua!... Un poquito de agua

— Ya mismo!.

— Agua! Aunque sea una gota

Don Panta escucha la palabra "agua" y se le erizan los cabellos.

De nuevo vuelve a hundirse en sí mismo; de nuevo le vuelven las imágenes del pasado, y el presente torna a borrarse, u ser lejano, intangible.

Se ve, ahora, en los arrozales de arriba.

El sol hace hervir el agua empozada. Las vegas que el río lame con sus millones de lenguas, se sorben a los hombres. Acechan, desde el fango, los lagartos traidores, las víboras pérfidas. Las canoas balumosas se arrastran perezosamente. El invierno hincha la corriente y envía sus legiones de plagas. Los hombres mezclan el sudor de sus carnes con el sudor de la tierra y el cielo. Se creyera a ratos, que los arrozales son millones de cuchillos de oro para raspar la piel de los trabajadores.

El sol se hace fortísimo. Los mangles brillan, enrojecidos; brillan las espaldas de Jos hombres encorvados. Fay momentos en que parecen arder, como si fueran carbones encendidos,

De pronto, se le afloja una mano. Le falsea un pie. Pierde el equilibrio. Cae pesadamente sobre el mangle. Resbala, Cuando lo quieren contener, ya es tarde. Se desploma violentamente, entre las ñangas, sobre el fango,

Nicomedes salta a su lado.

— Pero, don Panta, qué le pasa?

El Viejo se lo queda viendo, con una mirada vaga, extraviada.

Después, murmura sencillamente:

— Agua!,.

— Un momentito, don Panta! Ya mismito!...

— Agua!...

Entre todos, como pueden, lo levantan, lo arrastran, con mil dificultades, Haciendo esfuerzos sobrehumanos, lo ponen encima de los mangles. Pero el cholo no puede tenerse en pie:

— Agua...

— Un momentito, don Panta!

— Agua!

Como que vuelve en sí.

Los mira con ojos asombrados, sin comprender, preguntas

— Ya se habrá ido don Merelo?

— Ya se ha de haber ido!

— Ahá!…

Y para complacerlo más, le lanzan su mentira:

— Hasta acá se ha oído a la Sulinterma!…

--- Ajá

Por fin, logran ponerlo de pie e iniciar el camino.

De pronto, cuando menos lo esperan, oyen correr el estero.

Los hombres se entusiasman. Un grito se escapa de sus pechos:

— Agua!

Parecen haber olvidado que es agua de mar, agua salada, agua que no sirve para matar la sed!

— AGUA!…

DELIRIO

Es el estero? Sí, Es el estero.

Y cómo bailan los mangles! Como saltan!

Dizque los mangles están llenos de Tin-tines. Por las noches, salen estos a cazar las mujeres de la costa, llenos de apetitos bestiales. Suben a las casas, adormecen a los hombres y cabalgar sobre la carne prieta y pulposa que les tienta. Son pequeñitos, melenudos, con un cigarro enorme quemándoles la boca. Tienen la cabeza chata y grandota. (Los Tin-tines que dejan las mujeres preñadas.) A veces, conversan con los cristianos difuntos. Se los ha oído, con la llena, en los aguajes. Para darles pique a los más bravos… dizque hasta tiran hacha en los ñangales.

Ah! Y cómo hay simbocas, cangrejos, conchaprietas y jaibas!

El manglerío se enciende de colores. "Que vengan, que vengan!" Crujen las ramazones altas. Los crustáceos se acercan. Van creciendo lentamente, lentamente. Sus tenazas formidables se confunden con las ñangas. Poco a poco, se enfurecen. Avanzan, avanzan. Pelean entre ellos. Se estiran. Se encogen. Se agrupan, se dispersan. Los cangrejos irritan sus caparazones sangrientos, Sus manos garrasposas se extienden, en apretones imposibles. Lanzan su chisguetazo de agua desafiante. Perpendicularizan sus ojos durísimos. Se creyera un ejército de azulirrojos soldados llameantes.

Y cómo resopla el fango. Y cómo el fango se hace oleadas de jejenes, el fango de millones de bocas, el fango que quisiera tragárselo todo.

—No! No! Es que no quiero. Ven, don Nicomedes! Don Nicomedes! No quiero!

Don Celeste llega dando cabezadas. Los mangles lo pelotean. Ahora brincan los crustáceos. Los racimos de ostiones se desflecan en sartas. Hierve el agua empozada de los huecos. Todos lamen la barriga oleaginosa de don Celeste.

Y don Celeste ríe. Ríe.

— Vea, don Nicomedes, vea!

Don Celeste se va acercando.

Hincha los carrillos. Hace señas amistosas, Después. gruñe.

A Nerea quiere salir corriendo. «Deje, don Celeste, deje!» Lleva un guiñapo de carne podrida en los brazos. Sobre ella, ya una gallinazada revoloteando. Deje, don Celeste, dejel» Don Celeste, Deje!» Don Celeste sigue riendo. Estira las ávidas manos regordetas. Los mangles se mecen como hamacas. Ña Nerea corre, Lleva en alto, como una bandera, el harapo de carne sanguinolenta y fétida. «Deje, don Celeste, deje!» Los mangles ayudan a la carrera, Todo gira vertiginosamente. Don Celeste sigue atrás de ña Nerea. Las ramazones le yan arrancando los pocos trapos a la chola, Rápidamente, hasta dejarla desnuda. "Deje, don Celeste, deje! No ye que el muchacho se está pudriendo?..."

— Ven, don Nicomedes! No está viendo, don Nicomedes?

La carrera se prolonga,

Ahora, los crustáceos, el fango, el estero, los peces: todos, todos, absolutamente todos toman parte. Parece que se tornaran en un oleaje tempestuoso, de pleno vértigo, Y la carrera signo. Sigue. Ya la alcanza don Celeste. Ya estira las manos. Ya la agarra brutalmente. La palpa. La sacude. Le quita el cadáver deshecho del crío. Le da vueltas y vueltas en la mano, cogiendo viada, como si se tratara de una atarraya de carne. Después, lo lanza furiosamente. Es igual que si el cadáver emprendiera un vuelo. Choca

contra un tronco de mangle. Se estrella su cabeza. Se hace una sola masa, una sola masa extraña y sanguinolenta.

— No lo está viendo don Nicomedes? No lo está viendo?

Ya están! Ya están!...

Don Celeste se ha despojado de sus ropas. Ya están! Es una fiesta de cuerpos movedizos, Doña Nerea se agita, protestando. Se agitan los mangles, en torbellino. Se agita el sol, las ñangas, el estero. Después, desciende todo, absolutamente todo. La pareja retorciente cae al fondo, al estero, a la sábana del líquido fresco, acariciante.

— Agua!...

Parece que le arañaran la garganta. Se le habrá enredado algún camarón brujo en el cuello? O se le habrá adherido una ñanga de ostiones, o un racimo de cangrejos?

— Agua!... Agua!...

Va, ahora, detrás de don Celeste.

Se mete en los ñangales, se hunde en el agua. Al fin, lo alcanza, como si fuera un catanudo. Entonces, agarra el ostión más grande y filudo y, lentamente, igual que si abriera un cazón, lo empieza a hacer tirillas. Brota la sangre a borbotones. Se tiñe el estero. Ña Nerea nada, fugando. El, acá, en tanto, se divierte, Introduce su mano violenta en el vientre abierto. Lo destroza todo, lleno de rubia. Sangre, excrementos y carne se aplanan sobre el lodo. El manglar entero se inclina para ver, para escuchar. Los millones de ojos de los peces y crustáceos se apiñan espectantes.

Don Panta es feliz.

Pero, otra vez --maldita sea! -- otra vez Parece como si el propio don Celeste le clavara las uñas, como si con un rabón le estuvieran picando las tripas.

«Ah, don Nicomedes!.

— Agua!... Agua!...

«Vea que usted es, don Nicomedes».

Cuando don Panta vuelve en sí, está solo, completamente solo.

Solo, en los manglares, tirado sobre las ñangas resbalosas, sobre un montón de ostiones desafiantes, mientras el estero --lentamente -- ya subiendo.

Dichosamente, sólo so da cuenta unos segundos.

Después la noche eterna de los manglares taciturnos canta en sus ojos.

CAP. II

— Y para dónde vamos?

—Uhm! No sé!... He oído al piloto que a San Manuel.

— Así ha de ser. Y qué iremos a ver, ah?

— A lo mejor, gente!

— De verdad! A lo mejor...

A la salida de Cascajal, el viento está violentísimo.

La vieja Sulinterma salta ruidosamente, monótonamente. Cachaplás-cachaplás!.....Como que masca las olas. Como que las masca, haciéndolas polvo de espumá que se ya a desmenuzar contra la proa. Cachaplás-cachaplás!...

A lo lejos, brincan algunos bufeos.

Se les ve aparecer igual que una rúbrica gris, juguetones, alegres, en un constante ir y venir, llegando, en ocasiones, hasta muy cerca de los trancaniles.

— Ven que hay bufeo, no?

— Es que ha de estar bravo por afuera, pues.

— O ha ocurrido alguna desgracia.

— Así es... Dicen que los bufeos...

Los interrumpe la voz macheteante del piloto:

— Alista la comida a don Merelo.

— Enseguidita, don Modesto,

Nemesio coge una estopa de coco seco, La prende haciendo una especie de nido en el fogón, con pequeñas astillas, Sopla largamente, pesadamente, hasta que surge un alegre chisporroteo, Después, lava las ollas, el arroz, la menestra. Pone a hervir agua. Vuelve a soplar esta vez con su sombrero de hoja de palma --la candela prendida. Y regresa donde Banchón.

— Ya está, don Modesto.

Están tirados al pie de la bita, descansando sobre las cadenas y los cabos.

Por los huecos abiertos, entre cuaderna y cuaderna, miran el juego incesante de los bufeos, que forman una serie de collares de colas, que siguen acercándose y alejándose, indefinidamente.

Banchón, pasado un rato de silencio: vuelve a hablar.

— Vea que los bufeos son condenados, no?

— De verdad Chachito,

— Pero al cristiano, hay veces lo ayudan.

— Así me lo han contado,

— Y así os, Boca de Jaiba. Así es. Yo que he viajado, te lo puedo decir. A mí mismo me han ayudado, para que usted lo sepa.

El acento de Banchón -- cosa rara en él se hace confidencial.

Mira lejanamente cuanto lo rodea: los mangles distantes, apiñados en almácigos copiosos, sobre las islas enormes; las olas, como algarabía inaudita de millones de. serruchos blancos; el cielo, salpicado de nubes juguetonas, que se dijeran bufeos multicolores, desafiando a los bufeos monocromos del mar.

Nemesio -- Boca de Jaiba como lo llaman -- se vuelve todo oídos.

A veces le gusta oír también. Sobre todo cuando habla Chachito Banchón, que ha viajado tanto.

Y Chachito principia:

— Te acuerdas de cuando se fue a pique la Celinda María?

— Eso no se pregunta. Quien no van acordarse? No fue a la que le hizo el milagro San Antonio, metido en su urnita?

— La mismita! Es que San Antonio es bien milagrosísimo, Te acuerdas? Por el santo se salvó la toldilla; dizque la encontraron abajo, abajo, ya casi para salir a Chupadores. Lo demás de la balandra se había ido al garete. No se encontró más nunca ni rase Solo la toldilla, porque tenía la urna del Bendito debajo, se salvó.

— Así es. Por eso mismamente es que todos creemos en San Antonio. Yo no lo cambio por ningún otro santo.

--- Ajá... Pues yo estaba en la Celinda María la noche que se hundió...

Nemesio lo mira asombrado.

— Vos?.....Y cómo dijeron que toditos se habían muerto?

— Toditos sí... Pero menos Yo?

— Y cómo nunca me habías dicho nada?

— Ahí verás, pues!.....Es que hay cristianos que nos comemos las palabras. Pero de estar.....claro que estaba! Fue por el Fuerte de Punta de Piedra. Era una noche negrísima. No se distinguía nada, Estábamos en invierno. Íbamos muy tranquilos.....De repente, vino una ráfaga de viento sudeste. Y allí fue la

de Dios es Cristo!..... Vos sabes como sopla el condenado ese. No nos dio tiempo para nada. Nos clavó de pico. Dimos vuelta de campana... Y sólo yo quedé, para contar el cuento! Los demás, estaban durmiendo bajo la toldilla, basta el piloto que me había dado la caña para descansar un rato.....Me creo que no tuvieron tiempo ni para «darse cuenta. Quién sabe cuántas tarradas de agua se tragarían. Y que estaba saladísima la maldecida!.....

— Feo, no?

— Claro que fue feo! Lo que pasa es que el agua me respeta, Así somos algunos cristianos.

— Así es... Y los bufeos?

— Eso vino despuesito. Yo, cuando me di cuenta bien de lo que estaba pasando, quise buscar a los muchachos, más que sea, que iban tres. Me metí debajo de la balandra, que se mecía como hamaca en velorio. Para algo sé nadar un poquito,

— Así es Chachito.

— Ya iba a entrar a la toldilla, que estaba completamente a pique. Quizá hasta hubiera podido salvar a alguno. Quién sabe, nol... Pero sentí acercarse un oleaje, Escuché un nado Fortísimo. Y me dio canillera, palabrita de Dios que me dio canillera. Fue como si me hicieran cosquillas en toda Ja espalda, Y ahí verás, no pude aguantar!

El recuerdo le hace fruncir las cejas,

Su acento se hace más confidencial aún, Nemesio lo escucha en una tensión sobrehumana. Solo se oye el alegre chisporroteo de la candela, el agua de la olla, que empieza a hervor, y, allá abajo, el agua rabiosa de Cascajal, que masculla imprecaciones.

Banchón continúa;

— Me trepó, como pude, sobre el casco, que estaba cuarteado por los ostiones y baboso por las lamas. Y allí, agarrado de la quilla, encomendé mi alma a Dios. En esto, sentí, a mis pies un tapazo. Y, después, un coletear furioso. Esto me hizo dar más fuerza, y como pude, me empujé, por las junturas de las tablas garrasposas y me encaramé en la quilla. De allí, miré para abajo. Y, al hacerlo, se me pusieron los pelos de punta... Sabes lo que vi?

— De dónde voy a saberlo, Chachito?

— Pues, ahí verás. Rodeando la balandra; nadando furiosamente, abriendo unas tapazas grandotas, estaba un lagarto como de cuatro varas. En la noche brillaban sus dientes filudos. Yo, aunque no quisiera, sentí que se me encogían las tripas. Para que usted lo sepa!...

— Se la doy a cualquier cristiano, Chachito! No es para menos.

— Y lo peor es que el lagarto estuvo tiempísimo cazándome. Como si yo que estaba yiyo era el único que le provocase...

La voz de Banchón se hace apasionada y violenta. Le brillan los ojos. De vez en cuando, agita las manos, dándole más énfasis 4 su relato. Nemesio sigue con los ojos ansiosos la mínima de las palabras y el mínimo de gestos.

Y el relato continúa:

¿La balandra seguía empujándose durísimo. Es que estaban en vaciante y el Guayas corría como una tintorera celosa, Hacía un frío terrible. El, Chachito Banchón, no sabía qué hacer, todo erizado y estúpido. Cuando en eso el lagarto se pegó una zambullida.

— Viendo que no podía hacer nada con el vivo, se largó a buscar a los muertos... Maldecidos!...

Lo sintió sacudirse bajo la ramada. Lo escuchó golpear furiosamente, con Ja cola, las paredes de la balandra. Lo escuchó abrir y cerrar sus tapazas enormes. Y ahí si pareció que le mordieran la nuca Ahí todo le dió vueltas. Sintió que temblaba, Sintió que los dientes le bailaban, como cuando tenía calentura con frío... Aunque no podía ver, le parecía que el lagarto, ante sus ojos, se comía a los muchachos, al piloto y a la mujer. Le parecía verlos hechos pedazos echando sangre por todos lados, desapareciendo en la barriga acorazada.

— Qué tonto estaba, verdad?

— Se Ja doy a cualquierita, Chachito.

— Pues como te iba diciendo, ya no daba ni medio por la carne de esos cristianos.

¿En eso, escuchó un escándalo feroz en el agua, Fue como si un cardumen enorme de lisas se agitara. Sintió sacudirse más fuerte la balandra. El escándalo se aproximaba, se aproximaba... Vio, por fin cientos de animales oscuros, agitándose en la noche. Los vio brincar velozmente, como nunca viera brincar a ningún pez. Y, cuando menos acordó, la balandra estaba rodeada completamente. Daban a manera de volantines. Los vio aparecer y desaparecer, como si de repente se los hubiera tragado el agua... En esto estuvieron un rato más o menos largo. Después, advirtió que se peloteaban algo que al principio no pudo distinguir muy bien, pero que después se convenció que era uno de los ahogados...

— Los bufeos, no?

— Los mismísimos.

Y no se contentaron con sacar uno. En seguidita sacaron otro, y otro, y otro, hasta tenerlos afuera a todos. Los tiraban para arriba, les hacían dar saltos horribles, inverosímiles, como si estuvieran bailando sobre el agua removida...

— Feisísimo ha de haber sido.

— Claro que era feisísimo!.....

El estaba como loco. Todo le daba vueltas, Le parecía que —de un momento a otro--- los condenados lo iban a arrastrar hasta el mar. Pero, después vio que los ahogados y los bufeos se alejaban. continuando su espectáculo macabro. El lagarto, sin duda, habían huído. La balandra se mecía dulcemente y se dejaba llevar por Ja corriente hacia abajo, siempre hacia abajo.

Nemesio queda un rato pensativo.

— Á cualquiera se la doy, Chachito.

— Es que para algo somos del agua, pues... A él lo habían encontrado al día siguiente. Estaba medio muerto de miedo. Había perdido hasta el habla. Le dolía el cuerpo como si lo hubiera apaleado. Estaba tirado sobre un bajo, viendo visiones, como si estuviera soñando, Aunque no lo recordaba claramente, podría jurar que lo habían peloteado los bufeos...

— Y los ahogados?...

— Ahí verás. Para no alargarte el cuento te diré que los hallaron sobre un barranco, Estaban magullados, desgonzados, hasta pedaceados en ciertos lados. Pero --esto si-- completitos, Apenas si a uno de los muchachos le faltaba una mano. Cosas del lagarto, serían!...

SAN MANUEL

El puerto es pequeño. Apenas, una ensenada --casi un esterillo-- desprovisto de mangles.

La balandra penetra con la llena,

Amarran los cabos a unos troncos mochos de la orilla. Clavan unas cuantas palancas, para sostenerse, cuando la vaciante seque el fango. También tiran amarras a los pocos palmeros. Y la Sulinterma entra majestuosamente, siendo rodeada de inmediato por los cholos que esperan en la orilla.

Se tiende una plancha de laurel. Se bajan las velas. Se recoge la escota. Se aflojan los amantillos, y se espera.

Don Merelo sale de la ramada.

Camina difícilmente, bamboleándose, como si se tratara de una balumosa embarcación de carne. Al andar, los músculos se le alborotan, se agitan, se

tuercen. Va totalmente vestido de blanco. Gruesas botas altas la resguarda las piernas. Lleva un puñal y un revólver colgados del cinto. Un sombrero de toquilla de «amplias alas lo protege del sol.

Don Celeste, que encabeza la multitud, es el primero en subir a la balandra.

Se inclinan grotescamente, Y saludan:

— Buenas tardes, don Merelo.

— Buenas, don Celeste.

— Qué tal viaje ha tenido?

— Regular, no más. Al pasar Cascajal me puse un poco malo. Estaba bravísimo por esos lados.

— La falta de costumbre, don Merelo.

— No sólo eso... Las mares… Las mares que nos mecían como hamacas.

Algunos cholos suben a la balandra. Saludan con respeto y con miedo a don Merelo. Machos lo conocen desde hace tiempo por haber trabajado con él en esos lados,

Después de algunos instantes, don Merelo y don Celeste se retiran dentro de la ramada. Allí, encogidos, van hasta cerca del baúl. Don Merelo lo abre y saca una botella.

— Un traguito, don Celeste?

— Nunca me ha hecho daño, que digamos.

Saca dos vasos. Sirve en ellos, Vuelve a guardar la botella.

— Porque vayan bien los negocios, don Celeste.

— Lo mismo le digo, don Merelo.

Beben.

Y, después del primer trago, el viajero se acerca al otro casi hasta tocarlo. Con acento confidencial, le pregunta:

— Todo listo.

—Todo…

Una sonrisa le ilumina el rostro.

— Ajá. Está bueno. Y como cuántos tiene?

— Unos diez, me creo.

Don Merelo se desilusiona.

— Uhm! Yo necesito más, Diez no me alcanzan para nada. Debo llevar algunos para San Pancracio, donde el dueño de la balandra, don Néstor.

Don Celeste ríe maliciosamente.

— Eso no importa, Con una pigricia de maña...

— Ajá!...

Abre de nuevo el baúl, Y torna a sacar la botella.

— Otro traguito don Celeste?

— Como usted diga, don Merelo,

— Creo que nos irá bien esta vez, verdad?

— Así ha de ser. Todo es cuestión de entenderse.

Afuera, en la cubierta, conversan los cholos.

Se hacen recíprocas preguntas, sobre todo a Chachito y a Boca de Jaiba, que vienen de las islas, donde muchos «e ellos tienen familia. Sólo don Modesto no charla. Está serio, cejijunto, arrimado a la bita, contemplándolo todo, como si viera --sencillamente — arrugarse una vez más la verde superficie del mar.

Y dentro de la ramada continúa la conversación confidencial.

— Ha traído algo de puro, don Merelo?

— Claro! Eso no me falta nunca,

— Yo les brindaría.....

— Por qué no? En seguida!

Y elevando la voz:

— Modestoooo!

— Mande, don Mereloooo!

— Bríndales algo de puro a los muchachos...

— Ya está pués...

Ruge el estero en vaciante. El sol muere, Se estremecen los mangles. Unas cuantas tijeretas pescan, desde lo alto. Se ye sobre el fango, algunas simbocas o cangrejos, saliendo de sus huecos. Las ñangas se pelan, a medida que vacía. Enseñan sus sartas de ostiones pequeñitos, no "hechos" aún. De vez en cuando, cruza una chaparra, se escurre una jaiba, se abren las conchaprietas, empieza a torear la vaca de agua,

Don Modesto, acompañado de los marinos, principia a brindar el aguardiente.

Dan a todos los cholos, que yan acercándose, acercándose, en masa.

Poco a poco, el alcohol empieza a brincar en la garganta de los hombres, quebrándoles la realidad, incendiándoles las carnes, masajeandoles el cerebro, matándoles los recuerdos, las esperanzas, los apetitos creadores.

Allá, en la sombra de la ramada. la risa conejil de: don Celeste tiene ráfagas diabólicas.

EL ANZUELO

Conversan --ahora-- en la tienda,

Una lámpara de kerosen ilumina débilmente la escena. Están sentados frente a frente, sudorosos, jadeantes, con el rostro hecho incendio, con el corazón latiéndoles apresuradamente.

Sobre el mostrador, siguen la botella y los vasos. De vez en cuando, estiran la mano y:

— Salud! Salud, don Merelo!

— Salud! Salud, don Celeste!

De afuera, llega la algarabía de los cholos febriles.

Se divierten en la plaza, frente a la tienda.

Unos ya están rodando por el suelo; otros, se abrazan y caminan, en marcha dispareja, pegajosa, bamboleante. Los más, están sentados bebiendo, bebiendo incansablemente. Muy de tarde en tarde se escuchan vivas a don Celeste y a don Merelo. A veces, surgen voces en disputa, insultos mascados acremente, frases de conciliación y, a veces, hasta el agrio y seco tono de los golpes, hasta el tintinear de los machetes. Todo en abigarrado conjunto; en disforme coro creciente y extraño.

Acá en la tienda, los ojos miopes tratan de seguir el proceso de la embriaguez,

— Ya están medio doblados, no?

— Usted lo ha dicho don Merelo.

— Ja, ja, já! Lo que es la vida, no?

— De verdad. No saben lo que los espera.

— O si lo saben, se resignan. Qué les queda?

— Así es. Qué les queda?

Don Celeste se levanta y da dos pasos temblequeantes.

— Quiere esperarse, don Merelo? Bajo en seguida!

— Pero no demore. Tenemos que hablar mucho aún.

— No. No me demoro.

— Ya está, pues.

La noche sigue adentrándose en el ambiente. En la plaza oscurecida difícilmente se pueden distinguir los perfiles humanos.

Sólo es una gran sombra batida, agitada, verdadero pulpo de innúmeros tentáculos.

Don Celeste sube vacilante la escalera. En su rostro se dibuja una sonrisa demoníaca, Apenas está en el piso de caña crujiente y sucio, llama:

— Jesusa!... Jesusa!.....

— Mande, don Celeste!

— Ven un momento.

— En seguidita!

La casa sólo tiene dos habitaciones, divididas por una pared de caña picada. En la una, en la que está la escalera, se ve un fogón hecho de barro. Hay también una hamaca. Racimos de verdes cuelgan de las paredes, en las varengas. Cajones de víveres y unos pocos utensilios ruedan por el suelo. Hay, finalmante, una gran botija de barro llena de agua. En la otra habitación están las camas de cuero de venado y los pocos, los poquísimos trapos.

Jesusa surge en la puerta de la pared divisoria.

— Aquí estoy, don Celeste.

— Acércate!

— Dígame, don Celeste!

El hombre titubea un poco. Como no va a titubear. Siempre es duro hablar de estas cosas. Quién sabe si sería mejor no hacerlo, Pero no tiene más remedio, no puede dejar pasar una oportunidad como esta, Puede ser el mejor negocio del año... Además, el alcohol le pone una rúbrica de audacia en las acciones.

Para animarse él mismo, dice en voz alta:

— Ya estamos en el potro. Y qué le vamos a hacer!

Y acercándose a ella, hablandole un poco más bajo:

— Don Merelo va a dormir aquí un rato.

— Ajá... Y eso?

Aquí viene lo más difícil. Se acerca más aún. Le habla delo malo que ha estado el verano, de la poca toquilla, de los escasos embarques, «de la falta de dinero, de las necesidades de todo el pueblo, de sus propias necesidades... Y, después, le habla también de hermosos proyectos, de promesas cautivadoras, de bellos trajes de colores, de casas cómodas, hasta de un paseíto a Guayaquil... Finalmente le insinúa que debe ser complaciente con don Merelo, que esto puede ser la clave de sus problemas, Ja realización de sus deseos. Don Merelo tiene algo de plata. Con el se puede hacer mucho. Pero hay que complacerlo. Además, ya esta viejo. A lo mejor será cosa de un momento... Y eso, si es que el hombre se anima... En estos tiempos hay que ser vivos «antes de que nos coja el tigre».....Por otra parte, el hombre no sabrá ni de quien se trata. Se irá esta madrugada con la vaciante. Sólo ha venido a llevar una barqueada de peones. No se debe temer nada. Hay que hacer un sacrificio.....

Ella intenta protestar:

— Pero cómo quiere usted que yo?...

No le basta haberla conseguido a la fuerza, valiéndose de todos los medios? Todavía quiere que lo haga con otro? No! Eso sí que no, don Celeste! Por favor, eso sí que no!... Si algún día lo llega a saber su marido! Si algún día alguien le va con el cuento!... No comprende que él puede saberlo cuando salga de la cárcel? No comprende?

— Cómo quiere usted que yo haga eso, don Celeste?

Pero la resistencia lo único que hace es irritarlo.

— Tienes que hacerlo! Me conviene... y te conviene a tí, también! :

Abunda nuevamente en razones, Pero esta vez son razones preñadas de amenazas.

Si no lo hace, dejará que su marido siga pudriéndose en la cárcel, Además, por qué no hacerlo? Qué le cuesta? Será cuestión de poco, de poquísimo tiempo. Y eso, quién sabe! A lo mejor, el viejo prefiere dormir tranquilo! Tiene que hacerlo!... No faltaba más! Que por un capricho tonto, fuera a perder un negocio. Lo tiene dispuesto así. Don Merelo debe estar contento, satisfecho. Así no discutirá nada, pagará bien por la gente y le reconocerá todas las deudas. Necesita muchos peones, para él y para otro blanco de adentro de los Chupadores... Tiene que hacerlo! Aunque no. quiera tiene que hacerlo!

— Sino, tu marido se pudrirá en la Cárcel!

Por los ojos de la mujer asoma una llamarada de odio y de protesta. Pero ni una palabra asoma a sus labios. Inclina sencillamente la cabeza. Sus carnes le trinan impotentes,

Por un instante, le danza la imagen de su hombre. Lo ve a su lado revoleándose amoroso, en los días felices. Lo ye, después, cuando lo engancharon por la deuda. Lo ve, finalmente, allá, en algún rincón de la cárcel, donde estará entumido, cruzándole las piernas, palúdico y triste. Y todo esto, si es que vive. Y todo esto, si es que no lo ban llevado a Guayaquil... o quién sabe dónde?

Entonces un fatalismo de bestia acorralada le ensombrece los ojos.

— Está bien, don Celeste. Está bien!

Con una sonrisa de satisfacción, regresa a la tienda.

— Hoy me dieron una mala noticia, don Merelo.

— Cual, ah?

— Que Pantaleón se ha largado,

— De verdad?

— Sí. , De verdad!

— Está malo eso,

— Claro que está malo! Era un macho para el trabajo,

— De los mejores que he conocido. Algo fregado, no más. Hombre de pocas pulgas...

— Se ha largado con toda la familia. También se han ido Nicomedes Lindao y su gente.

— Para dónde habrán tomado?

— Quién sabe! Me temo que no vayan muy lejos.

— Usted cree?

— Hay mucha plaga por estos lados. Ningún cristiano puede aguantarla.

— Y no los ya a mandar a buscar?

— A buscar? Acaso estoy loco? Para que no regresen los que mando? No señor!... Si ellos quieren, que se frieguen! Yo no tengo la culpa. Para qué se largaron? Cierto que pierdo algunos sucres... Pero más perdería si los buscara!...

A pesar del alcohol que ha bebido. A pesar de las perspectivas del negocio, propicio como nunca, don Merelo no puede menos que estremecerse,

— Así que usted creo?

— Que no regresan? Claro! El mangle no respeta nada ni a nadie. Al que agarró, se Jo traga enterito.

Don Merelo tose.

— Qué le ocurre, con Merelo?

— Nada, don Celeste. A su salud!

Suena una guitarra,

De vez en cuando, por las rendijas de la caña mal unida, vienen bigotazos de luz de algún candil lejano. Las risas de afuera son más estrepitosas. Los ruidos más prolongados y alegres.

Don Merelo como quien no quiere la cosa, pregunta:

— Oiga, don Celeste.

--- Qué, ah?

--- Cómo podemos hacer el negocito este?

--- Es un poco dificil, don Merelo. Usted verá... la situación... los tiempos están malos... no se hace nada...

Don Merelo ríe brutalmente, interrumpido.

--- No me venga usted con andadas, don Celeste. Esto tiene que hacerse. Usted ganará su comisión. No faltaba más. No me gusta que nadie trabaje de balde.

--- Usted tiene bastante trago?

--- Ya le he dicho que nunca me falta...

--- Entonces...

Ambos rie lentamente, fuertemente, identificándose con el proyecto.

--- Si usted quiere, puede ir a dormir, don Merelo. Yo me ocupo de todo.

--- Pero es que tenemos que irnos de madrugada. A la una, más o menos.

--- Por eso mismo, mejor es que se acueste temprano, que descanse.

--- Y al fin cómo arreglamos esto, pues?

--- De eso no se preocupe. Andes de irse, lo haremos. No hemos de pelear. No somos viejos clientes? Yo le tendré todo listo. Ahora, descanse.

--- Pero usted se va a desacomodar por mi, don Celeste.

--- No diga eso, don Merelo. No diga eso!...

Cuando se va a desacomodar en el cuerito de venado, siente que algo se mueve en el fondo del cuarto.

Por un instante se le erizan los cabellos y le da miedo. Se esfuerza por mirar. Y medio pasada la borrachera, distingue un cuerpo acostado a pocos pasos de él.

Es un cuerpo de mujer. De una mujer que por su quietud y su silencio, parece que estuviera muerta…

EL ENGANCHE

Don Celeste está en el mostrador de la tienda.

La lámpara, a su espalda, le ensombrece el rostro, difumando los rasgo esenciales. Solo se ven sus ojos, sus ojos que brillan como dos linternas. La voz le suena monótona, cansada, confundiéndose con la voz del viento que toca las paredes.

— A ver, tú!...

Uno por uno, se van acercando los cholos, Casi todos están azomagados por el aguardiente, Muchos no pueden ni tenerse en pie. Hablan mecánicamente, clavando miradas estúpidas en cuanto les rodea. No se dan cuenta de lo que están haciendo. Generalmente asienten a todo lo que el hombre les dice.

Afuera, merodean las mujeres.

Algunas aportan sus críos. Dan vueltas y vueltas, como murciélagos encandelillados. Acaso quieren decir mucho. Pero las detiene el miedo. Por eso, se contentan con hablar entre ellas o con llorar mansamente, quietamente, ante lo inevitable.

Don Celeste tiene una libreta al frente.

Cuando se acerca un cholo, hace cuentas. A medida que añade cifras y realiza operaciones, va hablando monótonamente:

— Para octubre te di un quintal de arroz, una arroba de manteca, media de fideos, media de frejoles, una de sal, una de... Para diciembre te di una de manteca, media de sal, dos de arroz, una de…

— Así será, don Celeste.

— Tú me has dado seis sombreros buenos y dos regularles… Verdad?

— Sí, don Celeste.

— Bueno. Me debes cien sucres.

— Cien sucre:

—Sí. Cien sucres, Yo le he vendido la deuda a don Merelo, sabes?

— Sí, don Celeste,

— Tienes que ir a trabajar con él.

— Está bien, don Celeste,

— El les puede dar algún suplido, para que les dejen a su familia,

— Gracias don Celeste.....

Y así ya continuando el desfile de todos, con palabras más o menos análogas,

Cuando alguno quiere protestar, don Celeste se encoge hombros:

— Como vos quieras, Te llevo donde el político del Morro. Y allí te arreglas conmigo.

Y otro entonces, se apresura a contestar:

— No don Celeste, no!.....Yo decía no más.

Poco a poco, se ya llenando la tienda,

La luz de la lámpara ilumina débilmente la escena. Unos pocos cholos siguen bebiendo. La mayor parte ya no puede hacerlo. Están aplastados, en montones absurdos, roncando estrepitosamente, mascullando frases incomprensibles, revolcándose sobre el piso bamboleante de la tienda, o sobre la tierra salitrosa de afuera, Todo en un coktail horrible de harapos humanos. Todo, en un engranaje torturante de músculos inconscientes.

Los que siguen de pie, los que todavía pueden ver, hablan a gritos.

Se abrazan y se golpean, llevando siempre la copa en la diestra. Bufandas de sombras les envuelven las cabezas. Manchas rojas y negras les decoran todo cuanto miran, Les parece que ya estuvieran embarcados y que los sangoloteara el vaivén de las aguas marinas.

Entre las sombras de la noche, las mujeres siguen afuera, rondando como fantasmas. Sus llantos son ahora distintos, perennes. En ocasiones, asoman temerosamente la cabeza por el marco de la puerta. Miran la horrible escena, con ojos atónitos. Y se encogen humilladas, mínimas, impotentes, para ser devoradas de nuevo por las sombras.

Cuando alguna de ellas se atreve a llegar hasta donde su marido, don Celeste la detiene:

— Dejen que se diviertan siquiera una ye

— Pero si ya están jaladísimos. don Celeste.

— No importa. Ya les pasar!

Los cholos que todavía conservan algo de lucidez, apoyan a don Celeste:

— Claro! Que sigan. Para eso son hombres!....

Sólo don Modesto está sereno, tranquilo, mirando con ojos fríos todo cuanto lo rodea.

Sólo don Modesto,

Don Merelo asoma, sobándose la barriga.

— Ya, don Celeste?

— Ya, don Merelo.

— Todo listo?

— Todo!

— Podemos empezar, entonces, antes de que vire el agua.

— Hay que llamar a los marinos, Solos no podemos.

Don Merelo se vuelve al piloto, que contempla impasible la escena.

— Llama a los muchachos!

Don Modesto se lo queda viendo breves instantes y murmura:

— Está bien, don Merelo.

Mientras va y vuelve, don Celeste y don Merelo aprovechan para hacer sus cuentas y Negar a un arreglo definitivo,

Afuera, está garuando.

Hace un frío terrible, que araña la carne y que parece penetrar hasta los huesos. Las luces como que quieren apagarse con las manotadas del viento. Se oye, lejanamente el remecerse de los mangles y los palos de las sábanas. Se oye, también, los débiles ladridos de los perros y uno que otro ronquido desperdigado, de las casas vecinas. A veces, hasta llegan confusas conversaciones, acaso mantenidas en la orilla. La noche se hace más negra, de una negrura impenetrable, que filtra sus dedos de sombra entre los resquicios de las paredes.

Acá, en la tienda, los hombres están tirados unos sobre otros, en posturas inverosímiles. Algunos hasta han vomitado sobre sus compañeros inundándolos. Olores terribles suben del suelo, mezclándose a la atmósfera densa del alcohol y del humo.

Don Merelo y Celeste, concluído su entendimiento, esperan impacientes.

— Usted cree que podremos llevarlos a todos?

— Así me creo. Es cuestión de un poquito de maña.

— Y las mujeres?

— Las mujeres? Apenas vean a sus maridos u bordo, se desgranan. Ya lo verá!

El piloto se adelanta:

— Aquí están los muchachos, don Merelo.

— Muy bien, Modesto.

Y dirigiéndose a ellos, agrega:

— Hay que ir despertando a esa gente y llevarla a la balandra. Salimos con esta vaciante.

— Ya está, don Merelo.

Se acercan a uno. Lo sacuden. Le alzan la cabeza, agarrándolo por los cabellos. Le dan unos cuantos golpes, hasta que medio abre los ojos y los mira turbiamente.

— Qué pasa?

— Nada! Que ya es hora!

— Ya es hora?

Se adelanta don Celeste.

— Nada, hombre, nadal Es que don Merelo los lleva a la balandra para darles un trago del ebrio se pasa la mano por la cabeza Murmura una serie de palabras ininteligibles y después exclama:

— Trago!...

Lo cogen. de los brazos. Lo levantan y medio lo arriman contra la pared.

— Espérate!

Vacilante, con los ojos medio entornados, trata de mantener el equilibrio. No se da cuenta de que es lo que está pasando. Ve que van levantando a los otros en igual forma que a él. A muchos tienen que arrumarlos, porque no pueden tenerse en pie. Pero a la mayoría de ellos, como ya han dormido un poco, pueden obligarlos a andar. Ninguno, eso sí, está en plena lucidez. Unos pocos quieren pelear. Protestan. Lanzan puñetazos al aire. Mascullan palabras sombrías y maldicientes, A ratos, se pegan de Jos marinos o de don Modesto. Otros cantan y ríen. Todo en abigarrado conjunto que la noche torna irreal y monstruoso. Las mujeres siguen rondando al derredor. Muchas intervienen para levantar a los hombres. Para ayudarlos a dar los primeros

pasos. Para arrimarlos a las paredes de la tienda, que parecen llenas de racimos humanos, como si todos los hombres se hubieran vuelto gigantescos plátanos:

REVESA DE SOMBRAS

A medida que se alejan de la tienda, la noche es más lóbrega.

Y por los sentidos seudo anestesiados, se les ya adentrando la noche en el cuerpo y en el alma.

Es como el torbellino de una revesa de sombras. No ponen los pies sobre el suelo. Los ojos se clavan adentro, muy adentro. Mar chan en marcha de sonámbulos, adheridos los unos a los otros, en rebaño de migajas humanas. A veces, se abrazan, se prenden al cuello del vecino. A veces, quisieran detenerse y huír, pero los arrastra el sentido colectivo de la barqueada, los empuja con ímpetus imbatibles, Y avanzan! Avanzan! Avanzan en una marcha dispareja, viscosa, como si se tratara de las vértebras dislocadas de una boa monstruosa. Se arrastran sobre el piso, que, empieza a cambiar de consistencia, que empieza a hacerse plástico, resoplante, fangoso. Las uñas del viento marino empiezan a querer meterse en sus narices y en sus oídos. La voz del mangle remecido los agobia y les lena el cerebro. Cada vez, se ya tornando más difícil el avance. A alguno se le torció el tobillo... Otro tiene magullado un brazo... Aquel lleva el vómito rodándole el cuello. Este se retuerce con dolores de vientre, Ese reparte golpes por doquiera, Este otro...Pero es como si betas invisibles, enrolladas a sus piernas los llevaran hacia la balandra, siempre hacia la balandra!...

Y la balandra empieza a dibujarse entre las sombras, La balandra chapotea sobre las olas, mascando la corriente,

Don Merelo --en tanto-- camina con los ojos medio cerrados, como si anduviera sobre rieles.

Se deja llevar, en medio de la procesión inicua.

La subconciencia le trabaja incansable: Haciéndole cálculos sobre el rendimiento de cada uno de los hombres. Imaginándolos ya curvados en la

faena. Viéndolos tendidos sobre los desmontes interminables, arrancándole a las ubres prietas de la tierra sus tesoros inagotables. Sintiendo muy cerca el brillar de los machetes y las hachas en la lucha contra las tupidas redes de la montaña. Palpando el goce de los productos maduros, de las maderas recolectadas, de los grandes negocios en el Guayas.

Y todo, todo por el aguardiente!

Era el mejor aliado, el mejor compañero del hombre «Cómo se iban a imaginar los campesinos de "arriba", de las zonas de Milagro o Daule que esos cañaverales extensísimos que cultivaban, que ese jugo dulce de las plantas esbeltas, que esa maquinaria compleja «de los trapiches, que todas sus largas jornadas de trabajo, iban a servirle a él acá en los manglares sombríos, en las tierras resecas de la costa?

Ah, el aguardiente!

Por el aguardiente lleva esos cholos a las islas. Por el aguardiente!... Por eso, los lleva allí, como un puñado de esclavos. Por eso, van con el lomo agachado, con la. vista miope, con los músculos dormidos.

Poco a poco, la visión se le va metiendo más adentro, más adentro. A ratos le parece que ya no existe esa visión fuera de él, que brota más bien de sí mismo, de sus propios dedos crispados, de sus propios ojos atónitos de angustia. Le parece que es una propagación de su propia vida, de su propia carne, de su propio deseo. Y, de pronto, es como si un torrente de angustias se le trepara sobre los hombros para martillarle el cráneo. Los hombres empiezan u cobrar individualidades profundas, a hacerle gestos de dolor y de rabia. Los ve acercársele en acercamientos imposibles. Los siente con los ojos clavados en sus ojos. Con la boca espumosa, sanguinolenta, mascullando palabras atrevidas y amenazantes. Con los ademanes de odio satánico, con los puños estremecidos. danzando frente a su rostro... Y, entre ellos, las mujeres, en gesto de dolor inaudito. Las ve estremecerse sobre los pajonales áridos de los veranos moribundos. Las ve espolvorearse, en huracán de carne molida, deshecha, sobre las ondas del viento norte. Las ve desaparecer en las grietas de la tierra sedienta. Pero, destacándose, dominando, siempre la veracidad asesina de los rostros de los hombres. Las bocas crispadas. Los ojos desorbitados, Los dientes clavándose en su propio cuerpo. Devorándolo a él, con un apetito henchido de odio vegetal, pegado a la tierra, como un árbol. Y entonces, quiere correr él, también. Entonces, la vida le crece, como un ansia de fuga. Pulpa el vacío con sus manos heladas. Ríe con una risa de calaveras machacadas. Le tiembla en el pecho la opresión del pánico y del encadenamiento a una vida imposible. Se bambolen. como si estuviera ebrio, más ebrio que todos.

Súbitamente, en la noche profunda, sin poder contenerlas, le brotan las lágrimas.

Pero esto mismo lo vuelve de inmediato a la objetividad que lo circunda.

Los cholos encadenados por el alcohol y por el hambre, Su entorpecimiento colectivo. Su marcha bamboleante. Su odio ---si lo tienen— anestesiado definitivamente. El agotamiento total. La noche. La sombra. La carne sudorosa, jadeante, maloliente. La cuchillada blanca del frío. El chapoteo salobre, oscuro, de los pies vacilantes, hundiéndose en el fango. Y los hombres que parecen imitar a los mangles. Los hombres que se clavan con pies y manos a la tierra, como si les nacieran raíces adventicias. Los hombres, que muchas veces quisieran acostarse sobre la orilla, para responder para siempre a la llamada telúrica.

En tanto, allá bosteza el estero. La balandra se mece como: si quisiera libertarse. Los mangles --aturdidos por los ruidos humanos-- se desperezan, bostezando. Se escucha débilmente el canto de los gallos lejanos. El tenue mugido de las yacas semidormidas. El ladrido angustioso de los perros vigilantes.

LA ATARRAYADA

La canon se desliza como una sombra, entre las otras sombras de la noche.

Hace un frío húmedo y penetrante. Sueña de tarde en tarde la voz gangosa del estero, confundida con las voces de los crustáceos y de las vivalvas dela orilla.

Cada vez que el canalete se hunde, la embarcación parece echar un salto. A veces, choca con la proa, algún cardumen de pequeños peces. Y entonces, estos se arremolinan, formando algarabías «de plata iluminada,

Don Néstor se impacienta;

— Falta mucho, todavía?

— No, Patrón. Ya estamos cerca.

— Llegaremos a tiempo?

— Claro, Patrón. Si mismamente ya estamos llegando. Ve ese mogote a la derecha?

— Dónde, ah?

— Aquí, a la derecha. Como la noche está oscurisísima, casi no se distingue.

— Ajá. Ya lo vi.

— Pues allí al frente es. En los bajos de la boca del estero.

— Ah!....-.Y crees que agarremos algo?

— Seguro, Patrón. Allí hay bastantísimo. No ve usted esas que parecen olas, adelantito de la proa?

— Sí

— Pues no son olas, Son las lisas. Es que hay lisa que da miedo en estos bajos. Lo único que hay que estarse quedito, para que no se espante.

— Ajá!...

Guayamabe boga ahora tan despacio, que no se siente su canaletazo. La canoa ha disminuido su andar. Empiezan a distinguirse confusamente las sombras de los mangles de la otra orilla y las enormes manchas de los bajos. Don Néstor, con los ojos anhelantes devora las aguas prietas del estero, tratando de adivinar los grupos veloces de los peces.

Se ha parado en la proa. Tiene la atarraya levantada y va atendiendo los consejos que le da el Mayordomo, con voz tenue,

— Debe morder uno de los cantos, Patrón. Y con los brazos bien estirados, procurar que la atarraya se abra completamente. Es que la atarraya debe caer como una maravilla, bien extendida. Entonces. los plomos la cierran. Y, en las faldas, quedan atrapadas las lisas.

— Ajá!...

— Vea! Allí viene un cardumen. Apúrese!...

Néstor sigue las indicaciones del Mayordomo. Espera que el cardumen se acerque a la embarcación. Y arroja la red de piola y plomo. Pero la falta de pericia. hace que la atarraya caiga casi sobre la canoa, medio enredada, sin atrapar ningún pez.

Mueve la cabeza, contrariado.

— No, decididamente no puedo!

Guayamabe sonríe.

— Nadie nace sabiendo, Patrón! Fíjese!... Yo voy a echarla una vez, para que usted vea.

Coge un canto de la atarraya con los dientes. Abre los otros cantos con las manos. Empieza a darles vuelo. Y de pronto, la lanza. Parece que la red cobrara vida, La piola se estira, se templa. Y después, ya poniéndose vertical. Pero el Mayordomo no le da tiempo. Rápidamente, la tira. Y en breves segundos, la tiene dentro de la canoa. Entre las piolas retorcidas y Jos plomos brillantes, brincan las escamas plateadas de algunas lisas.

--- Ya ve, Patrón!

— Sí, si. Ya veo!

— Pruebe usted ahora!

— No, no, Guayamabe! Yo no sirvo para esto!

— Todos los hombres servimos para todo, Patrón. Es cuestión de acostumbrarse. Y en estas tierras hay que saber de todo, si queremos vivir en ellas. Pruebe y verá.

Néstor no dice nada.

Vuelve a empuñar la atarraya. Vuelve a abrirla. Espera que pase un cardumen. Leda vuelo y la lanza. La red se extiendo, La piola se pone tensa.

Una exclamación de júbilo le sale del pecho:

— Cayó bien!

La tira velozmente. La sube a la canon. Y se entusiasma, más aún. Entre las piolas de las redes se debaten nuevamente las lisas.

— No se lo dije, Patrón? Nadie nace sabiendo!

Sigue tirando la atarraya y continúa sacando peces.

Un entusiasmo extraño le sube por todo el cuerpo. Le parece que empieza un entendimiento con cuanto le rodea. Le parece que empieza a conocer el idioma del ambiente. Le parece que las voces que fluyen de sus poros y de sus mundos íntimos se relacionan con las voces atónitas de las islas, del estero y del cielo.

OTRA VEZ DON PABLO

La conversación quiebra las sombras.

— Algún día...

— Qué dice, Patrón?

— Que algún día podré hacerlo todo en estos sitios.

— Claro, Patrón.

--- Tiraré el anzuelo, la atarraya, el arpón y la fija. Sabré atrapar a los cangrejos y las simbocas en sus huecos profundos. Conoceré los hacinamientos de las conchaprietas, de las michullas, de las lloronas y de los mejillones. Por el aletazo y por la estela identificaré, desde muy lejos, a las rayas, y a los catanudos, a los parbos, a los ureles, a los robalos, a las tortugas, a las corvinas y a los pámpanos. Podré caminar en el último recoveco del fango. Por las manchas del cielo y por la intuición de «mi nariz alerta, sabré la ruta de los vientos y sabré si las parvadas de las aves son de pavas, golondrinas o pericos. Penetraré como una raíz interminable en el corazón de la tierra y en el corazón del agua.

— Ojalá así sea, Patrón. El hombre es como el mangle. Tiene que agarrarse con pies y manos al bajo en que se queda. Sino, se lo lleva la corriente...

— Así creo que voy a ser yo también, Guayamabe! Noto que los pies y las manos se me alargan, Noto que me crecen bejucos en las puntas de los dedos. Bejucos que poco a poco me van atando en estas tierras... ...Si tú supieras, Guayamabe! Las pisadas que ahora doy en la montaña, me suenan adentro, como si fueran latidos en mi propio pecho. Cuando suben las mareas de los esteros, siento que sus aguas me crecen en la existencia, enrollándome en el torbellino de sus ímpetus. El último yerbajo que se corta me duele, como si fuera hermano mío, como si su verde savia tuviera

trasuntos de mi sangre... Creo que, por fin, estoy venciendo a la isla, Guayamabe! No ves como todo está cambiando, como todo es hoy distinto? No ves como están los algodonales? No hay sitio donde se pueda poner la mano. Son puras bellotas. Ya verás como pronto se transforman los desmontes en una sábana blanca, completamente blanca. Como si la tierra empezara a hacerle competencia al cielo!

— Ojalá, Patrón.

A Néstor lo entusiasma la imagen esplendorosa;

— Tendremos trabajo para algún tiempo. Con la peonada que me traiga don Merelo, sacaremos algodón de día y de noche. Se amontonarán los quintales y los quintales, elevando montañas de pilas, Tendremos que poner los sacos hasta en mis propios cuartos. Acaso tendré que desarmar mi cama para hacer sitio. Pero será hermoso acostarse sobre este fruto blanco y suave de la tierra. Será hermoso respirar las finísimas hilachas. Será hermoso estar siempre en un mundo de espuma. Viendo como se va la balandra con su vaporoso traje de novia... Y todo esto, ganando dinero, mucho dinero. Ya verás, Guayamabe, ya ve!... Y tú que tenías tanto miedo! Y tú que creías que íbamos a fracasar en esta siembra. Imagínate si se hubiera traído ganado! Todavía tendríamos las mismas cabezas. Capaz de que no hubiera habido ni un parto. Seguiríamos como al comienzo. Mientras que ahora...

— Así es, Patrón.....Pero.

— Pero qué?

--- Nada, Patrón!

— Cómo nada? Dilo! Por qué te callas?

— Es que Patrón... Y las heladas?

— Las heladas?

— Sí, Patrón. La otra noche cayó una.....

— Pero, tú eres que eso pueda hacernos daño? Tú crees?

--- Patrón. Yo no creo nada! Yo digo, no mas...

— Ah!...

Regresan despacio.

Guayamabe casi se deja arrastrar por la corriente. Sólo muy de tarde en tardo, suena su canaletazo. Casi al mismo tiempo, da una chupada y su cigarro y la mínima luz le ilumina la cama de piedra,

Néstor va adelante, golpeando, de vez en vez, una que otra lisa que coletéa en el plan de la canoa, Completamente a proa, se intuye el romero húmedo dela atarraya:

Lar noche es negra. Muy negra,

Ahora, no se ven ni los borrosos contornos de los mangles, ni las olas menudas del estero. Los sonidos de la orilla se diluyen en la sombra,

creando un mundo irreal, evasivo. El viento manotea levemente el rostro de los hombres. —Poco a poco, ya creciendo un silencio insoportable, que se adhiere hasta a los mundos. subconscientes.

Avanzan, avanzan, pero es un avance que enerva y que aletarga.

De pronto, suena un remazo violento.

Se acerca mágicamente, en son de fantasmas.

Perfílase la silueta de una canoa con varios hombres;

En segundos, -está al lado de ellos:

Una voz mata el silencio angustioso:

— Al fin!...

Las embarcaciones se unen. Saltan varios hombres. Uno de ellos trata de coger a don Néstor. Pero el Mayordomo brinca, enarbolando su machete,

— Cuidado!

El fogonazo del cigarro arranca su rostro a la noche. El que cogía al Blanco, se vuelve. Se queda como herido por un rayo. Da: media vuelta. Dice:

— Maldición! Vámonos!

Y torna a su canos seguido de los suyos.

Rápidamente -- en ritmo de relámpago—se hunden en la sombra.

Dudando todavía si es un sueño, Nestor pregunta brevemente;

— Era Pablo?

Y el Mayordomo, lento, muy lento, con voz ronca;

— Sí, Patrón.

La noche filtra su aguacero de angustias en el alma.

RASTROS FRESCOS

Muy de mañana ladran los perros.

Néstor se asoma. Frente a la casa de la Hacienda está el Mayordomo.

— Qué pasa?

— Nada, Patrón, que anoche...

— Anoche, qué?...

— Volvieron a caer heladas, Patrón.

— Vea que tú eres!

— Es que...

— Qué, pues, que?

— Ya hay algunas bellotas pasmadas.

— Cómo? Qué dices?

— Que ya hay algunas bellotas pasmadas, Patrón.

Baja volando la escalera, En un segundo está al lado de Guayamabe.

— Dónde?

— Aquí, atrás del cerro, en las planadas, antes de llegar al Manantial

— Vamos!

Andan rápidamente, velozmente.

En pocos minutos, están en el sitio.

— Vea, Patrón.

Pocos, muy pocos frutos están perdidos. Se les puede contar todavía en las matas. Los otros, por el contrario, ya empiezan a partirse, bajo el ímpetu del tejido que se esponja, que se abre, Las matas parecen verdes castillos pequeños de miriadas de ventanales cafeblancos.

Néstor se tranquiliza:

— Me has hecho poner nervioso, Guayamabe.

— Es que así se comienza, Patrón,

— Pareces un pájaro de mal agüero. Siempre andas vaticinando desgracias.

— Yo digo, no más, Patrón... Ahora que...

— Qué?

— Sería bueno recoger estas bellotas pasmadas. Y machacarlas. Así se abren un poco. Y puede aprovecharse algo,

— Ya está, Guayamabe, ya está, Si te parece, hazlo!

De tarde, torna a merodear el Mayordomo por la casa de Hacienda.

— Oiga, Patrón.

Néstor sonríe:

— Qué, ah?

— Anoche no oyó usted ladrar los perros?

— No, por qué?

— Por… por nada!....

Hay un breve silencio. Guayamabe masca rabioso su cigarro. Mira para todas partes, como un venado arisco. Titubea largo rato. Hasta que, al fin, se decide:

— Verá usted, Patrón.

El Blanco acentúa más aún su sonrisa:

— Se han pasmado más bellotas?

— No.....Oiga Patrón.

— Qué pasa, pues? Qué pasa?

— Nada! Quiere usted dejarme dormir aquí en el portalón de la casal

— En el portalón de la casa?

— Sí, Patrón.

— Eso es cuestión tuya. Si tú lo quieres...

— Entonces, voy a ver mis cosas, Patrón.

Ya va a marcharse, cuando Néstor lo detiene.

— Pero, oye. Por qué no me dices qué es lo que pasa?

Guayamabe se rasca la cabeza:

— Ahí verá usted, Patrón. Es que hemos encontrado unos rastros.

— Rastros?

— Sí, Patrón. Rastros frescos. Y de hombres!

— De hombres?

— Sí, Patrón! Anoche han venido algunos hombres a Ja isla, Han estado, a pocas varas de aquí, en el yucal ese de frente a la Casa,

— Anoche? Y cómo no han ladrado los perros y nadie los ha sentido,

— Vaya a saberlo Dios! Pero son gente atrevida u lo que especulo Figúrese, Venir hasta aquí mismo. Como no sean los Tin-tines...

Néstor, a pesar suyo, se estremece:

— Los Tin-tines? Tú crees?

Guayamabe pela los dientes, con fiereza:

— Yo no creo nada, Patrón. Yo digo, no más. Y, aunque creyera. Si algún día se me para un Tin—tín al frente... Pues ya veríamos...

Es un día gris, húmedo, sombrío. Parecen estirarse las hojas y las ramas de los árboles. Las lejanías se difuman. Y un violeta pavoroso se enreda en los contornos de las cosas.

Por la noche, se está meciendo en su hamaca, fumando su cigarro, cuando, de pronto, suena un tiro,

El latigazo del proyectil le silba cerca.

De abajo surge la voz de Guayamabe,

— Ya están allí, Patrón.

Y él:

—Si. Y por poco no cuento el cuento!

Se echa la carabina al hombro. Se acercan la ventana. Pone el cigarrillo en el marco.

Suena otro disparo.

Dirigido por el fogonazo, a su vez apunta y hace fuego.

Se escucha un rumor de matas abiertas y “de yerbas destroza das, Unas carreras. Y después, nada, absolutamente nada.

Néstor baja.

Guayamabe está sentado en el portalón.

— Para dónde va, Patrón?

— Á vera esos desgraciados!

— No, Patrón. Ya se fueron, Lo que quieren ahora es asustarnos. Para después asaltar a la Hacienda cualquier día.

LA TERRIBLE NOTICIA

Las hojas se le enredan en los ojos. Pero el viento se mece para todos. Ahora se le lleva los dedos. «Dónde, donde están mis dedos?» Y el viento era fuerte, crecido sobre la tempestad que encendía las olas. Y ella seguía sobre las olas. Seguía sobre las olas. "Se me pasmarán las bellotas?" Y ella seguía caminando. Derramando sonrisas, como copas de vino. «Sí Pero ya no tendré tantas bellotas blancas.» Después le resbalan los ojos sobre el hombro. Y los senos. Siempre --eso sí-- las bellotas. Siempre. Las bellotas, las bellotas. Sus senos como bellotas. Ahora, crecen formando pirámides blancas. "Esperanza, dame tus bellotas y dame tus labios. Yo te daré el tesoro de mis algodonales, Esperanza sonríeme, Tu boca será como una rúbrica de sangre, en el caos del algodonal enloquecido. Pero aquí estan mis manos y defenderé a las bellotas contra todas las heladas y contra la isla, Te veo precisa y claramente. Vena mis brazos. Olvidémonos de todo. Estamos en los mismos caminos". Bellotas, Bellotas. Bellotas. Y ella sigue como una sombra. La última ocasión pudo abrazarla y besarla muchas veces. Floreció en sonrisas su rostro iluminado. Fue como una embriaguez con el licor de sus ojos. Fue como una embriaguez con la transparencia morena de su cuerpo, Y se sintió renacer en das ondas tibias de su aliento, del efluvio que brota de todos sus poros... Pero las bellotas! Las bellotas... Y los disparos. La noche de los esteros con la imagen del pirata. Pablo! Pablo armado de bellotas. Pablo creciendo en el silencio de los salitrales. Esperándolo. Dónde podrá acuchillar a don Pablo y a la noche con sus cuchillos de algodonales blancos? Ella. Siempre ella cubierta con las hilachas de espuma. Siempre ella... "Néstor, Néstor!... La herida en los labios de las bellotas.....Néstor, Néstor!"

— Néstor!... Néstor!...

Dónde suena esa voz? Es la voz de ella£ Es en el fondo de su corazón o es en el mundo que captan sus oídos? Dónde suena? Ahora la ve entre los algodonales. La ve desnuda. Pero se apiñan los blancos capullos para vestirla de espuma. El se esfuerza con sus ansias, en apartar ese torbellino de hilachas. Pero ella entonces se diluye entre los árboles. Y vuelven a sonar los disparos. Don Pablo surge con sus ojos malditos clavados en los relámpagos de la pólvora. No se sabe si matan más sus pupilas o los proyectiles, "Ah cholo maldito, algún día te estrangularé con mis manos rabiosas. Te tocaré el cuello hasta extraerte el último soplo de aliento: hasta que suene en los oídos como deliciosa melodía, el crispamiento de tas músculos, algún día! Eres el dueño de la noche, pero desharé las sombras con la llamarada de mi odio!..."

— Néstor!.....Néstor!.

Y, de pronto, cercano: Don Néstor!... Don Néstor!

Será Guayamabe? Sí Esla voz del Mayordomo. Pero puede ser que brote de los algodonales. Puede ser que brote de Ja orilla del estero. Puede que sea un eco de los propios pensamientos.

— Néstor!... Néstor!...

Acaso, puede que sea también la voz de la isla. Ahora la isla debe amarlo, Y por eso lo llama, Por eso --sobre todo-- escoge la voz que suena más dulce en sus oídos, la voz de Esperanza, Y él le devolverá con creces ese amor u la Maldita. Una vez vencida, lo hará sentir cómo es dueño de ella. Se hundirá como en un tabernáculo en sus tierras enormes, Se irá haciendo ancho y fuerte al penetrarla. La roturará de incendio. Del incendio que decora sus ojos y enciende sus venas.

Pero la llamada del Mayordomo ya creciendo, creciendo:

— Don Néstor!... Don Néstor!...

Sí. Ahora lo comprende. Es afuera. Es aquí, ante sus ojos.

— Qué? Qué pasa?

— La niña Esperanza.

Todavía le baila el sueño entre los parpados cansados. "Está bien. Está bien, Guayamabe, Eso era lo que tenías que decirme? Está bien. Ella. Claro que ella! Siempre ella!... No la ves brotar aquí, de la punta de mis dedos? No sientes que está sobre mi vida, como un árbol que se nutre de mis propios deseos? No sientes que el hálito tibio que me envuelve perpetuamente es de ella, sólo de ella?"

— Néstor!... Néstor!...

Y, al lado de él, más fuerte aún:

— Don Néstor!... Don Néstor!...

La realidad lo sacude.

— Qué Guayamabe? Qué?

— La niña Esperanza!

— Dónde?

— Allí abajo. Está llegando.

Baja velozmente. Y corriendo se encamina hacia la orilla,

Todo está sombrío y callado.

No se distingue nada entre las sombras. No hay viento. No se oye ni el rumor de la corriente que se estrella entre las ñangas.

Sólo el grito de ella corta --como una cuchillada-- el corazón de la noche,

El responde con todas sus fuerzas!...

— Esperanza!... Esperanza!...

Va surgiendo el golpe del remo. Se precisa claramente, invadiéndolo todo.

Los minutos se alargan.

Una emoción extraña penetra en el pecho de Néstor, Intuitivamente, está sobrecogido de pavor, Desearía que no se acercara ese instante; desearía que todo fuese nada más que la prolongación de su sueño.

Pero la canoa está acercándose, acercándose. Ya entre las sombras empiezan a distinguirse las sombras movedizas que se aproximan.

— Néstor!... Néstor!...

Cuando la canoa va a apegar, Néstor se hunde en el agua.

Con sus propias manos detiene la proa.

Esperanza salta llorando. Se le echa al cuello. Y sólo puede decir:

— Néstor!...

El no se da cuenta del tiempo que transcurre. No atina, tampoco a decir nada. La angustia de ella ya circulando también en sus nervios, como si se hubiera establecido ya el intercambio de sus dolores.

Le pasa la mano por la cabellera suelta. Pega su rostro al rostro de ella, en fusión inenarrable. Y espera, espera...

Después de un tiempo incontrolado, en que la emoción pasó su clímax, le musita:

— Dime qué tienes...

Y ella, con los sollozos quebrándole la garganta:

— La Sulinterma ha desaparecido... con mi padre... y todos...

Néstor siente el vértigo de los hombres que se ahogan en las revesas de los ríos.

CAP. IV

La VOZ DEL PILOTO

— Como la palma de la mano conozco estos lados.

— Así es, don Modesto.

— Tengo tiempísimo de andar en la balandra por el último recoveco de estas islas. Hasta los vientos y los mares me conocen.

--- Seguro, don Modesto.

--- Y he barqueado de todo: Leña de tuco y de raja; carbón de nigüito, de cascol, de coquito, de algarrobo, o mangle... A veces, choclo; a veces, lana de ceibo; a veces, alfajías,, o riostras, o durmientes. Hasta conchaprietas y almejas, hasta cáscara de mangle... Todo lo que Dios me ha mandado. Palabrita! Y hasta gente...

— Así es, don Modesto!

— Ya ven todoy! Allí llevamos algunos cristianos embodegados. Lo mismo que si fueran sacos de carbón o cabezas de plátanos,

— Así es, don Modesto.

Banchón y Melgar están asombrados.

Hace tiempo que el piloto ni les habla. Y menos aún se les acerca a la proa. Siempre encerrado en sí mismo, siempre ajeno a cuanto lo rodea, ha permanecido seco y hostil ante ellos. Qué le estará pasando ahora? Porqué parece que no quisiera estar solo? Por qué parece que tuviera muchas palabras estorbándole en la boca?

Ellos no pueden explicárselo.

A ratos, les parece mentira, les parece que sólo.es una visión de sus ojos, le parece que quizá están azomagados por los pocos vasos de aguardiente que ingirieron.

Y, sin embargo, allí está. Allá está arrimado a la bita, hablandoles sin mirarlos, como si la conversación no fuera con ellos sino con Seres distintos. Con la noche que es cada vez más profunda: con las orillas mangleras que se confunden en la sombra; con las aguas del estero que se van ampliando, ampliando, a medida que se acercan u la bocas con los vientos matones, que empiezan a golpealos con el frío que les taladra Jos huesos y los hace encogerse, encogerse.

Abajo, en las bodega: suenan ruidos extraños. A veces, ronquidos; a veces, a veces, sonidos de cuerpos que se caen o de golpes propinados en ellos; 4 veces. también, suenan palabras, palabras confusas o palabras rotundas, agresivas. Es como si hirviera el grupo de hombres, en un hervor gelatinoso, denso, donde cada cabeza fuera una burbuja, que se agitara al son del llanto triste y lento de las mujeres y los niños.

Se vuelven todo oídos, Y asienten, asienten:

— Así es, don Modesto!

— Para que ustedes lo sepan.....hasta muertos he barqueado! Yo soy casi siempre el que los lleva a Guayaquil o al Puerto del Morro!

Claro que lo saben! Cómo no van a saberlo si ellos lo acompañan casi siempre. Pero qué van a decirle nada, si parece que cada vez hablara menos con ellos!... A lo mejor, a quien le dice todo es a la vieja Sulinterma!

— Así es, don Modesto!

— El último difunto que arrastré por el agua fue Eulogio Asunción. Casito se nos pudre. Apestaba ni diablo! Se puso hinchado y morado como un tambulero tieso... Por cierto que de noche, en Cascajal, nos lo quisieron quitar las ánimas,

— De verdad, don Modesto?

— Claro que de verdad! Lo que pasa es que nunca se lo hemos contado a nadie. Pero así fue. Pregúntenselo a don Carrillo, que también iba. Precisamente desde allí no volvió a andar por el agua. El mismo tuyo que rezarles bastantísimo para que se fueran. Venían con una linterna en la mano. Yo mismo pude verlas.

Banchón masculla entre dientes:

— Vea usted lo que son las cosas, no? Talvez fueron las ánimas las que se llevaron a don Goyo.

--- A lo mejor! Nunca aboyantó por ningún lado! Ni siquiera hubieron gallinazadas esos días!...

Boca de Jaiba entonces, se aventura a sugerir:

— Es que las ánimas están alborotadas... desde que do los blanco sí ha de ser!..

Cuando menos esperan, los deja.

Paso a paso, cruza por la roda. De refilón dirige una mirada a la bodega. Se le erizan los pelos. Cierra los ojos. Y, bamboleante, como hubiera bebido más que todos, sigue costeando la ramada. Llega a la popa. Se arrima a la caña del timón. Y --solo entonces --se pone a mirar con sus ojos, gurvia en las sombras, por sobre la balandra.

Será la una de la mañana.

Se oye --confusamente-- el ronquido multiplicado de los viajeros y también, de rato en rato, el crujir del agua correntosa rozan do las maderas; el balbucir del viento contra el mástil, contra los amantillos y los cabos,

Difícilmente se distinguen las orillas, Se intuyen más que se ven, las copas de. los mangles. Entre las ñangas brillan --eso sí-- las escamas de los peces

Don Modesto no puede dormir. dormir nunca,

Un desasosiego extraño le ya creciendo en el pecho. Le parece que está en una marejada imposible de cruzar, donde el naufragio es lo único que lo espera. Lo invade lentamente un miedo absurdo a todo. Cierra y abre los ojos, tratando de huir de las visiones exteriores y de las visiones internas. Y, sobre todo, de esta angustia que lo posee y de la cual, sin embargo, desconoce el origen.

Le dan vuelta, en la cabeza, imágenes desarticuladas. A ratos le parece que es su propia cabeza la que le están machacando hasta reducírsela a polvo. Todo en medio de algarabías de tiburones de colas resonantes que enseñan sus hileras de dientes, como serruchos blancos. Todo en un desboque de balandras al garete, que los vientos sudestes fueran despedazando unas contra otras. Todo en un crecer de aguas violentas que le penetran por los ojos, por la nariz y por la boca, palpitando de crustáceos y de peces, obligándolo a rotaciones absurdas, a torbellinos indescriptibles.

Y, de pronto, las barqueadas le suben al recuerdo.

Se ve otra vez tendido en la popa. Con la caña del timón entre las piernas; con los ojos devorando las distancias; con la fe en el comino y el ansia en el viaje. De noche o de día a bolina o bordeando; a favor o en contra; en agua dulce o en agua salada; como fuera y donde fuera... Lo esencial era ir; lo esencial era arrastrar sobre la panza chata de la balandra, las cargas copiosas.

Y la balandra parecía inllenable.

A veces fue con el carbón prieto y vidrioso, en los sacos de yute, amarrados con zapán de paloma. Con el carbón que ennegrecía los hombres y las embarcaciones. Con el carbón que ponía sombras oscuras en las velas, los trancaniles, los puertos, las estela: y hasta en los muelles del Conchero y de la Italia.

Otras ocasiones, fue la leña de tuco y de raja. Sintió palpitar la balandra, como negándose a llevar esos embarques. Vio temblar la plancha de laurel, con el peso de las cargas. El casco se hundió casi hasta el límite de la obra muerta. En los veranos en que el sur alborotaba el río, tuvieron muchas veces que arrojar al agua parte de la carga.

Estos fueron los embarques cotidianos.

Pero también llevó a Guayaquil otras cosas diversas.

Productos de la tierra: choclos, yucas, sandías, melones; mariscos: michullas, lloronas, mejillones, conchaprietas, ostiones; crustáceos: cangrejos, jaibas, simbocas. Y peces, muchos peces, frescos y salados, cogidos al arpón, al anzuelo, a la atarraya o a las redes de boca de caleta.

Por último, también había barqueado gente, mucha gente. Antes. jamás se había preocupado de ello. Estaba convencido de que no tenía la menor importancia, de que era lo mismo que si barqueara sacos de carbón o rajas de leña.

Ahora, en cambio, sólo de pensarlo se estremece.

La realidad se le borra.

Todo se le esfuma: la balandra, el río, los mangles, él mismo. Las imágenes se le confunden, Llega un momento en que sólo ye sombras.

Y de improviso, vecino, inmediato, como si lo estuviera palpando, surge el puñado de hombres retorcientes, que se hacinan en la bodega.

Vienen amontonados, en grupo gelatinoso, de individualidades imprecisas, sobre las cuadernas. Se mezclan en apretujamientos de carnes imposibles, hombres y mujeres, niños y ancianos. La curva del vientre de la balandra, los amontona en un espacio reducido, sobre la quilla. Unos pocos intentan trepar, de vez en vez, sobre la cubierta, pero su fuerza no los ayuda. Y caen pesadamente, como una masa, sobre Ja gran masa de sus compañeros. Las mujeres siguen llorando, con un llanto mínimo, monótono, que se retuerce en el vaho caliente y fétido que brota de las bocas de los ebrios,

VISION DE LOS BARQUEADOS

Lo sacude una voz extraña que musita u su oído, con acento lastimero:

— Don Modesto!...

Se vuelve rápidamente. Y da un salto.

Frente a él, está uno de los hombres del embarque,

Cómo ha podido llegar basta ahí? Cómo ha podido saltar de la bodega? Y sobre todo, cómo ha podido hacerlo sin que él se diera cuenta?

— Qué pasa?

El otro tituben.

— Nada, don Modesto que...

— Pero, dilo

— No hable tan duro, don Modesto. Cuidado lo oye el Blanco.

— Habla, entonces...

— Es que.....Verá usted.....Yo.....yo tengo una chacrita..... Y los viejos,....los viejos ya no se valen solos....,

Don Modesto se impacienta.

— Pero, suéltalo, al fin hombre. Que es lo que quieres?

--- Este… yo quisiera largarme, don Modesto!

— Largarte! Y cómo quieres largarte?

— Para eso es que quiero que me ayude, pues.

El piióto razona brevemente:

— No ves que yo no puedo? Yo hago lo que me manda el Blanco. Yo no puedo. Y, además, cómo, A nado, estamos lejos. No avanzarías. Y hay tiburón que da miedo...

— Así es, don Modesto. Pero...

— Qué?

— Podría mandarme con Chachito en la canoa, al dar un bordazo, Me podrían dejar en la orilla. Yo me voy mangle a mangle, hasta el puerto.

Don Modesto medita. Pero después murmura, insatisfecho de sí mismo.

— Has tragado demasiado aguardiente, Anda a dormirla, antes de que le aviso al Blanco.

— Está bien, don Modesto.

Y cuando está un poco lejos, creyendo seguramente que el piloto no lo escucha, murmura:

— No lo creía tan perro.

El piloto lo sigue con los ojos.

Y ve algo que lo crispa.

Ese hombre no pone los pies en el suelo. Camina como una sombra.

Y parece volverse transparente, como una visión, al hundirse en la bodega.

Se pellizca en el brazo, hasta hacerse sangre, para convencerse de que no está soñando,

La desesperación lo ahoga.

No sabe bien lo que le está ocurriendo. A ratos desea correr. Saltar por la borda. Tirarse al mar. Darle plin al primero que tope. O agarrara todos los hombres de la barqueada y llevarlos al puerto de San Manuel. Y allí soltarlos y dejar que cada uno se yaya donde quiera.

Pero este deseo le hace dar escalofríos.

Será que se ha emborrachado solo con la respiración de los otros?

No!... Lo que ocurre es que se está doblando. Acaso ha trabajado mucho. Y por eso tiene las piernas aguadas y la cabeza blanda. Por eso, sobre todo, se le ocurren cosas que nunca ha sentido ni pensado. Está trastornado. Completamente trastornado. Si. Eso es. Cómo podría ser de otro modo? Cuando el Blanco hace esto es porque así debe ser. Los blancos saben mucho. No se equivocan nunca. Y él desde que nació, ha agachado Ju cabeza ante los blancos, Además, qué le importa a él ese puñado de hombres que van en la bodega, debajo de la ramada? Acaso son sus hermanos? Acaso son distintos delos que llevara antaño? Por qué le preocupa ahora lo que siempre lo ha dejado indiferente? Y, por fin, acaso él tiene la culpa? El es como la balandra, igualito a la balandra que arrastra todo lo que le meten dentro. El ya donde le manden ir. Siempre atrás, en la pros. Siempre en la caña del timón entre sus manos o sus piernas.

Inquieto, don una voz que no parece suya, gritas:

— Ah, Chachito!

Se oye sobria y cortante la voz del marinero.

— Mande, don Modesto,

— Todo está tranquilo?

— Todo!

— Todavía no va a virar el agua?

— Todavía no!

— Ajá!

Como que tiene miedo de quedarse en silencio; como que anhela que no se destruya el vínculo creado con ese hombre,

— Hay bastante plaga esta noche, no?

— Si, don Modesto.

— Y calor, verdad?

— Yo no siento,

— Ajá!

La noche se ennegrece más y más.

La balandra parece dormida; parece dormida el agua; parecen dormidos los cholos taciturnos; parece dormido --a fuerza de quietud-- hasta el manglar.

Don Modesto no podría decir si está despierto o si está soñando.

Sigue experimentando una extraña sensación de angustia. Peor que si se hubiera trepado, en noche tempestuosa, al mastelero, amarrando los motones, templando los amantillos o colocando la escandalosa.

Peor que si un sueste lo hubiera clavado de pico y lo hubiera dejado a él con su gente, debajo de la toldilla. Peor...

De repente, oye un ruido extraño en la bodega. Es como si estuvieran dando golpes y arrastrando maderas; como si estuvieran hablando, hablando, con una voz cavernosa y fría, en murmullo ininteligible y exasperante que fuera a adherirse a las cuadernas, a los amantillos, al botalón...

Se le erizan los cabellos, Intenta huír.

Pero es como si tuviera los pies amarrados a la cubierta.

En la bodega ha aparecido uno de los barqueados. Y detrás de él, otro. Y otro. Y otro… hasta que salen todos, hombres y «mujeres, niños y ancianos,

Parece como que se despegaran de las cosas, como que no movieran ni sus brazos ni sus piernas. Sus rostros borrosos se perfilan a través de las velas y de la ramada.

--- Maldita sea.

Un sudor copioso le baña la frente. Tiembla. Quiere gritar y preguntar a los otros, si yen lo mismo, si escuchan lo mismo, Pero no puede articular una sola palabra. La maldición le brota dentro y le muere dentro, como única expresión de su angustia.

Ahora, los barqueados le estiran la mano, en súplica infinita. en gestos de llamada inenarrable, Y avanzan.

Avanzan hacia él!

Se trepan sobre el aire, como sobre escaleras invisibles. Suben a la borda. Caminan por la ramada. Se pegan a Ja mayor, flotando entre las maderas y los cabos.

Tienen los ojos inmóviles, los pelos desordenados, los dientes traqueteantes. Están en apiñación monstruosa y extraña. Hablan confusamente, desordenadamente, sin que se los pueda entender una sola palabra.

Don Modesto diría que siente sus respiraciones que siente las decenas de manos tocándolo; que las corrientes de s ojos acusadores le recorren el cuerpo, como un arponazo,

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, grita. Grita angustiosamente, desesperadamente, como nunca gritara:

— Banchón!... Nemesio!...

Péro solo obtiene el silencio como respuesta.

Para convencerse, de nuevo, si está despierto o no, se arroja contra la caña del timón.

El golpe lo tambalea. Pierde la noción de las cosas.

Cuando vuelve en sí, ve rojo. Rojo todo cuanto lo rodea.

De los barqueados --eso sí-- ni el rastro.

UNA BALANDRA HUNDIENDOSE EN LA SOMBRA

En abigarramiento inaudito, le empieza a danzar la tragedia de cada uno de esos hombres.

Vuelve a latiguearlo el vocinglerío de los manglares; la vida arrastrada de esos seres crustáceos; el trabajo sobre los barrancos absurdos o sobre las tierras salitrosas; la carne hurtándose, en todo momento, a la zarpa tenebrosa del trópico.

Es en los bordes de las islas velludas de Nangas, en los fangales alados, donde atisba el camarón brujo, el agua mala, o el ostión gangrenoso, o el tiburón, o el catanudo; donde el sol araña las carnes como si fuera una jaiba de fuego que cada quien llevara en las espaldas; donde el paludismo clava sus dientes amarillos, succionando la sangre; donde todo e monótono, tétrico y sombrío… pero donde todos los hombres viven libres!…

Y él los conoce a todos. A todititos!

Ahí está Gonzabay, con su mujer y tuna bija. Ahí está, con su cicatriz en la barba... Ahí está, con sus ojos cansados, miopes, que parecen no ver nada! Ahora su rostro lo persigue. Lo siente inmediato, hablándole de cosas preclaras, distintas. Evocándole sus trabajos con la toquilla, allá en San Manuel donde tiene su chacra, su casa, hasta sus animales. Todo eso lo verán ahora los viejos… Pero quien sabe hasta cuando!… «Los Viejos ya no sir ven más que para comer,

Ahí está Pancho Asunción, que quería sacarse una muchacha del Morro, con quien estaba palabreadísimo desde hacía mucho tiempo. Ya dizque tenía arreglada su cualquier cosa. Por eso mismo se había endeudado, Capaz de que hasta pensaba casarse con cura y todo. Como en los poblados hay que

hacer las cosas como Dios manda... Ahora, el pobre tendrá que sentir más solo su petate, más triste el trabajo de las islas.

Ahí está don Bruque, que ha tenido que dejarlo todo porque como tiene mucha familia, no le alcanza para nada lo que gana. Ahi está, más borracho que los otros, teniendo que separarse de su mujer y de sus críos.

Ahí está don Yagual, ahí está don Lino, ahí está Crisanto, ahí estan...

Porque los conoce a todos, la angustia se le multiplica.

Ahora, sí comprende que no sabe lo que le está pasando; ahora si comprende que lo que mira y lo que piensa no existe, que brota de sus propios ojos... Y, sin embargo, vuelve u ver a los barqueados. Los vuelve a ver en una forma rara, como si solo se hubieran vuelto cabezas. nada más que cabezas que flotaran en el aire, Siente que le hablan de cosas cercanas, que no entiende; siente que le hacen muecas espantosas, como si quisieran asustarlo. Hay momentos en que se dijera que van a abrir la boca y a despedazarlo con sus dientes. Tartamudea, sin darse cuenta de ello: "Váyanse, que yo no tengo la culpa". Pero no le hacen caso. Siguen rodando a su derredor, con los ojos llameantes, cobrando individualidades definidas. "Yo hago lo que me manda el Blanco... Yo no tengo la culpa, Gonzabay, yo no tengo la culpa" Pero no le hacen caso. Siguen dando vueltas. Siguen dando vueltas. Siguen dando vueltas...

De pronto se le despeja el cielo, se le iluminan los ojos. Le llega la certeza de que está navegando en contra, con vientos adversos, por rutas ajenas y desconocidas...

Y esto le hace pelar los dientes...

Avanza hacia proa.

Al pasar por la bodega, mira al fondo, Los barqueados parecen haberse dormido o estar muertos. No se escucha el menor ruido, No se atisba el menor movimiento.

Vuelve a dudar si está soñando.

Pero no. Allí, al lado de la bita, están Boca de Jaiba y Chuchito roncando.

Con una voz grande que reconoce más suya que ninguna les grita:

— Chachito!... Boca de Jaiba!

Los muchachos se levantan asustados,

--- Mande, don Modesto,

--- Mande!...

El les dice lentamente: — Vamos a subir el ancla! Banchón mira, con sus ojos de anzuelo, la noche impenetrable,

— Es que... ya ha virado el agua

--- No. Pero vamos a subir el ancla

--- Ah!...

Se acercan al hueco de proa, por donde asoma la cadena. Y casi en seguida empieza el canto de los eslabones.

Rang! Rang!... Rang! Rang!... Rang! Rang!...

Cuando el ancla está arriba, han alzado las velas y templados los amantillos, el piloto se vuelve y les dice, con voz cortante y seca:

— Bueno. Ahora sí. Váyanse.

Los muchachos se miran desconcertados.

— Pero qué dice, don Modesto?

— Qué dice?

Que se vayan!.....

Boca de Jaiba tartamudea:

— Pero qué ha pasado, don Modesto?

El viejo cholo se estremece:

--- Nada!... Que ya no los quiero... Como huy tanta gente...

— Así es don Modesto.

--- Cualquiera hace de marino...

— Ajá!

— Hay un breve silencio, que interrumpe el piloto,

— Pueden largarse en la canoa.

— Gracias, don Modesto.

— Si quieren, pueden irse donde don Pablo. El necesita gente.

— Ya está, don Modesto.

Chachito se rasca la cabeza

--- Y... y usted, don Modesto?

Al viejo le salta el corazón:

— Yo? Yo qué?

— Usted.....se queda?

— Yo? Claro! No ves que soy el piloto.

— De verdad. Yo decía, no más...

El los llevó a la balandra. Ellos hizo marinos. Y el --ahora-- los arroja en la noche preñada de sombras. Sus motivos tendrá. Motivos que ellos no comprenden, que acaso no comprendan nunca.

No discuten ni protestan. Ni siquiera le guardan rencor. Ellos suben que ese hombre los quiere como si fuera su propio padre. Si los arroja de su lado, será seguramente para su bien. Por eso, inclinan la cabeza y procuran darse prisa recogiendo sus ropas y sus útiles escasos. Por eso, ni siquiera lo miran, temiendo que se les quiebre el coraje que les hace falta para irse, Por eso, desamarran la canon, se lanzan a ella y --lo más rápido que pueden— se hunden en la sombra,

Cuando se han alejado bastante, viran la cabeza.

Un hálito de terror les crece en los nervios.

La balandra cobra velocidades insospechadas.

Crecen sus velas grises. Chirrian sus viejas maderas, Enrumba hacia afuera, por las rutas del Golfo, hacia el Océano.

Se despiden despacito, como para sí mismos.

— Adiós, don Modesto, adiós!...

— Adiós. don Modesto, adiós!.....

Y, como si fuera la propia voz del piloto, les responde un eco sido, que viene quién sabe de dónde.

— Adiós!...

CAP. V

LA BALANDRA FANTASMA

Primero tocan en el Cerrito de los Morreños, que está tan cerca,

Sólo hay mujeres. Los hombres andan en su balandra, por el Guayas llevando su carga de leña de tuco y de raja. Salieron la noche anterior. Seguramente ya estarán subiendo con esa marca a la ciudad.

Cuando acodera la canoa, los rodean.

Don Néstor pregunta si saben algo de la Sulinterna…

Las mujeres se miran unas a otras, indecisas sin decir una palabra.

Al fin contesta la Viuda, ña Andrea:

— No, don Néstor. No sabemos nada!

El insiste. die les ha dicho que se ha perdido?

— De decirnos, claro que nos lo han dicho. Pero sólo eso!

— Ajá! Gracias, entonces.

Se vuelve y empieza a caminar hacia la canoa, seguido de los demás.

Las mujeres vuelven a mirarse, Ña Andrea parece titubear, Pero al fin se hace el ánimo. Y habla:

— Lo que si, don Néstor.

— Qué?

— Anoche nos contaba don Leitón.

— Qué?

— Que cuando regresaba a la busca, había visto por las Cinco Bocas una luz que caminaba.....

— Una luz?

--- Si!... Don Nestor!... Dizque se acercó... Entonces, vio claramente una balandra. Que no estaba seguro, pero que le pareció la Sulinterma. Se acercó más todavía. Y entonces...

— Qué? Qué le pasó?

— Ave María Purísima! Dizque no vio nada!

Néstor mueve la cabeza contrariado.

— Ya están ustedes con sus cosas!.

Ña Andrea lo mira con firmeza.

— La pura verdad, don Néstor. Y el hombre cuando llegó aquí estaba cenizo. Y temblaba como burro encanijado.

— Bueno, pues. Muchas gracias por la noticia.

Esperanza, que está llorando silenciosamente en la proa, se vuelve.

— No le decía yo? Es inutil No sabremos nada.

Guayamabe tiene fe todavía;

— Pueda ser que a don Leitón, el de Punta de Chocolate le saquemos algo!

El sol los anonada con su fuego, cuando llegan.

El viejo está tirando hacha bajo su techo. Ni siquiera se vuelve a mirarlos. Continúa su trabajo, imperturbable.

Acoderan.

Saltan.

Un perro flaco y granujiento les sale al encuentro, Ellos mismos tienen que espantarlo. Pero el perro no cesa un instante de ladrar.

Al fin, levanta la cabeza don Leitón,

— Qué quieren?

Se adelanta Néstor.

— Venimos a preguntarle si sabe algo de la Sulinterma.

— De qué Sulinterma?

— De la balandra. De mi balandra.

— No sé nada!

— No sube que se ha perdido!

— No… Y aunque lo supiera.

--- Qué? Nadal…

Néstor se vuelve furioso,

— Vámonos!

Cuando ya está en la canoa, mira arriba del barranco donde todavía sigue tirando bacha el impasible Leitón.

Un espumarajo de rabia le cruza la boca.

— Desgraciado!… Ya verás

Guayamabe, que fuma su cigarro infallable, sugiere:

--- Quizá en la balsa de la Vieja Susana nos pueden dar noticias.

— Quiza.

La balsa está amarrada frente a la boca de Chupador Chico.

Desde lejos, se advierte su penacho de humo, su ramada de hojas de bijao, su hacinamiento de boyas, amarradas con bejuco.

Cuando llegan es ya medio día.

El sol reverberante enciende el rostro de Esperanza. Los ojos le brillan llorosos. Hondas ojeras le surcan el rostro.

La propia Susana sale a recibirlos,

— Buenos días de Dios, niña Esperanza. Buenos días, don Néstor.

— Buenos días.

— Buenos días.

Una turba de muchachos desnudos ronda en la boca de la ramada. Dos perros amarrados a un extremo, ladran furiosamente.

La Vieja prodiga sus mejores sonrisas.

— En qué puedo servirles?

Habla Esperanza, que la conoce desde ha tiempo.

— Queremos que nos digas si sabes algo de la Sulinterma.

La Vieja mueve los brazos con grandes exclamaciones.

— Se ha perdido, no? Ay, Dios Santo, que desgracia! Y allí iba su papá, no? Lo que son las cosas! Pobrecita, niña Esperanza, pobrecita! Parece mentira! Con lo contento que dizque estaba don Merelo!

Don Néstor corta la expansión.

— Pero… usted ha oído decir algo?

--- No, don Néstor! Yo no he oído decir nada, Pero tal vez los muchachos...

— Los muchachos? Acaso ellos?

— Tal vez! Mismamente andan por todos lados, Están rajando leña, Han de venir prontito. Si usted quiere esperarlos!……

Esperanza murmura;

--- Sí. Quedémonos!

La Vieja Susana no sabe cómo halagar,

— Ya comieron? No, verdad? Pues entonces si me aceptan un plato de arroz con lisas ahumadas y un verde, no? En seguidita está, Tienen que disculpar, no más. Eso sí. Lo hago en un abrir y cerrar de ojos. >

No hay tiempo ni de contestar. La vieja se encamina al fogón que está contra la pipa de agua, amarrada a una especie de estaca pocos pasos de la ramada.

Sopla el fuego con los carrillos hinchados, Al poco rato, la llama alegre le ilumina el rostro. Y entonces ella comienza la faena.

Acá, en tanto, Néstor mira profundamente los ojos de la amada, Y, aunque le duelen las propias pérdidas innumerables, mucho más le duele el dolor de ella,

Los muchachos llegan como a la una. Conocido el deseo de los visitantes, se adelanta el mayor de los hijos de la vieja balsera.

— Algo nos han contado, don Néstor. Dizque afuerísima han visto una gallinazada, Parece que iba trepada sobre una balandra que andaba ligerísimo. Pero cuando se le han acercado la balandra se les hn hecho humo. Los gallinazos sí dizque seguían revoloteando como locos casi a flor de agua…

Néstor inclina la cabeza, murmurando sordamente.

— Vea que ustedes son.

Y, después, levantando la voz, con cierta desesperación:

— Pero en concreto, en definitiva, no se sabe nada!

El muchacho que ha hablado, se rasca la cabeza.

— Vea, don Néstor. He oído decir...

— Continúa.

— Que don Modesto está empezando a recoger los pasos.

A pesar suyo, el Blanco se estremece.

Cuando se han abierto y emprenden la marcha de regreso, Guayamabe dice:

— Vea, Patrón!

— Qué, ah?

— Una canoa!

— Dónde?

— Allá por la orilla,

El peón que boga en popa tartamudea:

— De verdad... Y vvvienne... soso... li... ttatta...

Guayamabe se pone de pie.

— Si... Por eso viene al garete. Forza un poquito para agarrarla.

Casi en seguida están al lado de ella. Guayamabe la coge y la aborda. Su entrecejo se arruga profundamente.

— Oiga, Patrón.

— Qué?

--- Esta es... la canoa de la Sulinterna!

--- No?

— Sí, Patrón. Yo la conozco muy bien. Fíjese en la cadena. Se acuerda que se rompió y hubo que pegarla con beta?

— De verdad!

— Alguien ha venido en ella, ¡Patrón! Eso no me lo quita nadie. Tal vez, Chuchito... Por eso la devuelve. Así es ese hombre!...

— Tú crees?

— Claro, Patrón. No lo conoceré

Y, después de breve silencio, agrega

— Oiga, Patrón.

— Dí.

— Yo iría donde Crisanto.

— Cuál Crisanto?

— El que vive en el Cruce de la Mosquiñañas.

— Y por qué, ah?

— Porque allí deben saberse muchas cosas.

— Vamos, entonces.

--- Pero…

— Qué te ocurre? Habla!

— Déjeme hablarles a mí, Patrón. Yo los conozco. Y ellos también me conocen!...

EL OTRO AMOR

Llegan a la oscurecida.

Acoderan al barranco y saltan. Los perros, debajo de la casa, ladran y ladran, sin atreverse a llegar hasta la orilla. .

De arriba de la casa surge una voz chillona,

— Pasa!... Pasa!...

Y, después, asoma la cabeza ña Eduvigis. Hace grandes gestos de asombro.

— Pero si han sido ustedes!

Efectivamente, después de pocos instantes, está cerca de la orilla.

—Suban! Suban!

Se adelanta el Mayordomo.

— Cómo está don Crisanto?

— Alí pasando. No muy bien que digamos.

— Y las muchachas?

— La Robusta y la Juana?

— Las mismas!

— Ya se fueron las condenadas! Pero suban! Por qué no suben? Cansados mismo han de estar,

--- No. Aquí está bien. Nos vamos en seguida, Andamos solamente dando unas vueltas.

— Paseandito, entonces.

— No! Estamos buscando noticias de la Sulinterma.

--- De la balandra de don Néstor?

— De la misma.

— Qué desgracia! Yo lo decían siempre. Como no llevan santos, de repente les pasa algo!

— Así es.

— Pero por qué no suben? Suba, don Néstor! Suba, niña Esperanza! Descansen un momento. - Con la calor que ha hecho todo el santo día. Jesús

— Bueno, pues. Gracias. Ahí vamos.

— Nos tomaremos una taza de café. Es lo único que puedo brindarles.

— No se moleste, ña Eduvigis. No faltaba más!...

Mientras ella prepara el café, acá, en la cocina, el Mayordomo la aborda.

— Qué noticias le trajo Chachito?

Ella da un salto. Pero enseguida se domina.

— Qué Chachito?

— Chachito Banchón, pues.

— Ni lo conozco, siquiera...

Guayamabe se acerca casi hasta tocarla. Sus ojos despiden lumas. Habla con voz ronca y penetrante, que hace dar miedo.

— A mí no se me haga la pava zonza, ña Eduvigis. Yo lo sé todo. Yo lo conozco todo... Y no querría que usted y su gente se desgracien por andar tapando bulto ajeno.

— Si lo sabe todo, por qué pregunta, pues?

— Porque quiero saber para qué Judo cogió don Modesto y la gente,

La Vieja se lo queda viendo con los ojos espantados.

— Vaya a saberlo Dios! Ni Chachito ni Nemesio lo saben...

Se tapa la boca como arrepintiéndose de lo que ha dicho.

Guayamabe, entonces, la asedía a preguntas.

Ella, vencida, va contestando rápidamente.

— Cuándo vinieron?

— Anoche.

— Solos?

— Ingrimos!

— Y no saben para dónde cogió don Modesto?

— Ya le dije que no.

— Y don Modesto.....no les encargó nada?

— Nada!..... Dizque estaba como trastornado.

— Y ellos... Ellos, dónde están?

La Vieja calla, frunciendo las cejas. Los ojos se le hunden entre las arrugas. Evita la mirada lapidaria del Mayordomo.

— Dónde están?

— No sé.

— Yo sí lo sé.

— Por qué pregunta, entonces?

— Se fueron con Pablo, no?

La Vieja alza los ojos y lo mira lena de rabia, sin contestarle.

Don Guayamabe le coge los brazos y la sacude.

— Con Pablo, verdad?

La rabia inyecta los ojos de la Vieja.

--- Sueltame!... Ya me estás calentando la sangre!...

Pero después se le dulcifican los ojos. Y una mueca de dolor le rueda en los labios.

— Oiga don Guayamabe.

— Qué pasa?

— Quiero pedirle una cosa.

— Ya está.

— Usted sabe que… que don Pablo se sacó a la Juana…

— Algo me han dicho…

— Sí! Se la sacó… hace tiempo!… La Juana se puso loca con el hombre. Y las mujeres son como balandra al garete… cuando les da por eso…

— Así es…

— Pero don Pablo mismamente no la quiere… Me la ha de graciado, La trata mal. Le da palo. La tiene escurrida, como un venado tisico… Y yo quiero que usted me ayude, don Guayamabe! La pobre muchacha no ya a aguantar así mucho tiempo….. Sólo mira por los ojos de don Pablo…… Yo quiero que usted me ayude.

--- Yo?… Pero si yo…

— Usted es el único que puede ayudarme.

--- Yo?…

— Porque… Sabe usted de donde le viene la maldad a ese cristiano con mi hija?

— De dónde quiere usted, que lo sepa?

— Es porque quiere a otra.

— Está malo eso!

—Sí. Está malo, muy malo… Porque la otra que quiere es.

— Quién?

— La niña Esperanza!.

Cuando regresan, cuando el golpe del remo va arrullandolos, cuando todo les parece un sueño y el placer de estar juntos les sirve de remanso, en estos días de angustia intensa, se oye la voz grave y profunda del Mayordomo.

— Se durmió, Patrón?

— Qué voy a poder dormir, Guayamabe?

— Ven, Patrón… este…

— Qué te ocurre?

El Viejo titubea algunos instantes. Pero después se decide:

— Nunca deje sola a la niña Esperanza...

— Y eso, por qué?

— Por... por nada, Patrón... Yo decía no más.,...

Llegan a San Pancracio, cuando ya está oscureciendo.

El Mayordomo va callado, sombrío. Chupa ávidamente su cigarro. Echa chiflones de humo por la nariz. Mira la lejanía insondable, A veces, parece que venteara. Y entonces se pone intranquilo, vibrante.

Néstor se da cuenta de ello,

— Pero qué tienes, Guayamabe?

— Yo? Yo nada, Patrón!

— A tí te está pasando algo. A mí no me engañas!

El Viejo murmura, a despecho de sí mismo:

— Si yo supiera lo que me está pasando!...

La canoa acodera despacio, como si ella también tuviera sueño.

Saltan.

Néstor sostiene a Esperanza, que casi no puede mantenerse en pio.

Guayamabe queda rezagado. Mira el estero. Mira a los manglares. Aspira rabiosamente el aire que lo circunda. Y mueve la Cabeza murmurando palabras ininteligibles.

El Blanco se vuelve.

— Pero, qué te ocurre? Has visto algo? Has sentido algo?

— Nada, Patrón!... Eso es lo malo!

LA SUPREMA ILUSION

Esta mañana la brisa juega con las hojas de los árboles y los cabellos sueltos de Esperanza.

Esperanza va adelante en proa.

No lleva su sombrero de amplias alas sobre el cuerpo, acariciándola.

Atrás, en proa, Néstor.

El mismo maneja el canalete. Clava sus dedos blancos sobre el mango fibroso. Se encogen sus tendones. Y la espuma que siembra la canoa ya creciendo,

Viajan los dos solos.

Atrás queda la Isla.

En el silencio del estero crece la emoción de sus corazones. La soledad los une. No se miran ni se hablan. Se saben más cerca que nunca, penetrados mutuamente, a pesar de los extremos de la embarcación ligera.

Allá, sobre la algarabía de las olas, cruzan peces orondos. Colorean a las ñangas algunos caparazones de crustáceos. El ímpetu del agua es más violento.

El vestido se le adhiere

De improviso, se encuentra junto a ella,

La ve en el plan de la canoa --como lo soñara un día— vestida únicamente con sus besos.

Le tiemblan las manos y los ojos en el contacto inefable del cuerpo maravilloso, en la fusión de sus respiraciones, en la amalgama de sus deseos. Tiene noción de infinito. Sabe cuáles son los caminos de la creación y de la vida. Le fluye el río de los átomos que se hacen carne y de los espasmos tibios que ahogan fecundando. Hálitos de divinidad y de ensueño, de humanidad y de materia, mezclados ávidamente entre las puntas de los pezones o entre el vibrar de los labios enigmáticos o de los labios recónditos, surcan sus nervios hambrientos.

Abandonados al sol, al agua y al viento, vestidos con el anhelo que se realiza, los arrastra el destino, otra vez, hacia la isla.

En tanto, en los contornos, los que van a la busca, los que cortan leña de tuco o de raja, los que tiran la atarraya o el anzuelo, la fija, el arpón o la calandra, inician nuevos diálogos.

Son diálogos que surgen medrosos, escondidos.

— Lo que son las cosas, no?... Don Pablo!

— Sí. Don Pablo!

— Y cómo fue, ah?

— Pues ahí verá usted, Me creo que él andaba buscando a don Néstor, cuando la conoció.

--- Es que buenaza mismo es la Blanca.

— Claro que es buenaza, Por eso es que, desde entonces, don Pablo se ha maleado,

— Se la doy a cualquierita.

— Antes solo rondaba por donde don Merelo… Y ahora…

— Sí. Ahora sólo ronda por la isla.

— No hay noche que no venga a sestearlo. Se ha conseguido Insta escopetas. Pero está que se lame por la Blanca.

— Ha de querer comerse dos pájaros de un tiro.

— A lo mejor...

— El Blanco parece que ya esta guaragüero.

— Pero el más guaragüero es don Guayamabe.

--- Ah!... Si no fuera por don Guayamabe!...

DERRUMBAMIENTO

Terminado el café, Guayamabe dice: — Bueno, Patrón. Me voy! Dónde vas?

— A los algodonales. Quiero ver como andan.

— Espérame un instante para ir juntos

El Mayordomo le da vueltas a su sombrero de hoja de palma. Titubea unos instantes, hasta que al fin, se decide.

— Vea, Patrón... Más mejor es que no vaya… que se quede...

— Pero por qué?

Guayamabe está que trina. Responde, como si mascara las palabras.

— Más mejor es…

Y, después de breves instantes.

— Oiga, Patrón. Qué es de la niña Esperanza?

— Durmiendo! Está muerta la pobre!...Con lo que le ha pasado!

--- Ah!

Hay una breve pausa, que interrumpe Néstor.

— Hoy tenemos que ir al Fuerte a dar parte, para ver si salen y buscar la balandra,

— Claro, Patrón... Y... para ver si nos mandan gente acá, a la isla,

Néstor se lo queda viendo, preocupado,

— Pero que tienes tú? Qué es lo que te pasa.

— A mí!... A mí nada, Patrón... Pero por si acaso... Fíjese que ahora casi no hay gente en la isla. Sólo tres peones. Las demás son mujeres.

— Sí. Quizá tienes razón...

— Bueno. Entonces, me voy, Patrón.

— Vamos!

— Pero es que... siempre ya a venir usted?

— Claro!

Guayamabe frunce más aún las cejas.

— Vea, Patrón... Sería mejor que se quedara cuidando.

— Cuidando qué?

— La Hacienda. la niña Esperanza!

— Vea que tú tienes cosas, Guayamabe. No se qué te ha pasado.

— Ni yo mismo sé lo que me está pasando, Patrón...

Caminan en silencio.

A Néstor le va creciendo la velocidad de los latidos de su corazón. En relámpago, piensa que es su-última carta, su postrera ilusión. Sólo el algodón puede salvarlo o hundirlo definitivamente. Alí está la clave de su vida futura,

No siente donde pone los pies, No se da cuenta de que ya van llegando a la zona de los sembríos.

Las imágenes de los días pasados y, sobre todo, de las dos últimas noches. empiezan a crecerle en el cerebro.

Pero un grito le corta la visión de los mundos pretéritos,

— Maldición!

Abre los ojos a la realidad,

Y es como si le martillaran el cráneo.

Se tambalea igual que un ebrio.

Tiene que buscar un tronco para no caerse!

Todo el algodonal está helado!

Los capullos se han pasmado cuando empezaban a abrir. Parece un cementerio la extensión enorme. Las plantas estiran sus bruzos esqueléticos. El peso de los frutos hace inclinar la red de las frondas… Pero no hay una bellota aprovechable! Todas están cerradas, compactas, grises, agrietadas

Néstor siento que le inunda los ojos un anhelo irrefrenable de llorar.

De improviso, suenan dos disparos. Después, otro.

Guayamabe da un salto.

— Maldita sea!… Corra, Patrón!

A duras penas, puede Néstor seguirlo. Parece que al viejo Mayordomo le hubieran puesto alas.

Suena otro disparo.

Y esto les hace aumentar la velocidad de sus piernas.

Han pasado algunos minutos. Ha crecido un silencio grandioso, que solo interrumpe el ruido de sus pisadas vertiginosas.

Ya van a iniciar la bajada que conduce frente al covachón. Divisan, allá abajo del estero, Mes Manglares de las islas del frente, y cobran aún mayor velocidad.

Cuando:

— Don Néstor!… Don Néstor!…

Una mujer corre hacia ellos, subiendo la loma.

— Qué pasa?

— Don Pablo!...

— Qué, pues, qué?

— Se llevó... a... la niña... Esperanza!...

CAP. VI

LA LLAMADA TELURICA

---Dónde vamos, Patrón ?

---A buscar a Esperanza.

---Por tierra?

---Sí, por tierra!

---Pero si por agua se la llevaron,

— Todo se junta en el corazón de la tierra.

— Me creo que así no la hallaremos nunca!

— Es que tú no sabes... Tú crees que fue el pirata, verdad ?

— Quién otro, Patrón?

— Eso es lo que no sabes... Fue Ella!

— Ella?

— Sí, Ella! Siempre ha sido Ella!... Desde que puse los pies en estos sitios!... Por eso, buscándola a ella, encontraré a Esperanza. Y encontraré mi destino!

— Me creo que debíamos regresarnos, Patrón!

— Regresa tú, si quieres!

— Eso nunca!.....Y o iré donde usted vaya, como si fuera su propia sombra!...

— Pero si acá es el camino, Patrón.

— No el mío.

— Pero si allí sólo hay brusqueros, espinas, bejucos. Se va a destrozar todo el cuerpo... Mire! Mire!... Allí ya una culebra!... Está armada y es de las buenas... Espere!... Déjeme matarla!... Ya!...Ya, por fin!... En una de estas, se va a desgraciar, Patrón! Nunca es bueno buscarle el rabo al tigre!... Esto está cerradísimo!... Sigamos por donde haya una trocha!...

— ...Es Ella, Guayamabe, es Ella... Por donde vaya. me irá creando obstáculos! Por donde vaya, agitará sus colosales seres asesinos! Por donde vaya, desparramará sus melenas torrenciales, en que se confunden las boas y los árboles gigantes; las vértebras y los troncos nudosos; los tóxicos de las enredaderas y los tóxicos de las hormigas, de las víboras y de las savias ortigantes...

— Ella!... Pero quién es ella, Patrón?

— Es que no la sientes? Es que no la estás viendo?

— No, Patrón. Yo no veo. Palabrita de Dios, que no veo nada!

— Fíjate!... Me está llamando!... Me hace invitaciones extrañas a caricias y placeres!... Siento que ya no podré defenderme, Guayamabe!... He hecho todo lo que he podido!... Pero ahora me arrastra! Me lleva hacia su vida! Me enraíza en ella, como un árbol que creciera en su vientre!... No la miras tocándome?... No la ves envolviéndome en su vaho ardoroso!... No te das cuenta de cómo se tuercen, alrededor de mi cuello, las lianas y las enredaderas? ¿Cómo los espineros y las vértebras de miríadas de reptiles tienden eslabones elásticos por todo mi cuerpo?... No miras que collares de dientes de tiburón y de ojos de aves estranguladas me amarran a sus

piernas velludas?... Estoy aquí, tras Ella!...Ya no puedo y ya no quiero libertarme!... Soy de ella, absolutamente de Ella!

--- Regresemos, mejor, Patrón!... Regresemos!...

— Es Ella!... Sólo ella!... Por fin, me ha vencido! Me ha vencido para siempre!... He estado ciego! Todos los míos han estado ciegos!... La lucha con mi casta ha terminado!... Los que vengan en pos de mí, nacerán de la tierra! Fluirán lo mismo que un río, lo mismo que la savia de los árboles!...

— Va a pisar un hormiguero, Patrón! Apártese!...

— Ella! Siempre ha sido Ella!... La que ha matado a mis hombres! La que se lleva a Esperanza, robándola en su celo a mis caricias! La que arrastra a la balandra de don Modesto, quién sabe hacia dónde! La que absorbe a los ahogados, en el fondo del agua! La que mandó al tigre que devoró al Zambo! La que hincó los dientes amarillos de su paludismo en el cuerpo de Mite!... Ella!... Siempre Ella!.....

— No siente cómo se le suben los quinquines, Patrón?..... Apártese!

— Siempre Ella!... Fíjate!... Ahora, todos están con Ella, en Ella hundidos!... No la ves?... Mírala!... Su cabeza se compone de todas las cabezas de los muertos! Aluviones de ojos y de dientes, de vientres despedazados y de gusanos hambrientos se mezclan a las algas marinas y a las vellosidades tiernas de sus rincones sudorosos!... Quisiera no acercarme a Ella!... Le tengo pánico al mundo desarticulado que pulula en su existencia!... Me tengo miedo a mí mismo que ahora soy parte de ella!... Pero no puedo oponerme!... Siento que la sangre que circula por mis venas, ya no es mía!... Siento que el aire que respiro no sale de mis pulmones!... Que mis ojos empiezan a verlo todo entre nubes verdes!... Que se me endurecen las carnes como si las fueran integrando fibras vegetables!... Qué soy?... Dónde me arrastras?... Si ya no me opongo! Si ya no puedo resistir!... Aquí está mi soberbia aplastada!... Aquí están mis sueños encadenados para siempre!..... Aquí están mi rancia estirpe y mi anhelo aventurero hechos cadáveres!... Soy tuyo y eres mía! Mía!... Mía, por fin!!!..